



**Letras asesinas: Historia de la literatura policial mexicana
(1930-1960)**

T E S I S

**Que para obtener el grado de
Maestro en Literatura Hispanoamericana**

Presenta

Jorge Palafox Cabrera

Director de tesis

Dr. Juan Antonio Pascual Gay

Agradecimientos

A mi madre, Paula Cabrera Vázquez por su apoyo siempre sincero y cariño constante.

A mi padre, Jorge Palafox Caballero quien estuvo presente en todo momento brindándome un apoyo y cariño totales, además de toda su confianza durante esta aventura por tierras potosinas.

A mis hermanos, Francisco y Patricia por su apoyo incondicional durante esta aventura por San Luis Potosí y a mi sobrina, la pequeña Paola, cuya alegría por la vida se convirtió en un motor importante para llegar hasta ahora.

Al Dr. Juan Antonio Pascual Gay por sus consejos, paciencia, amistad y brillante asesoría, que llevaron a buen termino este trabajo de investigación.

A los Dres. Sergio Alejandro Cañedo Gamboa (El Colegio de San Luis) y Rogelio Castro Rocha (Universidad de Guanajuato) por su lectura y atinadas observaciones.

Al Dr. Vicente Francisco Torres Medina por su confianza, su charla y anécdotas siempre amenas y por el préstamo de material invaluable, sin el cual este trabajo no sería el mismo.

Al personal de la Biblioteca de México “José Vasconcelos” por las facilidades otorgadas para la obtención de material bibliográfico.

A Gabriela Nájera, que desde el principio fue hospitalaria con este forastero o visitante y cuya amistad y camaradería tanto en los momentos más críticos como en los más alegres no tuvo límites.

A David Ortiz Celestino, que a pesar de sus esporádicas apariciones y convivencia fugaz, se convirtió en una pieza fundamental durante mi estancia en tierras potosinas. Para ti mi admiración y cariño.

A F. por creer en mi desde el comienzo, tu apoyo siempre constante y tu compañía en todas y cada una de las noches en vela que mi trabajo dio.

A Israel, por hacerme participe de sus dichas, soportar cuanta cosa pasó por mi cabeza en estos dos años (y los que faltan...) y por su invaluable amistad.

A Salvador, Karin, Fernando y Arturo, cuya compañía, aunque a distancia nunca ha dejado de ser importante para mí y a su manera se hicieron presentes antes, durante y al final de este proceso.

A todas las personas que de alguna manera están o estuvieron cerca de mí y contribuyeron con su apoyo, cariño y confianza.

Y si alguien quiere decir que mis gustos son vulgares, poco artísticos y analfabetos, sólo puedo responder que me alegra ser tan vulgar como Poe, tan poco artístico como Stevenson y tan analfabeto como Andrew Lang.

Gilbert Keith Chesterton

¿Qué piensas hacer, Johnny?

Voy a dedicarme a la literatura, Belle. Es el oficio ideal para la gente que no entiende nada de nada, que se enamora fácilmente y que sueña despierta.

“El amor y las balas” de Lyo López.

Índice

Introducción	6
1. La novela policial y sus vertientes.	9
1.1. Siguiendo la pista. Breve historia del policial.	14
1.2. De Buenos Aires a la Ciudad de México. La narrativa del primer mundo en un “tercer” mundo.	26
1.2.1. El particular caso de Argentina.	26
1.2.2. El enigmático caso de Chile.	31
2. México y sus elementos para una pesquisa literaria: Novelas, teatro y antologías del relato policial.	34
2.1. De bandidos, causas célebres y otros antecedentes criminales previos al surgimiento de la narrativa policial.	34
2.2. De la intriga internacional a los complots internos: Pioneros del género en México.	39
2.2.1. El caso de la primera novela policial en México.	40
2.2.2. Primeros muertos: Autores mexicanos pioneros del policial.	42
2.2.3. Crímenes con aroma a rosas: Autoras y pioneras del género.	60
2.3. Los jueces calificadores: El relato policial en voz de los críticos.	65
3. Muerte por entregas. La literatura policial y las revistas.	70
3.1. Develando el enigma: Primeras revistas del género en México.	70
3.1.1. Revista <i>Misterio</i>	70
3.1.1.1. Autores mexicanos y latinoamericanos en <i>Misterio</i>	74
3.1.2. Revista <i>Detectives y Bandidos</i>	83
3.1.2.1. Autores mexicanos y latinoamericanos en <i>Detectives y Bandidos</i>	86
3.2. Las revistas clásicas: <i>Selecciones</i> y <i>Aventura</i> y <i>Misterio</i>	89

3.2.1. La literatura policial se vuelve cosa seria: <i>Selecciones Policiacas y de Misterio</i> . -----	89
3.2.1.1. Autores mexicanos en <i>Selecciones</i> . -----	92
3.2.2. Solo en español: <i>Aventura y Misterio</i> . -----	101
3.2.2.1. Autores mexicanos en <i>Aventura y Misterio</i> . -----	104
3.3. Letras escurridizas: Otras revistas y publicaciones dispersas. -----	119
Conclusión. -----	125
Anexos. -----	128
Bibliografía. -----	188

Introducción

El presente trabajo de investigación, es un intento de reconstrucción histórica de uno de los géneros literarios más populares y relegados del campo académico por mucho tiempo, me refiero al policial y específicamente al que se gestó en México entre las décadas de 1930 y 1960.

El interés por realizar esta investigación nace primeramente de mi gusto al género policial, luego por la poca atención que se le ha brindado al periodo que estudio (reflejado en algunos artículos y ensayos periféricos acerca del género en el país) y finalmente, pero no menos importante, por la urgente necesidad de rescatar material que hasta hace poco estaba condenado al olvido.

El trabajo se encuentra dividido en tres capítulos. El primero, titulado “La novela policial y sus vertientes”, está dedicado a ofrecer un panorama histórico breve del policial tanto en Europa (Inglaterra y Francia, principalmente), como en Estados Unidos y Latinoamérica (Argentina y Chile, esencialmente), poniendo especial énfasis en sus inicios, hacia mediados y finales del siglo XIX, hasta la década de 1950 aproximadamente. También se hace mención de los dos subgéneros del policial más importantes, resaltando algunas de sus características fundamentales.

El segundo capítulo se llama “México y sus elementos para una pesquisa literaria: Novelas, teatro y antologías del relato policial”. Tras un pequeño viaje por los presuntos orígenes del relato policial en el país, la mayor parte del capítulo se encargará de hacer un repaso lo más puntual posible, de los autores y obras pioneras del género, comentando

algunas características particulares de cada obra, así como algunas similitudes y diferencias que pudieran tener entre ellas, sin dejar de lado la opinión de la crítica de la época.

En el tercer y último capítulo, titulado “Muerte por entregas. La literatura policial y las revistas”, hago un repaso por algunas de las publicaciones que se dedicaron a la difusión del género en México, proporcionando datos generales de cada una y comentando algunos de los textos escritos por autores nacionales. Además, comento algunos relatos de autores importantes del género, como lo son Antonio Helú y María Elvira Bermúdez, publicados en otros medios, como periódicos, antologías o revistas extranjeras.

Al final del trabajo se encontrará con un anexo, en que se incluirán algunas de las narraciones comentadas en el tercer capítulo que han sido consideradas para su rescate, como una muestra de lo publicado en el periodo estudiado.

Al tratarse de una reconstrucción histórica del género policial en México, la principal metodología será la de la historia literaria cuyo principal componente serán “obras literarias y escritores”¹ y “[...] consiste en establecer una ordenación rigurosa y verídica de los hechos, obras y autores [...]”.² O como dicen Wellek y Warren al considerar la historia de la literatura como un acto de reconstrucción imaginativa que desde la selección de materiales lleva implícita algún juicio de valor y siempre existen intentos de calificación y valoración.³ Como auxiliares en este intento de historiar, será necesario dejar por sentado

¹ Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (Ayer y hoy)*, Tusquets, Barcelona, 2005, p. 348. También señala que son los sistemas, códigos, sucesos poéticos y horizontes de expectativas por parte de los lectores y críticos lo que compone un texto de esta naturaleza.

² María Victoria Ayuso de Vicente, Consuelo García Gallarín y Sagrario Solano Santos, *Diccionario de términos literarios*, Akal, Madrid, 1997, p. 184.

³ René Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria*, tr. de José Ma. Gimeno, pról. de Dámaso Alonso, Gredos, Madrid, 2009, pp. 52-56.

las características básicas del género⁴ y sus subgéneros más importantes, que proporcionarán al lector las herramientas necesarias para no perderse en la lectura del trabajo. También emplearé textos de diversos investigadores que han abordado el estudio de alguna o varias obras policiales, siendo mayormente los trabajos del investigador Vicente Francisco Torres, los responsables de llenar algunos vacíos en este paseo por la literatura policial mexicana.

Una de las limitaciones que he tenido para el desarrollo de este trabajo está en relación a la difícil búsqueda y localización de diverso material tanto hemerográfico como bibliográfico, pues, las bibliotecas les han negado el acceso y las librerías de viejo entre polvo, ratones y millares de libros, hacen de la labor de búsqueda algo además de exhaustivo, en muchas ocasiones inútil y frustrante.

⁴ Respecto al concepto de género, entiéndase este como la “clase o tipo de discurso literario —determinado por la organización propia de sus elementos en estructuras— a que puede pertenecer una obra”. Mientras los subgéneros vendrían siendo aquellos textos inscritos parcialmente en el género, cuyo grado de originalidad ha transgredido las estructuras compositivas del mismo. Helena Beristáin, *Diccionario de Retórica y Poética*, Porrúa, México, 2004, p. 231. En ocasiones habré de emplear la palabra estilo como sinónimo de subgénero.

1. La novela policial y sus vertientes

Para muchos estudiosos, aquella obra en que exista un crimen o un indicio de investigación forma parte del género policial, sin embargo, las obras que se insertan en el mismo, más que tener como simple punto de partida el crimen y al detective o investigador, presentan algunas características básicas que son fundamentales para distinguir un relato policial del resto de narraciones con un aspecto relacionado al género. Del conjunto de obras policiales, se distinguen dos grandes subgéneros: el policial clásico y el policial negro.⁵

El policial clásico (conocido también como “novela enigma”, “novela-problema” o “escuela inglesa”), más que la simple búsqueda y descubrimiento de “un criminal que se esfuma en el espacio”,⁶ es un enfrentamiento de genios, del delincuente que astutamente busca burlar a la autoridad y del detective que apela a su inteligencia para desenmascarar a su rival.

Para dicho enfrentamiento, son básicos dos elementos: 1) la caracterización del detective y 2) la del ambiente o espacio donde se desarrolla la historia. Para el primer elemento, se busca plasmar en el investigador a alguien dotado de una extraordinaria inteligencia, culto, generalmente es un aficionado para resolver misterios, en ocasiones puede ser hombre de ciencia (de ahí que el método deductivo sea el preferido y el más usado por estos personajes, pues otorga cierta seriedad y rigor a la investigación, evitando

⁵ Además de estos subgéneros, existen otros que en la mayoría de los casos son de menor importancia en la producción, calidad de las obras, siendo incluso, derivadas de estos subgéneros, como la novela de espionaje (la serie de novelas en que el personaje es el multifacético y atractivo James Bond es el mejor ejemplo), el relato criminológico (textos en donde el protagonista es el delincuente y es muy cercana al policial negro), aquellas narraciones donde se privilegia la visión de la víctima o algunos textos híbridos, que combinan un poco de policial negro con novela de espionaje o policial clásico.

⁶ Mempo Giardinelli, *El género negro. Ensayos sobre literatura policial*, UAM, México, 1996, p. 15.

caer en errores y de paso se encarga de retirar “a la ficción lo que pudiera tener de imaginario y por ende de azaroso”⁷), siendo todo ello, motivo suficiente para despreciar a los “profesionales” de la ley y el orden con los que muchas veces tendrá que verse las caras y nunca saldrán bien librados de la agudeza del detective privado. Por lo general son de clase media o alta, pueden tener un ayudante y usualmente todo lo resuelven mayormente sin exponerse físicamente desde su oficina o el lugar del crimen. Mientras, el segundo elemento, es generalmente el espacio donde habita la clase media o alta, que aunque puede parecer un acto de pedantería es, de acuerdo a Eugenia Revueltas, una muestra de que “el crimen no sólo lo comenten los humildes [...] (también) aquellas que parecen más insospechables, aquellas que son la base de la sociedad [...]”⁸. Como el escenario de los hechos narrados es en lugares muy bien acotados, el lenguaje que se utiliza en los personajes es culto, libre de insultos, refinado y quizá, con una notoria marca de la época.

En esta clase de narraciones es usual que los culpables o criminales, se encuentren o estén muy cercanos al lugar de los hechos, ya sea por tener algún tipo de relación afectiva con la víctima (familiar, amigo, pareja) o laboral (mayordomo, servidumbre, socio, etc.) y el móvil está relacionado con cuestiones económicas o personales que pueden beneficiarlo o perjudicarlo (a él y/o a otras personas). Empero, su destape va acompañado previamente de falsos culpables o sospechosos inocentes y, cuando se llega el momento, el artífice del crimen resulta ser la persona menos sospechosa, siendo considerado un falso inocente

⁷ Thomas Narcejac, *Una máquina de leer: la novela policiaca*, FCE, México, 1986, p. 27.

⁸ Eugenia Revueltas, “La novela policiaca en México y Cuba”, *Cuadernos Americanos* (México, D.F.), núm. 1, 1987, p. 107. Paréntesis mío. Para reforzar esta idea cito a uno de los grandes autores de este estilo de policial, Chesterton: “¿Quién ha leído alguna vez una novela policiaca sobre gente pobre? Los pobres cometen crímenes, pero no tienen secretos. Y como los orgullosos si los tienen, es necesario descubrirlos [...]”. G. K. Chesterton, *Cómo escribir relatos policíacos*, trad. de Miguel Temprano García, Acantilado, Barcelona, 2011 (El Acantilado, 226), p. 64.

desde el inicio de la narración. De ahí su astucia y el que se considere al culpable como un genio malvado que se enfrentará al genio benévolo del detective que se terminará imponiendo.

El desarrollo de la historia en esta clase de novelas es paulatino, pues se busca conseguir en el lector el mayor suspenso⁹ posible, para ello, el autor recurrirá a la manipulación de la información, es decir, cada pista, indicio o elemento que pueda revelar el misterioso crimen, se develará poco a poco, de manera que, al final del relato, es cuando se soluciona el problema por el detective, quien paso a paso, como si fuese un científico, nos muestra como llegó a sus conclusiones.

El policial negro (conocido también como “escuela norteamericana”) comprende una serie de textos en que el suspenso se complementa con mucha acción, pues a diferencia de la vertiente clásica, esta busca “ser realista, tanto en los personajes, como en los escenarios y atmósferas. Debe tratarse de gente real en el mundo real”.¹⁰ Por lo tanto, el protagonista de estas historias ya no será el detective intelectual y aficionado que resuelve los casos a través deducciones, este será un tipo “renuente y poco sociable, inteligente y suspicaz”,¹¹ que siempre muestra “un rechazo a la sociedad, por lo cual siempre será considerado como un intruso [...] su carácter, condición y actuación no son heroicos sino

⁹ Una definición primaria, según la RAE de suspenso o suspense es aquella “expectación impaciente o ansiosa por el desarrollo de una acción o suceso, especialmente en una película cinematográfica, una obra teatral o un relato.” Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*. Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/?val=suspenso> Consultado: Martes 1 de octubre de 2013, 11:00 pm. La definición del diccionario no dista de lo que dicen los especialistas en novela policiaca.

¹⁰ Raymond Chandler, “Los apuntes de Chandler sobre la novela de misterio (extractos)”, en Mempo Giardinelli, *op. cit.*, p. 110.

¹¹ Ilán Stavans, *Antihéroes. México y su novela policial*, Joaquín Mortiz, México, 1993, p. 46.

antiheroicos”.¹² Es un ser marginal, “un hombre de este mundo”, crudo y agresivo que “no se limita a investigar distanciadamente (como el detective del policial clásico) las vidas de los demás [...], no tiene más remedio que involucrarse personalmente (de ahí su vulnerabilidad)”.¹³

En esta vertiente del policial, el crimen ya no es de aristócratas, ni está solamente relacionado al asesinato, para este subgénero, el crimen sucede en las calles, siendo estos desde homicidios, complotos de todo tipo, tráfico de diversas cosas, infidelidades, robos, entre otras más, y quienes perpetúan estos delitos son ladrones, prostitutas, *gangs*, drogadictos, en general, personas de bajos estratos sociales, vinculados con negocios ilícitos. Sin embargo, y como un aporte importante al desarrollo del policial, se puede considerar la aparición de toda clase de políticos corruptos o personas que se dicen honorables, involucradas de igual manera en negocios turbios y que mostrarán la otra cara de las naciones que se llaman modernas, como Estados Unidos. Por desenvolverse en los bajos fondos¹⁴ de las grandes urbes, el detective-protagonista de esta clase de narraciones es violento en todo sentido, pues no sólo lo hace para cuidar sus espaldas, sino para poder introducirse en ese submundo citadino, donde el habla es soez y toda clase de peligros aguardan.¹⁵

¹² José F. Colmeiro, *La novela policiaca española: teoría y crítica*, pról. de Manuel Vázquez Montalbán, Anthropos, Barcelona, 1994 (Biblioteca A, Artes-Literatura, 9), p. 70.

¹³ *Ibid.*, p. 72. Paréntesis mío.

¹⁴ Entiéndase por “bajos fondos”, todas aquellas zonas marginales de las grandes ciudades, es decir, las zonas repletas de cabarets, bares, donde se toleran muchas actividades como la prostitución, el tráfico de mercancías o drogas y muchas veces van ligados a los cinturones de pobreza que se encuentran ya sea en la periferia o en barrios de mala fama.

¹⁵ La crítica social que yace en las narraciones policíacas negras y cuyo portavoz suele ser el detective, “parte de una desconfianza total en la sociedad y sus instituciones”. José F. Colmeiro, *op. cit.*, p. 62.

El éxito inmediato de este estilo del policial se debe en buena medida al realismo¹⁶ que se emplea en cada narración (un elemento indispensable para el autor en esa búsqueda de realismo es incluir narradores en primera persona que la mayoría de las veces coincide con el detective-protagonista, a veces con el criminal, algunas más, se trata de un personaje secundario, generalmente un amigo del detective que conoce muy bien al protagonista y rara vez, el narrador es en tercera persona.), lo cual, suele atrapar fácilmente al lector, llevándolo por una secuencia de acción y violencia progresiva, donde los diálogos y sucesos son ágiles, las descripciones son breves y visuales, casi cinematográficas (haciendo que el tiempo de la narración sea en el mayor de los casos lineal).

Concluyendo, se puede decir que las narraciones policiales en general, se desarrollan con base en un crimen que no necesariamente debe ser un asesinato y que puede suceder y ser cometido por cualquier persona en cualquier lugar y cuyo móvil puede obedecer a diversas razones, siendo las más frecuentes la envidia, los celos, algún beneficio económico, venganza, complot de cualquier índole, ajuste de cuentas, entre muchas otras. También puedo afirmar que el detective-protagonista recurre a la investigación para descubrir al culpable, solo que existen dos formas de hacerlo, una de manera lógica o científica con el método deductivo y una más en que el detective tiene que salir a la calle en busca de pruebas e indicios que lo lleven con el responsable, poniendo en riesgo su integridad constantemente. Es decir, para que una novela pueda ser incluida en el género

¹⁶ No se confunda con el movimiento artístico y literario producido como reacción al romanticismo en la segunda mitad del siglo XIX y surge “cuando los escritores deciden retratar la realidad, reflejarla objetivamente [...]”, basándose en la observación y documentación que “les permite realizar descripciones minuciosas y exactas de ambientes y personajes”. Para muchos de los autores realistas, “la novela debe servir para reformar, cambiar la sociedad; el escritor adopta una actitud analítica y crítica ante la sociedad burguesa”. María Victoria, *et. al., op. cit.*, pp. 317-318. El policial negro toma algunos elementos básicos de este movimiento (las descripciones, el lenguaje) y los incorpora a su ficción, haciendo verosímil la narración, sin embargo, no son tan exhaustivos como los autores decimonónicos.

policial, no solo debe contar con un crimen (que puede o no resultar impune) y/o contar con un detective o investigador, debe presentar algunas de las particularidades pertenecientes a cada variable del género y ser estas parte importante de la historia, de lo contrario, no se estaría ante un relato policial, simplemente estaríamos ante una novela de otro tipo.¹⁷

1.1 Siguiendo la pista. Breve historia del policial.¹⁸

Cuando se habla del origen del policial, hay quienes se remontan a periodos muy antiguos, señalando como antecedentes el *Edipo Rey* de Sófocles, *Las mil y una noches*, el folclore celta, a Arquímedes, la *Biblia* o el caso del holandés Robert Van Gulik (1910-1967) quien halló unos textos chinos del siglo XVIII en que se relatan las investigaciones del juez Ti, pero que erróneamente reescribió.

También hay quienes ven en Voltaire, Balzac, el *Macbeth* de Shakespeare, *Crimen y Castigo* de Dostoievski, *Los miserables* de Víctor Hugo, entre muchos otros, a los precursores del género, sin embargo, como menciono en el apartado anterior, el que un texto literario cuente con un episodio de crimen o delincuencia, no quiere decir necesariamente que se vincule con el policial, pues en muchos de estos ejemplos, este aspecto primigenio del género, suele ser secundario, de menor importancia o derivado de una acción principal. Sin negarles su merito del todo, pero sin caer en exageraciones, los

¹⁷ Para mayor información respecto a estos subgéneros del policial, véase Juan José Galán Herrera, "El canon de la novela negra y policiaca", *Tejuelo: Didáctica de la Lengua y la Literatura. Educación*, no. 1, 2008, pp. 58-74.

¹⁸ Las referencias bibliográficas mencionadas en este apartado son una mezcla de los aparecidos en el libro de Thomas Narcejac, *op. cit.*, Mempo Giardinelli, *op. cit.* y Fereydoun Hoveyda, *Historia de la novela policiaca*, Alianza, Madrid, 1967.

anteriores textos, más que ser parte de los orígenes del género, son guiños o avisos previos a lo que sería muchos siglos después el policial.¹⁹

1829 sería el año en que surge el primer cuerpo oficial de policía y con él la historia de la literatura policial estaría por tomar forma. Pasarían doce años para que “en abril de 1841, cuando la revista *Graham's*, de Filadelfia, publicara [...] “Los asesinatos de la calle Morgue”, de Edgar Allan Poe”.²⁰ Con Poe (1809-1849) y su detective Auguste Dupin (protagonista de dos cuentos más: “El asunto de María Roget” y “La carta robada”), personaje sumamente astuto, cuyas deducciones eran por demás certeras, marcando una clara superioridad de inteligencia “del detective frente a la burocrática de los miembros de la corporación policial”.²¹ Con el autor de “El cuervo” inicia el cultivo del género en la que fuera su primera etapa, es decir, aquella en que el detective suele ser alguien con una inteligencia superior al promedio y en que más que recurrir a investigaciones exhaustivas, es a través de operaciones lógicas (la deducción) en que se resuelve el crimen, muchas veces ligado a la aristocracia y desarrollado en un ambiente inglés. Me refiero al policial clásico o escuela inglesa.

Si Poe escribió el primer relato policial en forma, al escritor y dramaturgo inglés William Wilkie Collins (1824-1889) se debe la primera novela policial, titulada *La dama de*

¹⁹ Ernest Mandel considera que el relato policial surge en buena medida de las historias de bandidos (Robin Hood, por ejemplo) en que se tenía un concepto positivo del ladrón, quien robaba al rico opresor (de quien se tenía una visión muy negativa), pero que a mediados del siglo XIX sucedió lo que llama “un vuelco dialéctico: el héroe bandido de ayer se ha convertido en el villano de hoy, y el villano representante de la autoridad de ayer, en el héroe de hoy”. Ernest Mandel, *Crimen delicioso. Historia social del relato policiaco*, UNAM, México, 1986, p. 11. Ve en la forma de operar de los textos policiales a la inglesa, una forma de legitimar y mostrar la confianza en los medios de control y seguridad impuestos por el estado.

²⁰ Vicente Francisco Torres, *El que la hace... ¿La paga? Cuentos policíacos latinoamericanos*, CERLALC, Lima, 2006, p. 9.

²¹ Mempo Giardinelli, *op. cit.*, p. 56.

blanco (1859-60). Su novela de 1868, *La piedra lunar*²² tiene como protagonista al sargento Cuff, personaje considerado como influencia del famoso detective Sherlock Holmes de Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930) que haría su primera aparición en 1887 en la novela *A Study in Scarlet* volviéndose a partir de ese momento en un referente no solo de la narrativa policial, sino de la cultura popular de occidente.

Con una personalidad multifacética y considerado por algunos críticos ingleses como un gran autor, el británico Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) quien es ampliamente conocido por su novela *El hombre que fue jueves* (1908), retoma la misma fórmula que implementaran Poe y Conan Doyle para crear en 1911 la novela *El candor del Padre Brown*, en que este religioso católico haciendo las funciones de detective y con un amplio conocimiento de la conducta humana resuelve todo tipo de casos. La diferencia entre el personaje y las narraciones de Chesterton respecto a las de sus dos antecesores es sin duda el elemento religioso, ya sea para resaltar valores, como fuente de la intriga o como agente salvador, pues en su calidad de religioso más que resolver enigmas, rescataba las almas de los delincuentes.

La narrativa policial tendría un cambio significativo con los textos del poeta, periodista, dramaturgo y novelista británico, Edgar Wallace (1875-1932), que en 1905 publica *The four just men*, novela que deja de emplear los preceptos del policial clásico en su sentido más estricto y mezcla el enigma con la acción de los personajes, conformados por detectives profesionales o miembros de la policía, incrementando el suspenso y

²² Ambas obras son consideradas pioneras de la novela policial en una variante muy cercana a esta, conocida como "sensation novel" y cuyas historias se desarrollan principalmente en torno a sucesos criminales (ficticios o reales) o biografías de criminales famosos.

sirviendo de pauta o transición para la irrupción del policial negro. Empero, los esfuerzos de Wallace por hacer una novela policial distinta, el reinado del policial clásico, repleto de enigmas, pistas y detectives aficionados aún dominaría la escena literaria. Ejemplo de ello es el elegante, snob y detective aficionado Philo Vance, personaje creado por S. S. Van Dine, seudónimo de Willard Huntington Wright (1888-1939) y que protagonizara 12 novelas entre 1926 y 1939.

Aunque Chesterton marca una pequeña diferencia respecto a sus antecesores, el estilo inaugurado por Poe y Collins, y consolidado por Conan Doyle sería el que predominaría durante finales del siglo XIX y hasta el primer tercio del siglo XX (se prolongaría por más tiempo, pero cada vez con menor calidad y popularidad). Una muestra clara de esto se puede apreciar en las autoras, Agatha Christie (1890-1976) y Dorothy Leigh Sayers (1893-1957). La primera, considerada como una escritora de menor calidad literaria, pero de una producción fecunda (79 novelas) es la responsable y creadora de dos detectives ampliamente conocidos: Por un lado tenemos al siempre observador y conservador inspector de policía Hércules Poirot y por el otro a Miss Marple (quien aparece por vez primera en el cuento de 1928, “El club de los martes”), dama de sociedad, cuya apariencia serena ocultaba un gran poder analítico que por medio de conversaciones aparentemente casuales, lograba realizar numerosas preguntas que de otra manera no podría hacer, obteniendo así, la evidencia necesaria para resolver los enigmas. Sus obras transcurren lentamente y prolongan el policial clásico hasta la primera mitad del siglo XX. Su importancia radica no solo en haber sido una escritora prolífica, también en haber creado a la primera detective de género femenino y desde luego, ser una de las pocas mujeres que cultivaron este estilo con éxito, siendo llamada como “*the Queen of crime*” (la

reina del crimen). La segunda, mayormente conocida por su trabajo como dramaturga, ensayista y traductora (destacando por su traducción de la *Divina Comedia*), es la creadora de Lord Peter Wimsey, aristócrata inglés, sumamente culto, quien de manera amateur resolvía diversos enigmas, siempre acompañado por Bunter, su mayordomo. Este personaje aparece por primera vez en su novela de 1923, *Whose body?* Y lo haría repetidamente y con cierto éxito en nueve novelas más.

La serie de textos protagonizados por Ellery Queen (1929) fueron una creación de los norteamericanos Frederick Dannay y Manfred Bennington Lee, quienes idearon este seudónimo para participar en un concurso de novela policial. Una vez dentro del género, publicaron una serie de narraciones detectivescas ricas en acción, siendo la constante el juego del gato y el ratón, pudiendo considerarse como un antecedente o transición para lo que inmediatamente vendría poco después y cambiaría el género por completo. No menos importante resultó su labor como difusores del policial, pues gracias a ellos y su *Ellery Queen's Mystery Magazine* que se publicara a partir del otoño de 1941 (que a la fecha sigue en circulación) se dieron a conocer diversos autores, además de ser una de las primeras publicaciones que arribaron a Latinoamérica.

El reinado de los detectives a la inglesa llegó a su agotamiento y sufrió un revés en la década de 1920 cuando en Estados Unidos surgen diversas revistas o *pulps magazines*²³ entre las que destaca *Black Mask*, responsable del surgimiento de la segunda etapa del

²³ *Pulp* es una expresión popular norteamericana que refiere a aquellas publicaciones periódicas de gran tiraje, pero cuyo papel (de color amarillento y elaborado con los desechos de la pulpa de madera) y encuadernación eran de muy mala calidad y baratos. Los *pulps* se caracterizaron por difundir escritos de géneros altamente populares como el *western*, la ciencia ficción, el relato erótico, el policial, el de horror, entre muchos otros.

género, es decir, el policial negro, que se aleja de las formalidades y pulcritudes inglesas para acercarse a las calles, la violencia y la crítica a destajo.²⁴

Así como Agatha Christie, el abogado y novelista norteamericano Erle Stanley Gardner (1889-1970) fue un autor muy prolífico, con alrededor de setecientos relatos, 127 novelas, la mayor parte de ellas protagonizadas por el abogado Perry Mason. En sus narraciones, Gardner hace gala de sus conocimientos en leyes y criminología y logra que su personaje a través de reconstruir los hechos pueda demostrar la inocencia de su cliente, ganando prácticamente cuanto caso cayera en sus manos, siempre y cuando la culpabilidad del acusado estuviera en duda. Aunque sus textos no eran malos, la cantidad de obras publicadas y la forma en que lo hacía (empleaba secretarías para que escribieran sus libros que personalmente dictaba o les dejaba en una grabadora) demostraban que más que un arte se trataba de una industria, de un negocio, hecho que emplearían muchos de los detractores de la narrativa policial para considerarla un subproducto literario.

El norteamericano Dashiell Hammett (1894-1961) es uno de los pioneros de este estilo. Quien fuera soldado durante la Primera y Segunda Guerra Mundial, así como investigador privado (de la famosa agencia Pinkerton), fue autor de numerosos cuentos y algunas novelas, siendo *Cosecha roja* (1929) y *La maldición de los Dain* (1929) no solo las mejor logradas sino las que lo lanzaron a la fama. No obstante, fue en 1930 con *El halcón maltés* y su entrañable detective Sam Spade, que pasaría a la posteridad. El estilo de este autor se caracteriza por ser muy impresionista y seco, reflejado muchas veces en personajes

²⁴ Mempo Giardinelli señala puntualmente que el género negro es heredero de la literatura de *cowboys* y de la que tomó mucho del aspecto crítico que la caracteriza, pues estas segundas describían “la brutalidad del atropello de los blancos contra los indios, el exterminio en aras de una dudosa civilización”. *Ibid.*, p. 27.

poco expresivos, rudos y violentos, además de que las historias se desarrollaban en lugares diametralmente opuestos a los del estilo inglés, es decir, en lugar de los ambientes aristocráticos, fueron los bajos fondos de las grandes urbes norteamericanas llenos de delincuentes y los males de la sociedad moderna, el lugar propicio para el desarrollo de sus historias.

El que inicialmente fuera hombre de negocios (dejó de serlo cuando fue despedido, durante la depresión económica que afectó a los Estados Unidos entre 1920 y 1930) y se dedicara a la literatura por necesidad, Raymond Chandler (1888-1959), es otro de los precursores de este estilo y que a pesar de figurar a una edad tardía (45 años), sus narraciones que pretendían ser una imitación de Hammett, resultaron ser muy diferentes, pues aportaron al policial negro, el descaro y la mofa de sus personajes. Después de publicar diversos relatos en *Black Mask* entre 1933 y 1939, salta a la fama precisamente en 1939 con la publicación de su primera novela (*El sueño eterno*) y su protagonista, el detective Philip Marlowe (quien aparece en el cuento de 1934, “El confidente”) se vuelven referentes de este policial duro, desencantado de la sociedad, pesimista y nada alentador. Sin embargo, Chandler no se limitaría a escribir novelas, pues como un gran defensor y cultivador del género, buscó incansablemente que el policial obtuviera el reconocimiento que no tenía por los círculos literarios más prestigiados de su momento. Razón por la que en diciembre de 1944 en *The Atlantic Monthly* publica el ensayo titulado “El simple arte de matar”, en que brinda una excelente reflexión acerca de este género, siendo considerado como su primer teórico (además de una de las voces más autorizadas en la materia), ya que establece de manera clara y puntual las características básicas y particulares de este subgénero del policial, que la diferencian de la escuela inglesa o clásica. Para 1953 alcanza

la cumbre de su carrera con la publicación de *El largo adiós*, novela considerada por muchos, como la mejor.

James Mallahan Cain (1892-1977) es junto a Hammett y Chandler uno de los padres fundadores del policial negro. De vida azarosa, pues de cantante de ópera frustrado, pasó al periodismo y luego como guionista en Hollywood. Al igual que Chandler, Cain se dedica a la literatura a una edad tardía, pues en 1934, a la edad de 42 años, publica su primera y más exitosa novela: *El cartero siempre llama dos veces*. Tanto esta, como el resto de producción narrativa cuentan con una innovación en el estilo negro y en el policial en general, pues si Hammett y Chandler dieron forma a la escuela norteamericana del policiaco y trasladaron al detective del ambiente aristocrático a las calles inhóspitas, Cain, fue más allá y en lugar de darle el protagonismo al detective (de hecho en algunas de sus obras se carece de este), se privilegia el punto de vista del criminal. Sus historias están llenas de pasión, violencia y traiciones en que usualmente un hombre cualquiera cae ante los encantos de una mujer, volviéndose en criminal o cómplice de ella.

El belga Georges Simenon (1903-1990) que publicara más de 300 obras de diversos tipos (novelas de costumbres, de aventuras, ensayos, cuentos, etc.), es ampliamente conocido por la serie de narraciones en que su protagonista es el comisario Jules Maigret (que aparece en 1929 en el cuento “Pedro El Letón”), quien a diferencia de otros personajes contemporáneos tanto ingleses como norteamericanos, resultaba ser más compasivo y sobrio (que no aristócrata como los ingleses) aunque no menos hábil para descubrir enigmas. Acusado en Francia de manera injusta en 1945 por colaborar con los nazis y obligado a un exilio temporal en los Estados Unidos, con el paso del tiempo ha sido

considerado como el padre de la moderna literatura policial francesa, además de ser el autor más fecundo, es uno de los más leídos y traducidos en todo el mundo. Sus textos policiales siguen en mayor medida el modelo inglés del policial, es decir, el clásico, aunque Simenon agrega el análisis psicológico y ambiental de sus personajes y un lenguaje irónico sobre la realidad contemporánea de su época. De manera más esporádica pero no menos importante, llegó a incluir escenas de rudeza en las acciones que lo acercaban ligeramente con el policial negro norteamericano.

El californiano Kenneth Millar (1915-1983) quien fuera oficial de comunicaciones durante la Segunda Guerra Mundial, además de psicólogo y profesor, fue también un prolífico escritor que bajo el seudónimo John Ross MacDonald (aunque siempre fue conocido como Ross MacDonald), creador del detective Lew Archer (que hace su primera aparición en 1946 en la novela *Find the woman*) quien es un ex policía divorciado, desconfiado con las mujeres, pragmático, descarado y aficionado a la psicología. Es considerado por numerosos estudiosos del género negro como el heredero y continuador de Hammett y Chandler. No obstante, MacDonald si contribuyó significativamente al género, pues así como fue el último de los grandes autores de policial negro en utilizar un detective como personaje central de sus obras, fue el primero en introducir una perspectiva psicológica a los personajes y los ambientes, poniendo en evidencia la decadencia o la otra cara del *american way of life*, así como ciertos clichés comunes en California como calificar de “malos” a los negros y chicanos, algo que sus contemporáneos no consideraron o desarrollaron con amplitud.

En la primera mitad del siglo XX, la novela policial se vio notablemente favorecida por la llegada del cine, pues permitió que numerosas obras del género, especialmente del policial negro se difundieran masivamente, ejemplo de ello se puede hallar en la norteamericana Patricia Highsmith (1921-1995) que publicara en 1950 *Strangers on a Train*, novela que llevara al cine de manera magistral Alfred Hitchcock en 1951 con guión de Raymond Chandler. Highsmith ganaría más fama con la serie de novelas protagonizadas por Tom Ripley (*El talento de Mr. Ripley* (1955), *Ripley bajo tierra* (1970), *El juego de Ripley* (1974), *Tras los pasos de Ripley* (1980) y *Ripley en peligro* (1991).), un estafador hábil para suplantar a sus víctimas y obtener lo que desea, además de ser asesino ocasional. Su originalidad y a su vez, aportación al policial radica en que el personaje no se ve sometido a la moral convencional, creando además, sus propios valores, pues nunca es castigado o atrapado en sus fechorías, logrando de esa manera ascender en la escala social. El personaje creado por Highsmith perfeccionaría mucho los relatos que se enfocan en la visión del delincuente que había creado James M. Cain años atrás.

Si bien el policial negro toca los problemas más ocultos de la sociedad norteamericana, es con Chester Himes (1909-1984) que, además de contar con tramas duras, con una férrea crítica social, lucha contra el racismo, desarrollando la mayor parte de sus obras en el barrio negro de Nueva York, siendo los detectives “Ataúd” Ed Johnson y “Sepulturero” Jones, los protagonistas de una serie de novelas que comenzara en 1957 con *For love of Imabelle* y concluyera en 1969 con *Blind man with a pistol*, siendo en total nueve novelas que de manera un tanto fatalista retratan la desigualdad y vida de la comunidad afroamericana.

El inglés Ian Flemming (1908-1964) fue el responsable de darle una vuelta de tuerca al género, cuando en 1953 publica *Casino Royale*, primera de muchas apariciones del celebre espía y comandante del Servicio Británico de Inteligencia, James Bond. A diferencia del policial negro y del inglés, los textos de Flemming mostraron a un personaje fantástico, lleno de aparatejos tecnológicos, inmerso en múltiples situaciones de intriga internacional, además de poseer una sobriedad y galanura muy inglesa. Aunque la serie de novelas del súper agente 007 no es muy compleja, fue el cine quien se encargó de inmortalizarlo en las diversas adaptaciones que se han realizado, siendo actores como Sean Connery, Roger Moore, Timothy Dalton, Pierce Brosnan y Daniel Craig, los encargados de darle vida al sofisticado y casi todo poderoso agente inglés.

A pesar de la irrupción de los escritores del policial negro y de su éxito alcanzado, los autores apegados al policial clásico en un intento por competir con los norteamericanos se agruparon en la *London Detection Club*. La nómina de autores inscritos en este club, alcanzaba a muchos escritores, entre los que destacan Agatha Christie, Dorothy L. Sayers, Gilbert K. Chesterton, Victor Whitechurch, Ronald Knox, Milward Kennedy, Arthur Morrison, entre otros. Aunque uno podría pensar que se trataba de más de lo mismo, lo que estos autores proponían era un juego literario por demás interesante: “una novela policial colectiva, que debía ser escrita por una docena de ellos, cada uno de los cuales redactaría un capítulo [...] además [...] cada uno, al redactar su propio texto, podía imaginar un final que los autores de los capítulos siguientes necesariamente no pensarían. Así, la construcción de la obra era totalmente empírica y cada autor le planteaba al del siguiente capítulo nuevos

enigmas”.²⁵ Como resultado de este juego salió la novela *El almirante flotante* (1931) que si bien no es una gran novela, debido en gran parte a las diferentes plumas que intervenían en ella, si marcó un precedente en el género al ser escrita por varias plumas y proponer diferentes soluciones, además de hacer más evidente la diferencia entre el policial clásico inglés y el negro norteamericano. A pesar de ello, el club persiste a la fecha y aunque su producción no es fecunda (apenas 12 novelas), siguen deleitando a los no pocos fanáticos con este peculiar juego de novelas escritas por varios autores.

Durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella, la industria editorial alcanzó un gran auge con la aparición de nuevas técnicas de impresión y del libro de bolsillo, lo que ocasionó un mayor alcance de estos textos al público masivo, aunque también provocó la proliferación de muchos autores del género que si bien publicaban mucho y en grandes volúmenes, ofreciendo al lector una amplia gama de textos policiacos, desde los tradicionales al estilo inglés hasta novelas de espionaje (sin dejar de lado, novelas negras), la mayoría de las veces la calidad narrativa iba en detrimento.

No obstante, al sur de la frontera norteamericana, se preparaba una contraofensiva de escritores que, aunque en otro idioma, darían al género un nuevo respiro.

²⁵ *Ibid.*, p. 62.

1.2 De Buenos Aires a la Ciudad de México. La narrativa del primer mundo en un “tercer” mundo

Aunque no se tiene conocimiento exacto de la fecha en que apareció la primera traducción de un texto policial, algunos estudiosos han considerado que arribó hacía fines del siglo XIX con textos de Poe. Sin embargo, la aparición de estas traducciones y el desarrollo de este tipo de narraciones no se dio por igual en todos los países latinoamericanos (de hecho su aparición fue tardía), siendo Argentina el primero en recibir el relato policiaco y por tanto, sería el país donde nació y se desarrolló primero el género.

1.2.1. El particular caso de Argentina

Siendo un país muy europeizante, durante mucho tiempo fue el punto central del desarrollo cultural de Sudamérica y en el caso del relato policial no fue la excepción, lo que ocasionó que diversos escritores tanto de las provincias argentinas, como de países vecinos como Chile o Uruguay, se acercaran a Buenos Aires para acercarse a las novedades y dar a conocer su obra.

Entre los pioneros del género destacan Raúl Waleis (seudónimo del jurista uruguayo-argentino Luis Vicente Varela Cané (1845-1911)), autor de la primera novela policial en español, titulada, *La huella del crimen* (1877-78), el crítico literario, bibliotecario e historiador franco-argentino Paul Groussac (1848-1929) con *La pesquisa* (1884) que en 1887 sería nuevamente publicado pero con el título de *El candado de oro* y el médico y naturalista argentino Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937) con *La bolsa de huesos* (1896). Recién entrado el siglo XX, los uruguayos Horacio Quiroga (1878-1937) y

Vicente Rossi (1871-1945), publican en Buenos Aires los libros de cuentos, *El crimen del otro* (1904) y *Casos policiales* (1912) respectivamente.

En el siglo XX, las traducciones de textos policiales gozaban de una enorme popularidad en Argentina y comenzaban a introducirse con éxito en Chile y Uruguay, razones por las que los editores de esta clase de literatura, vieron una oportunidad comercial enorme, que además, generaba a los lectores una sensación de justicia “digna de admirar” de los anglosajones, que era difícil de encontrar en las instituciones y gobiernos latinoamericanos, modelos de corrupción, ineficacia y poca credibilidad. Esta popularidad, obligó a los primeros cultores del género a desarrollar sus historias en contextos europeizantes, escribir colectivamente u ocultarse bajo un seudónimo (muchas veces en inglés), pues era comercialmente poco atractivo el desarrollo de textos policiales ambientados en Latinoamérica y menos escritos por autores locales. Esto ocasionó que en los círculos académicos se viera con muy malos ojos al policial y que, aquellos que se ocultaban bajo un seudónimo, también desconocieran muchas veces sus textos, considerándolos menores.

Durante la primera mitad del siglo XX y a causa de la cada vez creciente popularidad de las narraciones policiacas, surgieron diversas revistas y series de colección (que incluían cuentos o novelas), siendo las primeras, como menciona Diego Trelles Paz, “*La Novela Semanal, El Cuento Ilustrado, Bambalinas y Gran Guignol* (que) empiezan a florecer después de 1915 y tienen mucho éxito entre 1918 y 1922. Estas revistas publicaban

los títulos policiales de manera esporádica y, en su mayoría, seguían el molde de sus pares ingleses y estadounidenses [...]”.²⁶

Para 1929, el género estaba bien posicionado en el gusto del público, tanto, que surgieron nuevas revistas, continuadoras del legado de sus antecesoras próximas, solo que estas buscaron acercarse más a los *pulps*²⁷ norteamericanos. La Editorial Tor fue la responsable de editar la primera *pulp* en Latinoamérica, llamada *Magazine Sexton Blake* (publicación quincenal que privilegiaba el relato policial y de aventuras). Para 1931, sacó la colección Misterio (que después cambiaría de nombre, por el de serie Wallace) que introdujo de manera formal y masiva a diversos autores anglosajones del policial, tanto conocidos, como algunos nuevos para el lector.

Hacia finales de la década de 1930, Argentina se ve invadida por una gran cantidad de revistas o series de relatos policiales, como la “Biblioteca Oro” y su serie Amarilla, con que la editorial Molino cobra notoriedad, publicando de manera semanal y dedicándose a cuentos y novelas policiacos de autores consagrados como Agatha Christie, Ellery Queen o Philo Vance.²⁸ A esta, le sucedieron otras más de mediana o gran importancia y duración variable, como “la colección *Rastros* de editorial Acme, la colección *Pandora* de la editorial Poseidón, la “Serie Roja” de la colección *Austral* de Espasa Calpe, la serie “Misterio y Crimen” de la colección *Pinguino* de editorial Lautaro, *El Séptimo Círculo* de

²⁶ Diego Trelles Paz, “Novela policial alternativa hispanoamericana” (1971-2005), *Aisthesis* (Santiago), núm. 40, 2006, p. 83. Paréntesis mío. Todas estas revistas son argentinas, pues como menciono líneas arriba, el policial tuvo su surgimiento y mayor desarrollo temprano en ese país.

²⁷ Véase nota 23.

²⁸ Cabe aclarar que si bien esta serie, así como la propia editorial Molino son parte importante en los comienzos del policial en Argentina, ambas se originaron en Barcelona, España, a mediados de la década de 1930 y que fue, a raíz de la Guerra Civil que asoló al país por la que tuvo que migrar a la nación sudamericana, permaneciendo hasta 1953 cuando regresa la casa editorial a España y cuyo catálogo, según menciona José F. Colmeiro para 1954 era de 320 novelas ilustradas. José F. Colmeiro, *op. cit.*, pp. 126-140.

la editorial Emecé, *Serie negra* de editorial Bruguera, *Serie Negra* de Alianza Editorial [...]”,²⁹ entre muchas otras.

Si Chandler fue en los Estados Unidos un gran defensor del policial, en la década de 1940, uno de los más grandes escritores e intelectuales de Latinoamérica, Jorge Luis Borges (1899-1986), quizá para asombro de muchos, fue además de aficionado a la lectura del policial clásico, un gran entusiasta del mismo. Claro que, a diferencia del norteamericano, el autor de *Fervor de Buenos Aires*, siempre tuvo mayor predilección por la escuela inglesa, que por el realismo del policial negro norteamericano.

Además de su brillante labor como reseñista, crítico y ensayista del género (tarea que le convirtió en referente obligado no solo para dignificar el policial, también para acercarse a los grandes autores del mismo.), tuvo el acierto de practicarlo, como lo demuestran los cuentos “El jardín de senderos que se bifurcan”, perteneciente al libro de cuentos titulado *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1941) y “La muerte y la brújula” incluido en *Artificios* (1944) y que poco después aparecieron reunidos en *Ficciones* (1944). Más allá de la calidad o genialidad de Borges para escribir, hecho que no se pone en tela de juicio, está la capacidad inventiva que tuvo para llevar a alturas insospechadas el relato policial a la inglesa. Años después, repetiría con los cuentos “Emma Zunz” y “Abenjacán el Bojari” de *El Aleph* (1949).

Pero su cultivo del género no termina ahí, pues en colaboración con uno de sus amigos e igualmente aficionado al policial, Adolfo Bioy Casares (1914-1999) escribieron bajo el seudónimo de Honorio Bustos Domecq, *Seis problemas para don Isidro Parodi*

²⁹ Eugenia Revueltas, art. cit., p. 108.

(1942), *Dos fantasmas memorables* (1946), *Crónicas de Bustos Domecq* (1967) y *Nueve cuentos de Bustos Domecq* (1977). Aunque de menor relevancia, pero también dentro del policial, solo que bajo el seudónimo de Benito Suárez Lynch publicaron en 1946 el relato *Un modelo para la muerte*.

No obstante, el trabajo de Bioy y Borges no descansaría ahí, pues en 1943 y 1956 publicaron sus celebres antologías del género, tituladas *Los mejores cuentos policiales* e irían más lejos, cuando en 1945 publican la novela de Nicholas Blake, *La bestia debe morir*, que sería el primer número de la que, a la postre fuera una de las más notables colecciones de narrativa policial, llamada por sus autores como *El Séptimo Círculo* y editada por Emecé. Esta colección consta de 366 números³⁰ publicados entre 1945 y 1983, que durante un tiempo estuvo cuidada por ambos escritores y en la que se publicaron textos de autores consagrados, como John Dickson Carr, Charles Dickens, James M. Cain, Anton Chejov, entre otros, sin dejar de lado a autores latinoamericanos, como Manuel Peyrou (1902-1974) con *El estruendo de las rosas* (1948)³¹, Enrique Amorim (1900-1960) con *El asesino desvelado* (1946), o al propio Bioy que junto a su esposa, la también escritora Silvina Ocampo (1903-1993) publicaron en 1946, *Los que aman, odian*. La colección, de grandes tirajes (entre 10,000 y 15,000 ejemplares³²) fue un referente no solo para los amantes del género en Argentina, también acercó de manera amplia el policial donde aún

³⁰ Aunque en el número 366 se anuncia la aparición de un texto más (*Sangre fría*, de Leo Bruce), esta nunca fue publicada, siendo con el número antes mencionado, el fin de la colección. Para más información, respecto a los títulos que integraron la colección, véase: <http://mitiquisimo.blogspot.mx/2007/02/coleccion-el-sptimo-crculo-de-emec.html>

³¹ Anteriormente, en 1944 publicó el libro de cuentos policiales, *La espada dormida*.

³² Nestor Ponce, "Manuel Peyrou y la nacionalización de un género", *Orbis Tertius*, núm. 7, año IV, 2000. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2833/pr.2833.pdf Consultado: Sábado 1 de diciembre de 2012, 8:48 pm.

no había ingresado o se encontraba en desarrollo, como México, Colombia, Cuba, entre otros.

Es con la contribución de Borges y Bioy que el policial se consolida en Argentina, siendo este país el que mayor producción de relatos de este género publicaría, sin embargo, poco a poco, países como Chile, se integrarían al cultivo de esta clase de narraciones.

1.2.2. El enigmático caso de Chile

Alberto Edwards Vives (1874-1932), quien fuera un notable político, historiador, además de un entusiasta de la narrativa policial y fantástica, crea en 1913, junto con Joaquín Díaz Garcés la revista mensual *Pacifico Magazine*, en la que publica los diecisiete cuentos (entre 1913 y 1921) que protagoniza el “ingenioso, audaz y justiciero”³³ detective Román Calvo (conocido como el Sherlock Holmes chileno), bajo los parámetros establecidos por escritores del policial clásico, como Poe y por supuesto, Conan Doyle.

Después de Edwards, es hasta la década de 1930, concretamente el 25 de noviembre de 1934 en el diario *El Mercurio*, cuando Luis Enrique Délano Díaz (1907-1985) publicara su cuento “Muerte de una ninfómana” y meses después, en enero de 1935, en la revista de temas diversos, llamada *El Viaje*, aparece el cuento de Alberto Arzola Vargas, titulado “El asesino”, cuando el cultivo del género surge nuevamente entre los entusiastas del policial. Posteriormente, en 1939, Délano (quien firmó buena parte de sus relatos policiales bajo los seudónimos José Zamora y Mortimer Gray) publicó la antología de cuentos *Historias de*

³³ Clemens A. Franken K., “Alberto Edwards y su conservador detective Román Calvo”, *Anales de literatura chilena* (Santiago), núm. 5, año 5, diciembre 2004, p. 30.

detectives, editada por Zig Zag, sentando precedentes en la difusión del género en el país andino.

Es la década de 1940, cuando el policial alcanza su mayor desarrollo y consolidación, aunque, al igual que en Argentina, algunos de los autores que cultivaron el relato policial lo hicieron bajo un seudónimo y cuyas narraciones se desarrollaban en ambientes europeos, pues, al ser considerada como una literatura inferior no era visto con buenos ojos el que autores chilenos publicaran eso.

Es en este periodo cuando la editorial Zig Zag se convierte en la principal impulsora del género, al publicar cuentos y novelas de diversos autores anglosajones y algunos locales, entre los que destaca L. A. Isla que publica *El crimen del parque forestal* (1946) y *El indiferente* (1947).³⁴ En la década de 1950, “adquirió los derechos en español del *Ellery Queen's Mystery Magazine* en el periodo 1950-1960”.³⁵ Pero su mayor logro fue la *Revista Intimidaciones y Sucesos Policiales*, que entre 1950 y 1952,³⁶ que se dedicó a difundir masivamente numerosos relatos policiales, acompañados de notas periodísticas y artículos relacionados con la nota roja. Entre los autores más significativos se encuentran Antonio Acevedo Hernández que publicó tres relatos en 1951, Egidio Poblete quien publicó 40

³⁴ Aunque contemporáneos a las publicaciones de la editorial Zig Zag, hubo otros escritores que ajenos a esta editorial, dieron a conocer sus obras, como Eglantine Sover y su *Crimen al anochecer* (1948) y Armando Méndez Carrasco con *Juan Firula* (1948), *El carretón de la viuda* (1951), *El mundo herido* (1955), *La mala intención* (1958) y *Chicago chico* (1962).

³⁵ Diego Trelles Paz, art. cit., p. 83.

³⁶ En el periodo comprendido entre 1950 y 1951 fue dirigida por el escritor y periodista Alfonso Reyes Mesa (1909.1967). Posterior a este personaje, se desconoce quien o quienes fueron los encargados de la publicación.

cuentos entre 1950 y 1952, y René Vergara que hizo lo propio al ver publicados 35 relatos entre 1950 y 1952.³⁷

También se encargó de editar en 1951, la *Antología de los mejores cuentos policíacos*, de José María Navasal y algunos textos de Camilo Pérez de Arce, como *Un crimen entre psicólogos* (1950), *El partido final* (1950), *El enigma de la cleptómana* (¿?) y *Los minutos acusan* (¿?).³⁸

A pesar de lo logrado en la década de 1950, aún pasarían varios años, para que se produjera en este país un texto no solo ambientado en el mismo, sino que apegado al estilo del policial negro, tocara aspectos de la realidad chilena.

³⁷ Para mayor información respecto de los títulos de cada uno de los cuentos, véase: <http://www.mauroyberra.cl/contenido/bibliografia/1.html>

³⁸ Este autor, que publicara bajo los seudónimos James Enhard o Guillermo Blanco, fue uno de los pocos que publicó en Chile y Argentina, siendo *Estocada y veneno* (1951) y *Cuarteto para instrumentos de muerte* (1952), los textos que publicara en el país que estaba a la vanguardia en relación al género.

2. México y sus elementos para una pesquisa literaria: Novelas, teatro y antologías del relato policial

En México, cuando se buscan los orígenes de la literatura policial, algunos estudiosos han considerado que obras de diversa manufactura o algunos sucesos históricos forman parte de la prehistoria del género y aunque les concedo cierta razón en cuanto se pueden considerar como influencias de los primeros relatos policiales, no considero que sea total ni mucho menos definitiva, pues en muchos casos, se trata de cosas distintas, que quizá en esencia hablen de lo mismo, aunque sean el origen o influencia de otra cosa, tal como veremos a continuación.

2.1. De bandidos, causas célebres y otros antecedentes criminales previos al surgimiento de la narrativa policial

Ejemplo de ello es Ilán Stavans, en el ya citado *Antihéroes* quien considera que debido al “constante clima de agitación y frágil equilibrio civil, el surgimiento de un detective privado se dificulta porque la frontera entre el bien y el mal carece de concreción y oscila con el clima del momento”.³⁹ Para apoyar su argumento, realiza una breve descripción del surgimiento y desarrollo de los cuerpos policiales en el país,⁴⁰ siendo dicho proceso, lento e interrumpido numerosas ocasiones desde el periodo independiente hasta pasada la

³⁹ Ilán Stavans, *op. cit.*, p. 67.

⁴⁰ Pongamos por ejemplo, la gendarmería que durante el periodo de Porfirio Díaz fue instaurada, basada en su homóloga francesa, no solo fue poco eficaz (pues las tareas represivas y de control estuvieron en más de una vez bajo control del ejército), también mostró las deficiencias que se tenían en materia de seguridad y la constante corrupción a la que estaba sometida, estando lejos del modelo del que se había partido originalmente.

Revolución, siendo la década de 1930 en que se consolidó. Sin embargo, nunca “estuvo libre de quejas de asociación a ciertos grupúsculos mafiosos”,⁴¹ ni de vicios como la corrupción (ejemplo de ello puede ser la “mordida”, que lamentablemente sigue hasta nuestros días), mucho menos de la brutalidad e impunidad con que se desenvuelven, generando gran desconfianza en buena parte de la población civil a la que se supone deben proteger.

A lo anterior, añade Stavans la aparición del primer detective privado en México, Valente Quintana, apodado como “El zorro” o “El Sherlock Holmes mexicano”, que “usaba disfraces para capturar a los delincuentes y adquiría personalidades diversas y enmascaradas, según la ocasión”.⁴² Sus hazañas fueron celebradas por la prensa y el gobierno, pasando a formar parte del folclor popular.⁴³

Por su parte, Enrique Flores en su artículo “Causas célebres. Orígenes de la narrativa criminal en México”,⁴⁴ considera que las causas célebres son un antecedente directo del policial.⁴⁵ Tras una búsqueda exhaustiva y consulta de diversos puntos de vista, se remonta a los romances caballerescos que pasaron luego a los de bandoleros y criminales, para después convertirse en causas célebres y posteriormente en la nota roja.

⁴¹ *Ibid.*, p. 73.

⁴² *Ibid.*, p. 79.

⁴³ De acuerdo a Stavans, su caso más célebre fue la frustración del intento de asesinato al presidente Emilio Portes Gil, durante la guerra cristera, en febrero de 1929. *Ibid.*, pp. 79-80.

⁴⁴ Enrique Flores, “Causas célebres. Orígenes de la narrativa criminal en México” en Miguel G. Rodríguez Lozano y Enrique Flores (eds.), *Bang! Bang! Pesquisas sobre narrativa policiaca mexicana*, UNAM, México, 2005, pp. 13-38.

⁴⁵ Aunque no hay una definición del término “causa celebre”, podemos considerar lo que dice el *Diccionario de Autoridades* respecto a la causa: “En lo forense significa el pleito contestado entre las partes ante el juez; pero más comúnmente se entiende hoy por causa el proceso criminal, que se actúa contra algún reo, por delito cometido ya sea de oficio o instancia de parte”. *Diccionario de Autoridades*, Gredos, Madrid, 1990, p. 236. Para comprender con más detalle el surgimiento, desarrollo y popularidad de estos textos que fueron desdeñados por la crítica de su tiempo, véase “Literatura popular y criminología” en Julio Caro Baroja, *Terror y terrorismo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.

Muestra que la principal función de estos textos era satisfacer la curiosidad de un público ávido de lecturas cuyos hechos fueran reales, alimentando en buena medida el morbo, curiosidad y como una forma de pasar el tiempo.⁴⁶ Flores menciona que los autores de estos textos eran mayormente personas cercanas a los cuerpos de justicia (jueces, juristas, médicos, policías, soldados, etc.) que por medio de algunos rudimentos narrativos, obtenían textos que bien podían pasar por cuentos en los que se relataba el crimen cometido, la posterior investigación (si la había) y el proceso al culpable.⁴⁷

Un elemento adicional al aporte realizado por Enrique Flores y que se relaciona muy estrechamente con las causas célebres, es lo que se puede hallar en la tradición oral, específicamente en el corrido mexicano que, de acuerdo a Vicente T. Mendoza, es en “el último cuarto del siglo XIX, cuando se cantan las hazañas de algunos rebeldes al gobierno porfirista [...]”.⁴⁸ Estos rebeldes forman parte de lo que Mendoza clasifica como valientes, siendo aquellos perseguidos por su calidad de bandoleros los que nos interesan:

Los hubo románticos como Valentín Mancera o Heraclio Bernal, que robaban a los ricos para dar a los pobres [tal como Robin Hood]; y los había profesionales y acreditados o de simple oportunidad. Aparecían solos o formando parte de cuadrillas famosas, acosadas por los resguardos, comisiones y acordadas, al frente de las que estaban hombres de igual

⁴⁶ Un ejemplo del objeto que buscaban esta clase de textos sería el siguiente: “Mucho se equivocaría el que al recorrer las páginas de esta obra, nueva en su género, creyese que abrigamos la intención de erigir un monumento al crimen, y de presentar como héroes a los que han sido azote y oprobio de la humanidad. Nuestro objeto es más noble y más importante, pues la narración de los hechos más abominables presentados bajo el punto de vista de su causa primitiva, de sus consecuencias y de su expiación, envuelve una muy útil enseñanza respecto a la influencia de las costumbres que exaltan o reprimen las pasiones, y acerca de las mejoras que aconseja y reclama el estado de nuestra sociedad.” *Dramas judiciales: causas célebres criminales y correccionales de todas las naciones del globo*, Establecimiento Tipográfico de D. Ramón Rodríguez Rivera, Madrid, 1849.

⁴⁷ Como resultado de este texto, el propio Flores, junto a Adriana Sandoval editaron en 2009, el libro, *Un sombrero negro salpicado de sangre. Narrativa criminal del siglo XIX*, que de manera más amplia trabaja el tema tanto de las causas célebres como de otros textos basados en hechos violentos de la vida real mexicana decimonónica.

⁴⁸ Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano*, FCE, México, 2003 (Colección popular, 139), p. XV.

audacia y valor, y los hubo en tiempos más recientes que a la sombra de la Revolución cometieron toda suerte de depredaciones y atropellos.⁴⁹

Aunque la aparición del corrido con historias de criminales es ligeramente posterior a la de las causas célebres, considero que existe una relación estrecha entre ambos, pues seguramente algunas de esas causas célebres circularon de manera oral, ya fuera en forma de cuento, leyenda o quizá de canción, siendo la forma más eficaz de propagar esta clase de literatura a la mayoría de la población o, incluso pudo haber servido como fuente para el autor de las causas célebres, siendo quizá la única diferencia entre los hechos relatados en las causas célebres y los corridos de bandidos, es que estos últimos se volverán con el paso del tiempo y en algunos casos en verdaderas apologías del crimen, razón por la que muchos de estos corridos se verían fuertemente castigados por la censura y el gobierno.

Como menciono líneas arriba, es posible que narraciones como las causas célebres hayan influido en algunos textos narrativos (por ejemplo, *Las bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno que Enrique Flores relaciona con la causa célebre de Juan Yáñez.), sin embargo, considero que el mayor aporte que poseen es de ser el antecedente más cercano a la nota roja que forma parte del periodismo amarillista en que se privilegia el mundo criminal y las noticias sórdidas que genera, pero busca, sobre todo, alimentar el morbo de numerosos lectores a lo largo del país que buscan algo más que un relato de horror puramente ficcional, pues como suele decirse, la realidad muchas veces supera la ficción.

Algo que a veces suele rondar hasta en charlas de café respecto al origen e influencias del policial nacional y que no deja de relacionarse con lo hasta ahora mencionado es lo concerniente a ver ciertas obras literarias en cuya temática se mencione o

⁴⁹ *Ibid.*, pp. XXXVII-XXXVIII. Paréntesis mío.

refiera algún hecho criminal. Por ejemplo, *El Zarco* (1869) de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893); *El fistol del diablo* (1845-46) o *Los bandidos de Río Frío* (1889-91) de Manuel Payno (1810-1894); *El periquillo Sarniento* (1816), *Don Catrín de la Fachenda* (1832) de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827); *Los charros contrabandistas de la rama* (1865-66) de Luis G. Inclán (1816-1875); *Ensalada de pollos* (1871) de José Tomás de Cuellar (1830-1894) e incluso *La vida inútil de Pito Pérez* (1938) de José Rubén Romero (1890-1952) y buena parte de la narrativa de la revolución mexicana. Textos en que dada la estética imperante en la época (naturalista y mayormente realista) mostraban en buena medida ciertas problemáticas sociales del periodo, como el bandidaje, producto de una época en que el orden político-social se fracturaba con facilidad o las problemáticas previas, durante e inmediatamente posteriores a la revolución mexicana. La mayoría de estas narraciones buscaba mostrar constantemente los vicios (algunas veces se mostraba con algo de humor, bajo el modelo del pícaro y en otras más se recurría al tremendismo) con la finalidad de que el lector los identificara y los evitara, para no caer en desgracia o declive social como muchos de los personajes de cada uno de estos textos.

Sin embargo, como sugiero en el capítulo anterior, estos y otros textos escritos por contemporáneos suyos, a pesar de que algunos fueron elaborados entre la aparición de los relatos de Poe y Conan Doyle, no guardan relación alguna con la construcción de los relatos ni la forma en que se aborda el crimen, más difícil es hallar la existencia de un detective tal como lo concibieron sus creadores, hecho que demuestra dos cosas: que la llegada de las narraciones de Poe y Conan Doyle a México aún no se había dado y en caso de haber llegado, posiblemente habrá sido en inglés, lo cual, dificulta su difusión; debido a los intereses que se tenían en el país durante esa época, el relato policial no se ajustaba a lo que

querían narrar los escritores, por lo tanto, no fue tomado en cuenta; por último, y reafirmando lo dicho en el capítulo anterior, el que un texto cuente con episodios de crimen o delincuencia, e incluso, que sea uno de los temas centrales de la narración, no la convierte necesariamente en policial, pues el autor al mostrar estos temas busca una cosa distinta.

Aunque pueden existir varios elementos de nuestro pasado interno que pudieron ser las semillas bajo las que creció el género, no fue sino hasta la década de 1930 y proveniente del extranjero como un producto novedoso, como el género surge en el país.

2.2 De la intriga internacional a los complots internos: Pioneros del género en México⁵⁰

Como menciono en el capítulo anterior, fue en Chile, Uruguay y mayormente en Argentina, donde el policial floreció primero en Latinoamérica. De ahí que la producción literaria de este tipo llegara por vía de la importación a nuestro país, siendo principalmente la “Biblioteca Oro” de editorial Molino a mediados o finales de la década de 1930 y poco después entre las décadas de 1940 y 1950 las diversas publicaciones de la editorial chilena Zig Zag las que introdujeron por vez primera, las traducciones no solo de los grandes clásicos, como Poe, Conan Doyle y Chesterton, también de algunos autores latinoamericanos. A esto hay que sumarle los esfuerzos y narraciones que hicieron Borges y Bioy Casares a partir de 1940.

⁵⁰ Debido al notable descuido, falta de interés e ingratitud con el género, muchos de los textos referidos a partir de este momento serán en muchas ocasiones a través de lo que ha hallado principalmente Vicente Francisco Torres, pues me fue imposible localizarlo en bibliotecas y librerías de viejo, esperando que en el desarrollo de este trabajo salgan a la luz aquellos textos y quizá, nuevos hallazgos.

Con la entrada de estos textos, sería cuestión de unos años para que surgiera el primer texto policial en el país, no obstante, este honor no correspondería a un autor nacional (tal como estudiosos de la talla de Ilán Stavans o Donald Alfred Yates lo habían hecho creer).

2.2.1 El caso de la primera novela policial en México

Una vez estallada la Guerra Civil en España y sobre todo, después de terminada, gran cantidad de intelectuales y población civil que simpatizaba con la República tuvo que huir inmediatamente del país, refugiándose en diversos países del mundo, siendo México uno de los principales receptores de refugiados.

Dentro de esos grupos se destaca la presencia del amante, crítico y estudioso del arte clásico y contemporáneo catalán, Enrique F. Gual⁵¹ (¿?-1973) que en 1942 publicó *El crimen de la obsidiana*, que de acuerdo a lo investigado hasta ahora, no solo se trató de su primera novela, sino de la primera novela policiaca publicada en México.

Para 1945, publica *El caso de los Leventheris*, novela enmarcada en el estilo clásico del policial, ambientada en Inglaterra, y cuyos protagonistas, una familia acaudalada (los Leventheris), el inspector Percy Mills Cannaban, su ayudante, el sargento Foster (que evocan a Sherlock Holmes y a Watson respectivamente) y personas cercanas a la familia se ven envueltas en un crimen durante su trayecto en tren de Escocia a Londres. El inspector Cannaban emplea de manera un tanto accidental los mismos presupuestos que sus

⁵¹ También se destacó como director de la revista *Decoración* y mientras ocupó el cargo de director del museo de San Carlos, fue quien se encargó de organizar y revitalizar las diversas colecciones que lo conformaban.

homólogos del policial clásico en que el enigma se resuelve a través de simples deducciones, como producto de ciertas evidencias y conductas de algunos de los involucrados. Algo que llama la atención de esta novela es que forma parte de una colección de narraciones policiales editada por la Editorial Albatros, titulada “Colección Medianoche”, siendo esta obra, como se señala en la nota editorial aquella “que inaugura la colaboración de escritores en lengua castellana [...]”,⁵² invitando además “a los escritores de lengua castellana que, sin rubor ni empacho, abordan la labor de proveer títulos originales de un género que, discutido, ignorado y aun execrado, se ha impuesto en la literatura actual lo mismo que se han impuesto otros gustos que nuestro mundo ha convertido en necesidad.”⁵³

El que no se considere a Gual como el primer cultivador del género en México estriba en que las obras mencionadas líneas arriba se desarrollan en Europa, siendo hasta 1946 cuando publica *Asesinato en la plaza*, que el desarrollo de la historia es en la Ciudad de México (Toreo de Cuatro Caminos, un hotel del centro y los alrededores de Bucareli) sin renunciar a “sus resabios peninsulares, como muestra el argumento en donde un detective aficionado y cronista taurino, designado como Toñito, aclara el crimen de un torero

⁵² Enrique F. Gual, *El caso de los Leventheris*, Editorial Albatros, México, 1945 (Colección medianoche), p. 12.

⁵³ *Ídem*. Aunque no existen referencias en cuanto al origen y existencia tanto de la editorial como de la colección, sabemos por Vicente Francisco Torres que posiblemente perteneció al escritor catalán (*Muertos de papel*, p. 22), de ahí que el surgimiento de la colección pudo haber sido su idea. Aunque otros estudiosos como Pablo Piccato aseguran que la editorial y colección fueron idea de Antonio Helú (“La era dorada de la novela policiaca”, *Nexos*. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=18399> Consultado el domingo 2 de febrero de 2014, 4:15 pm). Como dato adicional, al final de la novela aparecen las narraciones publicadas en esta y otras colecciones de la editorial (colecciones “lienzo de plata”, “Atalaya” y “Orquídea”), siendo para el momento en que se publicó el texto de F. Gual, 11 las obras publicadas, entre las que destacan autores como George Simenon, Edgar Wallace y Maurice Leblanc, además de anunciar la preparación de 3 más. Otro autor que publicó en esta colección fue Antonio Helú en 1946 y del que hablaré más adelante. Desafortunadamente se desconoce si publicaron en la colección otros autores latinoamericanos o españoles.

asesinado con unas agujas con curare que le habían puesto en la empuñadura del estoque.”⁵⁴

En 1947 publica dos obras, *La muerte sabe de modas* y *El caso de la fórmula española*, siendo la primera “protagonizada por un profesor de idiomas y [...] tiene lugar en Coyoacán.”⁵⁵ Mientras en la segunda, reaparece como detective Toñito, quien se encarga de resolver un enigma entre toreros y fabricantes de venenos, empero, hay un elemento muy curioso, pues “el detective aparece casado y feliz en el hogar que estableció con una norteamericana que (era un personaje) en *Asesinato en la plaza*.”⁵⁶

Aunque su valor literario puede ser modesto, siendo en el caso de sus tres primeras novelas, meras imitaciones del modelo inglés, mismo que cultivó en las dos posteriores, es necesario rescatarlo por ser uno de los primeros en introducir el género en México, además de ser quien puso la pauta para que poco después el policial se afanzara en el país, como veremos más adelante.

2.2.2 Primeros muertos: Autores mexicanos pioneros del policial

Si bien, el catalán Enrique F. Gual fue quien publicó la primera novela policial en México (1942), para 1944, un año antes de la segunda obra del español, apareció en el panorama literario una obra muy particular, *Ensayo de un crimen*, del diplomático, ensayista y dramaturgo Rodolfo Usigli (1905-1979), obra considerada como uno de los grandes hitos

⁵⁴ Vicente Francisco Torres, *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, CONACULTA, México, 2003, pp. 21-22.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 22.

⁵⁶ *Ídem*. Paréntesis mío.

del policial nacional o simplemente como una excelente obra narrativa, además de ser la única obra en prosa de este autor.

Roberto de la Cruz, personaje principal de la novela, es un descendiente de una acaudalada familia provinciana venida a menos, vive en la Ciudad de México con los restos de ese pasado glamoroso, es casado y además, todo un *dandy*. Sin embargo, hay algo extraño en él y que será una constante a lo largo de las tres partes en que se divide la obra: la intención de cometer el crimen perfecto, un asesinato sin motivación alguna (celos, robo, etc.), pero si con una intención estética, rindiendo tributo a Thomas de Quincey y su *Asesinato como una de las bellas artes*.

En la primera parte, de la Cruz planea en treinta pormenorizados pasos, asesinar a Patricia Terrazas, una mujer extravagante y frívola, empero, su plan falla cuando al llegar a la casa de la víctima, esta ya había sido asesinada. Para la segunda parte, Roberto vuelve a diseñar un plan (de doce pasos) para asesinar al conde Schwartzemberg, hombre avaro, despreciable y homosexual. Aunque cree que ha matado al conde, la mala suerte lo persigue, pues un incendio azota el edificio donde vive la víctima, borrando toda evidencia. En la última parte, logra finalmente asesinar a alguien, a su esposa, la bella Nena Cervantes. Había conseguido el crimen perfecto, o eso había creído, pues cuando policía y medios llegaron a la escena del crimen y después de algunas indagaciones, llegaron a la conclusión que se trató de un crimen pasional, pues ella le era infiel (él no lo sabía), frustrando nuevamente su intento del crimen perfecto y encontrándose en una terrible coincidencia.

Además de Roberto y los muertos conviven en la obra el ex inspector Valentín Herrera, quien siempre está cerca del potencial y frustrado asesino, pareciendo que va tras su captura, sin embargo, esas coincidencias se deben a que Herrera va tras el verdadero asesino y aunque en un momento resulta molesto para de la Cruz, se termina acostumbrando. El otro personaje es Luisito, quien aparece en algunos momentos de la narración y es poco importante en casi toda la historia, salvo al final, cuando se descubre que es el asesino del conde y Patricia Terrazas, solo que este era un criminal común y corriente sin las sofisticaciones de Roberto.

Aunque a simple vista se puede inferir que estamos ante un relato policial, existen sin embargo, diversas opiniones encontradas, como la de María Elvira Bermúdez que en una entrevista que le hace Vicente Francisco Torres considera que es “una obra estupenda, pero no es estrictamente policiaca. [...] se le tiene como un prototipo de la novela policiaca mexicana. No quiero restarle méritos literarios, pero novela policial clásica, de investigación, de misterio (que viene siendo la escuela inglesa, misma que cultivó y defendió María Elvira), no lo es. Yo la llamaría criminológica.”⁵⁷

El argumento de Bermúdez es correcto en tanto la novela es narrada por Roberto de la Cruz, quien es la mente maestra y aspirante a asesino en potencia, sin embargo, las evidencias que se van dando a lo largo de la lectura y el posterior desenlace en que Herrera ata cabos y devela a Luisito como el verdadero asesino de Patricia y el conde, la acercan ligeramente al policial clásico.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 105-106. Paréntesis mío. Para Bermúdez, el relato criminológico es aquel que se narra desde el punto de vista del criminal, sin embargo, esta clase de relatos forman parte del subgénero negro y uno de los que introdujo la perspectiva del criminal fue el norteamericano James M. Cain y que Patricia Highsmith empleara magistralmente con el personaje de Mr. Ripley.

Otro caso es el de Eugenia Revueltas, quien considera que es la valoración estética de la obra la que lo aleja del policial porque “la trama no criminal, la de las interrelaciones de personajes, la de la crítica de costumbres, hace que el peso específico de la narración se concentre en el estudio psicosocial de la sociedad mexicana postrevolucionaria, arribista, corrupta, cursi, dependiente y malinchista y en el protagonista, producto de esa sociedad”.⁵⁸

Si bien Usigli plantea de manera hábil lo mencionado por Revueltas, considero que no es ajeno a la trama policial, pues cuando de la Cruz confiesa sus crímenes y el objetivo que buscaba con ello, la policía no le cree y aunque no queda libre del todo, pues es enviado a una institución psiquiátrica (de la que pronto saldrá libre) no logra salirse con la suya y como menciona Ilán Stavans, “nada puede ser cristalino, todo debe pervertirse, corromperse, mentirse. El crimen estético de De la Cruz no es tal en un escenario donde la estética carece de lugar.”⁵⁹

Por su parte, Laura Navarrete Maya ve la originalidad y genialidad de la obra en el no cumplimiento estricto de las reglas del género, siendo esta la mayor virtud de la novela de Usigli, además de formar parte de una intención lúdica que el autor establece con el lector a través de la intriga.⁶⁰

La intención lúdica que menciona Navarrete la relaciona con los juegos de azar y como se transforma esta casualidad del juego. La casualidad que rige los movimientos del protagonista quien no solo ve frustrados sus intentos por alcanzar el crimen estéticamente perfecto, sino que estos fueron simplemente crímenes vulgares en que el robo y abuso de

⁵⁸ Eugenia Revueltas, *art. cit.*, p. 115.

⁵⁹ Ilán Stavans, *op. cit.*, p. 102.

⁶⁰ Laura Navarrete Maya, “*Ensayo de un crimen*, de Rodolfo Usigli, una propuesta lúdica” en Miguel G. Rodríguez Lozano y Enrique Flores (eds.), *op. cit.*, pp. 55-66.

confianza vendrían siendo los motivos del verdadero asesino y, cuando logra su cometido, este no es reconocido como tal, sino como un simple y burdo crimen pasional, cuando ni él sabía que su esposa le era infiel.

Algo que también se puede percibir en la obra es la nutrida descripción de la Ciudad de México de finales de los treinta y comienzo de los cuarenta, mostrando el ambiente propio de las clases altas con lugares como las Lomas de Chapultepec, Reforma, así como los numerosos cafés y bares que de moda estaban, sin dejar de lado el otro mundo, el subterráneo, el de los cabarets, antros *gays* o lugares más populares como la Plaza de Garibaldi que sirve para mostrar diversos aspectos de la sociedad mexicana, tal como menciona Revueltas.

Después de esta novela pasarían dos años para que un grupo de mexicanos irrumpieran en la escena del policial comenzando a tomar forma y asentarse de manera definitiva en las letras mexicanas. Me refiero a Rafael Bernal, Antonio Helú y José Martínez de la Vega.

El prolífico escritor, diplomático y pionero de la televisión mexicana Rafael Bernal (1915-1972) publica en 1946 *Tres novelas policiacas* y *Un muerto en la tumba*, que serían sus primeros libros del género.

En el primer caso, tenemos tres novelas cortas que se encuentran muy apegadas al policial clásico, de las cuales una (“El extraño caso de Aloysius Hands”) se desarrolla en Estados Unidos y según Vicente Francisco Torres “aborda el recurrente tema del asesinato considerado como una de las bellas artes, aunque con una ligera variante moral: el crimen, además de ser perfecto y refinado, debe justificarse por el castigo que representa, por los

males que evita o por la paz que proporciona.”⁶¹ Las dos restantes (“De muerte natural” y “El heroico don Serafín”) se desarrollan en México y tienen como protagonista a Teódulo Batanes un sacerdote que emplea sinónimos en cada cosa que dice, heredero del Padre Brown de Chesterton. En “De muerte natural” Batanes resuelve un asesinato en un hospital y en “El heroico don Serafín” el crimen del rector de una universidad de provincia.

Para su segunda obra, Bernal introduce nuevamente al sacerdote Teódulo Batanes quien haciéndola de antropólogo averigua un asesinato ocurrido en una tumba de Monte Albán cuyo móvil se relaciona al contrabando de piezas arqueológicas.

A pesar de ser sus primeros guiños dentro del género, estas narraciones de Bernal “son poco originales y carentes de valor expresivo.”⁶² Algo que iría perfeccionando y alcanzaría su cumbre hacia 1969 con *El complot mongol*.

Considerado como uno de los pioneros, el potosino de origen Libanés Antonio Helú (1900-1972), quien publicara a fines de la década de 1920 sus primeros cuentos, reúne algunos de ellos en su antología de 1946, *La obligación de asesinar*, que es, además, el segundo autor de habla hispana (y hasta donde se sabe, el último) en haber publicado para la “Colección Medianoche” de la Editorial Albatros.⁶³ El gran merito de esta compilación fue su inclusión en el *Queen’s Quorum* de Ellery Queen, que solo incluye los mejores textos policiales publicados en todo el mundo.

⁶¹ Vicente Francisco Torres, *op. cit.*, p. 34.

⁶² *Ídem*.

⁶³ Ante la inexistencia de esta edición, emplearé la de 1957 de Novaro, que se presume conserva el mismo orden de la original.

Compuesta por siete narraciones y un estupendo prólogo de Xavier Villaurrutia, del cual hablaré más adelante, los textos presentan diversas características que comentaré a continuación:

Los relatos se ubican en un contexto completamente local, es decir, con Helú, se deja de escribir de modo europeizante y las historias se desarrollan en México, concretamente en la capital del país. Ejemplo de ello, son las menciones de diversos lugares emblemáticos de la ciudad o de la época, como el tren nocturno a Veracruz, el Palacio de Bellas Artes (“Un clavo saca otro clavo” y “El hombre de la otra acera”), el YMCA (“Las tres bolas de billar”) y la calle de los millones en la Colonia Roma (“El fistol de la corbata”). También es de resaltar la referencia temporal que se menciona en “El hombre de la otra acera”, pues se acota el tiempo a 1946 al decir “POR AQUÍ TRANSITARAN MAÑANA MANUEL AVILA CAMACHO Y MIGUEL ALEMAN”,⁶⁴ lo que indica que la narración se desarrolla el 30 de noviembre, pues el cambio de poderes se realizó el 1 de diciembre.

Otra marca característica de los relatos es el lenguaje, sencillo y breve, lo que le presta agilidad en la acción y desde luego, en su lectura. Parte de ese lenguaje sencillo es la incorporación de algunas palabras o expresiones populares como “jaletina” (“Un clavo saca otro clavo”), “una calma chicha”⁶⁵ (“Las tres bolas de billar”) y la forma en que el protagonista de casi todos los relatos, Máximo Roldán, en un proceso deductivo que a primeras luces parece brillante, no es más que una rebatinga de palabras que muchas veces

⁶⁴ Antonio Helú, “El hombre de la otra acera”, *La obligación de asesinar*, Novaro, México, 1957 (Colección Nova-Mex, serie Policiaca y de Misterio) p. 47.

⁶⁵ Considerada como un momento de plena quietud en el ambiente.

solo comprende él, logrando así, enredar y hacer creíbles sus argumentos a los demás personajes.⁶⁶ Como parte del discurso de Roldán, cabe destacar un pequeño guiño de crítica política aderezada con un toque humorístico como lo señala atinadamente Edith Negrin al destacar el momento en que Roldán en “Cuentas claras” descubre el tipo de armas que poseían los delincuentes:

¡Demonio! ¿Acaso son ustedes diputados?
—¡Oiga usted! (responden los delincuentes)
—Perdone... No quise ofenderlos...⁶⁷

Otro ejemplo de estos comentarios político humorísticos se localiza en el cuento “Las tres bolas de billar” cuando se describe el ambiente predominante en el YMCA y alude al régimen porfirista y su manera particular de controlar al país: “Se respira un aire beatífico, que hace pensar inmediatamente en los treinta años de paz que se atribuyen al machete de Porfirio Díaz.”⁶⁸ Aunque esta clase de comentarios no abundan en los relatos que componen el libro de Helú, será el siguiente autor en recurrir al chiste con tinte político.

Otro aspecto importante a destacar en los relatos de *La obligación de asesinar*, es la presencia del detective que, en contraste con el personaje que crea Enrique F. Gual, este no solo se halla inserto completamente en la cultura nacional, siendo por tanto, el primer detective mexicano, sino que a diferencia del personaje creado por el catalán o de los grandes clásicos como Sherlock Holmes o Auguste Dupin, el protagonista de casi todas las

⁶⁶ Al respecto, Ilán Stavans considera que es “equiparable con Cantinflas [...], pues ambos utilizan el lenguaje para persuadir y confundir, para elaborar una realidad aparte, que obliga al prójimo a aceptar sus premisas”. Ilán Stavans, *op. cit.*, p. 92. Sin embargo, y coincidiendo con Edith Negrín, la comparación con el comediante es parcialmente válida, pues en algunos relatos como “Cuentas claras” su discurso no carece de sentido.

⁶⁷ Antonio Helú, “Cuentas claras”, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 99.

narraciones del libro, Máximo Roldán, es un ladrón antes que detective,⁶⁹ por lo que se encuentra en la línea de Arsenio Lupin, personaje creado por Maurice Leblanc (1864-1941).

Respecto a las narraciones que integran el libro de Helú se puede observar una uniformidad, pues obedecen al origen y desarrollo del personaje protagonista de seis relatos, Máximo Roldán, quien “podía considerarse entre los hombres más honorables que existían en el mundo, (y) acababa de convertirse en un ladrón y un asesino.”⁷⁰ Una simple coincidencia será la responsable de un giro en su vida, pues de ser un cajero de banco, una broma a la persona menos indicada (al administrador de bienes de doña Juana Fernández de Serrano) que resultó ser cierta, le llevó por caminos inesperados, pues de verse en peligro de muerte por el administrador, Roldán salva su vida a costa de la otra y en una decisión de segundos, emprende la huida con veinte mil pesos en las bolsillos de sus ropas y pensando en una fuga de la ciudad primero, del país después: “Con veinte mil pesos podía ocultarse perfectamente. Podía...; podía, por ejemplo, tomar esa misma noche el nocturno para Veracruz y embarcarse al día siguiente para la Habana, o para Nueva York, o para Europa.”⁷¹

La palidez de su rostro y la preocupación por ser descubierto le hicieron bajarse del camión por no poder sacar las monedas para pagar, así como tener un accidente y posterior enfrentamiento con una vendedora de “jaletinas” que derivó en la detención por parte de dos agentes de policía, siendo inminente su ida a la cárcel, sin embargo, “Máximo Roldán

⁶⁹ De hecho, según Donald Alfred Yates, Roldán es un anagrama de ladrón, siendo así, “Máximo Ladrón” apuntando más en la condición del personaje creado por Helú. Donald Alfred Yates, *El cuento policial latinoamericano*, Ediciones de Andrea, México, 1964, p. 12.

⁷⁰ Antonio Helú, “Un clavo saca otro clavo”, *op. cit.*, p. 25. Paréntesis mío.

⁷¹ *Ibid.*, p. 24.

empezaba, en ese momento, su vida de ladrón profesional.”⁷² Así termina “Un clavo saca otro clavo”, primer relato de *La obligación de asesinar* y que, como menciono líneas arriba, no es un texto independiente, pues va ligado con el siguiente, “El hombre de la otra acera” en que el ahora, ex empleado bancario, en compañía de los dos policías que lo arrestaron después del altercado con la comerciante se dirigen a la estación de policía.

Algo que será una constante en los demás relatos que protagoniza Roldán es la casualidad que, aunada a su astucia y capacidad de inventiva lo ayudarán a resolver cuanto misterio se le ponga enfrente o en este caso, evitar la cárcel, obteniendo, por tanto, un beneficio. En esta narración, Máximo Roldán con solo ver a un individuo que camina en forma extraña, crea un enigma y hábilmente envuelve a los oficiales (que él siempre llama “técnicos”) para que atiendan el supuesto caso, dejándole en libertad.

En los siguientes relatos (“El fistol de la corbata” y “Piropos a medianoche”), Roldán empleará su ingenio y capacidad deductiva para resolver el asesinato de un millonario (“El fistol de la corbata”) y un robo en plena noche (“Piropos a medianoche”), solo que en el primer caso sacará provecho robándose unas alhajas que se encontraban en el lugar del crimen, mientras en el segundo cuento, robará a los mismos ladrones el botín.

En el quinto relato (“Cuentas claras”), además de Máximo Roldán, entra en escena por obra de la casualidad el que será su cómplice y amigo, Carlos Miranda. Al igual que en “Piropos a medianoche”, la ahora dupla de detectives ladrones, robarán a un grupo de ladrones de trenes, siendo Roldán quien después de escuchar unas supuestas “blasfemias

⁷² *Ibid.*, p. 32.

contra la aritmética más elemental”⁷³ y lanzar algunas teorías, determina que son ladrones repartiéndose el botín y asignándose nuevas tareas. El papel de Miranda es en ocasiones de patíño, siendo una especie de Watson, aunque no superior ni tan ágil como Roldán quien presume su experiencia: “Usted solo nunca ha logrado tanto con tan poco riesgo. ¿Entramos...? Vea usted: yo me basto solo para hacerlo... Yo solo... he hecho cosas mejores y menos fáciles que esta.”⁷⁴

Esta mancuerna dispar, pero eficaz vuelve a salir en “Las tres bolas de billar”, donde Roldán quien presta atención a detalles mínimos, resuelve los crímenes cometidos por el administrador en un centro deportivo de la Ciudad de México. Algo que resulta interesante es una alusión directa al lector poco después del primer crimen, que sirve para explicar y justificar el proceder de los personajes ante tal noticia y, aunque considero esto un tanto innecesario es la forma en que el autor busca darle verosimilitud al relato.

“La obligación de asesinar” es la última narración que compone al libro del mismo nombre. A simple vista, pareciera que estamos, por la extensión (68 páginas), ante una novela corta, pero después de su lectura se puede apreciar que se trata de un cuento extenso en que el protagonista es Carlos Miranda, quien pretendía robar una casa pero se ve envuelto en una serie de crímenes entre un grupo de médicos y sus esposas. Siendo Miranda en compañía de la policía quien después de muchas disquisiciones y varias víctimas más, resuelve el crimen. Si Roldán es ingenioso y astuto para crear y resolver enigmas, Miranda es todo lo contrario, pues no solo requiere de mayor tiempo (como lo dice el propio Helú en la introducción del relato cuando fue publicada en la revista

⁷³ *Ibid.*, p. 85.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 89.

Selecciones policiacas y de misterio a raíz del cuestionamiento de Ellery Queen), también es más cómico y torpe. Al igual que en “Las tres bolas de billar”, el narrador alude al lector a través de un “Intermedio” que aparece cerca del final de la narración y en que de manera un tanto humorística propone unas competencias detectivescas en que participarían los detectives más famosos, incluyendo a Carlos Miranda como representante nacional e invita al lector a que deduzca quien fue el asesino en el relato, que se revela en las páginas siguientes.

El que uno de los primeros detectives protagonistas sea un ladrón, quizá, no obedezca únicamente a que Helú trate de imitar al personaje de Maurice Leblanc, pues considero que el poner como personaje a un detective de la policía oficial posiblemente hubiese sido no solo poco atractivo al lector nacional, también poco creíble, derivado de la desconfianza que se tenía (y lamentablemente sigue siendo) en la autoridad.

Cabe mencionar que alrededor de 1950, Helú en colaboración con A. Fernández Bustamante, publicaron la pieza teatral de corte policial titulada *El crimen de Insurgentes*.⁷⁵

El también potosino, José “Pepe” Martínez de la Vega (1907-1954) publica en 1946 el libro de cuentos *Humorismo en camiseta (Aventuras de Peter Pérez)*, que consta de 27 relatos cortos y se divide en tres secciones: “Las emocionantes aventuras de Peter Pérez, el genial detective de Peralvillo”, “Miscelánea” y “Biografías falsificadas”, siendo la primera la que nos ocupa en este trabajo.

Así como Borges y Bioy Casares hicieron su parodia del género con Isidro Parodi, Martínez de la Vega hace lo propio con Peter Pérez que, como dice el poeta Leopoldo

⁷⁵ Vicente Francisco Torres, *op. cit.*, p. 47.

Ramos: “desciende en apariencia de Sherlock Holmes; pero en rigor, es hijo de una señora que, puesta en jarras, le dice tres frescas al lucero del alba; la malicia popular. Más que caricatura de un policía científico, Peter Pérez es un escalpelo que se hunde en las llagas del cuerpo social.”⁷⁶

Peter es un personaje sencillo, vive y atiende a sus clientes en una accesoria de Peralvillo, como no suele recibir dádivas económicas ni ayuda oficial por sus servicios su situación es de extrema “brujéz”, lo que en ocasiones le trae apurado pues no tiene para comer o pagar el alquiler, preocupándole más “hacer el bien a esta sociedad sin clases en que vive.”⁷⁷ Su gorra a cuadros, su barba postiza y una pipa que no enciende pues se marea, son su sello característico. Este “inmenso detective (más menso que in)”⁷⁸ al igual que “el genial Sherlock Holmes se encerraba a inyectarse morfina, fumar tabaco fuerte y tocar el violín; Peter, cuando tenía algún problema mental que resolver, se encerraba a comer pepitas de calabaza, jugar solitarios con baraja española y chiflar el “Tú ya no soplas”. Cosas de los elegidos...”⁷⁹ Como se puede apreciar el personaje además de paródico es de por sí, cómico, pues mientras el detective inglés es sinónimo de finura, grandeza, inteligencia, modales refinados y el mal del fin de siglo, Peter Pérez es simple, sencillo, chistoso y todo un pícaro con las mujeres guapas a las que considera “cajetas” por dulces y sabrosas.

⁷⁶ Pepe Martínez de la Vega, *Humorismo en camiseta (Aventuras de Peter Pérez)*, México, 1946, p. 5.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 82.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 72. Acerca de la canción “Tú ya no soplas”, por los tiempos en que fue publicado el libro y las marcas constantes de época que se encuentran en todas las narraciones, considero que se debe tratar del tema compuesto por el veracruzano Lorenzo Barcelata (1889-1943) alrededor de 1936 y cuya letra se puede entender como misógina (pues el “tu ya no soplas”, puede hacer referencia al desempeño sexual de la mujer) o simplemente como la historia de un hombre que está cansado de su amante.

A lo anterior hay que agregarle algunos de los títulos internos que dividen cada relato y en que se exalta con cierta exageración las resoluciones de los casos (“la victoria de Peter Pérez”, “la prodigiosa explicación de Peter Pérez”, “Peter Pérez sorprende a todos”, entre otros.) o sus deducciones apresuradas que dan pie a risas por el error que cometió, como en el cuento “La inexplicable muerte de los pasajeros del rápido de Laredo”:

Tomó asiento en el pulman y contempló a su compañero de viaje. Intempestivamente, Péter le preguntó:

—¿En que ciudad de Yucatán nació usted; cuántas carambolas de tres bandas ha hecho de un tiro, como máximo?

—¿Cómo sabe que soy yucateco y que juego al billar?—preguntó a su vez el interrogado.

—Soy detective, ¿sabe usted? —explicó Peter— y mi deducción es sencilla. Su cabeza me indica que usted es de Yucatán; el puño izquierdo más gastado que el derecho, en su saco, me da la pista de que usted juega billar...

—Ja, ja, ja—respondió el otro—desde que lo vi disfrazado me dije: este señor está loco o es detective, pues no soy yucateco; me caí del tercer piso de un edificio en construcción y quedé con la cabeza achatada tras de pagar los daños en el asfalto.

—Perdone usted, señor—dijo Péter enrojándose.

—Ahora le voy a explicar lo del puño izquierdo de mi saco.

—No es necesario, gracias.

Péter no volvió a abrir la boca [...] ⁸⁰

Así como este caso, hay varios en que se hace parodia de lo que vendrían siendo los lugares comunes de los relatos policiales clásicos, mostrando a su vez, el rostro humano del detective, dejando claro que no es un superhombre.

Otro rasgo muy presente en las narraciones de Martínez de la Vega y que va de la mano con la parte cómica, es la crítica política y social de su época. Un ejemplo claro se puede ver en el sargento de detectives Juan Vélez, rival de Peter Pérez y representante de la policía oficial, que nunca ve con buenos ojos al detective de Peralvillo y siempre busca desacreditarlo, no obstante, la manera cómica y astuta en que se desenvuelve Pérez hace

⁸⁰ *Ibid.*, p. 113.

que el proceso de descrédito se le invierta a Vélez, pues siempre falla en sus conclusiones, mostrándose (y de paso criticando a la policía en general) falto de pericia, de inteligencia y por tanto, incompetente.

Así como a Vélez, en los demás cuentos se pueden hallar varios comentarios o “chistes” políticos, muchos de ellos generalizados y otros más dedicados al partido en el poder, el todopoderoso PRI: “[...] el ciclista paró frente al número 135 y se acercó al timbre eléctrico para hacer lo que los líderes hacen con el obrero a la hora de cobrarle la cuota sindical: oprimirlo.”⁸¹ “Péter Pérez se encontraba en su accesoria de Peralvillo engullendo dos tacos de huevo con frijoles y salsita, porque también los personajes de novela, al igual que los ciudadanos que no pertenecen al PRI, comen de vez en cuando.”⁸²

Al respecto, María Elvira Bermúdez en la entrevista que le concede a Vicente Francisco Torres minimiza el aspecto crítico de las narraciones de Martínez de la Vega al considerar que no es el propósito fundamental del autor, resaltando sus dotes de humorista.⁸³ En cambio, Lauro Zavala sin abundar mucho en el caso, considera que estos atisbos de crítica social son los mismos “que caracterizan al género negro.”⁸⁴

Aunque ambos críticos señalan con oportunidad dos características de los relatos de Martínez de la Vega, considero que ignoran algo respecto a los comentarios políticos insertos en las distintas narraciones del potosino, pues en el caso de lo que menciona Zavala, si, el estilo negro está muy cargado de crítica social y política, pero nunca inserto

⁸¹ *Ibid.*, p. 21.

⁸² *Ibid.*, p. 9.

⁸³ Vicente Francisco Torres, *op. cit.*, p. 105.

⁸⁴ Lauro Zavala, *La minificción bajo el microscopio*, UNAM, México, 2006, p. 96.

en chistes o situaciones cómicas, en el policial de ese tipo el comentario crítico es más serio, sobrio, duro y agresivo. Por otro lado, ya que estamos ante un autor que está parodiando un género que para esos momentos estaba en formación y proceso de arraigo, al igual que Helú con su detective ladrón, saben que no pueden hacer un relato policial estrictamente como el modelo inglés pues es inoperante en un país cuyas instituciones carecen de credibilidad. El hecho de que Pepe Martínez de la Vega parodie el policial clásico e introduzca el “chiste político” puede obedecer a diversas razones, una de ellas es como he mencionado líneas arriba y reiteradamente, al no aplicarse fielmente las fórmulas del policial clásico en nuestro país, una de las mejores formas de introducir el género es por medio de la parodia y por tanto, la otra razón consiste en que al ser textos cómicos, la inserción de lo que llamo “chistes políticos” está más que justificada, no solo por ser algo que tiene cierta tradición en las clases populares, también es una marca del autor, quien además de escritor y humorista, fue ensayista y periodista político con un amplio sentido crítico, estando cerca del humorismo pero lejos del subgénero negro como tal.

De profesión arquitecto, Guillermo Zárraga (1892-1978), mejor conocido en el mundo literario como Diego Cañedo es un autor que a una edad tardía (51 años) publica su primer texto (*El réferi cuenta nueve*, 1943) y aunque prácticamente toda su producción literaria pertenece a la ciencia ficción, siendo uno de los pioneros en este género, en 1948 publica *El extraño caso de una litografía mexicana*, cuento que a pesar de su marcada influencia fantástica narra la experiencia en propia voz del protagonista, un viejo detective de quien se desconoce su nombre. Diego, el otro personaje de la historia es quien escuchará atentamente la narración del viejo, que en uno de sus muchos viajes a la Ciudad de México aconteció.

El detective narra como durante una de sus diligencias en la ciudad, resolvió un caso por demás extraño, pues debido a que adquirió algunas litografías francesas y entre ellas, venía una mexicana, cuya escena cambiaba mágicamente, no solo lo sumió en una gran ansiedad y locura, lo hizo averiguar si la posible escena era parte de un estado de demencia en él o podría tratarse de una especie de premonición, anticipándole algo que podría suceder pronto y que, para su fortuna o desgracia (pues aunque este hecho le trajo fama, también le marcó de por vida, por no haber podido evitar la muerte de una mujer) sucedió en realidad.

En la narración, nos encontramos en una Ciudad de México de la época porfiriana, lo sabemos porque el protagonista tendrá una audiencia con el mismo Porfirio, además de algunas referencias espaciales como la calle de Donceles o el Hospital Juárez.

Igualmente, es de destacar la mención de algunos personajes de la vida intelectual nacional de la época que son amigos del narrador protagonista: “[...] me refiero a los de la Revista Moderna: Valenzuela, Urbina, Nervo [...]”⁸⁵ Muestra de su cultura es la cita en francés de dos versos del poema “*Il pleure dans mon coeur*” (“Llueve en mi corazón”) de Paul Verlaine: *Il pleut dans mon coeur/Comme it pleut sur la ville.*⁸⁶ Estos versos son referidos por el narrador como una especie de nostalgia o ganas de estar en París, provocado por la contemplación de las litografías francesas.

⁸⁵ Diego Cañedo, *El caso de una litografía mexicana*, Stylo, México, 1948, p. 10.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 17. Su traducción sería: “Llueve en mi corazón/como llueve en la ciudad [...]” Paul Verlaine “Llueve en mi corazón”, en *Poesía simbolista francesa. Antología*, sel., intr., trad. y notas de Luis Antonio de Villena, Gredos, Madrid, 2005 (Biblioteca Universal Gredos, 34), p. 54. También existe una mención de “El cuervo” de Poe que hace el personaje en tono desesperado.

Para complementar esa visión romántica del narrador no podía faltar alguno de los males de fin de siglo como el *surmenage* o fatiga (provocada por su obsesión a aquella litografía mexicana) y por la que le recomiendan reposo y medicación para que descanse.

Si bien el relato no es estrictamente policial, pues el enigma resulta de un hecho sobrenatural y que a pesar de haber un crimen la manera de operar del detective no es convencional, lo que haría de este texto una especie de híbrido entre relato policial fantástico en cuanto el personaje toma una línea de acción (averiguar si la escena de la litografía corresponde a un hecho, lugar y personas reales), reunir evidencias y aventurar una conclusión que al menos para mí, resulta inverosímil, pues de la litografía no se sabe más que lo que el propio narrador-protagonista nos dice: “[...] son sobrenaturales. Nada dentro de la naturaleza puede contenerlos. Por lo mismo ni siquiera me tomé el tiempo de formular una hipótesis. Los éxtasis, las almas en pena, las apariciones, admiten una exégesis espiritualista o religiosa.”⁸⁷ Dejando abierto el enigma de esa imagen, entrando por tanto en terrenos de lo fantástico, lo sobrenatural y alejándose de lo policial.

El español, radicado en México, Juan Miguel de Mora (¿?) es el primer autor que se aleja del policial clásico e introduce en sus textos un lenguaje directo, fuerte, acompañado por “escenas de violencia y erotismo.” Aunque sus narraciones se ambientan en lugares sórdidos, comunes y en ocasiones insignificantes, sus personajes tienen nombres sajones.⁸⁸

Su primera novela, titulada *Desnudarse y morir* (1957) cuenta la historia de un estrangulador voyerista que además, es hipnotista en un local de variedades que sirve de

⁸⁷ *Ibid.*, p. 50.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 25

fachada para otra clase de negocios turbios. En sus siguientes novelas, *La muerte las prefiere desnudas* y *Amarse y morir*, ambas de 1960, los hechos sangrientos y sexuales son la constante.

Con estos autores se inicia de manera más formal el cultivo del género en México, sin embargo, la producción de novelas, compilaciones o antologías de cuentos no será regular, pues entre 1948 y 1960 se publicaron 12 textos entre los que destacan dos autoras: María Elvira Bermúdez y Margos de Villanueva.

2.2.3 Crímenes con aroma a rosas: Autoras y pioneras del género

Así como en el canon del policial inglés siempre dominaron los hombres, hasta la irrupción de escritoras fecundas como Agatha Christie y Dorothy Sayers, en nuestro país, el naciente género, también tuvo su toque femenino.

Licenciada en Leyes por la Escuela Libre de Derecho, la duranguense, María Elvira Bermúdez (1916-1989), reconocida en el mundo de las letras como una comentarista y crítica intensa, responsable de numerosos prólogos de la colección “Sepan cuantos...” de Porrúa, pero quizá, lo más importante en su carrera literaria fueron sus narraciones policiacas, considerándose no solo como una de las pioneras del género, también como una de sus mayores defensoras (sobre todo del policial clásico inglés), entusiasta y quizá una de las pocas personas que en su época estudió el género más de cerca.

Aunque Bermúdez había publicado para algunas revistas en la década de 1940, es hasta 1953 cuando aparece su primera obra, la novela *Diferentes razones tiene la muerte*.⁸⁹ La narración, protagonizada por el detective y periodista honesto y astuto, Armando H. Zozaya (quien será su detective famoso y aparecerá en diversos cuentos de la autora) se desarrolla en una finca de Coyoacán en que se darán cita “varias parejas para pasar un fin de semana pero tienen lugar varios asesinatos y aparecen varios sospechosos.”⁹⁰ Novela de corte clásico en que Zozaya de manera lenta y progresiva va dando seguimiento a cada pista y descartando a cada uno de los presuntos culpables, que dicho sea de paso y como parte del esquema clásico del género, están íntimamente relacionados entre sí, sobre todo por su pasado.

En 1955, Bermúdez pasaría a la historia del género al publicar *Los mejores cuentos policíacos mexicanos*, primera antología especializada del policial y que, de acuerdo a Frida Rodríguez Gándara, se trata de “una obra de divulgación del género” y cuya realización comprende principalmente textos publicados en *Selecciones policíacas y de misterio*.⁹¹

Los relatos que comprenden la antología son seis, de los cuales dos fueron “propuestos” por la editora responsable del libro y corresponden a Antonio Castro Leal (“El príncipe Czerwinski”) y Rubén Salazar Mallén (“El caso del usurero”), que tanto Vicente

⁸⁹ Tanto para Ilán Stavans, como para Vicente Francisco Torres, la fecha de la aparición de la novela no solo es desconocida, sino que este último asegura que apareció a finales de los cincuenta y contaría con una reedición en 1987, sin embargo, en el *Diccionario de escritores mexicanos*, en la entrada dedicada a la autora, se menciona el año de 1953 así como la editora, que es Talleres Gráficos de la Nación. Ante la imposibilidad de obtener una copia del ejemplar que demuestre lo obtenido en el diccionario o en su defecto, lo dicho por Stavans y Torres, me quedo con la fecha proporcionada en el diccionario.

⁹⁰ Vicente Francisco Torres, *op. cit.*, p. 50.

⁹¹ Frida Rodríguez Gándara, “La literatura policiaca mexicana. Una mirada desde las antologías de cuento” en Miguel G. Rodríguez Lozano (editor), *Escena del crimen. Estudios sobre narrativa policiaca mexicana*, UNAM, México, 2009, p. 168.

Francisco Torres como Frida Rodríguez coinciden en que son textos lentos, aburridos y rompen con el esquema planteado por la autora, siendo el resto de los textos que conforman esta breve antología, de Antonio Helú (“Las tres bolas de billar”), Rafael Bernal (“De muerte natural”), Pepe Martínez de la Vega (“El muerto era un vivo”) y la propia Bermúdez (“La clave literaria”) los que mejor se ajustan al modelo que ella quiere mostrar.

Por ser una gran defensora del subgénero clásico o inglés del policial, los textos que integran la antología se encuentran en ese estilo, además de contar con los que hasta ese momento eran las figuras indiscutibles del género en nuestro país, lo cual, justifica que se encuentren estos y no otros en esta primera antología.

Margarita Reinbeck de Villanueva (1920) cuyos textos firmó bajo los seudónimos Margos de Villanueva y Silvestre Martín es, de acuerdo a Vicente Francisco Torres la primera mujer en escribir una novela policial, *22 horas* (1955).⁹² El texto, al igual que los de María Elvira o los de sus demás contemporáneos, pertenece al género clásico y nos cuenta como el detective y recién ascendido a Comisario de la Oficina del Crimen, José Silvestre tiene el encargo de resolver el asesinato de Mario Fuentes, un rico corredor de bolsa. La narración transcurre en un ir y venir de potenciales sospechosos (la esposa, su mejor amigo, la criada y su novio, la madrastra y el hermanastro, así como algunos deudores), todos ellos con motivos para asesinarlo, pero también con coartadas plausibles. Silvestre, quien en sus investigaciones se hace acompañar por Ortiz, su ayudante, un policía simpático y gordito, pero desconfiado de todos, no ve pronta la solución del caso, hasta que le comienza a contar a su recién prometida, Pilar Villegas, que de manera astuta y al no

⁹² Vicente Francisco Torres, *op. cit.*, p. 48. Respecto a si es esta novela la primera o no, véase la nota 89.

estar dedicada de tiempo completo al caso, logra resolver el mismo. Hecho que Torres destaca, por ser esta una forma original de resolver el enigma, además de “que está muy bien escrita y, según María Elvira Bermúdez, esto se debe a que la autora estuvo asesorada por Alfonso Reyes.”⁹³ El título de la novela obedece al tiempo en que transcurrieron los hechos narrados.

Su siguiente incursión en el policial es en 1956 con la obra de teatro *La muerte nos visita*, drama en tres actos que fue estrenada el 15 de junio de ese mismo año en el Teatro del Caracol.

La obra que puede ambientarse en la Ciudad de México o en otra ciudad del mundo tiene como protagonistas nuevamente al inspector José Silvestre y a su ayudante, el siempre desconfiado, Miguel Ortíz, quienes esta vez se encargarán de descubrir quien fue el asesino del empresario Joaquín Vélez, que fue hallado muerto en su biblioteca. Al igual que en *22 horas*, la obra cuenta con varios sospechosos con motivos para haberlo matado, aunque al momento de los interrogatorios, todos tienen coartadas que resultan creíbles, al menos en un primer momento. Las coartadas empiezan a caerse cuando es asesinado uno de los sospechosos, estando solamente en el lugar del crimen (que es la casa de Joaquín), las personas más cercanas al empresario y, por tanto, las principales sospechosas. Después de numerosas entrevistas con los implicados, teorías y las dudas de Ortíz, Silvestre decide poner una trampa esperando que cayera el asesino, quien resulta ser Ana, esposa de Joaquín Vélez, en complicidad con Gloria, su amiga.

⁹³ *Ídem.*

Del conjunto de obras comentadas⁹⁴ se destaca la prominencia del narrador en tercera persona, de tipo omnisciente y extradiegético, salvo en la novela *22 horas*, de Margos de Villanueva, dónde el narrador está en primera persona, siendo además el detective-protagonista y en *El extraño caso de una litografía mexicana*, de Diego Cañedo que tiene dos narradores: por un lado, uno en segunda persona y autodiegético, que es el protagonista y relata una anécdota propia a su sobrino, quien desde la primera persona y en breves interrupciones, describe lo que percibe de su tío o lo que siente él, durante la narración.

Otra similitud que comparten es el tiempo lineal de la narración, pues todos los textos comienzan con alguna descripción breve del entorno en que se desarrollará la historia o del detective, para continuar con el advenimiento del crimen, la investigación y la resolución del misterio, tal como en el subgénero clásico. Salvo el texto de Cañedo que es una analepsis (el relato de una historia pasada), el curso de la narración es lineal. Algo que proporciona mucho dinamismo en todas las narraciones, especialmente en los cuentos de Helú y Martínez de la Vega, son los diálogos entre personajes. Si bien, el protagonista es una pieza fundamental en cada texto, el que dialogue con otros personajes, les otorga cierta vida o independencia, restando un poco las intervenciones del narrador.

Salvo Enrique F. Gual y la pieza teatral de Margos de Villanueva, el resto de las obras comentadas, tienen como espacio México, específicamente, la capital del país y procuran dar aunque sea mínimas muestras de época, ya fueran comercios, recintos multitudinarios, calles, parques, entre otros, siendo este un claro aviso de que el género se

⁹⁴ Me refiero únicamente a los textos que comento con amplitud, pues tuve forma de leerlos.

ha establecido de manera definitiva en el país, poniendo a la Ciudad de México a la altura de otras grandes ciudades del mundo como París, Londres o Los Ángeles.

2.3 Los jueces calificadores: El relato policial en voz de los críticos

Como he mencionado a lo largo de este capítulo, la recepción y atención de la crítica a la literatura policial si bien no es nula es muy incipiente, limitándose a algunos textos de Alfonso Reyes, uno de Xavier Villaurrutia y algunos más de María Elvira Bermúdez.

Alfonso Reyes hace su primera reflexión del género en 1945, con su texto “Sobre la novela policial” en el que declara por qué el policial es el género de su época: “1) es lo que más se lee en nuestros días, y 2) es el único género nuevo aparecido en nuestros días, aún cuando sus antecedentes se pierdan, como es natural, en el pasado.”⁹⁵

Aunque su intención no es demeritar el valor de las narraciones policiales, en algunos de sus comentarios puede dar esa impresión, minimizándola, por ejemplo, cuando explica por que lee esta clase de textos: “leo novelas policiales porque me ayudan a descansar, y me acompañan, sin llegar a fascinarme u obsesionarme, a lo largo de mis jornadas de trabajo [...]” y que comparadas con las que el llama “novelas oficiales”, estas simplemente le interesan sin conmovirlo.⁹⁶

Si bien, al leer lo anterior uno podría pensar que Reyes en el fondo sigue la tendencia discriminatoria con el policial, más adelante, nos explica y defiende dos puntos esenciales que sus mayores detractores han usado en contra del género, considerado como

⁹⁵ Alfonso Reyes, “sobre la novela policial”, *Obras Completas*, t. IX, FCE, México, 1996, p. 457.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 457-458.

una subliteratura o simplemente como “la Cenicienta de la Novela”: “1º los autores que a ella se consagran son demasiado prolíficos, 2º la novela policial se escribe con visible apego a cierta fórmula o canon.”⁹⁷

Respecto al primer punto, considera que esto obedece a una gran demanda, lo que ocasiona la producción a escala industrial de obras menores, no obstante, dice que “se puede ser abundante sin ser por eso mal escritor.”⁹⁸ Y pone como ejemplo, la obra de Balzac, Dickens o Galdós.

Para Reyes, el segundo punto es más importante y es quizá, el que más se empeñaban en mostrar sus detractores al momento de vilipendiar al policial. Para ello, Reyes recurre a dos ejemplos clásicos para desechar este argumento, al mencionar como la tragedia griega y las comedias de Lope de Vega se ajustaron en su momento a preceptos muy específicos y que no las convierten en malas obras. Considera que la “formula” le va muy bien a los textos policiacos, porque es parte del disfrute que ocasiona en quien los lee.

Lo único que no hace Reyes tanto en este como en los siguientes textos que dedica al género policial es mencionar la producción nacional que si bien era poca ya empezaba a dar sus primeros pasos en la literatura nacional y que bien pudo omitir o ignorar.

Pasarían catorce años para que Alfonso Reyes le dedicara nuevamente sus letras a la narrativa policial con un par de textos (“Algo más sobre la novela detectivesca” y “Un gran policía de antaño”) escritos para la *American Literary Agency* de Nueva York.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 459.

⁹⁸ *Ídem.*

El primero es nuevamente una defensa del género que reclama ser atendido por quienes siguen atacándolo y se avergüenzan de su afición e incluso es alentador, pensando que en algunos años podría ser incluida en los manuales de historia literaria. También se remonta a lo que podría ser la prehistoria del policial con *Edipo Rey*, haciendo una analogía entre el desarrollo de la historia y algunas características básicas del género, eso si, siempre asegurando que es una aproximación, pues en ningún momento afirma que su nacimiento se remonta a la literatura clásica, dándole ese lugar a Poe en América y Gaboriau en Francia.

El segundo texto resulta ser una explicación de François Vidocq, un bandido que pasa a ser policía, pero lo que destaca Reyes es como sirvió de influencia para algunos personajes de relatos policiales.

Posterior al primer texto de Alfonso Reyes, en 1946, aparece el libro de cuentos *La obligación de asesinar*, de Antonio Helú, en donde Xavier Villaurrutia es el encargado de elaborar el prólogo. Después de realizar una breve mención de su libro *Dama de corazones*, diserta sobre lo que es el policial, su valor y su virtud, pues considera dedicarse a los relatos policiales si fuera novelista o cuentista.⁹⁹ Así como Reyes defiende el disfrute de estas narraciones, Villaurrutia considera que el lector busca en estos textos diversión e interés, pero no es igual al de otro tipo de novelas, de hecho lo considera un “interés sui generis, basado en el enigma, en el misterio,”¹⁰⁰

Mientras Alfonso Reyes toma la lectura de relatos policiales como una forma de descanso, Villaurrutia considera que el lector debe ser intrigado, atrapado por la lectura, creándole la necesidad de proseguir con la misma para adivinar o resolver el misterio. Para

⁹⁹ Antonio Helú, *op. cit.*, p. 9.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 11.

el poeta es una especie de intoxicación que una vez resuelto el misterio deviene en “una catarsis, una purificación” que se traduce en una “sensación de alivio y descanso.”¹⁰¹ Considera incluso, que las narraciones policiales al tener tan calculados sus efectos, estos superan a los del teatro, idea que se puede considerar demasiado halagadora, sin embargo, los ejemplos que pone al mencionar a Chesterton y Borges confirman que puede haber cuentos y novelas del género con un esquema complejo y por tanto, dista un poco del simple disfrute que tanto menciona Reyes.

El resto del prólogo de Xavier consiste en mencionar a Antonio Helú como uno de los pioneros del género en México, así como su creación más sobresaliente, el detective Máximo Roldán, personaje de diversos cuentos.

Dos años después del prólogo de Xavier Villaurrutia se encuentra el “Ensayo sobre la literatura policiaca” de María Elvira Bermúdez que publicara el 15 de febrero de 1946 en la *Revista Mexicana de Cultura* (Suplemento dominical de *El Nacional*). Este, a comparación de los esbozos anteriores, se puede considerar como el primer texto serio que habla del policial, pues en el largo ensayo, Bermúdez comenta la enorme popularidad del policial, hace un esbozo histórico de cómo el delito forma parte de la historia de la literatura (ejemplifica con Eurípides, Sófocles, Shakespeare y Dostoievski), para después hacer una distinción entre la novela de detectives, la de aventuras y la terrorífica. Dejando para el final los antecedentes clásicos del género y un comentario de las que ella considera obras genuinas del policial.

¹⁰¹ *Ídem.*

La diferencia que existe entre Bermúdez, Villaurrutia y Reyes radica en que la primera busca darle mayor seriedad e importancia al policial, pues no solo lo defiende, sino que proporciona un panorama amplio del género, sus diferencias y cercanías con otros, e incluso la antigüedad de los temas que trata la literatura de este tipo, y aunque mucho de lo que comenta ha perdido frescura, se puede considerar como la primera teórica y crítica seria del género. En tanto, Villaurrutia y Reyes, son mayormente defensores del mismo, dando con ello, el aval de dos autoridades literarias e intelectuales a narraciones generalmente despreciadas por otros colegas suyos.

Aunque el panorama de la novela y el teatro policial es poco para 1960, es en el cuento y las revistas o periódicos en que se desarrollará más ampliamente el género en el país, siendo esto materia del siguiente capítulo.

3. Muerte por entregas. La literatura policial y las revistas

Como he venido mencionando en los capítulos anteriores, es muy probable que la literatura policial entrara al país principalmente a través de Sudamérica, especialmente de Argentina y Chile que tempranamente comenzaron con la publicación y distribución de revistas, novelas o compilaciones de cuentos policiales, tanto de autores locales como traducciones de los clásicos ingleses, norteamericanos y franceses.

A pesar de la circulación en nuestro país de las publicaciones sudamericanas, acceder a dichos materiales resulta complicado, siendo las librerías de viejo, el único repositorio donde aún se pueden hallar algunos de estos textos. Empero, el caso mexicano es más crítico, pues todo lo referente a las revistas literarias (además de algunas obras de los pioneros del género) que abordaron o se especializaron en la difusión del policial es un auténtico misterio, primero, porque su lugar en las bibliotecas es prácticamente inexistente y segundo, porque cada vez son más inasequibles, por lo que parecen condenadas al olvido.

Sin embargo, como resultado de mis investigaciones he encontrado que existen al menos dos publicaciones nacionales que a mediados y finales de la década de 1930 se encargaban de publicar relatos policiales, las revistas *Misterio* y *Detectives y Bandidos*.

3.1 Develando el enigma: Primeras revistas del género en México

3.1.1 Revista *Misterio*.

Es a mediados de la década de 1930 cuando se tiene noticia en el país de algunas de las revistas y colecciones de literatura policial que se publicaban en Sudamérica (Argentina principalmente) y desde luego, los Estados Unidos con la *Ellery Queen's Mystery*

Magazine. Sin embargo, en julio de 1934 la editorial Sayrols saca a la venta la que hasta el momento se puede considerar la primera en su tipo en el país, la revista *Misterio*, magazine mensual que lo mismo publicaba casos reales en forma de reportajes, crónicas o anécdotas de agentes policiales reales o personas vinculadas al ámbito judicial (siendo mayormente casos norteamericanos), que cuentos y novelas policiales, de aventuras y fantásticos.

La nómina de autores en los números que consulté es amplia y destacan nombres como Agatha Christie, Maurice Leblanc, Chesterton, Wilkie Collins, Dorothy Sayers, S. S. van Dine y Conan Doyle; hasta algunos que quizá hoy nos dicen poco o nada y no son necesariamente autores de policial: Theodora du Bois, Gerald Verner, Hector Hawton, Ray Cummings, Roy Vickens, Alfred Sutro, Richard Essex, A. E. W. Mason, Georges Le Faure, etcétera.

La revista dirigida por el también dueño y fundador de la editorial, Francisco Sayrols, en el segundo número explica el motivo de la misma:

Misterio. Ese es el nombre que hemos dado a esta publicación que con el número pasado inició su vida, porque cuadra a nuestros propósitos de presentar en ella las tragedias intensamente pasionales que se han desarrollado y se desarrollen así en nuestro país, como más allá de las fronteras; narraciones novelescas donde lo desconocido ejerce un poder omnímodo e incontenible; material aquel y éste tan gustado por el público. Ilustraciones artísticas y fotos admirables dan relieve y belleza a las páginas de esta revista, llamada a figurar en primera línea entre todas las de su índole no solamente nacionales sino extranjeras, tendiendo nosotros a que alcance a ser positivamente continental.¹⁰²

A lo largo de sus casi 200 páginas a tres columnas, cada número (cuyo formato podría considerarse como tabloide: 19.7 x 29.2 cm.) venía acompañado de una breve página editorial que en ocasiones corría a cargo de la dirección de la revista, en otras se trataba de

¹⁰² "Editorial", *Misterio* (México, D.F.), núm. 2, año 1, agosto 1934, p. 3.

pequeñas reflexiones, algunas más eran textos en verso o prosa de autor anónimo o autores reconocidos como Rudyard Kipling. También contó con la colaboración de RIP-RIP¹⁰³ y el ingeniero Elías L. Torres. Este último, participó en la revista con la publicación de algunas anécdotas o relatos curiosos de carácter histórico, además de haber sido quien en 1920 sostuvo una entrevista con Francisco Villa, mostrando su cercanía y simpatía al movimiento revolucionario.

Como menciono al comienzo de este apartado, *Misterio* se destacó por dar espacio tanto a textos literarios como a otros de carácter periodístico o anecdótico, entre muchas otras curiosidades. El grueso de los textos literarios que integraban cada número era del género policial (mayormente del subgénero clásico o inglés) y en menor medida, los eran de aventuras o ciencia ficción. Aunque la mayoría de los textos eran cuentos, cada ejemplar contaba con una novela corta que al menos en los ejemplares consultados eran policiales y estaban anunciados desde la portada. Como la mayoría de los textos publicados eran de autores ingleses, norteamericanos o franceses, un dato importante sería el nombre o nombres de los traductores, empero, se desconoce, pues se omite ese dato en cada número, salvo en contados textos en que sí se da crédito al traductor, aunque su rastro sea difícil de seguir por la ausencia de datos o referencias de estas personas. Ejemplo de ello se aprecia en el relato “No es una cuestión de suerte”,¹⁰⁴ traducido por A. D. B. y cuyo autor original no se incluye por error; o las traducciones de Humberto González Ruiz o Nina Muñoz Peza, de quienes desconozco si tienen alguna otra traducción o trabajo literario. Al igual que los

¹⁰³ No confundir con el poeta Amado Nervo (1870-1919) que adoptó el pseudónimo del cuento “Rip-Rip, el aparecido” de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). El autor de los editoriales de la revista *Misterio* con el pseudónimo R.I.P-R.I.P. es Rafael Martínez Gómez (1881-1949), periodista y crítico del régimen porfirista, además de político y colaborador de Francisco I. Madero.

¹⁰⁴ *Misterio* (México, D.F.), núm. 3, año 1, septiembre 1934.

traductores, en la revista no se menciona a ningún otro colaborador (redactores, editores o el consejo editorial), salvo el director gerente, que es Francisco Sayrols.

Otro dato interesante es la publicación de numerosos relatos o artículos anónimos, que valdría la pena rastrear para asegurarse si se trata de traducciones o textos de autores nacionales que ya fuera por petición expresa de los mismos o simplemente un error del consejo editorial que olvidó incluir los nombres. Cabe señalar que la lectura del contenido de cada ejemplar rara vez era lineal, siendo el carácter fragmentario de cada narración o artículo un sello característico de esta publicación, es decir, en lugar de presentar cada texto en un estricto orden, estas se cortaban aproximadamente a la mitad para introducirnos el siguiente relato o artículo, pasando para las páginas centrales o finales la conclusión de los cuentos, artículos y la novela incluidas en cada número. Parte de este peculiar modo de ordenar el contenido de cada revista, es la ausencia de índice, al menos durante los primeros 12 números y aunque no puedo asegurar con precisión en que número se incluye el primer índice, para 1937 cada ejemplar cuenta con él, distinguiendo los cuentos, la novela y los artículos.¹⁰⁵ Como parte de la publicidad de la revista, que mayormente hacía

¹⁰⁵ Dentro de las curiosidades que incluía cada número podemos numerar los chistes ilustrados que en ocasiones tomaban de la revista *Paquín* (de la misma editorial), algunos más que eran tomados y adaptados de la prensa norteamericana y muchos más de carácter anónimo que sugieren una autoría local. También coexistían diversas notas con datos curiosos acerca de lugares o culturas ajenas a la nacional (mayormente de medio oriente y Asia) y algunos más, promocionando otras publicaciones de la editorial, como *Ases y estrellas*, el magazine dedicado al mundo del cine hollywoodense y en general. Como adición a los entremeses insertos en cada ejemplar de *Misterio*, el lector podía contar con un “Misteriograma” en que tras leer un enigma policial, en la página siguiente tenía que resolver una especie de crucigrama con las pistas que obtuvo de su lectura, así como de algunas adicionales que se le proporcionaban justo en el espacio del crucigrama. Respecto a las ilustraciones, la mayoría de las portadas consultadas tienen la firma de su dibujante, siendo todos mexicanos (Arturo Vilchis, F. Rendón, A. Tirado, J. Casillas, Helguera), mientras las imágenes del interior no poseen firma alguna o su propietaria es alguna agencia periodística norteamericana anunciada debajo de la misma. Aunque no descarto algún caso de apropiación (licita o no) de alguna imagen o portada de alguna revista extranjera.

mención de otras de sus publicaciones, llama la atención la colección de Sexton Blake¹⁰⁶ que mencionaba cerca de 300 números divididos en siete series (Serie intriga, de horror, crímenes, científica, Sexton Blake en la Argentina, de los pistoleros y fantasmagórica), lo cual mostraba el interés y publicación de colecciones de relatos de algún personaje policial.

Aunque la mayoría de los participantes de *Misterio*, son extranjeros, tal como lo promete el editorial de su segundo número, ésta se volvió espacio para algunos autores nacionales y latinoamericanos que hallaron en el magazine un lugar para publicar sus narraciones y artículos.

3.1.1.1 Autores mexicanos y latinoamericanos en *Misterio*

En el segundo número de *Misterio* aparece el cuento “Los seis crímenes y la lucha libre. El asesino rojo de la Av. Uruguay”. El personaje principal es Federico de la Mora, hombre joven de economía holgada que por afición al peligro y a la resolución de enigmas, adopta el pseudónimo Sam Shik y funge como detective privado, quien en este caso (que de acuerdo al narrador no es el primero) busca resolver el asesinato de seis personas vinculadas con la lucha libre que tras diversas indagaciones y testimonios, resultaba ser un ser desconocido, un monstruo enorme y rojo, que finalmente se trataba de Rayo Rojo, un luchador resentido con cada uno de los muertos. El autor de este cuento es Luis G. Otero, un personaje desconocido para las letras mexicanas, pues no se tienen datos sobre su persona u obra y que a falta de datos que comprueben la publicación de los primeros

¹⁰⁶ Sexton Blake es el nombre de un detective inglés protagonista de más de 3000 cuentos desde su aparición en 1893 hasta la década de 1970 y cuya autoría fue tanto de autor anónimo como de cerca de 100 autores distintos, la mayoría desconocidos actualmente.

cuentos de Antonio Helú (que se presume fue a finales de la década de 1920), considero es el primer texto policial publicado por un mexicano al menos, en una revista dedicada al género.

En el número diez de la revista, correspondiente a abril de 1935, Otero y su detective aficionado y aristócrata, Sam Shik regresan con la novela corta “El escorpión asesino” (que igualmente podría tratarse de la primera novela publicada en una revista, además de disputarle el lugar de honor a Enrique F. Gual), donde el investigador se involucra en unas misteriosas muertes que aparentemente no tienen explicación, pues no se detectan armas homicidas o heridas que pongan en evidencia los crímenes, haciéndose pasar por muertes naturales. Sin embargo, Shik escéptico de lo aparentemente sencillo de las muertes, emprende la investigación para descubrir que eran asesinados por un piquete de escorpión que astutamente había empleado un médico para no verse involucrado en los asesinatos y hacerlos pasar como muerte natural. Lo interesante de esta narración es el momento final, cuando el detective al descubrir al asesino, acude a su domicilio encontrándose en grave peligro al ser sometido por el médico y es la esposa del acaudalado investigador aficionado quien con tal de querer ser participe de los casos de su marido (aún cuando él se lo prohíbe) lo salva de ser asesinado por los escorpiones del galeno.

Con el pseudónimo Nick Carter¹⁰⁷ este autor anónimo publica en los números dos y tres un par de textos policiales. En el primer caso (“Alberto Nicolat, el celebre ladrón loco”) se trata de la historia de un delincuente poco conocido en el México del periodo

¹⁰⁷ El pseudónimo fue tomado del nombre con que bautizara a su detective, el inglés John Coryell en 1886. Fue personaje de numerosas narraciones escritas tanto por Coryell como por muchos más autores, destacando Frederick Marnaduke Van Rensselaer (1862-1922)

revolucionario, sus modos de operar, su detención, posterior reclusión y muerte en un manicomio. El texto corresponde a una crónica periodística en que se detallan ciertos aspectos del delincuente y lugares donde cometió sus fechorías. En el segundo (“El crimen misterioso de la calle del Cacahuatal”) se narra como la naciente policía reservada resuelve un caso aparentemente de rutina que le lleva al protagonista del relato, el jefe de este escuadrón, Miguel Cabrera seguir una pista falsa que le hace perder mucho tiempo, para que finalmente descubriese que el asesinato de una mujer de vida disipada fue un crimen pasional, pero no con el sospechoso que parecía más obvio (su amante), sino con un acaudalado individuo que fue despreciado numerosas veces por aquella mujer. Esta última narración bien puede considerarse tanto una anécdota como un cuento policial clásico (sobre todo porque no hallé datos que demuestren que el hecho sucedió realmente) cuyo ritmo si bien es rápido, es en su historia un tanto torpe, aunque quizá refleje muy bien las formas de actuar de la policía mexicana de las primeras décadas del siglo XX.

Alberto Huisner con “El búho del mal” cuenta la historia de Fernando Meroño, un individuo adinerado y con una creencia absurda y obsesiva de que las fuerzas del mal lo azoraban siempre, tras un tiempo en desdicha decide formar una familia y se casa con una tapatía. Justo a los dos meses de casados e instalados en una casa de campo, la pareja antes de dormir escuchó numerosos graznidos de búho que impedían su sueño. Meroño, resuelto a ahuyentar al animal a disparos sale de la recámara y a su regreso encuentra a su esposa muerta con tres rasguños de búho, alimentando así su malsana creencia. Tiempo después vuelve a casarse y después de un tiempo instalados en la casa de campo, vuelve a suceder el mismo hecho, a lo que el supersticioso esposo decide esconderse tras las cortinas de la habitación para ver que sucedía y su sorpresa es grande al descubrir que todo era un

montaje de la sirvienta quien, enamorada de su patrón, buscaba eliminar a su segunda esposa tal como lo hizo con la anterior, para quedarse con él.

Reynaldo Aguirre publica en el número cinco el relato ambientado en Mexicali, “La acusación del lodo” en que Lomborón, un abogado obeso y bajo de estatura es llamado por la novia de uno de los inculpados para resolver el caso de asesinato de Robert Smith, un empleado de la Cervecería Azteca que se halló muerto en las instalaciones de la misma. En la investigación, se encuentra con el comandante de policía Francisco Gómez, quien será por sus métodos y constante sarcasmo, motivo de burlas de Lomborón. Como en los relatos policiales clásicos, el abogado detective es quien resuelve en caso tras fijarse en detalles mínimos, insignificantes para la policía que está ansiosa por encarcelar a alguien, dejándose llevar por pistas y deducciones rápidas, siendo el asesino otro de los empleados que había descubierto la infidelidad de su esposa con Smith y lo había asesinado a puñaladas en un río que pasa a un costado de la cervecería, dejando mal parado al comandante Gómez.

Raúl G. Berlanga y su cuento “Mahari” que está ambientado en Londres, relata las misteriosas muertes de dos hombres provenientes de la India que tras ser envenenados y balbucear algunas palabras que parecían carentes de sentido, puso a la policía a investigar a fondo, resultando la familia del inspector de policía el nuevo blanco de esos asesinos desconocidos que tras una serie de investigaciones y al descifrar los extraños mensajes de los dos hombres asesinados, descubrieron que se trataba de Mahari y su banda de extorsionadores hindúes que tras ir persiguiendo a tres comerciantes a Inglaterra (los dos muertos y uno más que escapó) para sacarles más dinero, al no obtenerlo, vieron en el rapto

de la hija del inspector de policía la ocasión perfecta para obtener el dinero que hubiesen obtenido con los otros tres.

En el número ocho de *Misterio*, Rafael de Morales publica “La huella de un diamante”, relato policial clásico en que el detective Marker trabaja en el esclarecimiento del asesinato de un rico empresario que fue liquidado en su casa y que para la policía resultaba ser un simple suicidio producto de una fuerte pérdida de dinero a causa de su afición a las apuestas. Sin embargo, este detective al que siempre avisan de los hechos antes que a la policía, tras una serie de dudas e investigaciones descubre que el asesino se trataba del secretario particular, que había estafado a su patrón con una considerable cantidad de dinero que ocuparía en sus galanteos con una mujer.

En “Lucy Armand, «La Belga»”, Rogelio Medrano recurre al relato que María Elvira Bermúdez llama criminológico, es decir, la narración está siempre desde el punto de vista del criminal, que en este caso se trata de Mario Antonio Torres, un ladrón de cierta fama que cuenta como fue manejado hábilmente por Lucy Armand para frustrar un robo que tenía planeado con sus colegas y hacerse ella del botín. Lo que parecía ser simplemente el cumplimiento del refrán de “ladrón que roba a ladrón” en realidad ocultaba más de fondo, pues el doctor Zabala, dueño de las joyas que buscaba Torres, había preparado todo, primero asegurando las valiosas piezas y después, al hacer un trato con “La Belga”, ella sustraería las prendas, cobrando el doctor el seguro y después de pagar la cantidad acordada a Lucy, recuperaría sus alhajas.

Ambientada en Buenos Aires, “Círculos negros”, de Armando Stiro es un cuento policial en que un hombre muere envenenado por causas desconocidas, hecho que obliga a

su hijo a indagar quien fue el responsable de su repentina muerte. Tras averiguar los últimos movimientos de su padre, descubre que el asesino fue su primo quien ansiaba cobrar parte de la herencia que le había legado su tío y para su propósito, empleó un extracto de una especie rara de mariposa que solo él y su profesor de la universidad conocían.

En el número once de *Misterio* es de destacar la narración de Ricardo Trigo C., titulada “Dos asesinos” en que el protagonista, el agente Samuel Paredes tiene a su cargo la investigación de un asesinato en un cuarto de vecindad cercano a la iglesia del Carmen, en la Ciudad de México. El relato transcurre de manera fluida y se ambienta tanto en la capital del país como en Torreón y Matamoros, Coahuila, poblaciones a las que se dirige el agente pues las pistas obtenidas le llevaron a la casa donde vivía una hermana del occiso que recibía periódicamente una ayuda económica de su hermano y además, mantenía una relación sentimental con un hombre de dudosa reputación. Después de una serie de viajes a la comarca lagunera y descubrir que el cadáver y la vivienda habían sido penetradas en dos ocasiones, se descubrió que en una de las irrupciones fue cuando dieron muerte al Sr. Canales y en la otra, el motivo era el robo y aunque el asaltante golpeó la cabeza del cadáver, este había muerto horas antes. Finalmente, Paredes descubre que el hermano del prometido de la hermana de Canales había planeado todo, desde provocar la relación entre ellos, hasta el asesinato del señor Canales que heredaría sus cuarenta mil pesos a su hermana, para después asesinarla y quedarse con todo el dinero. La narración es ágil, con un lenguaje limpio, aunque no exento de alguna expresión popular, como “compradores de «chueco»” que hace referencia a quien compra cosas de manera ilegal. Otra característica importante del relato es como se describe a sí y a la policía en general como individuos que

no lo saben todo, anunciando que sus relatos (pues parece que este es el primero de una serie de cuentos que protagoniza el agente, aunque desconozco si existen más.) no serán del “tipo detectivesco según la concepción antigua, a base de lupa, colillas de cigarros y otras minucias el que llega a la meta, sino el del hombre de percepción, que analizando cada detalle y aplicando la lógica y un “por qué” dentro del orden que le son conocidas y necesita usar en determinado momento equiparándose al criminal, cómo llega al conocimiento de la verdad.”¹⁰⁸ Aunque promete lo que cumple y se aleja del modelo inglés del policial, tampoco está lo suficientemente cerca del patrón norteamericano, por lo que podríamos estar ante un texto de transición que culminaría en el panorama nacional con Filiberto García, el celebre matón detective de *El complot mongol*. El hecho de que el protagonista minimice los triunfos de la policía (organización no perfecta, pero si eficiente) considerando que estos se deben más a los soplonos que a la propia investigación, nos muestra a un personaje con pequeños avisos de dureza y critica que se explotarían completamente en la novela de Bernal. Finalmente, es de considerar la participación de Don Alfredo y su sobrino Luis, quienes desde su laboratorio, al estilo de las novelas de espionaje o las modernas series policiacas de televisión, proporcionan al agente los detalles más particulares del caso y es, junto a los soplonos, el mayor soporte para sus investigaciones.

Otros autores que publicaron en *Misterio* y no hicieron incursión en la narrativa policial fueron, Enriqueta de Parodi, pseudónimo de la maestra y promotora cultural sonorenses, Enriqueta Montaña Peralta (1897-1978) que en el número dos publica un artículo de opinión (“El abuso de los señores caseros –algo ignorado-”) que se aleja por

¹⁰⁸ Ricardo Trigo C., “Dos asesinos”, *Misterio* (México D.F.), núm. 11, año 1, mayo 1935, p. 25.

completo de temática propuesta por la revista al hacer una crítica de las personas que rentan una casa o cuarto; y en el número cuatro, un cuento fantástico (“El tesoro”) en que la autora pone a consideración del lector si lo narrado es leyenda y que tanto de ella puede ser real o no, recurso muy utilizado en las narraciones fantásticas o de tradición oral para darle verosimilitud a lo narrado. Guillermo Díaz Barreiro que escribe una novelita corta titulada “El hombre de la noche” y narra el misterio que encierra un viejo extranjero que radica en la Ciudad de México y únicamente sale de noche. Rodolfo Chávez, que en el número dos publica el relato de aventuras “Sobre el continente africano” y en el número 38 la novela fantástica titulada “La ciudad perdida”. R. Zamora es otro de los autores que en el número tres publica su relato de horror con tintes de leyenda, “La casa maldita”. El abogado y activista político bajacaliforniano, Federico W. Esponda publica en el número tres el cuento “Destino”, texto que parte de un crimen cometido a dos prominentes familias del sureste de México y Guatemala y la posterior venganza del hijo de uno de los asesinados que termina en un drama romántico en que éste se enamora perdidamente de la hija y heredera de la otra familia cuyo padre también fue asesinado, siendo el crimen un pretexto o motor para el desarrollo de la trama amorosa. Eduardo Villagrán, también en el número tres publica su breve artículo “En una “comisaria” de antaño”, que de una manera breve y hasta humorística describe la corrupción policial de la época. El relato de E. Patiño titulado “Sugestión” se trata de un relato sobrenatural. Protasio Martínez Alvarez publica el que sería, junto al artículo de Enriqueta de Parodi, el segundo texto que se aleja de los temas propuestos por *Misterio* con su relato “El guía del mendigo”.

También tenemos a A. Ocampo con “Un marido octogenario”, que es un relato sobre infidelidad; Rafael Márquez Gallinar que cultiva la narrativa de la revolución con su

relato “Como murió un traidor a la patria”; José Carrillo Gaitán que en el cuarto número publica “Chantaje”, cuento que se aleja de la temática policial al menos en lo que a crimen e investigación se refiere, recurre al tema del chantaje en que un hombre sin escrúpulos abusó de la amistad que tenía con una mujer casada para obtener un beneficio económico al amenazarla con contarle a su marido que tenían una relación amorosa. La dama, molesta y asustada por el truco sucio de su amigo, accede a su demanda y tras un encuentro en que ella entrega el dinero a cambio de unas cartas y su silencio sucede un altercado violento que termina mal para aquel hombre quien muere víctima de un infarto; desde luego el Ingeniero Elias L. Torres que colabora en los números cinco y siete con textos de carácter histórico (“Los periodistas. El duelo” y “Los lebreles del Virrey”, respectivamente) y el cuento de triangulo amoroso con consecuencias funestas y ambientado en Aguascalientes, “El castigo del amor”; El periodista, dramaturgo y diplomático cubano español Alfonso Hernández Cata (1885-1940) publicó el cuento “El gato”; El abogado y teólogo católico español Jaime Ripoll (1879-1963) divulgó su cuento de aventuras ambientado en la España de Alfonso III titulado “La tragedia de Omar”; en el número 38, publicó Enrique L. Chávez el cuento ambientado en Matehuala, S.L.P., “Muy mi miedo” que se trata de un relato sobrenatural explicado, pues lo que se presumía era una aparición fantasmal o demoníaca, resultó ser un gato negro; Eduardo Arana con su relato “La domadora de hombres fatales o una conquista de primavera” en que se narra la habilidad que tiene una mujer para estafar a los hombres al contarles una historia falsa, conmoverlos y obtener de ellos una cena gratis y algo de dinero, sin revelarles siquiera su nombre o lugar donde vive; en el número 45, el profesor J. García Méndez publica “¿Es posible enfermarse de miedo?”, que es un artículo de carácter médico, cercano a la psicología en que explica con los conocimientos de la época, las

diversas maneras en que uno se puede enfermar de miedo y sus consecuencias; Raúl Alves muestra el ingenio y desperdicio de talento de los delincuentes en su artículo “El ingenio de los delincuentes”; en el número 46 José Martínez Orozco publica su relato “Farsa y verdad”, que se trata de una comedia romántica; Jorge Ainslie con su narración titulada “El sombrero” que tras ser en apariencia un texto fantástico en que un hombre adquiere un sombrero y siempre se le desaparece cuando lo lleva puesto y reaparece sin motivo en su casa, no era más que un truco publicitario de la compañía que fabricó el sombrero para incitar la compra del mismo. Finalmente, en el mismo número 46, publicó la autora argentina Sofía Espíndola (1904-1975) su relato de aventura “Tormento”.

Salvo contados casos, la mayoría de los autores mexicanos que publicaron en *Misterio* fueron probablemente, escritores aficionados, quedando abierto un caso que quizá no tenga solución. De igual manera quedan en la incógnita muchos números de la revista que se encuentran desaparecidos y que probablemente aportarán más material de estudio acerca de la literatura policial mexicana.

3.1.2. Revista *Detectives y Bandidos*

Meses antes del tercer aniversario de *Misterio*, el 26 de abril de 1937 una nueva revista se introduciría en el gusto de los aficionados al policial, *Detectives y Bandidos*, que a diferencia de la publicación dirigida por Francisco Sayrols que era mensual, esta fue semanal, además de ser en formato de bolsillo (14 x 18.4 cm), dedicándose de manera más limitada a todo lo referente a la temática policial, incluyendo en las casi 200 páginas a doble columna muchas narraciones policiales, reportajes acerca de crímenes famosos (la

sección “crímenes famosos” es prueba de ello) o en los que se mostraban anécdotas o métodos de investigación de diversos agentes policiales norteamericanos.¹⁰⁹

La revista de Publicaciones Herrerías que primeramente saliera todos los lunes y luego los jueves, al igual que su homóloga de Sayrols es difícil de conseguir y de ella solo existe una mención breve de Vicente Francisco Torres en su libro *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, que comprueba su existencia, aunque nos sigue dejando en la incógnita pues no menciona la duración que tuvo (algo que se antoja difícil, tomando en cuenta que solo algunos vestigios se han de conservar, perdidos unos, en colecciones privadas otros.) o por lo menos mencionar algunos de los números que haya consultado o posea.

La publicación dirigida por Ignacio F. Herrerías incluía al comienzo de cada número un índice general que además de incluir título, autor y ubicación, contaba con un pequeño indicador que mostraba el tiempo de lectura estimado para cada texto, algo que a mi parecer resulta curioso, pues de todas las revistas que comentaré en este capítulo, ninguna disponía de tan particular herramienta para el lector, permitiendo que éste programara sus lecturas o las evadiera si las consideraba muy largas. Al igual que su contemporánea de editorial Sayrols, *Detectives* y *Bandidos* tampoco hace mención de editores, redactores o consejo editorial, lo cual pueda deberse al carácter popular de la publicación o a la poca importancia de esos detalles por parte de la dirección del semanario o editorial.

¹⁰⁹ Aunque *Misterio* en sus primeros dos números no maneja tarifas por suscripción (que será de \$ 6 a partir del tercer número), *Detectives* y *Bandidos* si lo hace desde el principio, teniendo el ejemplar a 20 centavos, y las suscripciones de 3, 6 y 12 meses (\$ 2.50, \$ 5 y \$ 10 respectivamente). Lo que no tiene es tarifa para el extranjero, razón que hace suponer su estricta circulación nacional, emparentándola momentáneamente con el magazine de editorial Sayrols, pues esta empieza a manejar tarifas para el extranjero aproximadamente en 1937 (2.50 dólares por suscripción).

Al igual que *Misterio*, este semanario policiaco incluye numerosos textos de autores de habla inglesa o francesa conocidos, en cuyas traducciones tampoco se da crédito alguno. Los autores que destacan en los números consultados son Rudyard Kipling, Pierre Boileau, Jack London, Erle S. Gardner y Ellery Queen. También cuenta con una larga lista de autores que al igual que su competidora de Editorial Sayrols hoy resultan desconocidos (Fletcher Pratt, Margie Harris, Francis C. Preston, Jean Bazal, L. J. Beeston, Pol Prille, entre otros.). Probablemente tanto en *Detectives y Bandidos* como en *Misterio*, algunos nombres ingleses o franceses que no pude localizar, sean, como lo fue para algunos sudamericanos, el escondite que emplearon autores aficionados o respetables para el cultivo del policial dejando en incógnita si esto puede ser verdad o no.

Aunque resulte evidente que las traducciones de los textos originales incluidas tanto en esta como en las demás revistas trabajadas debieron de haber provenido de alguna parte, en mi búsqueda, encontré que al menos en un ejemplar de *Detectives y Bandidos* tanto la portada como el relato principal (que es el anunciado en la misma) son, salvo por la traducción, una copia de una *pulp fiction* norteamericana llamada *The Spider*.¹¹⁰ Se trata de la novela corta “Death reign of the vampire king” que fue traducida como “El rey de los vampiros” y como podrán observar en las siguientes imágenes (ver anexo), el parecido es sorprendente. Este hecho hace suponer que en más números del semanario mexicano se pudieron haber tomado otros textos y portadas de esta o muchas otras revistas

¹¹⁰ Revista norteamericana que se publicó de 1934 a 1939 y dio espacio a muchos autores poco famosos, destacando narraciones policiales clásicas, negras y artículos con temática policial. Para mayor información de la revista, véase, Chris Kalb, “A brief history of The Spider”, <http://spiderreturns.com/legend/history1.html> Consultado: Martes 10 de septiembre de 2013, 12:05 am.

norteamericanas con o sin autorización, pues antes no existían tantos cuidados con los derechos de autor, como los hay ahora.

Por la periodicidad de *Detectives* y *Bandidos* es posible que el número de ejemplares sea mayor que la de *Misterio*, sin embargo, por el material consultado puedo inferir que es la que menos autores mexicanos o latinoamericanos tiene publicados (descartando a la mayoría de nombres en inglés o francés desconocidos que pudieran ser pseudónimos de escritores en habla española.).

3.1.2.1 Autores mexicanos y latinoamericanos en *Detectives* y *Bandidos*

En el número nueve, correspondiente al 21 de junio de 1937, Juan Castellanos publica el cuento ambientado en Marsella, “Otro hampón asesino” en que un albañil asesina al que creía era amante de su ex esposa y además era uno de los más temidos mafiosos de la ciudad, dejando herida a su ex mujer.

En el mismo número, Jorge Oubert publica “El secreto de Egender”, relato ambientado en la ciudad francesa de Niza, que cuenta la desaparición de Renata Arbel, una cincuentona alegre y afecta a la compañía de jóvenes, como su íntimo amigo, Roberto Egender, quien al tener fuertes deudas de dinero y sabiendo que la señora Arbel tenía el suficiente para saldar su compromiso, decidió asesinarla, y aunque rápidamente fue apresado, él joven que tenía múltiples coartadas lo negó todo. Lo que no sabía era que el dinero de Renata no podría tenerlo, pues fue reclamado por conocidos de la difunta en París, firmando así, su sentencia de muerte a manos de las personas con quienes tenía la deuda.

En el número 31, que corresponde al 25 de noviembre de 1937, Armando Salinas nos ambienta en los alrededores del pueblo de Tacuba, en la Ciudad de México, con su relato “El crimen del panteón alemán” que narra las investigaciones que se llevaron a cabo para determinar quien fue el asesino del señor Pablo Navarro, administrador del panteón alemán y residente del mismo, junto a tres hermanos que eran los jardineros, un ciudadano teutón con problemas mentales y un primo de los jardineros que tenía una aparente coartada. A pesar de que la historia es accidentada, resulta de lectura rápida y muestra a una policía oficial con algunas deficiencias en el proceso de la investigación, hecho que para la realidad mexicana de ese entonces, no resultaba extraño, lo cual, daba al cuento ese toque de realidad que, sin ser un policial clásico y menos uno de negro, si resulta verosímil. Al final, después de tres días de interrogatorios a los sospechosos (los tres hermanos) y la aparición del primo cuyas pruebas le incriminaban junto a uno de los hermanos, terminan confesando su crimen, cuyo móvil fue la ira provocada en el jardinero y su primo por parte del señor Navarro, que inicialmente no quería dejar entrar al cementerio al primo por ser muy tarde, sin embargo, lo deja entrar y, una vez dentro, Navarro le insultó, provocando la furia de los primos que lo asesinan a palos.

Alguien que valdría la pena averiguar más sobre su identidad y desde luego, su producción literaria es sin duda el autor detrás del pseudónimo Nick Carter. Pues así como se mencionan dos participaciones de él en *Misterio*, en *Detectives* y *Bandidos* no podría faltar, pues en los números 10 (28 de junio de 1937) y 15 (5 de agosto de 1937) publicó las narraciones “¿Suicida?, ¡No, asesinada!” y “El Matarratas”, respectivamente. En el primer caso, el narrador que es un policía describiendo sus memorias, nos cuenta su último caso en la octava demarcación de policía. Este se trataba de la desaparición y posterior muerte de

Eugenia Cantú, prima de María Luisa Torres, ambas oriundas de Monterrey, aunque desde hace tiempo, residentes en las colonias Roma y Tacubaya de la Ciudad de México, respectivamente. Lo que parecía un caso ordinario de una desaparición causada por una noche de parranda, se tornó en un aparente suicidio, pues se halló a Eugenia muerta de un disparo en el corazón y con una nota que comprobaba el atentado contra su vida. Sin embargo, las pruebas e interrogatorios realizados por el oficial a su prima y la sirvienta de la occisa, así como un segundo disparo que desechaba la idea del suicidio pusieron en la mira de la policía a Paco, pareja sentimental de Cantú y cuya violencia hacía ella era constante. Aunque ignoraban su paradero, después de unos días fue sorprendido al intentar ingresar a la vivienda de la difunta, siendo llevado preso y tras unos cuestionamientos acepta su crimen. El cuento es ameno y ágil, considero que es un texto intermedio entre el policial clásico y negro, con un lenguaje cuidado, no sin ello mostrar alguna palabra ajena al vocabulario de hoy y quizá común para el individuo de la época, como “pechereada” que según el propio narrador significa dormir “unas dos o tres horas en el escritorio.”¹¹¹ Incluso lanza un comentario crítico a revistas como esta que, además de relatos, publicaban textos de auténticos policías: “[...] leía asuntos policíacos, extranjeros, sin base, escritos por mediocridades que se suponían policías pero que, en los Estados Unidos se leían mucho.”¹¹² En tanto, su segundo texto, es narrado por un periodista que tal como en el relato anterior, recurre al modelo de las memorias para contar la historia de José Hernández, apodado “El Matarratas”, personaje cuya habilidad y rudeza para acabar con los ladrones lo llevaron a ser uno de los matones al servicio de Victoriano Huerta, hecho que

¹¹¹ Nick Carter, “¿Suicida? ¡No, asesinada!”, *Detectives y Bandidos. Semanario policiaco* (México, D.F.), núm. X, 28 de junio de 1937, p. 76.

¹¹² *Op. cit.*, p. 74.

cuando la revolución derrocó a Huerta, lo condujo a la muerte, pues tras ser buscado por todo el país, es encontrado en el estado de Puebla y sentenciado a muerte por fusilamiento, pero, por miedo a las armas, un día antes de su ejecución, se suicida tomando un veneno.

Es con este breve y parcial vistazo por *Misterio y Detectives y Bandidos* que damos temporalmente por cerrado el caso de las primeras revistas dedicadas a las letras policiales en México, mismas que urge sean rescatadas y comentadas antes de que se pierdan en el olvido.

3.2 Las revistas clásicas: *Selecciones y Aventura y Misterio*

Aunque desconozco la duración total de *Misterio y Detectives y Bandidos* por las razones expuestas en los apartados anteriores, existieron en México dos revistas cuya importancia no se entendería sin la colaboración de una persona: Antonio Helú. Personaje que ocupa un lugar muy alto en las letras policiales nacionales con el magazine *Selecciones Policiacas y de Misterio*, de Editorial Enigma; y de quien se cree influyó años más tarde para la aparición de *Aventura y Misterio*, de Editorial Novaro.

3.2.1 La literatura policial se vuelve cosa seria: *Selecciones Policiacas y de Misterio*

Surgida a comienzos de 1946, *Selecciones*¹¹³ fue una publicación quincenal en un principio y mensual la mayor parte del tiempo del también pionero, gran entusiasta y defensor del

¹¹³ Es muy curioso como la tipografía empleada para escribir una palabra del título (“Selecciones”) tenga un entero parecido con la revista de variedades norteamericana *Selecciones de Reader’s Digest*, que ya circulaba en el país desde 1940. Es más, hasta el formato de ambas era similar (publicación de bolsillo con

género en México, Antonio Helú, que tras 159 números¹¹⁴ (dividida en una serie de cuentos y otra de novelas cortas, con dos en cada número) fue el portavoz oficial de la *Ellery Queen's Mystery Magazine* que a través de un “convenio con la publicación norteamericana se estipulaba la adaptación de materiales para facilitar su lectura en medios latinoamericanos (pues la revista se distribuía fuera de México), y el añadido eventual de material mexicano.”¹¹⁵

La revista cuya calidad “—que es la mejor del mundo en su género— no estriba en el papel en que se imprime sino en su contenido”¹¹⁶ si bien no es la primera en su género, si es la más seria, no solo por tener contacto directo y un convenio con la famosa revista norteamericana y sus creadores (Frederick Dannay y Manfred Bennington Lee, los nombres detrás de Ellery Queen), también por preocuparse de detalles que *Misterio* o *Detectives* y *Bandidos* pasaron por alto, como dar crédito a los traductores, pues al ser una reproducción autorizada de la *Ellery Queen*, considero era indispensable proporcionar el dato y aunque rara vez se omite, en la mayoría, el crédito lo tienen Ernesto Monato, Armando Villagrán, Adalberto Elías González y José M. Codó, entre muchos que traducen algún relato como el propio Rafael Bernal que en el número tres (1 de diciembre de 1946) traduce un cuento de

aproximadamente 100 páginas a dos columnas). Quizá solo sea coincidencia o una hábil estrategia de mercado para conseguir mayores ventas o darle mayor prestigio y hacer creer al comprador que había respaldo de esa revista.

¹¹⁴ Según Vicente Francisco Torres, la revista vivió de 1946 a 1953 (*Muertos de papel*, p. 68.), empero, por obra del destino llegó a mis manos el que según María Elvira Bermúdez, en entrevista con Torres fue el número 159 y último de la revista que debido a “circunstancias ajenas a su voluntad, Helú tuvo que suspender [...]” (*Muertos de papel*, p. 103). Respecto a este último número, en la página editorial se advierte que corresponde a la 1ra quincena de febrero de 1958, durando entonces cinco años más de lo anunciado por Torres.

¹¹⁵ Carlos Monsiváis, “Prologo” a Antonio Helú, *La obligación de asesinar*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1998, p. 15.

¹¹⁶ *Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D. F.), núm. 151, año XII, 2ª. Quincena de enero de 1957, p. 3.

Dashiell Hammett. Así como dio crédito a los traductores, la revista incluye, aunque sea de manera parcial, parte del consejo editorial (administrador y jefe de redacción), faltando en todo caso el nombre de Helú, quien seguramente no quiso aparecer o solo apareció en algunos números. Otro elemento que prescindió la publicación, fueron las ilustraciones, chistes y artículos policiales o de diversa índole, siendo exclusivamente la difusión de cuentos y novelas cortas policiales y misterio antiguos y contemporáneos.¹¹⁷

Así como figuraron en sus páginas, Agatha Christie, Donald Yates, Rex Stout, Georges Simenon o Dashiell Hammett, en el temprano número cinco (enero de 1947) de *Selecciones* aparece “el primer cuento de autor de habla española, que compite ventajosamente con los autores de habla inglesa: “La muerte poética” por Rafael Bernal.”¹¹⁸ Además del autor de *El complot mongol*, tuvieron la oportunidad de ser publicados, María Elvira Bermúdez, Pepe Martínez de la Vega y el mismo Helú, quienes tiempo después se verían reunidos en la Antología del género que preparó Bermúdez en 1955, así como en volúmenes individuales con más textos suyos.

¹¹⁷ Si *Misterio* tenía como propósito llegar a ser referente a nivel continental, hecho que al menos entre 1934 y 1936 no se puede asegurar con certeza pues no proporcionan datos que demuestren su distribución fuera del país; *Selecciones*, gracias a un pequeño e insignificante detalle como son los costos por ejemplar y las cuotas de suscripción (\$ 2 y \$ 20 o 3 dólares, respectivamente) que se puede asegurar la circulación internacional de la revista de Helú desde su primer número. Cabe mencionar que para 1937 *Misterio* cuyas tarifas solo eran por ejemplar adquirido en la capital, 50 cts., en provincia, 60 cts. y suscripción, \$ 6, ya incluía una tarifa para el extranjero (2.50 dólares por suscripción), lo que hace suponer una difusión internacional tardía de la publicación de editorial Sayrols.

¹¹⁸ *Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D. F.), núm. 4, año I, 15 de diciembre de 1946.

Pero no todo quedó en estos autores, que sin lugar a dudas son los máximos representantes del policial en México, también publicaron algunos más que sin haber llegado a la notoriedad de estos últimos es conveniente mencionarlos.¹¹⁹

3.2.1.1 Autores mexicanos en *Selecciones*

Roberto Cruzpiñón, un desconocido al que le publicaron cuatro relatos en los números 95 (“La vivienda número 18”), 105 (“En un automóvil”), 125 (“El abanico de Sándalo”) y 135 (“Los insectos del profesor”) en que Torres aprecia “cierto aprendizaje, un grado creciente de complejidad en la construcción del enigma aunque el autor nunca se planteó abandonar el camino trillado de la narrativa de enigma a lo Agatha Christie o a lo Sherlock Holmes, y tampoco se propuso el trabajo del idioma con fines artísticos.”¹²⁰ El autor de *La otra literatura mexicana*, considera que los primeros tres cuentos de Cruzpiñón están tan embebidos por las enigmas de cuarto cerrado, las historias de asesinatos que aparentan ser suicidios, los falsos culpables y un proceso de explicación o revelación del misterio que requiere de la reunión de todos los involucrados, que carecen de valor narrativo. En tanto, “Los insectos del profesor” es para él, su mejor texto por “los conocimientos entomológicos

¹¹⁹ *Selecciones*, al igual que sus antecesoras o contemporáneas, son prácticamente inasequibles, aunque cabe mencionar que la revista de Antonio Helú es la única que, al menos parcialmente, y con un evidente estado de descuido, ha encontrado un espacio caritativo en los estantes de la Hemeroteca Nacional (que forma parte de la Biblioteca Nacional y están bajo resguardo de la UNAM). Sin embargo, para el comentario de los autores mexicanos que en ella aparecen, tendré que recurrir a los comentarios de Vicente Francisco Torres, quien al parecer tiene noticia si no de todos, si de una buena parte de las plumas nacionales que publicaron ahí, pues los ejemplares disponibles en biblioteca además de tener errores en su ordenación, presentan páginas faltantes y coincidentemente en la mayoría de los mismos solo hay traducciones. Lo único que prometo es enriquecer un poco lo comentado por Torres con lecturas de los pocos textos que pude consultar o tengo bajo mi resguardo.

¹²⁰ Vicente Francisco Torres, *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, CONACULTA, México, 2003, p. 68-69.

que pone en juego y por los preparativos sutiles que disfrazan un suicidio como asesinato; todo porque el profesor había gastado sus magros emolumentos en libros y bichos que no le habían permitido atesorar más herencia para su hija que un seguro de vida.”¹²¹

Otro de esos autores desconocidos para nosotros y que nunca se presentó en las dos oficinas que tuvo la revista (Uruguay 17, despacho 209 y Uruguay 35, despacho 303), pero si envió sus relatos solicitando ante todo benevolencia y claro, la publicación, fue Raymundo Quiroz Mendoza, quien vio publicados un cuento y dos novelas cortas. El cuento, titulado “Adiós vida mía” publicado en el número 26, además de ambientarse en la Ciudad de México, apuesta por “el seguimiento de pistas y falsas coartadas.”¹²² Sus textos más largos aparecieron en los tomos 91 (“Voto a bríos”) y 116 (“Sin novedad en Berlín”) siendo relatos de carácter histórico policiales que involucran a personajes importantes del pasado, por ejemplo, en “Voto a bríos”, que se desarrolla en París durante la matanza de San Bartolomé (24 de agosto de 1572) tiene como personajes centrales a “Enrique de Navarra, Catalina de Médicis y el cardenal Richelieu. Y su enigma radica en la suplantación de personalidades y en la participación de dos autores en la escritura de una carta comprometedor.”¹²³ En tanto, “Sin novedad en Berlín” muestra a un a Quiroz, que seducido por la figura de Hitler y el nazismo, cuenta la historia de un periodista norteamericano que “a la caída del nazismo, descubre a Hitler en una buhardilla alimentando ratones y ensayando sus inclinaciones pictóricas en las que nunca destacó. Todo para narrar el hipotético asesinato del Führer por envenenamiento.”¹²⁴ Aunque no lo

¹²¹ *Ibid.*, p. 69.

¹²² *Ídem.*

¹²³ *Ídem.*

¹²⁴ *Ídem.*

comenta, Torres menciona la existencia de otro cuento de Quiroz Mendoza, titulado “El amor es veneno” que compila en su libro de 1982, *El cuento policial mexicano*, solo que en ninguno de sus dos libros ofrece el número de *Selecciones* en que aparece. El cuento de apenas cuatro páginas es el mejor, pues mantiene al lector en tensión de principio a fin, tensión que comienza con el narrador protagonista (del que solo al final sabremos se llama Mac O’Hara) y su esposa (June) sentados en el comedor mirándose entre si y concluye con el propio O’Hara a punto de recibir su sentencia de muerte en la silla eléctrica, por haber asesinado a su esposa y a Jim, el posible amante e instigador del intento de asesinato y fraude de Mac. Estamos ante un relato criminológico que a pesar de ser ambientado en cualquier ciudad de Estados Unidos y con personajes cuyos nombres son en inglés, está muy bien hecho y tan condensado que no le falta ni sobra nada.¹²⁵

El siguiente autor, si bien como escritor no fue muy prolífico, si lo fue como cineasta, me refiero al director que filmara cintas como *Ahí está del detalle* (1940) y *Cuando los hijos se van* (1941), Juan Bustillo Oro (1904-1989) que en el número 92 (1951) publicó “Apuesta al crimen”, relato criminológico en que el narrador y protagonista cuenta su intento de crimen perfecto, al pretender asesinar a su tío y cometer fraude al falsificar la firma de su tío para hacerse un cheque con el que pagaría sus deudas de juego y seguiría apostando por un buen rato, inculpando de todo ello a su primo. Sin embargo, falla en su intento de asesinato, pues el tío había muerto antes. Lo que resulta interesante ya que, sin ser realmente más que culpable de fraude, las pruebas y conjeturas de la policía determinan que realmente lo asesinó y forzó al difunto a que le hiciera el cheque y sea encarcelado por

¹²⁵ Raymundo Quiroz Mendoza, “El amor es veneno” en Vicente Francisco Torres, *El cuento policial mexicano*, pról. y sel. del autor, Diógenes, México, 1982, pp. 63-66.

asesinato en vez de fraude. Las comparaciones que hace el narrador entre los procedimientos criminales que lleva a cabo y los juegos de azar son de llamar la atención, pues hacen ver al protagonista como un obseso del juego y las apuestas, aunque nunca gane. Por otra parte, la participación del “viejo zorro” del criado es fundamental para la resolución del caso, algo que es contrario a las narraciones policiacas clásicas que siempre suelen hacer culpables a los sirvientes. En el número 123 (1954) publicó “El asesino de los gatos”, texto en que repite el mismo esquema narrativo del anterior, pues coloca al narrador protagonista, un viejo y cobarde elevadorista que tiene que lidiar con el güero Rico, su prepotente y tonto jefe. Sometido a las vergüenzas que le hace pasar su jefe, el empleado busca refugio en dar alimento a unos gatos que llegaron al sótano del edificio donde trabajaba. Al darse cuenta de esto, Rico emprendió una cacería brutal en contra de los gatos que alimentaba su subordinado, misma que se extendió por más tiempo, volviéndose algo así como una afición, una perversa afición que le excitaba tanto como al pobre elevadorista le llenaba de asco y temor. El empleado trata de hacer justicia al encarar a Rico, pero solo recibe un par de puñetazos que lo dejan más impotente y resignado a no poder hacer nada, empero, aguardaba a sucediera lo que el portero y todos en el edificio comentaban, que al güero Rico le ocurriría algo malo por andar matando a tantos gatos sin razón. Y finalmente pasó, una extraña y temprana llamada solicitando el ascensor, una falla en el mecanismo que deja el piso del elevador justo a una cabeza del piso del vestíbulo, la inusual apertura de las puertas, el paso en ese justo momento del güero Rico y la “brillante” idea de meter la cabeza justo en el hueco que había entre ascensor y piso, fue el momento del desquite, del asesinato o accidente, como fue calificado, pues justo en ese momento volvió a operar el elevador, asesinando al terrible jefe. La narración que yo catalogo de criminológica (porque

nos cuenta como se dieron los hechos y sus impresiones de lo que él si considera fue un asesinato y por ende, el responsable), es quizá, de todos los textos leídos hasta el momento, el más sangriento y siniestro. Aunque el crimen está ahí, bien podría tratarse de un relato sobrenatural, pues el tratamiento que da el narrador a los gatos es, desde el comienzo del cuento, siniestro, relacionado con las cosas más infaustas y con lo demoniaco. Y lo sangriento estriba en el manejo de la violencia, que Bustillo no escatima en repartir sangre y sesos de gato por todos lados, siendo quizá la muerte del güero Rico, la menos aparatosa, pero no por ello menos violenta en su génesis.¹²⁶

Quienes también incursionaron en el relato policial fueron tres de los principales traductores, Adalberto Elías González con “Una orquídea en la arena” (número 46), Ernesto Monato y su “Semana santa trágica” (número 42) y José M. Codó con “El caso de la sonatina” (número 87). En el primer caso, nos encontramos con una novela breve, del que fuera argumentista cinematográfico, autor teatral, periodista y traductor por año y medio de *Selecciones*, además de ser una publicación *post mortem* pues en la introducción se nos da cuenta de que Elías González, quien tenía un par de meses en Los Ángeles recién había fallecido. La historia, de ambiente taurino, tiene como protagonista a Arístides Benavente, poeta, argumentista y detective aficionado que se involucra en la investigación del asesinato del novillero Paco de la Rosa (a quien un día antes había visto en la Plaza México y había sido su tarde), de forma paralela y en un principio, a escondidas de la investigación oficial que comandaba el coronel Gómez, jefe de la secreta y quien siempre se burlaría de

¹²⁶ Afortunadamente para Bustillo, estos y otros diez cuentos suyos (los únicos que publicó) han pasado a engrosar la nómina de autores y textos rescatados por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM como parte de la colección “Deuda Saldada” que dirige Lourdes Franco Bagnouls. El título de la compilación es *La penumbra inquieta y otros relatos* (2009), mismo que es una delicia y deja ver a un narrador que pudo hacer mucho más en el mundo literario, aunque lo que hizo, como los textos comentados aquí, son suficientes para revalorarlo.

Benavente por su “afición” al detectivismo. Sin embargo, las investigaciones del aficionado dieron frutos a 48 horas de iniciadas las investigaciones, mostrando la ineptitud del coronel Gómez y su gente, así como resolviendo un asesinato anterior, el de otro torero, conocido como “El Tapatío” y que fueron planeados por Matilde Proales, hermana de Maritoña quien era la única heredera de la fortuna de su padre y por temor a perder las dádivas de su hermana, buscó asesinar a ambos toreros, de los que Maritoña había quedado prendada. Aunque el relato de Elías González no supone una gran revelación, está bien contado y nos da una muestra de lo que era el ambiente taurino y de las clases altas, además de mostrarnos un poco del ambiente de época al mencionar lugares emblemáticos como Lady Baltimore, la misma Plaza México y los bares de toreros que eran comunes en la época.

El texto de Monato “se desarrolla en Sevilla y narra un crimen cometido en una procesión de hombres envueltos en hábitos negros que llevaban capiruchos cónicos dotados de un faldilla que cubría sus rostros.”¹²⁷ Torres ve como el principal defecto del texto de Monato consiste en los constantes halagos que lejos de ayudar, constituyen un lastre para un género que seguía en proceso de adaptación al contexto nacional. En el caso de José M. Codó, quien Torres cree es español (al igual que Ernesto Monato), “El caso de la sonatina” se trata de un relato criminológico en que Edith Villalba, protagonista del cuento, “sólo trataba de matar artísticamente a su esposo.”¹²⁸ Aunque la influencia de Usigli con su *Ensayo de un crimen* es notoria, la diferencia que existe entre la obra del dramaturgo y el relato de Codó es que a la mitad del mismo ya se sabe cómo asesinará a su esposo, restando intensidad en la trama.

¹²⁷ Vicente Francisco Torres, *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, p. 71.

¹²⁸ *Ídem*.

En el número 19, Eduardo Peón A. entrega “Sin ortografía”, una “adivinanza de seis cuartillas pues un moribundo denuncia a su agresor anotando los números que unas iniciales ocupan en el alfabeto.”¹²⁹ Sin mayores referencias más que el hecho de que estemos ante un pésimo trabajo literario, Torres refiere la aparición en el número 73 de “Carta de un suicida”, de Carlos Méndez Ochoa.

El exiliado y prolífico escritor español, Max Aub (1903-1972) publicó en el número 159 y que a la postre fuera el último de *Selecciones*, una probadita de su libro *Crímenes ejemplares*, bajo el título “Nuevos crímenes ejemplares” que en tan solo cuatro páginas, muestra lo sorprendente que pueden tener las declaraciones de delincuentes, mostrando el lado humano, pero también sombrío y hasta humorístico de quien comete un crimen: “Era bizco y yo creí que me miraba feo. ¡Y me miraba feo! Aquí a cualquier **desgraciado** muertito lo llaman cadáver...”¹³⁰

Al igual que con uno de los cuentos de Quiroz Mendoza, Torres en su antología, *El cuento policial mexicano*, informa del texto de Vicente Fe Álvarez, “Los dientes delatores”, sin proporcionar el ejemplar de *Selecciones* donde se encuentra. El relato es criminológico y pone de manifiesto el desgaste de la relación de pareja y quizá de la institución misma del matrimonio que tras años de monotonía y lejos de los “años dorados”, se pasa a la insatisfacción y de ahí al rechazo o repulsión (la dentadura postiza, sus notorios rasgos de edad, así como su falta de apetito sexual, son algunos de los ejemplos que el narrador protagonista da del asco que le da Irene, su esposa) que al menos, para el protagonista del

¹²⁹ *Ibid.*, p. 72.

¹³⁰ Max Aub, “Nuevos crímenes ejemplares”, *Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D.F.), núm. 159, año XII, 1ra. Quincena de febrero de 1958, p. 95.

relato, lo motivó al asesinato de su mujer, sabiendo quizá, que sería más rápido, efectivo y ventajoso (por los \$17,000 que tenía ahorrados ella) que el divorcio, aunque esa dentadura postiza que tanto aborrecía, fue la delatora de su intento de crimen perfecto.

Rafael Bernal, como he mencionado líneas atrás, fue el primer autor de habla española en ser publicado por *Selecciones*, con “La muerte poética” (número 5), seguido, en el número 15 por “La muerte madrugadora”, cuento policial clásico en que el detective Teódulo Batanes, con solo escuchar lo que le contó un dudoso, temeroso y con resaca, Enrique Lagos respecto al aparente asesinato de su tío, don Eulalio Robleda y Lagos y ver el misal que llevaba el tío al momento de su muerte (que el sobrino atinadamente tomó antes de huir despavorido), pudo deducir que fue el jardinero quien planeó todo e inculpó a Eduardo quien ya tenía antecedentes, olvidando cambiar la fecha del misal (pues el señor iba diariamente a misa por las mañanas), siendo eso lo que lo delató. Finalmente, su colaboración en la revista concluye en el número 41 con “De muerte natural”.

María Elvira Bermúdez contribuye en el número 25 y en el número 70 con “Mensaje inmotivado” y “Muerte a la zaga”, respectivamente, y protagonizados por el ya celebre periodista aficionado en resolver casos criminales misteriosos, Armando H. Zozaya. En la primera narración, el particular detective es requerido a petición de la señora Mariana Ramírez quien recién acaba de enviudar y sospecha que su esposo (Fidel Gómez) no falleció de causas naturales sino asesinado por su sobrino, Agustín Gómez, que resulta ser único heredero de la fortuna de su esposo. Lo que interesó al periodista fue que el sobrino lo buscara por la misma razón, solo que el responsabilizaba al médico y amigo de Fidel, Atanasio Rivera. Tras una serie de investigaciones e interrogatorios a los tres, los sirvientes,

así como verificar las coartadas del sobrino y la esposa (quien dicho sea de paso, se llevaba muy mal con su marido y su sobrino) y aunque su plan resultaba impecable, Zozaya descubrió que el asesino fue el sobrino, quien envuelto en múltiples deudas derivadas por su afición al juego, además de temer que fuera desheredado, tenía planeado el asesinato de su tío con una sobredosis en el medicamento para su malestar cardiaco. En el segundo relato, Armando quien por trabajo se hallaba en el Puerto de Veracruz, encuentra por casualidad a Carmela y Germana Ruiz, hermanas que conoció durante su estancia laboral en Puebla y cuyo recuerdo de Carmela no solo le era muy grato, también algo triste, pues tenía inclinaciones amorosas hacía ella y lo terminó cambiando por otro, que con el tiempo, la cambió por su hermana. El Casanova en cuestión era Rafael Dorantes. Tras conversar un poco y en cuanto llegaron Dorantes y los Munguía (amigos de Rafael) le propusieron al detective aficionado hacer un viaje en barco de Veracruz a Tampico, mismo que tras pensar un poco, aceptó. Lo que parecía ser un viaje sin novedad, se tornó en un misterio con el repentino asesinato del rompecorazones, Rafael Dorantes. Lo complicado era que todos los que estaban más cercanos al personaje tenían motivos para asesinarlo, desde la esposa tímida que cansada del descaro de su marido, se decidiera por fin a matarlo, hasta el señor Munguía, quien al percatarse de los poco sugerentes coqueteos de Dorantes a su esposa, se vio cegado por la ira y lo mató, sin dejar de lado a Mr. White, un norteamericano que fue estafado vilmente por el occiso y desde luego, Carmela, que al saber la clase de persona que era Rafael, se vio en la necesidad de matarlo para que no siguiera haciendo más daño a su hermana y a otras mujeres. Tras un ir y venir de sospechosos y pruebas, Zozaya dio con el asesino y fue Carmela, quien al saber el descubrimiento en voz del propio periodista detective, se arrojó al mar y posteriormente fue devorada por tiburones.

Tengo entendido que aún hay más autores que publicaron sus textos en *Selecciones* e incluso más textos de algunos de los autores mencionados, sin embargo, la falta de material que documente esas suposiciones hace difícil su comprobación, esperando que en otra de esas búsquedas por los pasillos repletos de libros y revistas olvidadas surjan los materiales que pongan fin a esta incógnita.

Justo en el que sería el último año de circulación para *Selecciones Policiacas y de Misterio*, alrededor de 1957, una nueva revista vendría a sustituirla momentáneamente, *Aventura y Misterio* que, a pesar de su paso efímero por las letras policíacas, su importancia es tal que no por nada la considero como la segunda más importante del género en México.

3.2.2 Solo en español: *Aventura y Misterio*

En la década de 1950 la Editorial Novaro contaba con la “Colección de Misterio Ellery Queen” que al parecer publicaba exclusivamente relatos importados de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, tuvo la brillante idea de organizar concursos de cuentos para la misma colección, pero al superar las expectativas de los editores en cantidad y calidad, decidieron formar la publicación mensual titulada *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* que albergaría textos originales y una pequeña cuota de cuentos clásicos, con una intención meramente divulgativa o de índice para autores jóvenes.¹³¹

¹³¹ Ilán Stavans en su *Antihéroes*, afirma que Helú participó como colaborador para editorial Novaro, en la serie “Policiaca y de Misterio”, perteneciente a la colección “Nova-Mex”, quien recomendó textos de numerosos autores clásicos, además de ver publicada en el número 79 de la serie, *La obligación de asesinar*. Aunque no se menciona, es muy probable que ante el final de *Selecciones*, haya pasado a formar parte del equipo de *Aventura y Misterio*, ya fuera como asesor o parte del jurado calificador.

Como incentivo a los creadores, la revista cuyo concurso era permanente, ofreció en una primera etapa (esta comprende de los números 1 al 9), un premio de mil pesos, otro de quinientos pesos y cien pesos para el resto de textos inéditos, mientras, en la segunda etapa (del número 10 al 14), un premio de mil pesos, otro de setecientos cincuenta pesos, uno más de quinientos y cien pesos para los demás textos inéditos. Así como los premios cambiaron, las bases del concurso, si bien nunca dejaron de ser flexibles en la extensión de las narraciones (establecieron un mínimo de doce cuartillas y un máximo de treinta), pues si la calidad lo ameritaba, sin atender el tamaño, estos podían ser considerados no solo para un premio, sino para su publicación en general, si cambió el género, pues mientras en su primera etapa, se centraron exclusivamente en textos policiales clásicos, criminológicos, de aventuras y algunos pocos de tema fantástico o amorosos (cuya trama contaba con guiños del policial), para la segunda etapa, los editores decidieron “ampliar los géneros, dejando en libertad al escritor para escoger el que a su buen entender sea el más propio a su estilo y técnica [...]”¹³² Este hecho que si bien resulta loable, disminuye considerablemente la producción de relatos policiales y de cierta forma va transformándose en otra cosa, algo muy lejano cada vez de su propio título, despojando a los lectores y autores, de una mayor producción del género. Razón por la que seguramente, no hubo un número 15 o de haber existido, quizá, su nombre fuera otro y que hasta el momento se desconoce.

La revista, cuyo formato era de bolsillo (17.6 cm x 12 cm) y en su página editorial no incluye datos de editores o responsables de la misma (coincidiendo con revistas como *Misterio* o *Detectives y Bandidos*), pero si un índice general, además de los precios en pesos y dólares (\$ 2 o 0.20 dólares por ejemplar y \$ 24 o 2.50 dólares por suscripción

¹³² *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 9, julio 1957.

anual), hecho que, al igual que *Selecciones*, pone de manifiesto su distribución continental y aunque contó solamente de 14 números entre noviembre de 1956 y enero de 1958 publicó 148 textos, pertenecientes a 124 autores que he dividido en cuatro grandes grupos:

Autores oficiales:¹³³ Rafael Heliodoro Valle, Juan de la Cabada, Sergio Fernández, Francisco Tario, Luis Garrido, Alfredo Cardona Peña y Eugenio Trueba.

Autores clásicos: Manuel José Othón, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges, Manuel Gutiérrez Nájera, Ricardo Palma, Carlos Pérez Ruiz, Rodolfo J. Walsh, Rafael Delgado y Gustavo Adolfo Bécquer.

Autores extranjeros: España, Cuba, Argentina, Colombia, Ecuador, Panamá y Perú son los países de las 16 plumas que aparecen en la revista.

Autores mexicanos: de los 92 escritores nacionales que publicaron en *Aventura y Misterio*, destacan María Elvira Bermúdez, Antonio Helú, Margos de Villanueva, Juan Bustillo Oro y Juan Miguel de Mora.

Sería además de excesivo y extenso, hasta innecesario el comentar cada una de las narraciones contenidas en la revista, razón por la que, a continuación, comentaré aquellos textos, salvo alguna excepción, de autores que he considerado para su rescate.

¹³³ Entiéndase por autores oficiales, aquellos escritores reconocidos o del canon que no se consideran parte de los autores dedicados al género por completo. También incluyo en este campo, a personas reconocidas fuera del ámbito literario, ya sea por algún cargo público o su labor en otras disciplinas humanísticas.

3.2.2.1 Autores mexicanos en *Aventura y Misterio*

En el número uno, correspondiente a noviembre de 1956, el jurista y rector de la UNAM (en cuya gestión se concluye la construcción de Ciudad Universitaria), Luis Garrido (1898-1973) publica su narración titulada “El arcano del N-12”. Ambientado en Inglaterra y protagonizado por el médico y detective aficionado Harry Carey que se encarga de resolver la misteriosa muerte de Lady Chater a bordo de un dirigible. Su fama como detective le lleva a colaborar con el inspector de policía, Byrne. El oficial que trabaja gustoso con él, marca una diferencia de la mayoría de textos similares en que el policía está contra la participación de personas ajenas que carecen de las técnicas o preparación policial. Tras una serie de pistas, Carey descubre que el asesino fue un pintor de cuerpos desnudos, que para retratar a Lady Chater, inyectó un narcótico en una manzana que la dormiría, pero la dosis fue tan alta que acabó matándola.

En el mismo número y porque no podía faltar, la duranguense María Elvira Bermúdez publica su cuento “Dando en el clavo”, protagonizado por su famoso detective y periodista, Armando H. Zozaya que tras recibir una nota en que lo retan a descubrir quien será el asesino del ministro Mario Ballesteros durante una transmisión televisiva, se logra introducir cual periodista que es, en el lugar en que será emitida la conferencia del ministro, viendo ante sus ojos como caía muerto sin aparente explicación. El relato que involucra a otros periodistas (Margot de Esteva y Francisco López) y empleados de la televisora (Carlos Negrete y un camarógrafo) es un ir y venir de sospechas, coartadas verosímiles y pistas mínimas que llevan a Zozaya a descubrir al asesino, que fue Negrete, quien, al ser muy cercano a Ballesteros y resentido por su falta de atenciones, recurrió a las alergias que

tenía para causarle un desmayo (con esencia de clavo) y posteriormente, ya inconsciente, apuñalarlo.

Un escritor cuya polémica consiste en si es o no el autor de sus relatos es Santiago Méndez Armendáriz que en los números dos y cuatro publica “La suicida invisible” y “El tres de espadas”. Insisto en lo polémico de la autoría, pues Vicente Francisco Torres en *Muertos de papel*, señala la existencia, posiblemente previa a los publicados en *Aventura y Misterio* de estos mismos textos bajo el título *Vida y milagros de Pancho Reyes*, cuyo autor permanece en el anonimato y su venta o publicación era en Estados Unidos. Aunque la revista advierte puntualmente a los autores que deseen colaborar que “toda similitud con cuentos, novelas, relatos, etc., de otros escritores, recaerá sobre su exclusiva responsabilidad.”¹³⁴ Quiero suponer que este suceso no es tan extraño como parece, pues gracias al descrédito que tuvo el género en aquella época, seguramente el autor de estos y otros relatos protagonizados por Pancho Reyes, en su publicación individual hallan sido anónimos, para evitar así, una incomodidad a su persona y que, al aparecer *Aventura y Misterio* no se vio en la necesidad de ocultarse nuevamente (a menos que su nombre sea también una invención suya), consiguiendo así cierta fama momentánea, como autor de relatos policiales. Las narraciones, se enmarcan dentro del policial clásico al estilo de Conan Doyle, es decir, con multitud de pistas y deducciones que siempre llevan al feliz desenlace. En “La suicida invisible”, que es la primera aventura del detective Pancho Reyes, el narrador que es el rico hacendado Carlos Montero, amigo cercano, ayudante y confidente del que fuera llamado “héroe policiaco nacional” o simplemente “El Tejón Reyes”, cuenta a modo de retrospectiva los sucesos que le dieron fama en las primeras

¹³⁴ *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 1, noviembre 1956, p. 2.

décadas del siglo XX, siendo este, el primero y el que diera fama prematura al entonces muchacho preparatoriano y que hasta ese momento era ampliamente conocido por su infalible sistema de ayuda para exámenes llamado “Cábula y Rábula”, que no era otra cosa más que un acordeón para hacer trampa, además de contar siempre con su “eterno cigarro (negro o blanco, Chorritos o Mascota, según quien se lo hubiera dado, pues él nunca compraba, por sistema, según decía) [...]”¹³⁵ Después de los recuerdos y alabanzas que hizo Montero a su amigo y que duran las tres primeras partes del relato, nos detalla los sucesos que introdujeron a Pancho Reyes a la fama. Clara, hija del empresario don Alberto es hallada muerta en su casa de campo en Tlalpan (esa es una marca de época y confirma, pues, que la acción ocurre a principios de siglo) en el que se confirma se trató de un suicidio, por una nota hallada en el lugar de los hechos. Como en los relatos más convencionales del policial clásico, el Tejón, quien no cree que fuera un suicidio, observa a detalle el lugar de los hechos y tras verificar motivos y coartadas de los posibles implicados, concluye que fue Eduardo, hermano de Clara y conocido de Montero quien cometió el asesinato (haciéndolo pasar por suicidio), pero no de su hermana, sino de Luisa, doncella de ella, con la intención de reclamar una herencia. El hecho, que confundió a don Alberto, pues según él, su hija debía estar en un convento en Europa, pagando la deshonra que causó a la familia y encubierta en un falso suicidio (es decir, sin cadáver), falso porque el padre mancillado en su honor creyó que al hacer pasar a su hija como suicida, nadie se enteraría del error que ella había cometido. En el segundo relato (“El tres de espadas”), ambientado de igual manera en las primeras décadas del siglo, pero en Sonora, refiere las misteriosas muertes de dos coroneles, jefes del 39 batallón (responsable de contener la

¹³⁵ Santiago Méndez Armendáriz, “La suicida invisible” en *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 2, diciembre 1956, p. 35.

rebelión yaqui) del ejército. Reyes, quien al recibir una carta pidiendo su apoyo, así como unas llamadas extrañas en casa de su amigo Carlos Montero, no está seguro de tomar la investigación. Empero, al recibir otra carta en que le piden no lo haga, decide, junto a Montero, tomar el caso. Al igual que en relato anterior, Reyes descubre que los asesinatos fueron encubiertos por otros soldados con la finalidad de no ser descubiertos y evitar el escándalo, producto de unos desfalcos a la caja de dinero del batallón.

También en el segundo número de la revista se encuentra el relato “Seis minutos” de un autor desconocido cuyo pseudónimo es L’Barcoett. Relato criminológico en que se cuenta como Alfredo Zulueta un afamado locutor de radio, cuyo ritmo de vida era incosteable con su sueldo y por tanto, ambicionaba más dinero, razón por la que planeó el asesinato de su jefe y dueño de la emisora, don Rafael Solís, para así apoderarse de poco más de cien mil pesos y solventar así sus lujos y comodidades. La investigación corrió a cargo del comandante Carrizales y su amigo, el periodista Roberto Balmis, siendo éste, el que desechó la coartada de Zulueta quien durante el asesinato de don Rafael, aseguró que nunca salió de la cabina radiofónica y menos aún, se quitó los audífonos, pues el periodista descubrió que durante la transmisión original, justo a los ocho minutos de iniciado su programa hubo una interrupción de seis minutos (por eso el título del cuento) ocasionados por una falla en el suministro eléctrico, así como unas cenizas correspondientes a unos cheques que sustrajo con el dinero el día del asesinato, fueron las pruebas que llevaron al “Locutor de las Damas” a la cárcel.

Al igual que Bermúdez, otro infaltable en las páginas de *Aventura y Misterio* fue Antonio Helú, que en el tercer número colaboró con la narración “Un día antes de morir”

en que el autor de *La obligación de asesinar*, recurre al relato de tipo criminológico, pues el narrador y protagonista, de quien se desconoce el nombre y que está a punto de ser ejecutado por el asesinato de dos personas (Fernando Romero y José Luis Obregón), cuenta como fueron los hechos, desde el planificado intento de asesinato de Romero (empresario exitoso que días antes le arrebató un negocio importante y con quien estaba resentido por su oportunismo) que resultó fallido, pues alguien se le había adelantado, no solo en el asesinato como tal, sino en la forma en que fue ejecutado, pues era muy similar al plan elaborado por él; hasta la muerte de Obregón (socio de Romero, otrora del narrador) a manos de él, en defensa propia. Lo que no sabía el ahora condenado a muerte era que Obregón y la esposa de Romero eran amantes y habían planeado todo, de manera que fuera inculpado el narrador y ellos pudieran huir juntos. Aunque explicó todo ello a la policía, esta no le creyó nada y fue acusado de ambas muertes.

En el mismo número, el abogado, catedrático y rector de la Universidad de Guanajuato, Armando Olivares Carrillo (1910-1962) publicó el relato “Iguales eran los rostros”, cuento policial clásico ambientado en Estados Unidos, involucrando al mundo del arte, en especial el de la pintura, pues un crimen y un fraude están detrás del descubrimiento de unas raras pinturas holandesas (cinco en total) y que astutamente el periodista de arte Allen Kerry resuelve tras examinar cuidadosamente las pinturas, obteniendo como resultado el que solo una es auténtica y el resto una falsificación de William Barrot (el que las descubrió) que alude y delata el asesinato de Birts, un pintor que tenía amoríos con su esposa.

En “Aprendiz de asesino”, Blanca Edwiges de Ramos recurre al relato criminológico en que se busca el crimen perfecto, sin embargo, para el narrador protagonista, llamado Ricardo que busca asesinar a su odiosa amante, Magda, el plan de colocar una pastilla para dormir envenenada en su frasco, no funcionó, pues antes de ver consumado su plan, alguien más la mató a balazos, siendo para la policía, el único culpable de ese crimen pasional, aunque ni siquiera había sabido de ella en varios meses (pues parte de su coartada fue hacerse encarcelar por un robo).

El relato “Estar de suerte”, de Juan Miguel de Mora,¹³⁶ que fue publicado en el cuarto número de *Aventura y Misterio*, es un texto criminológico que muestra la mente del criminal, que en este caso se trata de un pedófilo ciudadano norteamericano, veterano de la segunda guerra mundial, que tras una serie de asesinatos cometidos en Los Ángeles (tres niñas en dos meses), decide emigrar a la Ciudad de México en busca de cierta calma y probar su suerte. Mora cuida mucho el revelarnos que el gringo es autor de esos crímenes e incluso de que sea poseedor de esa filia, sin embargo, cuando una noche cualquiera, caminando por la calle se cruza con Martita Keller, una niña rubia de 12 años que tras salir de su clase de ballet y olvidar tomar el camión que la llevaría a su casa decide caminar y al encontrarse éste último con la niña, decide seguirla, reaccionando de la siguiente manera: “Los pensamientos del hombre estaban paralizados. La mirada recorría las piernas y el cuerpo de la niña. La lengua reseca salía a unos labios también resacos.”¹³⁷ En ese momento, se nos revela al perturbado individuo como el mismo depredador sexual que asoló aquella ciudad norteamericana. No obstante, cuando Martita quien en un comienzo le

¹³⁶ Además de este relato, publicó “Llamada sin nombre” (número 8, junio 1957).

¹³⁷ Juan Miguel de Mora, “Estar de suerte” en *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 4, febrero 1957, p. 32.

tomó poca importancia a que el gringo caminara tras ella, al pasar las calles y ver que este le siguiera los pasos, comenzó a ponerse nerviosa y justo cuando pasaban por una obra en construcción, el acosador de Martita es detenido por dos sujetos que lo apuñalan y roban, muriendo al instante y la niña que momentos antes de llegar a su casa no volvió a ver al aparente turista, rió y entró a su domicilio.

En el número cinco, Rubén González Lechuga¹³⁸ publica “El as de espadas”. Narración policial clásica en que dos policías (el coronel Mijares y Luis Ángel) intervienen en el asesinato del licenciado Villalpando a manos de tres sujetos (los hermanos José Antonio, José Manuel y José Juan Montero) que aseguraban cada uno ser el asesino del que en vida los estafara con los bienes que administraba de su padre. Aunque los tres comprobaron que habían apuñalado al licenciado, ninguno fue, pues Luis Ángel que prestó atención a las declaraciones de los hermanos, se percató que el afortunado para quitar la vida de Villalpando sería elegido al azar, mediante la elección de una carta, el as de espadas, que ninguno obtuvo, pero fingieron tener (de ahí la confusión), cubriendo así al verdadero asesino que fue Margarita Hurtado, madre de los jóvenes, quien al verse descubierta se suicidó en presencia de sus hijos y la policía, quienes no pudieron hacer nada para evitarlo. Su relato, “Pasaporte al otro mundo”, publicado en el número ocho, es un texto más apegado al relato policial clásico convencional, en que hay una muerte sospechosa (envenenamiento del contador Guillermo Garduño) y un falso culpable que dictamina la policía (Inspector Quiñones y Ramos, su ayudante) y las circunstancias (Mercedes Rojas), llevan al detective (Lechuga), contratado por la bella dama inculpada a investigar lo que a todas luces parecía obvio y que finalmente no lo era, pues uno de sus

¹³⁸ Además de los textos comentados, Lechuga publicó “Obsesión de venganza” (número 2, diciembre 1956).

sobrinos (Fernando) inyectó un veneno en un huevo que según él, sería destinado a su hermano (Guillermo), teniendo para si, toda la herencia de su tío, sin embargo, no contaba que la única persona que consumía huevos era su tío, muriendo este, en lugar de su hermano. Tras ser descubierto por el detective, este ingiere el veneno, muriendo instantáneamente.

El relato “Sin error de cálculo”, escrito por Rafael Lizardi Durán y merecedor del segundo premio, es una narración de tipo criminológico que cuenta la historia de Ernesto Montaña, un empresario cuyos celos constantes por su esposa (Raquel) le llevaron a creer que mantenía relaciones con uno de sus socios (Felipe Torres). Aprovechando un viaje de trabajo a Acapulco, Montaña quien no deja de pensar en la posible infidelidad de Raquel, trama un plan para asesinarla. La idea era simple: mientras todos en el hotel creían que estaría de juerga nocturna, él viajaría a la Ciudad de México para asesinar a su mujer, regresando por la mañana a su hotel, aparentando la fatiga y embriaguez típica de una noche de fiesta. El plan era perfecto y ejecutarlo fue muy fácil, sin embargo, el destino le tenía preparada una sorpresa, cuando él regresaba al hotel, justo en el lobby, su socio, acompañado de Raquel, lo esperaban para darle la sorpresa de su llegada, avisándole que decidieron viajar de noche, dejando en casa a Olga, la hermana de Montaña, despertando en este último un gesto de terror por lo que había pensado era un crimen perfecto.

El texto de Justo Rocha, “Duelo a muerte” es un relato interesante, porque a diferencia de muchos en que un detective privado o amateur se enfrenta a la policía en la resolución de crímenes misteriosos, ganando siempre el primero y dejando en ridículo a los representantes de la ley, en este caso no es así, pues si bien existe el desafío (Adolfo

Gariván, un joven investigador aficionado reta al inspector Joseph Brandon de los servicios especiales de la Policía Federal a descubrir la verdadera muerte del marqués de Torre Bermeja) en forma de apuesta, éste no lleva a la gloria al detective, al menos no públicamente, pues mientras comienza a hacer sus investigaciones recibe en su domicilio la visita de Homobono Giráldez, un especialista en antigüedades que le extiende un cheque con dinero suficiente para pagar la apuesta y para él, además de confesarle que él mató de manera accidental al marqués. Resignado el joven detective, extiende un cheque para el inspector y acepta su derrota, pero este último, se burla de él, rechazando el cheque por considerarlo de hule y explicándole que la muerte de Torre Bermeja fue natural (un síncope cardíaco) y el supuesto disparo que lo hacía ver como suicidio o asesinato, no fue más que producto de una bala de salva.

En el número seis, Rogelio Gómez Díaz colabora con “Crimen legal”. Ambientada en Estados Unidos, es una narración que muestra como la ley y las autoridades que la hacen valer son en muchas ocasiones cómplices (involuntariamente) de llevar a prisión a personas inocentes (algo que lamentablemente sigue sucediendo) por malas investigaciones policiales y detalles circunstanciales que hacen de un inocente un presunto culpable. Eso es lo que le sucede a Charles Cook quien permanece preso durante diez años por el crimen de su socio y amigo, Robert Baum, que en realidad fingió su muerte. Al salir de prisión, Cook decide ir a México pero, al llegar a San Diego, California, se encontró con Baum, quien ante la sorpresa, le pregunta que ha sido de su vida y éste, molesto por la injusticia y más por ver vivo a quien se suponía muerto, lo mata y sigue su camino a México, desquitando los años que injustamente purgó en prisión.

En el mismo número, Salvador Fernández de Alba publica “Redentor de bandidos”, relato en que un par de ladrones novatos ingresan a una oficina para asaltarla. Todo está bien, salvo una cosa, en el interior se encuentran dos personas más de las que se suponía debían estar en ese momento, sin embargo, deciden llevar a cabo su robo, no sin antes someterse a una charla con aquellas personas, siendo disuadidos por esos desconocidos que resultaron ser dos experimentados ladrones.

“Imagen en negativo” es un texto de Rolando Bello González en que dos detectives de la policía de Mérida, Yucatán (Pepe Ascensio y Manolo López) se hacen cargo de investigar el asesinato de Gabriel Fernández, pagador de una empresa. Tras varios interrogatorios e investigaciones, los policías concluyen que el asesino fue el velador, quien necesitaba dinero e hizo todo un montaje para hacerlo pasar por un robo con violencia.

El texto “La huida”, de Alberto Cervera Espejo, publicado en el número siete es un guiño de lo que será la narco literatura, pues se trata de la historia de Gonzalo Cárdenas, un lancharo que, sin saberlo, se volvió en el transporte de unos traficantes de hierba. Aunque él nunca se consideró parte de la organización, “poco a poco, casi sin darse cuenta, fue convirtiéndose en una pieza más de la maquinaria”¹³⁹ y de la que difícilmente podría salirse, hasta que la policía descubrió la operación y fue capturando a cada uno de los involucrados, excepto a Cárdenas, quien tras ser víctima de una trampa que le pusiera uno de los hombres para los que trabajaba, trató de escapar, siendo capturado y trasladado a las Islas Marías.

¹³⁹ Alberto Cervera Espejo, “La huida” en *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 7, mayo 1957, p. 117.

El relato de Juan E. Closas titulado “Crimen en la facultad de medicina” y que fue publicado en el noveno número de *Aventura y Misterio*, es un relato donde se mezclan el deseo y las bajas pasiones, con los celos, la mala fama y desde luego, un crimen. El deseo intenso es representado por “el muertero”, un individuo que vela por el buen estado de los cadáveres que se usan en la facultad, cuida por las noches las instalaciones y en su silencio (pues es mudo), le comen las ansias por poseer a Gabriela, una joven y atractiva estudiante de medicina, cuya fama de mujer fácil le precede y por la que el viejo y mudo empleado, se muere de celos ante la cantidad de hombres que la acompañan. Una mañana, a temprana hora, Gabriela y el hijo del director de la facultad, que comienzan una relación, ingresan a la escuela y trabajan con un cadáver. Tras un momento en que el nuevo novio sale del laboratorio, “el muertero” acosa a la joven, tratando de poseerla a la fuerza, siendo evitado por la entrada de la policía que averigua el asesinato de la pareja anterior de Gabriela, siendo sospechosos los tres. Tras múltiples interrogatorios, resultó ser la joven estudiante la asesina o al menos eso confirmó ella, sin embargo, fue el mudo empleado universitario quien mató realmente a aquel joven que ella solamente había dejado herido. Ante la incredulidad de la policía, el viejo mudo, molesto y triste se suicidó tiempo después.

El relato titulado “El asesino de mujeres”, de Juan Tovar B., que apareciera publicado en el número 12, es un cuento que bien podría pasar por algún episodio de cualquiera de las numerosas series policiacas de la actualidad, pues se trata de un asesino (Jim Carson) quien nunca dejó de ser sospechoso de la policía en varios asesinatos de mujeres (siendo entonces, un asesino serial), no obstante, la autoridad nunca había podido comprobarle nada (a pesar de tener vigilados sus movimientos), fingiendo a la perfección su inocencia y otorgando pistas falsas a los detectives que estudiaban los casos (el jefe Kerr

y William Crawford) que los llevaron a capturar otros delincuentes (como el gánster Rusty Mass, quien fue señalado por Carson como el verdadero asesino de mujeres) no relacionados con el caso. Habiéndose salido casi con la suya, en las puertas de la jefatura de policía, recién salido de un interrogatorio, Carson no se pudo contener más y mató a su acompañante, una mujer rubia con la que había sido visto en otras ocasiones.

También en el número 12, tenemos la narración de V. Macías, “¿Loco?, eso es cuestión de gustos”. Ambientado en un pueblito de la California norteamericana (Santa Inés), cuenta la llegada y repentina desaparición de un forastero que terminó adoptando el pueblo, llamándole el “viejo Gus”, así como la llegada de otro que curiosamente coincidió con una serie de muertes por incendio. Cuando el pueblo furioso, decide encarar al extraño visitante, este se hace llamar Eric Von Wernaugh, de profesión psiquiatra y cual detective, analiza los crímenes y encuentra un patrón común, que cada víctima fue vista en posesión de un automóvil de la marca Chrysler y tras tender una trampa para ver si caía el pirómano, finalmente cayó, resultando ser “el viejo Gus”. Lo más curioso del relato es que el supuesto psiquiatra no era más que un enfermo mental que recién había escapado del sanatorio donde estaba internado, haciéndose pasar por doctor.

De los autores de renombre que escribieron para *Aventura y Misterio*, Sergio Fernández es quien publica uno de los mejores relatos de toda la revista, pues su cuento, “La llamada” (ganador del primer premio), publicado en el número 13, si bien no es un texto policial en forma, ofrece al lector una aventura sin límites en que un simple empleado, cuya vida es rutinaria, recibe por la noche una llamada extraña de alguien a quien no recuerda haber conocido e insiste verlo esa misma noche. El empleado accede a la inusual

invitación y mientras espera la llegada de aquel individuo, duerme un poco y en su sueño se recrea lo que podría ser el encuentro con esa persona. Tras despertar y volver a su realidad, este se da cuenta que dentro de él habita una personalidad suicida y, más seguro de si ante lo que pueda suceder, se resuelve a atender el llamado a su puerta y enfrascarse en la aventura desconocida.

Regresando a los autores desconocidos, Ángel Garmendia Alanís, en el número 13 publica “Cólera Morbo”, relato en que Rubén Montaña, empleado de la compañía de su tío Pancho, comete un desfalco mientras él no está, para poder complacer a Bertha, su novia. Como el faltante es mucho, planea un “crimen perfecto”, al agregarle a su acostumbrada infusión de manzanilla, un cultivo de cólera que sustrajo de un laboratorio de la facultad de medicina. Lo que no sabía y al final echó a perder su plan, consistía en que el cultivo que tomó no era mortal, por lo que no hizo efecto en su tío, a quien tendría que encarar.

En el mismo número, E. Varona colaboró con el relato “Una noche” (ganador del tercer premio). Susana Rivera, una empleada cuyo día no fue el mejor, emprendía el viaje de regreso a la casa de huéspedes donde vivía, en medio de una noche lluviosa y un apagón generalizado. La charla de dos individuos que viajaban en el camión, la sugestionó mucho, pues uno de ellos enfatizaba acerca de la facilidad con que podría cometerse un asesinato en una noche como esa, pues la falta de electricidad facilitaba las cosas. El susto de Susana era tal, que al bajar olvidó su bolso y uno de los individuos que charlaba lo notó, caminó tras ella para devolverle su bolso y Rivera, al verlo detrás entró en pánico, razón por la que no atendió los llamados de aquel hombre y huyó hasta llegar a su domicilio que parecía deshabitado, pues sin luz no había muestras de nadie. Un encuentro con el señor Marín

(otro de los huéspedes) que casi la mata del susto, la extraña ausencia de la señora Esther y su marido (dueños de la casa), así como Pipo, la mascota de la señora Benavides que tras haber emprendido un viaje, dejó al perro y contrario a sus costumbres, no le dio de comer, son las cosas que ella encuentra al llegar a casa. Susana, quien se queda con Pipo, nota raro al animal y tras llevarlo a la habitación de su dueña, observa cosas aún más extrañas, como el plato del perrito lleno de comida y el rosario que bajo ninguna circunstancia deja la señora Benavides, pero mientras trata de averiguar más, la irrupción en el cuarto de la señora, por parte de los dueños de la casa que al verla la capturan, provocando en ella un desmayo. Cuando vuelve en sí, el señor Marín, le explica que la señora Benavides fue asesinada por doña Esther y su marido, al darse cuenta la primera, de los constantes robos a su propiedad decide encarar a la dueña de la casa y amenazarla con denunciarla. Ante esas amenazas el matrimonio decide matarla y hacer creer que se había ido de viaje, robándole todas sus joyas. También le explica lo de su bolso.

El celebre cineasta, Juan Bustillo Oro que en *Selecciones* publicara el sangriento relato de “El asesino de los gatos”, participa en el número cuatro de *Aventura y Misterio* con un texto previamente publicado en la revista de Helú. Se trata de “Apuesta al crimen” (ya comentado), que no cambia respecto de la primera publicación. Lo mismo sucede con el que fuera uno de los pioneros de la narrativa de ciencia ficción en México, Diego Cañedo, que publica nuevamente sus narraciones “El misterio de las gafas verdes” (número 1), “El extraño caso de una litografía mexicana” (número 6, ya comentado) y “La historia del pequeño fauno de Chelsea” (número 11).

Para terminar esta breve revisión he dejado a propósito un texto que seguramente a muchos hará pensar en cambiar las letras por las balas. Me refiero a “Un cheque al portador”, relato de Antonio Fernández Bouzas, que aparece en el número 13 y narra como un simple profesor universitario de Literatura Universal, tras atender un anuncio de periódico que le parecía una burla (“AA. Al primero que llegue: Se vende automóvil especial para homicidios. Pagaremos dos millones de pesos al comprador. Mayores informes: Acacia 26, primer piso.”¹⁴⁰), se ve envuelto en la aventura de su vida, pues no solo el anuncio era real, sino que había sido el primer afortunado en aceptar la misión que le encomendarían: “matar al actual primer ministro de la nación: Marcelino Rodríguez.”¹⁴¹ El sencillo profesor universitario tenía un mes para ejecutar su acto y tras breves momentos de duda y miedo, decidió continuar con el crimen, después de todo, el dinero pagado era más del que vería en su vida. Al momento de efectuar el atentado, cual francotirador experto, se colocó en la casa de una familia de oposición al partido en el gobierno y de dos tiros mató al ministro que se encontraba por dar un discurso al aire libre.

Probablemente la muestra presentada no represente ni una mínima parte de lo que puede ofrecer no solo *Aventura y Misterio*, sino todas las revistas del género comentadas hasta ahora, si representa quizá, un esfuerzo más, por recuperar material que hasta entonces se creía perdido, desconocido y es necesario conocer.

¹⁴⁰ Antonio Fernández Bouzas, “Un cheque al portador” en *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 13, noviembre 1958, p. 96.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 98.

3.3 Letras escurridizas: Otras revistas y publicaciones dispersas

Aunque la mayor parte de la producción literaria de narraciones policiales se concentró en las publicaciones referidas durante este capítulo, existieron algunos autores que, buscando espacios para sus textos, lo hallaron también en revistas o periódicos muchas veces designados a narraciones “serias” o plumas reconocidas en el ambiente literario o artístico.

La siempre defensora del policial clásico, crítica y teórica del género en México, María Elvira Bermúdez, es quizá, quien mayor espacio tuvo en otros medios, no solo con sus textos “serios” (que no eran más que relatos de carácter fantástico, dramas románticos o judiciales en que se maneja un poco la psicología del protagonista, así como una notoria crítica al sistema judicial que muchas veces no es tan justo o imparcial como se quiere mostrar), sino con sus narraciones policiales.

De esa manera encontramos que en la *Revista Mexicana de Cultura* (suplemento dominical de *El Nacional*) del 4 de febrero de 1951 publicó el cuento “La muerte se divierte”. Narración que se desarrolla en el Puerto de Veracruz, en tiempo de carnaval y nos muestra como Teodoro Escobedo planea y ejecuta (al menos así cree durante todo el relato) el asesinato de su primo Alejandro, todo ello encubierto por los disfraces de carnaval, el gentío y una coartada que parecía perfecta. Sin embargo, poco después ve a su primo con vida y al enfrentarlo, Alejandro le demuestra el error que cometió, pues asesinó a otra persona, dejándole como única salida, el entregarse a la policía. En el mismo suplemento, pero con fecha del 24 de septiembre de 1951, publica “Precisamente ante sus ojos”. En este texto, la narradora, aficionada para resolver misterios y protagonista del relato, María Elena, le cuenta a su marido, el diputado federal por Coahuila, Bruno Morán, el misterio

que se suscitó alrededor de un manuscrito religioso muy revelador para la historia mexicana y que pocas horas después de anunciada su lectura a los familiares y a un amigo del descubridor (el tío Mateo) desapareció sin saber donde, quien y como fue sustraído. Tras revisar debidamente las habitaciones y analizar a los sospechosos, dedujo que fue el amigo de su tío Mateo, quien por celos profesionales (ambos son historiadores) sustrajo el documento y lo pegó en el papel tapiz de la casa. Relato de corte clásico, apegado al enigma de cuarto cerrado y con una reminiscencia al famoso cuento de Poe “La carta robada”, no solo por el correr de la acción y misterio, sino por mención de la narradora protagonista en la que afirma que “la persona que lo robó [el manuscrito] había leído seguramente “La Carta Robada” de Edgard Allan Poe [sic], y sabía que el mejor lugar para ocultar una cosa es siempre el más visible.”¹⁴² Y más adelante, confirma la razón del título del cuento: “Todo el mundo piensa que una cosa debe esconderse lejos de la mirada humana, e instintivamente busca debajo, detrás y dentro de los objetos; jamás se imagina que lo que ha perdido esté precisamente ante sus ojos.”¹⁴³ Lo destacable de la narración de Bermúdez es el hecho de que sea una mujer quien asuma el papel de detective, hecho que para la época significó un logro importante. Finalmente, en el suplemento con fecha del 3 de octubre de 1954, María Elvira publica “Carta a un defensor”, relato de tipo criminológico, que por medio de una narración epistolar (pues se trata de una carta a su abogado, que le había notificado su pronta liberación), el delincuente narra todo lo que lo llevó hasta su situación actual. El protagonista y narrador, Silvestre Borrego, es un empleado del juzgado, hombre común y corriente, cuya vida se volvió un lastre por tener

¹⁴² María Elvira Bermúdez, “Precisamente ante sus ojos” en *Revista Mexicana de Cultura*, supl. cult. de *El Nacional* (México, D.F.), núm. 234, 24 de septiembre de 1951, p. 9. Paréntesis mío.

¹⁴³ *Ídem*.

una familia comprensible, una madre exigente, un trabajo que odia y unas ansias de libertad para ejercer lo que más le apasiona (y siempre le es negada), la literatura. Para ello, ha decidido pisar el reclusorio, no obstante, a pesar de haber estudiado las leyes y todas las posibilidades para pisar el penal, sus planes no funcionan. Finalmente, uno de sus intentos funciona y es encarcelado por un asesinato. Sin embargo, después de las averiguaciones de rutina, resultó no ser culpable, hecho que le molestó bastante, pues él insiste en seguir tras las rejas, ya que solo ahí podrá seguir sus sueños en libertad, lejos de todo lo que le impedía empezar su carrera en la literatura. El cuento es, en su conjunto, un retrato humorístico del sistema judicial y la sociedad que permite ciertos actos ilegales (la corrupción) o juzga acontecimientos según sean vistos por los demás (como el intento de robo a la casa del gobernador en que resultó ser héroe al frustrar un intento de robo previo).

El potosino Antonio Helú, responsable de *Selecciones* y cuya compilación titulada *La obligación de asesinar* fuera incluida en el *Queen's Quorum* de Ellery Queen, tuvo además, el privilegio de ser el único autor mexicano y el primero en habla española que tuvo una participación en la famosa *Ellery Queen's Mystery Magazine* con dos de sus cuentos: “El fistol” y “Debut profesional” que aparecieron en el número 19, correspondiente a noviembre de 1944.¹⁴⁴ Poco después, en 1945, volvería a ser noticia al aparecer compilado en la antología *Great American Detective Stories*, preparada por el traductor y también escritor de policial, Anthony Boucher. El texto seleccionado fue “The

¹⁴⁴ Los cuentos incluidos en la revista norteamericana, así como en la edición de 1998 de *La obligación de asesinar*, presentan algunas diferencias, respecto a los incluidos en la edición de 1957 de *La obligación*. En el relato “El fistol”, lo que cambia respecto a la edición de 1957 es el título, siendo “El fistol de la corbata”. Mientras que “Debut profesional” es la unión de las narraciones, “Un clavo saca a otro clavo” y “El hombre de la otra acera”, sin ninguna variante en el contenido y que Helú, al parecer, separa en un primer momento (para la primera y segunda edición de *La obligación de asesinar*, 1946 y 1957, respectivamente) y posteriormente vuelve a juntar en la versión que aparece en la edición de 1998.

stickpin” (“El fistol”), tomado de la *Ellery Queen’s* y comparte las páginas con relatos de Chandler, Hammett, Ellery Queen, Poe, el propio Boucher, entre otros. En la breve introducción que aparece justo antes del relato de Helú, Boucher hace énfasis al mencionar que el detective protagonista (heredero de Lupin y Dupin) de este relato, es el primero en aparecer en inglés: “Meet the first Latin American detective to appear in English: MÁXIMO ROLDÁN [...]”¹⁴⁵ Aunque insiste en nombrarlo el primer detective en español y Latinoamérica, no desconoce la existencia de otros personajes detectivescos y menciona la creación de Bioy Casares y Borges, Isidro Parodi, además de Bernal Cheste: “He is [...] the first and only (with the exception of his friend and collaborator CARLOS MIRANDA) Mexican detective even in Spanish; and in all Latin America I know of only two others: DON ISIDRO PARODI and BERNAL CHESTE, both of whom function adroitly in Buenos Aires.”¹⁴⁶

Vicente Francisco Torres menciona los cuadernillos publicados por el diario *La Prensa*, entre 1948 y 1949,¹⁴⁷ que cada domingo narraban las “aventuras del periodista de nota roja e investigador aficionado Chucho Cárdenas que, para no modificar el estereotipo, le soluciona los problemas al inepto inspector Cifuentes.”¹⁴⁸ Los textos, firmados por Leo D’Olmo (que según María Elvira Bermúdez, era un pseudónimo) y aunque Torres no muestra ejemplos del tipo de narraciones que son, sí dice que su mayor característica es la

¹⁴⁵ Antonio Helú, “The Stickpin” en Anthony Boucher, *Great American Detective Stories*, ed., intr. y sel. del autor, The World Publishing Company, Cleveland, 1945, p. 262.

¹⁴⁶ *Ídem.*

¹⁴⁷ Respecto a los años en que se publicaron los textos de D’Olmo, Pablo Piccato asegura que existieron entre 1949 y 1955, además de tener contabilizados 320 títulos, dato que complementa y amplía sustancialmente lo aportado por Torres. Pablo Piccato, “La era dorada de la novela policiaca”, *Nexos*. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=18399> Consultado: Domingo 2 de febrero de 2014, 4:15 pm.

¹⁴⁸ Vicente Francisco Torres, *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, p. 74. Recientemente el investigador Pablo Piccato, en su artículo “”, comenta que la serie de textos de Leo D’Olmo

sencillez narrativa que lejos de explotar los ambientes o complicar los enigmas, privilegia la acción y las situaciones que en algunos casos considera adelantadas para su época: “al imaginar a una mujer que convive en un departamento con su marido y con tres *huéspedes*, o una joven lesbiana que mata a su hermano homosexual quien, como odiaba a las mujeres, no permitía que su hermana tuviera relaciones sexuales con la sirvienta.”¹⁴⁹

Así como las revistas comentadas en los apartados anteriores, existieron otras que, similares a todas ellas, se conocen poco o casi nada y me refiero a las revistas *Emoción*, *Detective Internacional*, *Revista de policía*, *G-men* y *Popular Detective*. De todas estas, es *Emoción* de la que se conoce un poco, pues Miguel Ángel Fernández en su artículo “Mexicanos en espacio periódico”, indica que la revista, publicada por Editorial Emoción y cuya periodicidad fue quincenal en sus primeros cuatro números y semanal, a partir del quinto, apareció por primera vez en octubre de 1934. La publicación, similar a *Misterio* en su estructura y los temas que privilegiaba (literatura policial, aventuras y ciencia ficción), destacó por haber contado con un par de concursos de cuento policial corto (mil palabras máximo) y aunque menciona al ganador (el mexicano O. F. Iglesias, con su cuento titulado “Veneno”), no menciona algunos otros textos policiales escritos por mexicanos. Su duración, según el mismo Fernández, fue hasta el número 76 (mayo 1936). Aunque la información proporcionada por el autor del artículo es valiosa, no menciona ni recupera textos o ejemplos de relatos publicados por autores nacionales en la revista.¹⁵⁰

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 75.

¹⁵⁰ Miguel Ángel Fernández, “Mexicanos en el espacio periódico”, *Ciencia Ficción Mexicana*. Disponible en: <http://www.ciencia-ficcion.com.mx/?cve=12:06> Consultado: Miércoles 9 de enero de 2013, 12:51 am.

Como se puede apreciar, los inicios de la literatura policial en México aún tienen mucho que ofrecer, estando además, repleta de un sinnúmero de vericuetos y grandes vacíos que esperan ser llenados, negándose a perderse en el olvido y es labor fundamental de todos los que por un placer innegable a esta literatura nos dedicamos a su estudio, rescate y conservación, seguir hurgando en búsqueda de esos trozos de papel y tinta que llevan consigo un poco de la historia no solo de un género como el policial, sino de la literatura misma.

Conclusión

El repaso por el género que se cultivó en Europa y Estados Unidos, como hemos visto, propició el modelo adoptado en México. Dentro del país, el patrón que tuvo presencia fue mayormente el policial clásico, aunque no en un sentido estricto, pues en casos como el de Antonio Helú y Pepe Martínez de la Vega se trató de parodias que emplearon el esquema inmortalizado por Poe y Conan Doyle, recurriendo en innumerables ocasiones al chiste, a ciertas expresiones populares en su época y desde luego, lo que considero más importante, ninguno de los detectives creados por ellos era de la policía. Es cierto que autores como María Elvira Bermúdez, Enrique F. Gual, Rafael Bernal o Margos de Villanueva siguieron estrictamente más cercanos a los modelos antes mencionados, empero, su labor no es menos meritoria, pues es una señal de la diversidad de opciones disponibles que había al momento de su irrupción en la literatura mexicana y tampoco era producto de la nada o la casualidad.

Aunque los autores canónicos de la literatura policial mexicana son los que publicaron durante las décadas de 1940 a 1960 (Bernal, Helú, Bermúdez, Martínez de la Vega), es importante señalar que para poder comprender ese periodo dorado del género en México, es necesario mirar un poco atrás, a la década de 1930, momento en que comienza la literatura policiaca propiamente, teniendo una serie de plataformas de difusión que son las revistas. Es gracias a la observación y descripción parcial de algunas de ellas, que se puede dar cuenta del aprecio a la narrativa policial, del interés por difundirla, leerla e imitarla. Otro elemento importante que aportan las revistas es sin lugar a dudas, la fijación del cuento como la forma preferida por los cultivadores del género, pues salvo algunos

intentos de novela corta (que considero más cuento largo que novela), las narraciones breves serán las que permearán el ambiente policial durante estas tres décadas.

Si bien el subgénero clásico es el predominante (o preferido) en este periodo tanto en textos traducidos como en relatos elaborados por autores nacionales, el estilo negro, con la variante del relato criminológico será, de acuerdo a lo analizado, el más cercano rival de los detectives lógicos, razón que pone en evidencia el conocimiento y puesta en acción, al menos de a poco, el subgénero que Chandler y Hammett lideran. Tampoco hay que dejar de lado aquellos textos intermedios entre el subgénero clásico y el negro, que si bien son escasos, dan muestra no solo de la apropiación de un género, también de su transformación o búsqueda de un modelo ideal para el contexto mexicano.

Probablemente las personas que estuvieron detrás de cada una de las revistas fueron muchas y salvo el caso de Helú que colaboró en *Selecciones y Aventura y Misterio*, considero que el resto de los involucrados en cada publicación era distinto (tomando en cuenta que no se da razón alguna de las personas que intervinieron en cada revista, salvo *Selecciones* que menciona a un par de ellas), razón por la estoy seguro de la vitalidad en el género, es decir, que había mucha gente interesada en difundir y publicar textos de este tipo, eso si, quizá compartiendo los mismos tipos de relatos (policial clásico, de aventuras o ciencia ficción) y autores, aunque no necesariamente los mismos textos. Desde luego, esta vitalidad no sería nada si no existiera un público lector ávido de estas lecturas y tampoco sin aquellas plumas desconocidas que se aventuraron primero que muchos a escribir narraciones policiales y buscaron asentar con ligera sutileza en el país este género importado, algunas veces con éxito otras como simples imitaciones del modelo original,

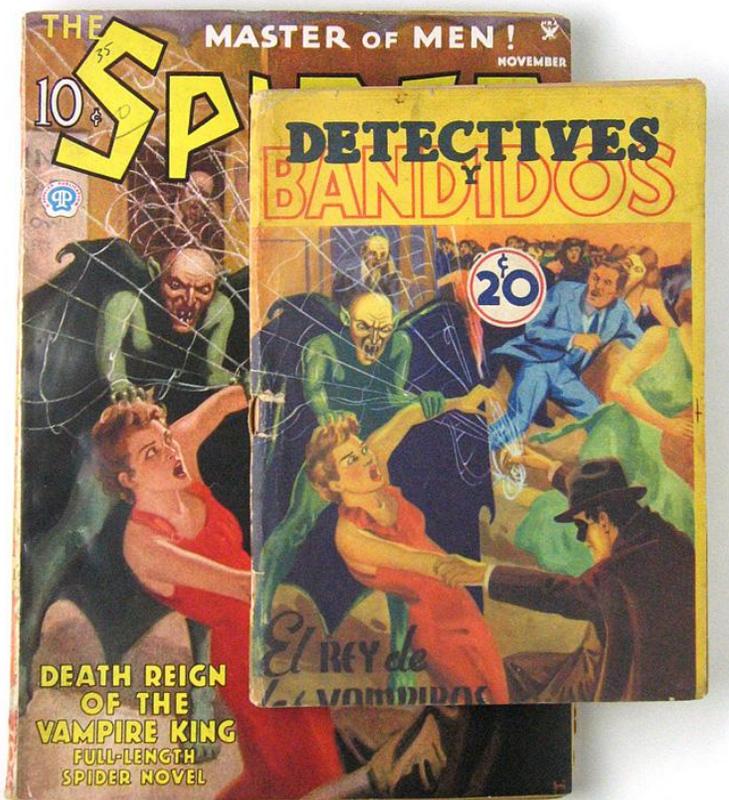
pero todas con un gran valor histórico y documental para las letras nacionales y policiacas en especial.

A modo de cierre y sin caer en la vanidosa presunción, es importante señalar el rescate y aportación que he hecho con la inclusión del magazine *Misterio*, revista ignorada, desconocida y que insisto, debe ser rescatada con urgencia, evaluada y estudiada a profundidad, pues se trata del registro más antiguo (junto a *Detectives* y *Bandidos* y quizá la revista *Emoción*) y de los que marcan realmente el origen y crecimiento del policial en México, cuya consolidación llegaría en la década de 1940 con los autores que marcarían el canon de las letras policiales en México y a su vez, significaran la gran explosión de narradores policiales a finales de la década de 1960 y comienzos de los setenta.

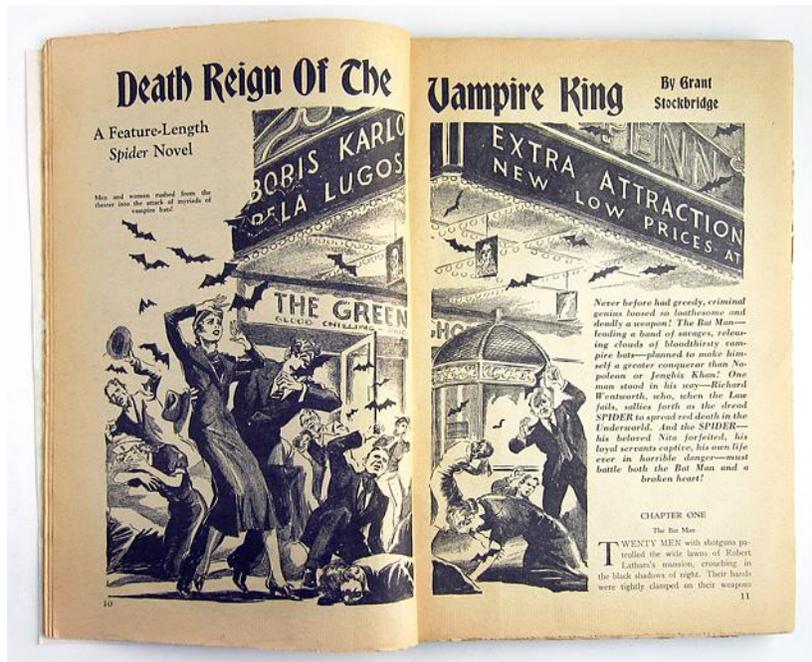
ANEXOS



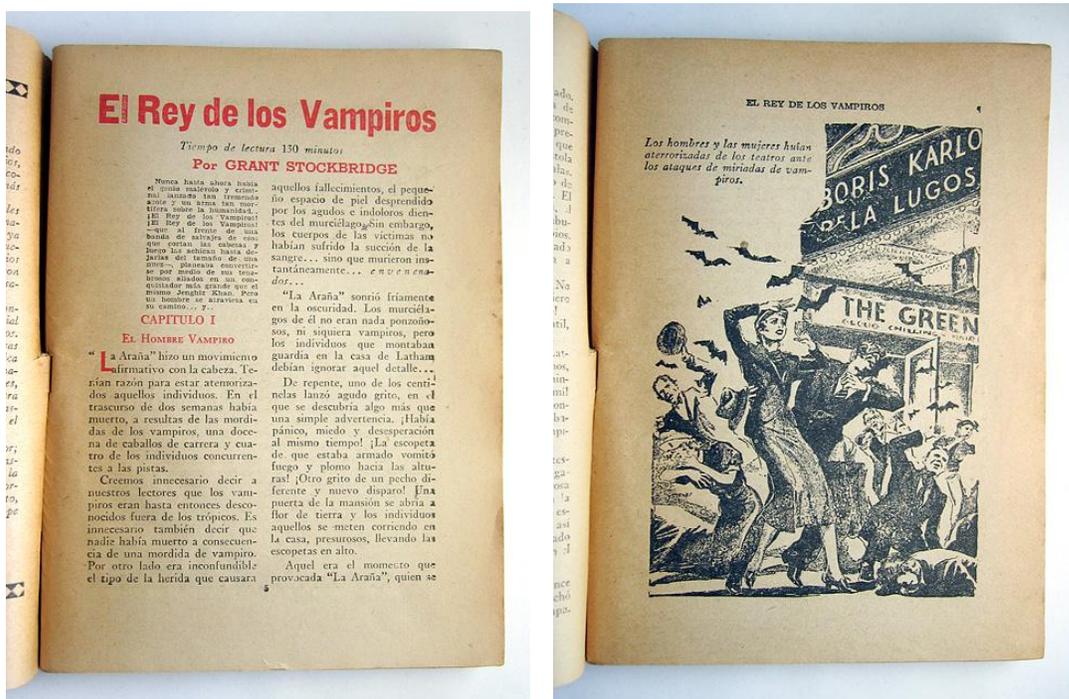
Anónimo, *The Spider* y *Detectives y Bandidos*, circa, Estados Unidos. Imagen tomada de http://spiderreturns.com/reprints/media/DyB_comp_binding.jpg Consultada: miércoles 28 de agosto de 2013, 1:15 am.



Anónimo, *The Spider* y *Detectives y Bandidos*, circa, Estados Unidos. Imagen tomada de http://spiderreturns.com/reprints/media/DyB_comp_covers.jpg Consultada: miércoles 28 de agosto de 2013, 1:18 am.



Anónimo, Death Reign Of The Vampire King, circa, Estados Unidos. Imagen tomada de http://spiderreturns.com/reprints/media/DyB_comp_open.jpg Consultada: miércoles 28 de agosto de 2013, 1:22 am.



Anónimo, El rey de los vampiros, circa, Estados Unidos. Imagen tomada de http://spiderreturns.com/reprints/media/DyB_comp_coverart.jpg Consultada: miércoles 28 de agosto de 2013, 1:30 am.



LOS SEIS CRIMENES

Y LA LUCHA LIBRE

"El Asesino Rojo de la Av. Uruguay"

Exclusiva para
"MISTERIO"

Sobre la terraza de un bello hotel de lujo, dos personas tomaban el té de las cinco. Una de ellas, un joven bien

Por **LUIS G. OTERO**

parecido y en el que se adivinaba una constitución de acero, leía con interés el periódico de la tarde. Su compañera,

(su esposa) que poseía una rara belleza tropical, contemplaba amorosamente el crepúsculo.

—Lo esperaba —murmuró de pronto el joven, fijando sus

"MISTERIO"

PAGINA 4

ver
pai
co
dis
fo:
let
Sh
ins
rue
mi
Ins
cor
qu
el
no
ello
que
no
y e
de
y c
ne
ven
E
PA



verdes ojos en los de su compañera.— Han ocurrido al único expediente de que podían disponer. Escucha este párrafo: un encabezado con grandes letras dice así: "Urgente a Sam Shik"; y a continuación: "El inspector General de Policía, ruega a Sam Shik esté hoy mismo antes de las siete en la Inspección. Urgente." Ves, reconocen que yo soy el único que puede salvarlos; pero por el santo de mi devoción que no seré yo el que ande tras de ellos, si quieren mis servicios que vengan a buscarlos.

—Tienes razón Federico, tú no necesitas para nada de ellos y en cambio ellos sí necesitan de tí, "échales un telefonazo" y díles que los esperas aquí, ¿no crees que es lo más conveniente?

El joven detective no con-

testó, con la mirada perdida en el espacio, parecía reflexionar.

—¡No! —dijo— no quiero que sepan quién soy yo, es preferible que vaya; el día que el mundo criminal sepa que Sam Shik, es Federico de la Mora, mi vida estaría continuamente amenazada y tú, que eres el único "por qué" de mi existencia, estarías expuesta también a mil peligros.

Con infinita ternura envolvió a su esposa con una mirada de amor intenso, después continuó:

—No me explico qué me impulsó a dedicarme a esta profesión; tal vez el exceso de dinero o la falta absoluta de emociones en el círculo social en que vivimos. ¡Ah!, pero sí sé que el misterio me atrae, me subyuga; estoy seguro que prescindiría gustoso de mi aristocrática cuna y daría todos mis millones, por una sola hora de trabajo buscando a un criminal sensacional.

Cerró los ojos y empezó a soñar despierto; de lejos fueron llegando largos y melódicos gemidos.

—¡Las seis! —gritó.— Me voy. Huelo que el Inspector

tiene algo sumamente escabroso entre manos.

Tomó del perchero el sombrero y se preparó a salir.

No quiero, —dijo entonces la aristocrática dama, haciendo un guiño picaresco,— que me juzgues inconsecuente, pero deseo que recuerdes cierta promesa que me hiciste la semana pasada.

—¿Promesa? —preguntó admirado. —Espera, ¿dulces? ¿pasteles?, ¿teatro?.....

—No, no sigas, ¿acaso no recuerdas, hombre desmemoriado, que prometiste darme un papel en tu próxima aventura policiaca?

—¡Ah!, sí, no tengas cuidado, lo tendrás. —Contestó saliendo rápidamente para evitar seguir hablando sobre ese tema. ¡Bonito estaría él, si permitiera a su esposa correr el más leve peligro!

—¿Un cigarrillo?

—Gracias, no fumo.

El Inspector encendió un magnífico habanero, dió dos o tres lentas chupadas.

—Para evitar —dijo poniéndose repentinamente serio sus burlas y cuchufletas, voy a confesar que he recurrido a usted solamente al comprobar la incompetencia de mis subordinados en este asunto. ¡Ah!, si me quedara siquiera la más leve esperanza, jamás hubiese recurrido a un extraño; pero confío en su honor para que ésto no sea nunca del dominio público. Pídame lo que quiera, está concedido de antemano, ¿dinero?, fíje Ud. mismo la cantidad; hasta donde me sea posible trataré de conseguirse-lo, pero por Dios, no me pida que haga famoso su nombre, no podría, ¡me costaría el empleo!

Se cubrió con las manos la cara y murmuró,—treinta años sentado en este mismo sillón ¡oh!, sería mi muerte tener que abandonarlo.

—No tiene por qué hacerlo, —contestó rápidamente, el joven detective sumamente conmovido. — Entendámonos de una vez; yo voy a trabajar para Ud. en este asunto y en cuantos necesite de mis servicios, pero no solamente no deseo publicidad, sino que es más, como una de mis con-

"MISTERIO"

diciones inapelables, exijo que se guarde el más riguroso secreto de mi actuación, tampoco necesito que se paguen mis servicios, tengo más dinero del que haya Ud. soñado nunca. Le ofrezco mi ayuda porque me subyugan los enigmas y me atrae el peligro. Ahora bien, voy a hacerle conocer tres condiciones que quiero se me acepten, sin las cuales no podré empezar a trabajar.

—¿Cuáles son? —preguntó rápidamente el Inspector aliviado de un enorme peso.

—Primera; que por ningún motivo se trate de indagar mi personalidad, segunda, que se me presten toda clase de garantías y tercera, que se me deje trabajar a mi modo y buen parecer.

—Concedidas desde luego —dijo el funcionario— voy a darle una placa que lo acreditará como agente especial de esta Inspección, lo mismo que una credencial.

Urgó rápidamente en un cajón del escritorio y tendió al joven detective un objeto dorado.

—La credencial —continuó —la tendrá Ud. lista mañana.

—Gracias —murmuró Sam Shik, guardándose en la bolsa la dorada insignia.

—Bueno, ahora que ya estamos de acuerdo, voy a decirle el asunto que me trae preocupado, —dió dos chupadas más y arrojó la colilla a la escupidera. En mi vida policial —continuó— jamás había encontrado un malhechor tan hábil como al que ahora perseguimos. Ha matado ya a seis personas y sigue tan fresco paseándose por esas calles de Dios; sabemos que es el mismo, porque los seis hombres han sido asesinados en la misma forma; ¡rota por completo la columna vertebral a la altura del cuello. Como ve Ud., sólo un ser de una fuerza excepcional puede hacerlo; hay entre mis subordinados quien cree ya, que el escurridizo criminal es un monstruo horrible; y para dar más alas a esta fantasía, los únicos testigos presenciales que hemos podido encontrar, aseguran temblando de pavor, que se trata de un ser enorme, espantoso, que está completamente

desnudo y de un color rojo brillante. Toca también la casualidad de que los asesinados sean todos personas de conducta escandalosa, por lo que, no ando descaminado al asegurar que hay alguien que cree a pie juntillas, que todos estos crímenes son obra del demonio.

—Tiene Ud. a mano —interrumpió el aristocrático detective— la lista de los muertos?

—Sí señor. —contestó el Inspector, — aquí la tiene Ud.

—Breves momentos paseó la vista por ella distraidamente. Algo llamó de pronto su atención.

—Es chocante —murmuró. —¿Chocante qué?

—¿No ha notado Ud. nada raro en esta lista?

—Hombre, la verdad no.

—¡Ah, estos policías! ¡Estos policías!

—Explíquese —ordenó el Inspector amoscado por el tono burlón de las últimas palabras.

—Ya, ya, el León empieza a rugir, pero yo no le tengo miedo; cálmese hombre, cálmese y escuche; el primer muerto de esta lista se llamaba José Ortega. A Ud. no le dice nada este nombre ¿no? pero a mí sí; José Ortega apodado también el "Ciclón de Tejas", fue uno de nuestros mejores luchadores de lucha libre... Pues bien, toca la casualidad, como Ud. le llamaría que los dos nombres siguientes de la lista pertenecieron a sus dos "seconds", el cuarto de la misma lo llevó un antiguo réferi de la "Arena" apodado "El Tigre", y el quinto y el sexto pertenecieron a dos jueces, muy célebres de deportes.

—Y eso ¿qué quiere decir? —preguntó cándidamente el Inspector.

—¡Demonio! —casi gritó Sam Shik—, amigo, se le están secando los sesos. ¿Pero no ve Ud. hombre de Dios, que todos los asesinados tuvieron que ver en una forma o en otra con ese deporte llamado "lucha libre"?

—¿Bueno, y eso qué? —No veo en ello sino una curiosa coincidencia.

—¡Coincidencia!, ¡coinci-

dencia!, ¡bah, es inútil discutir con Ud.; y a propósito, me parece que el último crimen se descubrió esta mañana ¿no?

—Exacto —repuso el funcionario.— Y por cierto que aún tengo el cuerpo en mi poder.

—Magnífico! Me gustaría echarle un "vistazo", lo mismo que a las ropas que traía puestas.

—Nada más sencillo, acompañame —dijo el inspector echando a andar.

Sobre el mármol transparente de una mesa, descansaba la última víctima del extraño asesino.

—¿Verdad que se necesita fuerza? —preguntó el inspector señalando al cuello del muerto.

—Depende, —murmuró Sam Shik—, y se acercó a examinarlo.

—Oiga inspector, ¿y ésto? —preguntó a su vez.

—Lo que había motivado su pregunta era una gran mancha morada, que estaba exactamente encima del plexo de la víctima.

—Hombre, Ud. también lo ha notado? parece como si hubiera recibido un fuerte golpe; y es chocante, todos los asesinados presentaban la misma señal, yo no me explico con qué instrumento puede haber sido hecha.

—Ud. no, pero yo sí. —afirmó el joven detective, sofocando una sonrisita picaresca.

—¿Puede enseñarme la ropa? —preguntó.

—Desde luego, pase por aquí.

Ya se iba a retirar decepcionado, cuando en un botón del saco vió algo que lo hizo lanzar un grito de júbilo.

—¿Está la puerta cerrada?

—preguntó al inspector, y mientras que el funcionario volteaba, aprovechó el momento y se guardó rápidamente el objeto que llamara su atención.

—Señor inspector, —dijo disponiéndose a marcharse— antes de la medianoche tendrá Ud. en su poder al asesino.

—¿Luis Arroyo?

—Servidor, pero... no tengo el gusto...

—¡Oh!, mi nombre no le

diría nada. mirador a

—¿Adri

ya hacia r

oia yo esa

—¿Sab

ter de un

mos haci

entre los

y pensé qu

decirme a

bre". ¿Re

nos tiemp

—¿Luis

—Preci

—¡Ya l

do! En ac

peleaba d

me Ud. se

serven, lo

den por u

mejor pos

—¡Ah,

¡Jack el b

¡El Tijera

jas...

Su en

subiendo

que casi

nombre c

gas; sin

al último

y continu

—Por

bre!, lei

nado hac

¡tan buer

—¿Ust

¿qué clas

—¡Oh,

jamás pe

viene a l

te que so

jo" apod

pre vesti

malla roj

pies a c

pobre "C

menos pe

embargo

chaban e

peonato

Han p

parece qu

ra caída

con una l

pleta, en

diez segu

da fue de

un descu

con una

sisimos, l

cuerdas;

chando c

Estábamo

cuando e

última ca

El "Ra

PAGIN

diría nada, soy un antiguo admirador suyo.

—¿Admirador? ¡caramba!, ya hacia muchos años que no oía yo esa palabra.

—¿Sabe?... yo soy repórter de un gran diario, y estamos haciendo una encuesta entre los antiguos deportistas, y pensé que tal vez Ud. podría decirme algo de la "lucha libre". ¿Recuerda aquéllos buenos tiempos en que Ud. era...?

—¿"Luis el Estrangulador"?
—Precisamente.

—¡Ya lo creo que me acuerdo! En aquel tiempo sí que se peleaba de veras; ahora, créame Ud. señor, las peleas ya no sirven, los luchadores se venden por un puñado de pesos al mejor postor, ¡uf, que asco!

—¡Ah, aquellos tiempos!, ¡Jack el terrible!, ¡el Huracán!, ¡El Tijeras!, ¡El Ciclón de Tejas...

Su entusiasmo había ido subiendo poco a poco, hasta que casi acabó gritando el nombre de sus antiguos colegas; sin embargo al nombrar al último su voz bajó de tono y continuó tristemente:

—Por cierto, ¡pobre hombre!, leí que lo habían asesinado hace unos cuantos días, ¡tan buen amigo que era!

—¿Usted fué amigo suyo? ¿qué clase de hombre era?

—¡Oh, era todo un hombre jamás pedía piedad; ahora me viene a la memoria el combate que sostuvo con "Rayo Rojo" apodado así, porque siempre vestía para pelear, una malla roja que lo cubría de pies a cabeza. Imagínese, el pobre "Ciclón" era de mucho menos peso que "Rayo" y sin embargo se enfrentó a él; luchaban esa noche por el campeonato mundial.

Han pasado muchos años y parece que fué ayer; la primera caída la ganó "Rayo Rojo" con una llave de "nelson" completa, en veintitrés minutos, y diez segundos; pero la segunda fue de "Ciclón", aprovechó un descuido de su contrario y con una serie de topes hermosísimos, lo hechó fuera de las cuerdas; apenas estuvieron luchando cinco minutos escasos. Estábamos todos emocionados cuando empezó la tercera y última caída.

El "Rayo Rojo" salió hecho

un verdadero energúmeno y contraviniendo a las reglas del juego, empezó a golpear de una manera bárbara a su contrario con el puño cerrado; después, sin hacer caso del "réferi" ni del público que silbaba frenético, reprochando su conducta, metió al pobre "Ciclón Tejano" una llave de estrangulación directa. Esa llave señor, está prohibida y el "réferi" estuvo en su papel cuando ayudado por la policía, separó a los contrincantes y dió la victoria al "Ciclón".

Ese día los jueces de campo descalificaron al "Rayo Rojo" y lo separaron de la asociación; desde entonces no lo he vuelto a ver.

—Perdone amigo, —interrumpió Sam Shik,— el "Rayo Rojo" tenía por casualidad el pelo chino?

—Sí señor, era de pelo color castaño claro, y lo tenía bastante chino.

—Gracias —dijo el joven detective y se levantó para marcharse, pero al llegar a la puerta se volvió rápidamente —una pregunta más amigo— exclamó ¿Cuál era el verdadero nombre de "Rayo Rojo"?

—¿El nombre?, ¿el nombre?... ¡Ah! Se llamaba Juan Urquizo; sí, Juan Urquizo; ahora lo recuerdo muy bien, mire Ud., entre nosotros casi olvidamos nuestros nombres de pila, nos basta con el apodo. Por cierto que yo anduve enamorando a una prima suya que tenía una casa de huéspedes en la avenida Uruguay.

—¿Que tenía?, ¿ya la habrá quitado?

—La verdad señor, ¡quién sabe!, como hace tanto tiempo que no voy por allá!, pero tal vez todavía la tenga. Mire Ud. yo ya no recuerdo el número, pero le voy a dar las señas, tal vez le convenga visitarla, ella sabe muchas cosas de nosotros los luchadores.

Cuando Sam Shik salió a la calle, una sonrisa optimista jugueteaba en sus labios.

Rápidamente regresó a su casa, y tomó un revólver.

—Nena —le dijo a su esposa al abandonar el bello hotel,— son las nueve y cinco, si dentro de dos horas no he regresado, toma un coche y ve

a la Inspección General de Policía, pregúntales por el Inspector y le entregas esto. —concluyó poniendo en manos de su esposa un sobre cerrado.

—¿No me llevas contigo?

—preguntó ansiosamente la bella dama tratando de adivinar el peligro.

—No podría llevarte chiquilla mía; necesito que una persona de toda mi confianza lleve esa carta, ya ves cuán grande es la necesidad de que te quedes en casa.

Y sin esperar más Sam Shik abordó rápidamente su coche.

Cuando llegó a la avenida Uruguay se admiró de la buena memoria de Luis Arroyo. La casa de huéspedes que buscaba, era tal y cual horas antes se la había descrito el antiguo luchador.

—¿Desea algo el señor?— oyó preguntar a una vocesita bien timbrada. Se volvió, junto a él estaba una niña como de unos doce años.

—Si señorita —contestó—, deseo mudarme de la casa de huéspedes donde vivo y ando buscando otra casa. Al pasar por aquí ví que aún estaban abiertas las puertas de ésta y se me ocurrió que tal vez aquí tengan lo que necesito.

—¡Oh, señor! precisamente hoy en la mañana se desalquiló un cuarto muy bonito, venga se lo voy a enseñar.

—Sabe nena, —empezó a decir el detective echando a andar detrás de ella,— me gustaría uno con ventana a la calle, porque como soy luchador...

—¡Oh! —volvió a exclamar la pequeña.— Bravo, bravo, Ud. tiene la misma carrera que tío Juan.

—¿Juan qué? —dijo melosamente el detective animando a la pequeña.

—¡Juan Urquizo! ¿Ud. no lo conoce señor? ¡Uy, sí, fue un gran luchador!

—¡Ah, Urquizo!, cómo no voy a acordarme de él, ¡el gran luchador Urquizo! —exclamó Sam Shik aparentando una gran admiración.— ¡Cómo me gustaría estrechar su mano!

—Nada más sencillo señor. hace un mes que llegó de Morelia, y está viviendo aquí, pero parece que mañana se va a ir de nuevo. Ahorita está en (Sigue en la 130)

"MISTERIO"

Los 6 Crímenes y la Lucha Libre

(Viene de la pág. 7)

su pieza!, venga, se lo voy a presentar.

Caminaron un momento por el corredor y luego se paró la pequeña frente a una puerta.

—Aquí es señor, voy a tocar.

—¡Oh!, no te molestes chiquilla, ven, acércate, te voy a decir un secreto; pero a condición de que no se lo cuentes a nadie.

—No tenga cuidado señor, soy muy reservada —contestó rápidamente la niña, feliz de saber que alguien ya la tomaba en consideración.

Sonrió Sam Shik y continuó: tu tío y yo fuimos hace tiempo grandes amigos y me gustaría darle una sorpresa ¿sabes?, ¿quieres dejarme solo? mira, toma estos veinte centavos y ve a ver si encuentras todavía una tienda abierta y cómprate dulces.

La chica estuvo un momento indecisa, después la tentación la hizo bajar volando la escalera. Sam Shik esperó que se extinguiera el rumor de sus pasos y entonces sigilosamente abrió la puerta del cuarto señalado. De espaldas a él estaba un hombre con los codos apoyados en una mesita y la cabeza entre las manos.

—¡Manos arriba! —ordenó el joven detective.

El hombre se volvió rápidamente, vió azorado el arma que le apuntaba al pecho y levantó los brazos.

—¡Qué quiere Ud.! —rugió.

—Entrégate "Rayo Rojo", eres el asesino de José Ortega y de los otros cinco.

En los labios de Juan Urquiza se dibujó una sonrisa de burla y antes de que el joven detective tuviese tiempo de prevenirse, dió un salto formidable y asestó un par de patadas al estómago de Sam Shik. La pistola se le escapó de las manos y cayó cerca de la puerta. La pieza empezó a darle vueltas y cayó sobre el suelo boca abajo.

—Eres muy listo —rugió el asesino— pero no contaste conmigo; vas a morir como murieron los otros.

Sam Shik sintió que un pie se apoyaba sobre su cabeza, y

que poco a poco le iban levantando el resto del cuerpo, adviniendo horrorizado: ¡"la llave del cangrejo"! Sus vértebras crujieron, un dolor intenso empezó a invadirlo, casi perdió el conocimiento.

De repente una detonación lo hizo abrir de nuevo los ojos, sintió que su cuerpo recobraba la posición normal, pero el dolor seguía siendo intenso.

—¡Federico! ¡Federico! —oyó que decía una voz angustiada, y se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que vieron sus ojos, fue un par de rostros ansiosos. El de su esposa y el del Inspector de policía.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Perdóname Federico, no sé por qué, cuando saliste de la casa presenté que un peligro te amenazaba. Entonces, sin pensarlo, tomé un auto y te seguí. Resolví esperarte junto a la puerta de esta casa; llevaba apenas unos cuantos minutos de espera, cuando vi salir a una pequeña; la llamé y ella me informó en dónde estabas. Aún esperé un buen rato, pero viendo que no salías, me resolví a entrar. Al llegar a este cuarto, por poco me desmayo de pavor, la puerta estaba abierta y junto a ella, tirado, estaba tu revólver. No dudé un solo momento, lo tomé y... le pegué un tiro al hombre ese. ¡Oh, aún no me explico cómo pude! Gracias a Dios el Inspector dice que la herida no es mortal. Después llamé por teléfono a la Inspección.

—Así fue el asunto —afirmó el funcionario.— Y ahora señor Shik, si no le sirve de molestia, me gustaría saber cómo supo quién era el asesino.

El detective fijó sus grandes ojos verdes amorosamente en su esposa, después empezó diciendo:

—¿Se acuerda Ud. de la equimosis que presentaba en el plexo el último cadáver? Bueno, pues esa fue la clave, sólo un cabezazo podía marcar de esa manera; después cuando ví la forma en que se había quebrado el cuello de la pobre víctima, se robusteció en mí la hipótesis de que el asesino era forzosamente un hombre que conocía los secretos de la "lucha libre". La forma de

efectuarse el asesinato era la siguiente: primero el asesino asestaba a su descuidada víctima un soberbio cabezazo, con lo que la hacía perder el sentido, y ya inconsciente le aplicaba la llave conocida con el nombre de "llave del cangrejo", que consiste en, estando la víctima boca abajo, levantarla dejando apoyada la cara contra el suelo, del resto del cuerpo, hasta hacer que se rompa la espina; como Ud. ve no se necesita una fuerza descomunal para hacerlo, ya que el cuerpo sirve de palanca.

Me chocó desde un principio el hecho de que todas las víctimas fueran personas que de alguna manera tuvieron que ver con la mencionada "lucha libre", y comprendí que el asesino era forzosamente un luchador profesional. Cuando me dijo usted que el asesino según los únicos testigos presenciales, iba completamente desnudo y tenía un color rojo brillante, inmediatamente pensé en la malla que usan para luchar. Si Ud. se toma la molestia de registrar este cuarto, estoy seguro encontrará una de este color. Además, entre las ropas del último muerto encontré ésto.

El detective sacó de su cartera un cabello de color castaño claro.

—Como fácilmente podrán ver, —continuó— este cabello tiene la particularidad de ser completamente chino. El asesino lo dejó en un botón del saco de su última víctima al darle el "tope". Lo demás fue fácil, se redujo a encontrar a un luchador que tuviese el pelo chino y que además tuviese algún motivo por que odiar a los asesinados. Tuve la suerte de encontrar a un tal Luis Arroyo, que me dió una información amplísima.

Y ahora, señor Inspector, creo que ya no me necesita, ¿verdad?

Antes de apagar la luz de su alcoba, la bella esposa del detective se volvió hacia él, sonriendo picarescamente.

—No te olvides —le dijo— cumplir tu palabra y darme un papel en tu próxima aventura.

Sam Shik comprendió la "puya" y cerró los ojos.

FIN.

LA ACUSACION DEL LODO

Especial para MISTERIO
Por Reynaldo Aquirre

Lombóron notó inmediatamente que venía muy atribulada. El se encontraba contemplando a los "chauffeurs" gesticulando y en una algarazara infernal, en el lado opuesto de la calle, frente al Hotel Imperial, cuando el pequeño automóvil se acercó a la acera frontal al edificio donde tenía sus oficinas. La joven saltó apresuradamente del coche. Lombóron, desde su sillón y a través de las ventanas, vio que, en su apuro, olvidó cerrar la portezuela del automóvil.

Se levantó pesadamente de su escritorio, y con movimientos ponderosos y pausados, como si tuviese los pies planos (de hacer largos servicios de "policia-de-punto"), se acercó a la puerta de su despacho. Carlos Lombóron, hombre cbero, bajo

de estatura y con faz rubicunda, se limpió el sudor que le surcaba las mejillas y bajaba al cuello, humedeciéndole la blanca seda de la camisa.

La visitante llamaba con insistentes toquidos, cuando le hizo una señal para que entrara.

Por un instante la contempló, adusto y serio; después se inició una sonrisa de afabilidad en su boca, mejillas y ojos, que lo hizo cambiar totalmente de aspecto.

—Pase usted,—le dijo.

Entró la joven apresuradamente y atenaceada por una tremenda tensión nerviosa. Su cutis, de un blanco mate, estaba pálido, mientras que sus ojos, de ordinario grandes, parecían querer desorbitarse por la emoción.

—Temí no encontrarlo en su despacho — articuló agitadamente.— Hubiera telefonado, pero quise ob-

viar tiempo. Usted no me conoce. Me llamo Anita López.

—Perdone, señorita López, pero sí la conozco. Hace dos semanas que tuve el gusto de verla en la Cervecería Azteca, a donde llegué a mediodía tomar cerveza. Platicaba usted con mi amigo Luis Ríos Márquez, quien es empleado de la Azteca. La recuerdo perfectamente bien.

Su juventud y su belleza, su animación y manifiesto saborear de la vida "Joi de vivre", se le habían grabado en la mente a Lombóron. Convencido de que era una joven sensata, con capacitación para enfrentarse con cuanta situación se le llegase a presentar, consideró que algo muy grave sucedía para "traerla a mal traer".

Lombóron le indicó una silla, que ella aceptó con ligero movimiento de la cabeza, agradeciéndoselo con una levísima sonrisa, que luego se esfumó de sus labios. La afabilidad amigable de Lombóron era, a la vez, una insinuación para que habiase, así como que parecía ofrecer con ello una promesa vaga y confortante. El despacho, aunque de alguna amplitud, se empequeñecía con la presencia de Carlos Lombóron.

Ella volvió hacia él, y habló atropelladamente, haciendo un patente esfuerzo por ordenar sus palabras. —Vine a verle, a pedir su ayuda, como una última esperanza. No... no atinaba a quién consultar, a qué acudir para que nos auxilie en esta horrible situación!

Parecía una pobre naufraga que se afía del primer objeto que veía a la superficie que amenazaba ahogarla.

—Cuénteme todo lo que le aflige —le ordenó un tanto imperativa la voz de Lombóron.

—Luis Ríos Márquez, su amigo, que trabaja en la Cervecería Azteca... El Comandante de la Policía ha ordenado que lo aprehendan. Hoy en la madrugada descubrieron el cuerpo del señor Robert Smith cosido a puñaladas... ¡Qué horror! Luis fué quien personalmente habló a la policía, y ahora sospechan de él... de ser el asesino! Sólo porque tenía las manos manchadas con sangre v... —Le volvió a interrumpir el llanto desesperado.

—Tranquícese usted, señorita López. No pudo haber sido Luis. Lo conozco demasiado bien para suponerlo un malolde vulgar.

La voz calmada de Lombóron parecía extenderse sobre la tragedia, como el aceite sobre aguas tumultuosas y embravecidas, serenando el aleaje amenazador.

Sacó un enorme pañuelo del bolsillo trasero del pantalón, al notar que el minúsculo lienzo de Anita estaba empapado, y se lo ofreció, diciéndole:

—Ya no desespere. Todos estos asuntos se esclarecen, con sólo tener un poquito de paciencia.

Anita López seguía poseída del miedo y de la nerviosidad. Pareció pasar por sus ojos una sombra de terror angustoso, al levantar sus párpados con largas y rizadas pestañas, para contemplar a Lombóron.

—¿Pero es que usted no compren-

MISTERIO



Se hallaba muerto de dos espantosas puñaladas.

do de la faz, que se encontraba revisando unos documentos sobre su escritorio, con un gesto de preocupación y congoja.— Parece que tú hueles a los muertos. Acabamos de descubrir al pobre Smith asesinado, y tú te apareces antes de que se espere la noticia por la ciudad!

Jaffe hablaba el español como cualquier mexicano.

—¡Caray, hombre, qué desgracia! —exclamó fingidamente Lombóron al sentarse en una silla con precaución extremada, y escuchando con exagerada atención el rechinar de protesta del mueble contra la elefantina carga.— ¡Qué barbaridad! ¿Asesinado Smith? ¿Y cómo fue eso?

—Hoy en la madrugada, Ríos Márquez fue quien descubrió, tendido en el patio de la Cervecería, a Smith, bien muerto!

—¡Pobre gringo! ¡Y tan mexicanizado como estaba!

—Ahora tendremos que desembolsar una crecida indemnización a la familia de Smith y... están de las cosas tan críticas como están. ¡Los ingresos mermados!—Se lamentó Jaffe.

Lombóron observó, irónico, que Jaffe no se preocupaba tanto por la muerte de Smith, cuanto que por el dinero que le llegase a costar el asesinato.

—Vamos a ver el cuerpo. Veremos si tú puedes servir para esclarecer el homicidio. Aun no terminas las diligencias la Policía y el Ministerio Público. Ya entiendes que te encargarás de dilucidar la responsabilidad de este asesinato. Nos cobrarás lo que estimes justo— declaró Jaffe levantándose de su silla.



Hallé el cadáver, y al moverlo me llené de sangre...

—Solo por ayudarte, Jaffe me encargaré del asunto—respondió Lombóron levantándose con cuidado y lentitud de la silla.

Sallieron ambos de las oficinas y se dirigieron a la Cervecería, sumidos en silencio. Lombóron repasaba rápidamente en su analizadora imaginación a los trabajadores de la empresa. Catarino Núñez, velador, entrado en años, con una pierna baldada, hombre industrioso y jefe de numerosa familia, siempre había observado una recta conducta. Sin embargo, obligado por su trabajo de vigilante, pasó toda la noche del asesinato en la Cervecería. ¿Sería él el matador? Armando Beltrán, trabajador joven, vigoroso, alto, fornido y honrado en su proceder, igualmente debió haber pasado la noche en la Cervecería, sólo que encerrado en la Oficina de Ventas, por estar encargado de las órdenes nocturnas por cerveza.

¿Sería él? ¿Por qué motivo? ¿Una agresión? Luis Ríos Márquez también era joven íntegro, trabajador y de antecedentes sin mancha, aparentemente resultaba ser el culpable (según la policía); y aunque cualquier hombre puede trocarse en asesino en un momento de pasión cegadora, habiendo las circunstancias y motivo suficientemente poderoso e impelente, Lombóron, prejuzgado por su sentimiento de amistad, se inclinaba a opinar que no era Ríos Márquez el homicida. Además, había un camionero, de servicio nocturno. Individuo que frisaba en los cuarenta años, veterano obrero de la empresa, dado como casi todos los trabajadores de cervecerías, a la borrachera, que continuamente se balanceaba sobre la amenaza de ser cesado por su falta de atención al trabajo. Luis Romo era su nombre; y de manera extraña, por su carácter irascible y antipático, había casado con una joven de Maxicali, de familia acomodada. Muchacha romántica y hermosa, que encontró una oculta faceta (para los demás) que irradiaba simpatía en Luis Romo. Por otra parte, Romo tenía la calidad atrayente de hombre viril, auto fuerte y bien proporcionado, aunque las facciones eran toscas.

Frente a la Cervecería se encontraba "La Julia", popular a propósito puesto al camión policial por el pueblo socarrón y malicioso; el automóvil del comandante de la policía, los automóviles del personal de la Agencia del Ministerio Público, dos o tres autos de los periodistas, así como el coche de Anita López, en cuyo automóvil se fijó particularmente la atención de Lombóron.

Un policía obtuso y torpe, como desgraciadamente hoy tantos de servicio, les estorbó el paso a la Cervecería.

—Es el detective de la empresa— explicó Jaffe, entretanto que Lombóron exhibía una tarjeta de identificación, en que se le autorizaba para la investigación de casos criminales como el presente, por el Gobierno del Territorio.

—¿Quién tiene a su cargo la investigación preliminar?—inquirió Lombóron.

—Mi comandante, en persona, está dentro, en el patio.

Lombóron siguió tras Jaffe, penetrando ambos a través de la entrada lateral de la Cervecería y que da directamente al patio. Primero hubieron de pasar frente a la Oficina de Ventas, luego por el Departamento de Refrigeración, después por el Departamento de Envasado, y, finalmente, llegar al patio. En el extremo más alejado de la entrada se encontraba un grupo de indivi-

duos Ahí de Smith de Cisneros Mundo' a jo con sor

—¡El M persona! prano de

—Me in casualidad minutos. puñalada guntó c ocupación

—Dest puñalada llazos qu nlan gan do" tan

—¿De Lombóron sobre el

—Conter Policía F cara lle gaba a l

—Tú tintos y rosi — Smith a dicatos zafarrar ción del de resu discurs dialmer te?—El guntaba propias metetería de Ríos

Luis guirse

en-
lomb-
o y
as y
uni-
saba
ma-
e la
dor.
erna
jeje
ha-
cta.
tra-
no-
ria
ndo
oso,
pro-
pa-
só-
de
las
za.
Una
am-
r y
pa-
pa-
que
en
don
an-
de-
li-
is-
no
de-
vi-
sa-
mo
er-
en-
la
la
to-
era
y
ma-
so-
y
la
ra-
por
ad
to.
m-
n-
do
se-
to-
cia.
lo
dos
asi
en
ar-
mo
er-
er-
a -
m-
en-
aba
cri-
el
es-
m-
es-
ne-
ra-
que
sero
fici-
par-
nués
ado.
n el
ada
divi-
I O

— Ahí estaba tirado el cuerpo de Smith.
— Cisneros, reportero de "Nuevo Mundo", al saludar a Lombóron, dijo con sorna:
— El Mago de la Criminología en persona! ¿Cómo supiste tan temprano de este asesinato?

— Me informó Jaffe. Llegué por casualidad a su despacho hace unos minutos. ¿Con que le dieron una puñalada al pobre de Smith?— preguntó con indiferencia y desprecio, ocupación Lombóron al periodista.
— Desde cuándo calificas de "una puñalada" a los tremendos cuchillazos que tiene Emith... Le tenían ganas, ¿para haberlo "asegurado" tan bien!

— De veras? — Inquirió atento Lombóron, pasando desapercibido sobre el sarcasmo.

— Contemplaba al Comandante de policía Francisco Gómez, que con la cara llena de impaciencia interrogaba a Ríos Márquez.

— Tú y Smith son líderes de distintos y antagonicos bandos obreros! — hablaba Gómez, como si Smith aún alentara vida. — Los sindicatos están de "punta" desde el sastrancho, en la última Celebración del Día Primero de Mayo, donde se resultaron heridos varios de sus discurseros! Por eso se odiaban cordialmente. Dimelo: ¿tú lo mataste? — El comandante Gómez no preguntaba, sino que parecía aspir sus propias palabras, con el deseo de meterlas a viva fuerza, en la boca de Ríos Márquez.

Luis Ríos Márquez pareció erizarse más aún con la enérgica acu-

sación, entretanto que se le dibujó una expresión de reto en su cara rápida, al responder en alta voz:

— Ya dije cuanto tenía que decir. No hablaré más mientras no consulte con algún abogado defensor.
— Por lo visto, tú ya tenías hasta ensayadas tus declaraciones. ¿Por supuesto que el asesinato también lo premeditaste bien!

La voz ronca del comandante rebotaba ira sarcástica y frustración. Indudablemente que añheló en esos instantes la regresión a las épocas de los "Jefes Políticos", en que los presuntos culpebles "escuchaban" confesiones a gran voz, después de aplicarles ciertos métodos persuasivos y convincentes, heredados de la Inquisición, y que el propio comandante conocía bien.

Ríos Márquez permaneció mudo. Lombóron notó la expresión desdenosa y desafiante en la cara del acusado. Sin embargo por debajo de la expresión, parecía notarse una tensión nerviosa y que sufría una crisis emocional.

Anita López estaba cerca de Luis, y al llegar Lombóron le lanzó una mirada suplicante, como indicándole que era el momento propicio para prestar su ayuda y salvar a Ríos Márquez de la comprometida situación en que se encontraba.

El reportero de "Nuevo Mundo" notó la intensa mirada de la joven y volvió la vista a Lombóron, sospechosamente; pero éste no se inmutó ni pareció notar la súplica en los ojos de Anita.

Lombóron contempló el cuerpo ensangrentado de Smith.

Smith yacía sobre un costado. Parecía un fardo inútil arrojado al suelo. Frisaba en los treinta abri-

tes, y en vida había sido de estatura regular, cuerpo bien proporcionado, con el vigor y vitalidad de la juventud. Muerto, daba la impresión de futilidad, empujamiento, como un saco de cotense vacío. Sin embargo, era elocuente pero mundo testimonio del crimen de la noche anterior. Sus brazos y piernas estaban fijados, como si hubiesen sido cogidos relajados y sueltos del cuerpo al caer éste. No había el gesto ni actitud, al menos no la denunciaba, en que usualmente quedaban las extremidades de que muere resistiendo o luchando. Había sangre; pero evidentemente no sufrió grande hemorragia, porque era poca la derramada en el suelo... Insuficiente para formar un charco, como era de esperarse, por la magnitud y situación de las lesiones.

No estaba cosido a puñaladas, como gráficamente lo dijo la señorita López; pero sí tenía dos heridas con puñal, ambos mortales. Una situada sobre la tetilla izquierda, que debió haberle partido el corazón, y la otra en la nuca, directamente sobre la columna vertebral. Lombóron las notó desde luego, ya que



A pesar del comandante de policía, dijo el detective, encontré al verdadero culpable.



DE "HUMORIST", LONDRES

—Todos estamos expuestos a olvidarnos de algo. Ya lo ves: hoy, que no nos hemos olvidado ninguna herramienta, a la señora se le olvidó de echarle azúcar al café.



DE "THE HUMORIST", LONDRES

El. — ¿No lo sabías? Lo pesé en Ne-cochea el año pasado.
Ella. — ¿Sí? Pues yo, francamente, lo hubiera vuelto a tirar al mar.

antes la policía había removido la camisa y camiseta al oculto.

La atención del detective obeso se fijó detenidamente en los zapatos de Smith. Tenían adherencias pequeñas de lodo oscuro, apenas secado. Era raro; porque el calzado, como nuevo que era, estaba lustroso y limpiísimo, donde no había tocado el barro negro.

—¿Dónde enlodaría sus pies? — preguntó en tono de dejadez e indiferencia Lomborón.

—Debe haber trastrabillado, ya herido, o en su último intento desesperado de defensa, hasta pisar aquel charco—fué la respuesta del Secretario de la Agencia del Ministerio Público, señalando un pequeño charco de agua, que se formaba con el goteo de un grifo del agua potable pegado a la pared.

—¿Y qué importa eso? El que se haya ensuciado el calzado nada tiene que ver con que lo hayan asesinado a puñaladas—objetó, acrimonioso e impaciente, el Comandante de la Policía.

—Se desangró muy poco. Raro... su hemorragia debió haber sido abundante. Además, la tierra aquí está endurecida con el tráfico de camiones y empujados de la Cervecería, prácticamente impermeabilizada... muy poca sangre... muy poca. No se hubiera trasminado. — Parecía estar pensando a viva voz Lomborón, al hacer los pausados comentarios anteriores, entretanto que escudriñaba al cadáver.

—Andale, pues. Porque no le salió suficiente sangre para satisfacer a ti, y porque tiene el calzado sucio, ¡hemos de suponer que se suicidó!—exclamó irritado y sarcástico Gómez—. ¡Déjate de cosas! A mí lo que me interesa es descubrir al individuo que le hundió el puñal dos veces, y creo ya haberle echado el guante—agregó el Jefe de la Policía, arrojando una mirada significativa a Luis Ríos Márquez, que preservaba su mutismo y actitud de reto, mezclada con indiferencia suprema a todo lo que acontecía.

Con esto volvió el Comandante hacia Luis Ríos Márquez y a Anita López (quien se encontraba al lado de éste, nerviosamente estrujando el pañuelo de Lomborón). Al hablar Gómez, su voz asumió un tono amable e insinuante, pero con una inequívoca nota de falsedad.

—Repítenos lo que hiciste anoche, otra vez, por favor.

Luis le dirigió una larga y desafiante mirada, pero no articuló palabra alguna.

—Díselo, Luis.—Le susurró la voz suplicante y dulce de Anita.

Página 34

—¡No te metas tú en esto!—fué la indicación brusca de Luis Ríos Márquez que le dirigió, sin verla.

Lomborón había anticipado el agresivo interrogatorio de Gómez. El Comandante de la Policía había ascendido al importante cargo que tenía, después de largos años de servicios. Había adquirido la difícil experiencia y conocimientos que da la mejor escuela: la de la práctica. En sus interrogatorios solía asumir una engañosa suavidad, para tornarse en bruscamente agresivo al instante de sentir la frustración de sus preguntas. Gómez tenía la ambición de llegar a la Inspección General de la Policía del Territorio. Sus compañeros y subalternos decían que era capaz de condenar a su propia madre, por el delito más cretino, por el solo anhelo de mejorar su hoja de servicios. De todas suertes, sus ascensos habían sido justificados hasta la fecha.

Ríos Márquez lanzó una mirada de desprecio y reto a Gómez.

—Quiero aclarar que la señorita López nada tiene que ver con esto. Al salir ayer tarde de la Cervecería, terminado el trabajo, como había tomado bastante, me sentí con deseos de continuar la parranda. Fui al cabaret "La Esmeralda", donde permanecí alrededor de cuatro horas. Después salí de ahí para ir a la Villa de "Los Angeles", donde tomé y departí con el cantinero hasta las tres de la mañana. Me sen-



DE "EL MUNDO", ROMA

—¿Por que te haces acompañar de esa mujer siempre que vas a cazar?

—Es para inspurcar confianza a las víctimas, porque ella pertenece a la Sociedad Protectora de Animales.

ti bastante "tomado", aunque no había perdido la conciencia de mis actos. Me vine a la Cervecería ya que creí por demás ir a dormir en atención a que a las seis se inicia mi jornada de trabajo. Al entrar a este patio vi tirado a Smith, y como creí que estaría enfermo o que sufriría algún síncope, vine a auscultarlo. En la media luz de los faros eléctricos, al principio no me di cuenta de que estaba muerto, aunque su cuerpo preservaba aún el calor. Intenté levantarlo, lo tomé el pulso... y entonces fué cuando me manché de sangre.

—Yo estaba en la planta alta de la Cervecería, recorriendo los puntos donde marco "el reloj de tiempos" de mis vueltas de vigilancia. Oí el motor del "fortio" de Ríos Márquez, y como lo reconocí no me apresuré a regresar. Cuando llegué a los quince minutos de haber oído el automóvil, Ríos Márquez iba a la oficina, y el cuerpo de Smith estaba donde ahora se encuentra. Hacía media hora que no bajaba al patio.

Tal fué la declaración concisa del velador Catarino Núñez.

—¿Y no oíste nada, antes de la llegada de Ríos Márquez?—le preguntó Lomborón lentamente.

—Absolutamente nada, señor!

—Luis llegó a la Oficina de Ventas, donde me encontraba dormido, y me despertó para decirme que Smith estaba muerto en el patio y que deseaba hablar por teléfono a la policía. Traía sus manos y camisa manchada de sangre—agregó Armando Beltrán, el Encargado de Ventas Nocturnas de la Cervecería.

—¿Y tú qué tienes que decir?

La brusca pregunta fué dirigida al camionero Luis Romo, que se encontraba haciendo prodigiosos esfuerzos por preservar la vertical.

—Yo atendí la última orden de cerveza a las doce de la noche, entregándola en el Cabaret Mexicano y después pedí permiso a Beltrán para ir a casa, donde por no dormirme me puse a tomar, y sin querer me emborraché. Llegué aquí a las cuatro de la mañana y va estaban ustedes.

—Si confiesas tu crimen y nos indicas dónde ocultaste el puñal, se rá una atenuante que tomarán en consideración en el Juzgado de Instrucción—inclinó la voz suave de Gómez, dirigiéndose a Ríos Márquez.

Este no se inmutó ni profirió palabra alguna.

Sigue en la página 131

LA
D

Hay que cada el nuevo en un m era de ést timaba y sucesión les a los convertin acontecin rribles no se consio confortab tinaria co la vida. L vió arroja pleno mis rror.

Uno d febrero, no, se en sobre la r ra la torr criado. —Tho Traígeme del 16 de Hombri naba de l ros del "



PAGIN

personal de agentes: García, Partida y Espinoza. Los tres habían sido policías urbanos. Habían sido separados de la fuerza policial por ser demasiados perspicaces y celosos en el cumplimiento de su deber. Mexicali presenta un aspecto raro y contradictorio. Hay una rígida intolerancia para determinados corruptores, delincuentes y viciosos. Pero por otra parte también hay mafias chinas, una de ellas, la "Lung Sing Tong", que parecen tener "la exclusiva", una especie de monopolio sobre la importación apenas ocultada de estupefacientes y su expendio también apenas disfrazado. Partida, García y Espinoza no estando dentro del secreto del "disimulo oficial" intencionado, habían descubierto a varios agentes traficantes en drogas heróicas, con un gran cargamento de enervantes, y al aprehenderlos y rendir "parte" al jefe policial, la respuesta había sido: tres ceses perentorios e inmediatos. Quizá por eso mismo los había ocupado Lombóron.

Las órdenes de Lombóron fueron concisas.

—Tú, Partida, para mañana a medio día a más tardar, me traes un informe detallado de todos los movimientos, ocupación y quehaceres en que haya estado empeñado Luis Ríos Márquez durante toda la última semana.

—Tú, García, investigas y me rindes cuenta de cuanto haya hecho Smith durante los últimos siete días y hasta el momento de su muerte. Particularmente te informas, sobre con quien se reunía, a dónde iba, con quién platicaba y cuáles eran sus compañeros de parranda, si los tuvo.

—Y tú, Espinoza, me investigas a Luis Romo, cuanto haya hecho, dónde haya estado, con quién haya platicado, todo lo que a él se refiere, durante una semana anterior, a esta fecha. Andele, caminando.

—¡Muy bien, jefe! —respondieron los tres al unísono, saludando maquinalmente para retirarse, cuando los volvió a interrumpir Lombóron.

—¡Esperen! Oigan, quién de ustedes sabe en qué sitio cercano a la cervecería Azteca, hay tierra negra, alguna extensión regular de tierra o limo obscuro?

—Pues, en el lecho del Río Nuevo. —Fue la pronta respuesta de Partida a la pregunta. El Río Nuevo está a veinte metros de la cervecería, por su lado posterior.

—¡Gracias! Eso era cuento quería saber. Vayan a cumplir con sus comisiones.

Lombóron esperó hasta que sus agentes se fueron al desempeño de las comisiones que les había conferido y después salió y llamó a un taxímetro.

—¡Para la cervecería Azteca! —Fue su orden.

Cuando se aproximaron a la cervecería, le ordenó que diera vuelta por la calle que conduce al Puente Antiguo, sobre el Río Nuevo, teniendo el coche a un lado de la calle. Lombóron se bajó y ordenó: Espere hasta que regrese, voy a hacer una excursioncita por detrás de la cervecería y dentro del lecho del Río.

Cuando regresó Lombóron, traía en su cara una sonrisa y sus ojos entornados. Parecía un Budha sonriente y gozoso (con tranquilo placer), de haber satisfecho un anhelo. Dos horas había dilatado en su inspección.

—¿Se ha de haber fastidiado soberanamente, verdad? Pues, píquele para mis oficinas.

—¿Por qué me he de fastidiar? Este es mi trabajo, y si usted lo quiere puedo hacerle guardia aquí, las veinticuatro horas del día.

En su oficina lo esperaba agradable sorpresa de tener los informes de sus tres agentes, ya escritos sobre el escritorio. No necesitaron todo el día para hacer las investigaciones. Lombóron leyó cuidadosamente los "partes", pareciendo extenderse la sonrisa de satisfacción que había permanecido en su cara desde haber vuelto de su "excursioncita" al Río Nuevo.

En seguida volvió a salir, pero sin apresurarse. Dirigió sus pasos al restorán "Apolo", donde consumió una cantidad increíble de alimentos, pagando con un billete de cinco pesos, del cual, le devolvieron sólo, cincuenta centavos.

Al volver a su oficina, al siguiente día, Lombóron, notando que eran las nueve de la mañana telefonó al Juzgado de Instrucción.

—Sr. Licenciado Silva, tengo datos precisos sobre la culpabilidad del asesino de Smith, y quisiera que me hiciera un señalado favor. Ordenar el traslado de Ríos Márquez a la cervecería, donde yo le señalaré al verdadero asesino.

Después habló a Jaffie Archibald Baker.

—Te suplico tengas presentes en el patio de la Cervecería a Luis Romo, Armando Beltrán, y Catarino Núñez, allá llevará la policía a Ríos Márquez y deseo también, que tu estés presente. Me reuniré con ustedes a las nueve y minutos.

Otro telefonema le quedaba por hacer, dirigido a la Srita. Anita López.

—Tengo noticias interesantísimas que comunicarle. Le aseguro haber descubierto al verdadero asesino de Smith, y he citado en la Cervecería a todos los que estuvieron presentes en la noche del crimen, para señalar al matolide. ¿No quiere estar Ud. ahí también?

Cuando Lombóron llegó a la Cervecería había un grupo de curiosos congregados a la entrada. Se abrió paso entre éstos. Notó inmediatamente que Cisneros había traído a Angeles de la "Foto Chic", y se preparaba para tratar a los circunstantes. El interés sádico y macabro de la multitud al saber de un asesinato, se demostraba en la ansiedad de los curiosos por conocer detalles del crimen.

Gómez estaba presente acompañado de su secretario Ramón Aceves y de varios agentes de la policía.

—Regresa el Mago de la Criminología: ¿y qué oculta pista ha descubierto la sagacidad del super-detective? —Sarcásticamente comentó interrogante, Cisneros.

—Cualquier día va a haber otra nota de sangre. Y el cuerpo que yaza en el piso va a ser de cierto reportero que causará baja en el personal de "Nuevo Mundo". —Le contestó Lombóron tranquilamente.

—Todos están presentes en el patio. Ya veremos qué es lo que sacas a relucir. —Cisneros oficialmente agregó—, a Ríos Márquez lo tienen bien custodiado.

—Gómez, va a hacer que apliquen "la ley fuga" a Ríos Márquez, si sale con la suya. —comentó Lombóron.

—Sr. Lombóron me permite que hable con Ud. un momento? —Inquirió Luis Romo que salía del patio de la Cervecería en esos momentos.

—Encontré este pañuelo ensangrentado, después de que se llevaron el cuerpo del pobre Smith.

—Le dijo Romo, una vez que se hubieron separado del grupo, entregándole un lienzo para hombre.

—Mire, tiene las iniciales de Ríos Márquez en una esquina.

—Gracias Romo. Me ha hecho un servicio enorme. —Le contestó Lombóron, dirigiéndose hacia el patio de la Cervecería donde ya lo esperaban todas las personas que había citado, así como el Juez de Instrucción y policías custodios de Ríos Márquez.

Todos volvieron la cara, hacia él cuando entró Lombóron seguido de Luis Romo, Cisneros y dos policías más.

Me supongo que ya habló Ríos Márquez confesando su delito. —Comentó Lombóron, dirigiéndose a Gómez.

—Pero ya "cantará"! Además sólo nos falta "atar dos o tres cabos" más, y aunque no hablo... lo mandamos al "bote" por largos años. —Al hablar Gómez tenía una expresión de satisfacción en su cara, aparentemente convencido de haber resuelto el crimen a satisfacción.

—Se hace necesario, Gómez, que nos fijemos en varias cosas contradictorias, que saltan a la vista en este caso: ¿te das cuenta de que la tierra aquí está demasiado endurecida, por el trá-

“MISTERIO”

fico de vehículos y empleados de la Cervecería? Ese apisonamiento lo ha impermeabilizado, se puede decir, ¿verdad?

—Es que no hemos venido aquí a estudiar la tierra!

Lombóron no demostró ninguna impaciencia con la respuesta brusca y siguió hablando.

—Pues esto: que el agua, o pongamos por caso, la sangre derramada en este suelo, no se evapora, es decir, no se trasmina. Y de ser en alguna cantidad, formaría charcos... lo que no sucedió con Smith, no obstante haber sufrido gran hemorragia, debido a la localización y profundidad de las lesiones.

—Además, —siguió en su explicación, cachazudo y lento, como siempre, Lombóron—, el color de la tierra de este piso, es café claro, como toda la tierra del Valle de Mexicali, entretanto que Smith, tenía adherencia de limo negro en su calzado. ¿Me entiendes?

Gómez no le contestó, seguro de que Lombóron seguía su método usual, de iniciar, paso a paso, un resumen de sus observaciones, que generalmente culminaba en una sorpresa.

En estos momentos llegó apresurada Anita López y fué a pararse al lado de Ríos Márquez, quien no había proferido ni una sola palabra, ni mucho menos se había inmutado.

—Y a propósito, Gómez, —siguió hablando Lombóron, con aparente desatino—. Me dieron este pañuelo ensangrentado, que tiene las iniciales de Ríos Márquez y que fué encontrado aquí después de haber sido retirado el cadá-

ver. —Y al decir esto Lombóron sacó de su bolsillo el pañuelo que le diera unos momentos antes, Romo.

—Es mío, ese pañuelo! Estaba sin manchas cuando lo extravié.

—Ríos Márquez gritó, sin considerar las consecuencias de su reclamación.

—¿Retuviste este pañuelo? ¿No sabes que con esto puedes ser considerado como encubridor? —Con acrimonia le preguntó Gómez, a la vez que le arebataba el pañuelo.

—Pobrecillo Smith, para qué lo mataste? Hubiera sido preferible, ya que eres más fornido que él, el que lo hubieses golpeado. —Comentó llena de conmiseración la voz de Luis Romo.

Lombóron siguió declarando con firmeza, convencido de la verdad de lo que decía, y sin admitir interrupciones.

—A cualquiera se le ocurre buscar el sitio donde se enlodó los pies Smith, y que debió ser el lugar donde anduvo por última vez (que no fué aquí, patentemente), y sabiendo que el único sitio cercano donde hay tierra negra, es el Río Nuevo, fué ahí y encontré huellas donde dos hombres lucharon desesperadamente. También hay sangre. Además coincide una de las huellas, con el calzado de Smith. Fué herido mortalmente ahí, y agónico trasladado al patio, donde se le encontró. Extravagancia del asesino

o intento de confundir a los investigadores. —Lombóron se interrumpió para barrer todas las caras de sus oyentes con una mirada. Escuchaban con avidez el relato.

—Además, tuve la fortuna de encontrar esta nota, —al decir esto, extrajo de su cartera un papel que entregó a Gómez.

—Querido Robert: Deseo verte urgentemente, en el sitio usual, a las diez de la noche. Luis sabe todo. Ten mucha precaución. Tuya Elena". —Gómez leyó en voz alta la nota.

—En esa nota encontrarás las huellas digitales del asesino, —agregó con su acostumbrada displicencia Lombóron—, y conste, que lo que me hizo sospecharte, —al decir esto, se volvió hacia Luis Romo, quien había palidecido, a la vez que paseaba desesperado, sus miradas, como bestia enjaulada, —fué tu insistencia en arrojar la culpabilidad sobre Ríos Márquez!

Dos de los policías se acercaron a Luis Romo, colocándose a ambos lados suyos.

Para finalizar agregó, Lombóron, —Smith, según indagó García, era asiduo visitante de la casa de Romo, cuando éste estaba ausente en el trabajo. Acostumbraba verse con la mujer de Romo, Sra. Elena Sánchez de Romo, ocasionalmente en la parte posterior de la Cervecería. El lodo de limo negro fué realmente el que me llevó a fijar mi atención en la posibilidad de que fuese un crimen premeditado, y me hizo realizar la búsqueda en el Río, con tan buenos resultados.

~~~~~ FIN ~~~~~



Tres segundos es el límite para los besos cinematográficos en Irlanda.



Bela Kristovics, manufacturero de zapatos de Bucarest, Rumanía, dejó en su testamento la suma de 300.000 dólares para aquél que pudiese encontrar la cuadratura del círculo.

# DOS ASESINOS

Otra novela policiaca del agente  
SAMUEL PAREDES

## I.—BIOGRAFIA

POR

RICARDO

TRIGO C.



"MISTERIO"

PAGINA 24



dificul-  
cias, y  
pude  
tiles de  
agente  
s más  
en el  
grado  
toy Je-  
rujillo.  
siempre  
balter-  
enér-  
lado,  
uestras  
mismo  
iplina  
atago-  
abien-  
te en  
fui-  
gente  
la sa-  
estaba  
esca-  
como  
vo, al  
en-  
para  
cubrir

Durante el tiempo que he estado en la Policía, por la que en un tiempo no sentí inclinación alguna, pero a la que acabé por aficionarme por su medio de actividad, de peligro y de aventura, he tenido ocasión de actuar en algunos asuntos más o menos difíciles; difíciles naturalmente si los considerásemos bajo el punto de vista del profano, del que no está dentro de nuestro radio de acción e influencias.

En la mayoría he podido observar siempre, en todos los casos que iré relatando a ustedes por separado, que no es el tipo detectivesco según la concepción antigua, a base de lupa, colillas de cigarros y otras minucias el que llega a la meta, sino el del hombre de percepción, que analizando cada detalle y aplicando la lógica y un "por qué" dentro del orden que le son conocidas y necesita usar en determinado momento equiparándose al criminal, cómo llega al conocimiento de la verdad.

Otro hecho innegable, que la verdad muchas veces es más vulgar de lo que en la investigación imaginamos, lo que en la investigación imaginamos, siempre encontramos al criminal como un tipo común y corriente, por la codicia, por el odio o por los celos, es decir, que en todos los casos, sólo intervienen pasiones conocidas que dejan adivinarse en la forma o en el modo de operar de cada uno.

Pero sí hay algo que haya hecho de la policía una organización más o menos perfecta, pero eficiente, se debe no digamos casi siempre, sino SIEMPRE, al "soplo". Si no hubiera soplonos no habría triunfos policíacos.

Por eso, cuando yo leo en los periódicos que fulano o mengano descubrió en forma "habilitísima" tal o cual caso, no puedo menos de sonreírme, detrás de aquella "habilidad"

hubo un adolorido, un celoso, alguien que dijo: "Yo vi... yo sé..."; lo demás viene solo.

No se crea que ésta es sólo mi opinión. También Michael Fiaschetti, que fuera Jefe de la Brigada Italiana en la Dirección General de Policía de Nueva York, autoridad en la materia, confiesa en su obra "Hay Que Ser Brusco", con toda sinceridad, el por qué de la mayoría de sus triunfos; sentado pues este hecho, ¿qué tiene de extraño que en la mayoría de mis casos, interviniera más la suerte o la casualidad, como en el de "La Venganza del Muerto"?

Voy a referirme ahora, a otro asunto en que hube de intervenir: "Dos asesinos", caso reciente en que erigiéndome en juez, dejé que el criminal terminara el caso a su gusto y... bueno, pero no hay que adelantar:

Quiero antes de empezar, referirme a dos personas que me ayudaron siempre: Don Alfredo, viejo policía Jefe del Departamento de Investigación, y su sobrino Luis. Ambos, encerrados en su gabinete, entre aparatos de extraña construcción, microscopios, huellas digitales y multitud de cachivaches, han sido mis mejores directores en la carrera, es desde su estudio, donde yo he podido orientarme, encontrar una luz, ambos, viviendo obscuramente, temiendo siempre un "Cese" por influencias o economía. A pesar de todo, son unos verdaderos genios en su arte, su trabajo serio y poco conocido, ha he-

cho que entré los compañeros se les vea como unos infelices "ratones de laboratorio", pero cuán equivocados están. Tomando al azar huellas, detalles, colillas como antaño Sherlock Holmes, ellos las llevan a sus aparatos, y si no descubren precisamente que el propietario tiene un metro setenta centímetros de estatura por el grueso de sus labios, o que nació en Indochina, sí por lo menos, nos dan una idea de que tiene un diente roto del lado derecho.

Les he presentado a grandes rasgos algunos hechos y personas que en mis casos han intervenido, en otros han sido los "soplonos", mejores auxiliares para nosotros que todos los laboratorios. Ahora voy a continuar con este caso, en que la personalidad física del autor nos fue conocida casi desde un principio, pero que sin embargo, hasta llegar a él, nuestras simples sospechas y algo de lógica no nos dió la verdadera clave del asunto.

En varios casos la "causa" de un crimen lo explica todo, en éste precisamente la ausencia de "motivo" nos hacía errar. Sin embargo, hay en todos los crímenes una ley ineludible que no falla. "Tarde o temprano, nada hay oculto bajo el cielo."

#### I.—DOS ASESINOS QUE OPERAN POR SU PROPIA CUENTA

Acaban de dar las 8 de la mañana ese día, cuando al presentarme a fir-

"MISTERIO"

mar el roll ya me disponía a retirarme para ir a Tepito, donde me traía encargados a algunos compradores de "chueco" que protegían a unos regresados de las Islas, cuando me dijeron que el Jefe Pulido me hablaba en su despacho.

Pasé a su habitación, un discreto gabinete a prueba de ruidos, y girando sobre su silla encaróse conmigo haciéndome una ligera señal de no interrumpirle en la tarea de tomar algunos apuntes en un block cercano, tarea que al parecer absorbía su atención en esos momentos, pues pude leer en sus ojos algo como una curiosidad despertada; me quise distraer admitiendo algunos cuadros, (que por cierto ya conocía) de "lumbreas" del crimen, cuando me indicó que lo esperase. Al acabar tomó de un perchero su sombrero de fieltro negro (siempre le gustaba vestir de paisano), y juntos salimos de la oficina.

—Véngase conmigo, Samuel, tenemos un asunto feo allá por el Carmen.

Fuimos al Departamento de Investigación, y el Mayor llegó hasta donde don Alfredo se entretenía en hacer unas copias fotostáticas.

—Narváez, tome lo que necesite y vámonos, que tenemos un muerto esperándonos, pero pronto, porque quiero trabajarlo antes que la prensa se dé cuenta y no eche a perder la investigación con sus indiscreciones, —dijo a don Alfredo.

—En este momento, mi Mayor. Aquí tengo el equipaje disponible.

Se refería a un pequeño veliz en que tenía siempre listo lo necesario para los primeros trabajos de investigaciones, material para tomar huellas digitales, una cámara finísima de poco volumen, guantes de hule, pinzas y multitud de objetos cuyo uso tan sólo fui conociendo a través de sus manipulaciones en cada caso.

Salimos de la oficina, y abordamos el coche de la Inspección, al que subieron dos policías uniformados, el Mayor, don Alfredo, su sobrino Luisito y este humilde servidor.

Nuestro coche partió rápido procurando no hacerlo en demasía para no despertar la sensación y hacernos seguir de los curiosos, y después de varias vueltas, (el tráfico a esas horas es escaso todavía), llegamos por fin a la Privada del Carmen, detrás de la iglesia de este nombre, y al número 19. Ya a la puerta veíanse algunos curiosos, (nunca faltan vecinos acuciosos que se enteran de todo antes que la policía), una o dos viejas discutían el caso, un panadero había dejado su canasto para fisgar, y dos policías a su vez cuidaban la entrada de la casa.

El lugar es, aunque enclavado en un barrio poblado un poco tristón. Los muros de la iglesia le dan un aspecto de soledad, así como lo estrecho de la calle, y de sus construcciones antiguas y descuidadas.

Penetramos dejando a los dos policías afuera. Subiendo por la estrecha escalera de madera llegamos a un

cancel abierto que daba a un corredor angosto de ladrillo; cruzamos éste y penetramos a la habitación que en esos momentos tenía la puerta abierta, (las demás estaban cerradas por dentro al parecer).

Al entrar nos encontramos en una especie de comedor, si esto puede llamarse al sitio en que es come, porque sólo se veía un trastero con algunos cacharros de barro, una mesa blanca de pino con un hule despinado, y dos o tres sillas de madera; nada al parecer había que llamara la atención. Y seguimos a la habitación inmediata. Era ésta una recámara y en ella... bueno comenzaré por el principio.

Ustedes probablemente pocas veces habrán tenido ocasión de ver a un hombre asesinado, ¿verdad? Pues yo sí; allí estaba uno de ellos, acostado en un pobre lecho de hierro, en una postura perfectamente natural y en paños menores, se encontraba un viejo como de 58 años, canoso, delgado, y con aspecto tan tranquilo que no pude menos de comprender que al buen hombre lo habían despachado mientras dormía. Sobre su cabeza notábase la huella de un golpe bastante fuerte, golpe que habíale dejado marcado casi el objeto, un tubo o un santoniño, digo marcado, pero en realidad podía decir que solamente veíase como señalado, pues en la equimosis natural de un golpe semejante no se notaba hundido el hueso.

Además, sobre el pecho y a la altura del corazón, veíanse dos puñaladas brutales, ambas sangradas enormemente, con labios anchos y abiertos aunque en una forma certera. Las heridas las apreciamos al abrirle la camiseta, pues éstas habían sido inferidas sobre la sábana que le cubría y que presentaba los dos agujeros.

Don Alfredo se acercó al cadáver y usando de los guantes comenzó a descorrer la ropa de cama mirando cada detalle con atención. Luisito preparó sus aparatos para tomar huellas y yo me entretuve en revisar el cuarto.

Recorriendo con la vista la humilde recámara, pude darme cuenta que el móvil parecía ser el robo. Frente al lecho veíase un pequeño escritorio antiguo de cortina, frito en la cerradura al parecer con barreta o desarmador, y desparramados por el suelo papeles y libros, los cajones saltados de sus chapas, el colchón, al parecer, levantado de los pies, todo en desorden, como en un verdadero registro violento.

La sangre al correr las heridas, había formado junto al lecho algunas manchas, y una de éstas mostraba la pisada de un calzado; no pude encontrar el arma. Luisito operó sobre la pisada, tomó medidas, hizo anotaciones, fotografió cada detalle, tomó huellas digitales, que veíanse en el escritorio sobre la cortina, y entretanto, la esperada llegada del médico legista vino a darnos algunos detalles.

—A ver, doctor, hágame favor de

ver a este amigo y deme alguna opinión—dijo el Mayor.

El doctor se acercó y comenzó a examinar el cadáver, los ojos, la boca, las heridas, pulsó todo el cuerpo, fijó su atención en la huella del cráneo, y al fin se puso en pie.

—Mayor, este hombre, por el estado del rigor-mortis aparente, recibió la muerte entre las 12.30 de la noche y la 1 de la mañana. Está perfectamente definido esto en todas las manifestaciones visibles. Su muerte fue producida por un arma puzo cortante muy delgada pero muy filosa y aguda, se notan las heridas abiertas en forma limpia y profunda, la mano que las hizo fue certera y fuerte, le ayudó que la víctima dormía, porque debo aclarar que este hombre murió sin haber despertado. Esta huella del cráneo, al parecer, fue hecha por un objeto redondo, como tubo o barreta, el golpe no pudo ser mortal precisamente, porque apenas si hubiera producido una conmoción y desmayo pero nunca la muerte. Por su posición lo recibió en la misma postura que ahora tiene y por el lado derecho de la cama, es decir, por la entrada de esta habitación. En cambio, las heridas fueron hechas por el otro lado del lecho. Aquí hay un detalle que no puedo menos que hacerle notar, porque resulta bastante extraño: El golpe del cráneo, lo recibió este hombre cuando menos dos horas después de muerto, es decir, innecesariamente. Vea que apenas si ha dejado equimosis sobre la piel, no habéa ya circulación cuando se lo infirieron. ¿Puede usted suponer el por qué de golpearle después de muerto y horas después?

Todos nos miramos ante el dictamen del doctor. Realmente el detalle era por demás extraño. El Mayor se acercó al lecho y contempló el cadáver.

—Oiga, Samuel, aquí tiene algo en qué entretenerse. Vea en que puede ayudar a Luisito por el resto de la casa. Ya tenemos algunas huellas digitales de la carpeta, y de un calzado. Vea si adentro hay algo mejor.

Seguí a Luisito que con sus trechos se fue al comedor. Sobre el trastero, junto a un botellón de agua, estaba un vaso con una poca de agua todavía. Al verlo lo tomó con cuidado y me mostró una huella digital apenas visible así como una mancha sobre el borde. Alguien había bebido allí. Tomó ambas huellas y seguimos al patio de la casa.

Era éste una especie de azotehuela, como de unos 20 metros cuadrados, formaba techado de un patio de vecindad que por lo arruinado carecía de habitantes. Tan sólo en el fondo un portero sin sueldo, especie de cuidador de caridad que nos esperaba ya, avisado por la policía, para declarar.

Antes de hablarle, Luisito y yo escudriñamos la azotehuela. Esta caía exactamente al lado opuesto de la calle de Aztecas, casi frente al Teatro Díaz de León, naturalmente teniendo

una opi.  
enzó a  
la bo-  
cuerpo,  
del crá-  
el esta-  
recibió  
a noche  
perfecta-  
las ma-  
erte fue  
cortan-  
filosa y  
abierta  
la ma-  
y fuer-  
dormía,  
hombre  
sta hue-  
hecha  
o tubo  
er mor-  
s si hu-  
ción y  
e. Por  
misma  
el lado  
por la  
n cam-  
as por  
ay un  
ue ha-  
astante  
lo re-  
os dos  
decir,  
enas si  
el, No  
lo in-  
er el  
muer-  
dicta-  
deta-  
l Ma-  
empleó  
algo  
e pue-  
sto de  
huellas  
n cal-  
o me-  
trebe-  
l tras-  
a, es-  
agua  
cuida-  
dital  
ancha  
bebi-  
seguir-  
huella,  
trados,  
de ve-  
arecía  
fondo  
te cui-  
peraba  
ra de-  
yo es-  
a caía  
la ca-  
Teatro  
siendo  
A 26

la salida por el zaguán de la vecindad antes citada.

Sobre la tierra de la azotehuela veíanse perfectamente marcadas varias huellas del calzado que aparecía en la habitación, es decir, un pie de regular tamaño, y calzado al parecer con zapatos de suela de hule; un hule con grabados como esos que usan los deportistas para sus ejercicios.

También vimos algunas pequeñas manchas oscuras que resultaron de sangre y que terminaban exactamente al borde de la azotehuela, donde un tubo de un respiradero para el excusado de la vecindad había servido para parecer para el descenso. Tanto más fácil que éste mantenía oculto a la habitación del portero.

Ordené al hombre que subiera por el otro lado a la casa para hablarle y regresamos.

Luisito no parecía muy satisfecho. Me hizo que le acompañara por la escalera de la calle y le seguí y en ésta comenzó a hacer sus investigaciones.

—Lástima que no hayamos tenido en cuenta que podíamos borrar huellas por este lado—me dijo—. Mire, aquí están los zapatones de mi tío, y los de usted que no cantan mal en cuestión de número. Los míos y hasta los del médico en mezclanza. Cualquiera encuentra algo más.

—¿Y qué quiere encontrar Luisito si el asesino salió por el otro lado?—no pude menos que decirle.

—A que usted, don Samuel—y se rió—. Con que por allá salió, ¿no? Bueno: ¿y por dónde entró?

Me quedé mirándolo. ¡Pues era la verdad! Lo lógico era que por la puerta, pero, ¿por qué salió por el otro lado? Revisamos la puerta del zaguán. Ni una huella de violencia. Si fue abierta tuvo que serlo con una llave o una buena ganzúa.

Luisito de pronto se inclinó en el cubo del zaguán.

—Mire, don Samuel, qué interesante. ¿No distingue esta marca de calzado? No le parece demasiado pequeña para la de todos nosotros?

Efectivamente, aunque en forma borrosa veíase una huella de pie calzado bastante pequeña, aunque de hombre, y tenía la posición de salida.

—Con que salió por el patio, ¿no?

Y Luis me miró un poco irónico. ¿Quiere que le diga la verdad, don Samuel? Pues sí señor, hubo salida por allá y por acá. Es decir, que de esta casa... salieron dos asesinos por distintos caminos, que cada uno obró por su propia cuenta, y que al parecer ni siquiera llegaron a conocerse.

Oyendo a mi acompañante comprendí que dentro de aquella cabeza bullía en esos momentos algo más que una suposición. Casi una certidumbre.

Tomó sus datos y huellas y regresamos con los demás. El cadáver ya había sido envuelto en la misma sábana, y a poco llegaba la ambulancia y los reporteros. No tuvimos más remedio que dejarles entrar. Cualquiera se ponía con la prensa, ¡para que

al día siguiente nos pusieran bañados y cambiados de limpio!

El Mayor Trujillo tuvo el acierto de pedir a los presentes, todos de su amistad, que nada dijésemos, y él personalmente dió detalles a la prensa.

Su versión fué: muerto para robarle. Entre las 12 y 1 de la mañana. Con puñal. Ningún detalle especial para iniciar las pesquisas.

A falta de detalles, los reporteros se conformaron con fotografiar todo, el lecho, el cadáver, las puertas, el escritorio, un derroche de placas, y se fueron mientras nosotros cerrábamos la casa, ya rodeada de un gentío enorme, y discretamente nos llevábamos al portero de la vecindad vacía con nosotros.

El Mayor opinó que le declarásemos en la oficina, para evitar dejar traslucir algún detalle o atemorizarle ante tanta gente. No obstante que aquella demora podía dejarle tiempo a preparar alguna coartada si algo debía, el Mayor creyó que lo mejor era llevarlos a la Inspección, hablarles a solas con dos testigos, taquígrafos detrás de una cortina tomando apuntes y emplear la persuasión inspirando confianza.

El portero estaba más que asustado. El infeliz suponía que pagaría los platos rotos, aunque no pude menos que notar en su rostro cierto aire de inocencia, un algo que me le hacía simpático al pobre diablo. Las corazonadas me han dado siempre buen resultado.

### III.—EL INTERROGATORIO

—¿Cómo se llama usted?—el Mayor habló.

—Francisco García.

—¿Cuántos años?

—Cuarenta y dos.

—Casado o soltero?

—Viudo.

—¿De dónde?

—De San Andrés Chalchicomula, Puebla.

—Bueno. ¿Cuánto tiempo tenía cuidando esa vecindad vacía?

—Seis meses poco más o menos.

—¿Quién lo colocó?

—El propietario, don Ismael Ca-

taño, señor.

—¿Cuánto le pagaba?

—Nada señor. Yo trabajo como zapatero por el otro lado de la calle, y disponía de casa, agua y luz gratis, que este señor me daba.

—Vamos a ver, amigo García. Me va a contestar con toda sinceridad; yo estoy absolutamente convencido que usted es inocente, ¿sabe? Pero necesito pruebas para no meterlo a la cárcel. Usted es el único vecino cercano y de fácil acceso a la casa donde asesinaron a ese hombre. ¿Le conocía usted?

—Sí, señor.

—¿De qué?

—De vecino, señor, algunas veces pasaba a platicar conmigo al ir por su comida. El mismo se la preparaba, según me decía, porque no tenía familia. Solamente una hermana allá por Matamoros, Coahuila.

—Vaya, vaya, parece usted muy enterado de la vida de este señor, ¿eh?

—Sí, señor, charlaba conmigo seguido.

—¿Sabe usted si era rico?

—Sí señor, una ocasión que le decía yo que por qué no se casaba o buscaba criada me dijo que no tenía confianza en nadie, aunque él no disponía de dinero en su casa, porque todo estaba en el Banco de México.

—¿Cuánto cree usted que tenía?

—Me dijo que unos cuarenta mil pesos.

El Mayor clavó su mira en el hombre y después en mí.

—¿Con que tan rico así, eh? ¿Y cómo cre usted que hizo ese dinero? ¿Lo sabe?

—Algo supe, señor. Se dedicaba al préstamo a rédito, ¿sabe? Aunque pocas veces le visitaban, parece que tenía sus deudores y todos estos eran personas de posición.

—¿Cómo lo supo.

—Porque tres o cuatro que vi entrar a su casa iban muy bien vestidos. Dos de ellos en coche particular.

—Bueno. Y ahora, dígame, ¿qué sabe de lo ocurrido anoche? Primeramente dígame, qué hacía usted entre doce de la noche y una de la mañana. O precisando más, entre doce y media y una.

—Me desperté a los ladridos de mi perrito, señor, y se asomé a la ventana del patio, pero no pude ver nada. Ya ve usted que la azotea del señor Canales, porque usted sabrá que se llamaba don Lorenzo Canales, no se distingue desde mi cuarto muy bien.

—¿Cómo sabe la hora de esos ladridos?

—Porque exactamente sonaban en el reloj de Palacio la una menos un cuarto, y calculo que los ladridos me despertarían unos cinco minutos después de las doce y cuarenta, señor. Yo tengo el sueño un poco pesado cuando tomo pulque, y anoche había tomado un poquito.

—¿Entonces borracho, no?

—No señor, apenas si me tomé un litro y es poco para mí eso.

—Está bien, siga.

—Pues señor, no viendo nada, creí que algún gato andaba por el techo y volví a acostarme.

—¿Nada más supo?

—No señor, nada más. Hasta hoy que me levanté para ir por mi pan uas vecinas me dijeron que algo había pasado a don Lorenzo, porque no fué por su pan a las 7 como lo hacía siempre. Y este señor era re-  
tepuntual. Nunca faltó en cinco años a su costumbre.

—¿Quién descubrió el asunto? ¿Lo sabe?

—Parece, señor, que la misma mujer, porque como es reargüendera, fué a tocarle para llevarle el pan. Viendo que no abría pensó que estaba malo y de ofrecida empezó a empujar la puerta para no hacer ruido. De repente se abrió, porque no estaba cerrada y subió, encontrando al muerto. Por cierto, señor, que

“MISTERIO”

# PASATIEMPO



Busque usted el novio de esta señorita

cuando la miré estaba tan descolorida, que parecía caerse del susto.

—Esa mujer telefonó a mi oficina, es cierto. ¿No sabe algo más?

No señor, nada.

—¿Sabe si tenía algún enemigo, alguna suma de dinero en su casa, algún temor?

—No señor.

—Está bien, pase a la otra pieza.

—Samuel, que detengan a ese hombre y levanten el acta. Dígale al Agente del Ministerio que por escrito le daré los detalles que obtuvimos, porque antes quiero ver este asunto por otro lado.

Fuí a cumplir las órdenes y regresé. El Mayor desde su escritorio me hizo señas de sentarme.

—Samuel, le voy a dejar solo este asunto. No sé por qué me parece que se va a lucir. Usted conoce a sus amigos mejor que yo, pero le recomiendo mucho a Luis. Ese es un águila junto al tío, y algo se trae en la cabeza, sonsáquelo y tómeselo el tiempo preciso. Este pobre diablo, no sé si pensará como yo, pero no debe nada. Sin embargo, hay que detenerlo como chivo expiatorio, primero para callar la mormuración de la prensa, y después para que se sienta seguro el autor. ¿Qué necesita?

—Nada Jefe, solamente tiempo y libertad.

—Bueno, no se presente a lista tiempo que quiera. Avísele al Ayudante para que lo anote en el roll. Haga un recibo a la caja por \$50.00 y se lo firmo. Necesitará fondos. Díga que con abono a gastos especiales.

No sé por qué me parece que este negocito tan sencillito como parece estar, se trae su cola y nos va a llevar muy lejos de aquí, ¿qué me dice?

—Nada Jefe, es pronto para imaginar, pero algo hay de eso.

—Bueno vaya, y no figure en las diligencias para que nada suene suyo. Nos despedimos, al pasar frente al detenido me le acerqué y le dije, bajito:

—No se asuste que nada le va a pasar, lo voy a ayudar, pero cáñese con la gente.

Desde ese momento me dedicé en cuerpo y alma al asunto. Encaminé mi primera investigación en confesar a la mujer que descubrió el cadáver. Poco le sonsaqué. No sabía sino lo mismo que declarar García. Una vieja chismosa de barrio hablando por los codos para darse tono, haciéndose retratar en todas posturas para la prensa pero que no sabía del muerto una jota. Los vecinos tampoco me dieron gran cosa de informes. Que recibía algunas visitas de personas acomodadas, al parecer, que salía a sus horas fijadas por los alimentos, que llevaba una vida metódica, sin amores, sin dificultades y sin complicaciones.

El aparente móvil del robo era, al parecer, lo indicado. Sin embargo, podía ser también la venganza. Un perjudicado con sus negocios de agio, quizá un pagaré vencido de fuerte suma. Entre los papeles encontré varios nombres y visité a las personas, todos resultaron insospechables. Efectivamente habían recibido préstamos

pero los debían aún, o habían pagado. Todos tenían coartadas.

No quise devanarme los sesos buscando teorías, necesitaba conocer los resultados de la investigación científica para orientarme mejor y fui al día siguiente a ver a don Alfredo.

Le encontré sacando en limpio algunas huellas.

—¿Qué hubo, Don Samuel? Ya vine por lo de ayer; mire a Luisito, le he dejado este asunto porque parece que le gustó; lo está trabajando en forma hábil.

Fuí con Luisito que en esos momentos, frente a varias fotografías, mantenía clavada la mirada mientras hacía apuntes.

Yo siempre he tenido por esos hombres insignificantes, empleados anónimos, una simpatía enorme, respeto más bien. Siempre he creído que desquitan su sueldo mejor que algunos superiores, y al ver allí a mi amigo embebido en su trabajo no pude menos de convencerme que aun en nuestra profesión cabe también el arte, sí, el arte, porque Luisito en su trabajo resultaba un artista, y un creador.

Al sentirme a su lado, me sonrió tendiéndome la mano e invitándome a sentarme a su lado.

—Le tengo algo aquí, Don Samuel, para que se dé una caladita; mire esto.

Ante mí tenía una serie de fotografías de las pisadas del día anterior. La que aparecía sobre el coágulo de sangre, de la pierna, y las de la azotea, todas eran perfectamente iguales. Una suela de goma, casi nueva, de tamaño regular de 26 de medida. Aparecían las de ambos pies (el derecho y el izquierdo), pues la blandura de la tierra? Mi tío naturalmente sacó para él el jefe.

—¿Qué les encuentra, Don Samuel?

—Que la derecha está en todas las pisadas más honda que la izquierda, es decir, que este pie lo apoyan más. En una podía ser casual pero en cinco que tiene aquí, no.

—¿Y eso qué le hace suponer?

—Algo muy curioso que me está llegando a la mente pero que no puedo precisarlo.

—Mire, Don Samuel; le voy a dar mi opinión a ver si estamos de acuerdo. Estas dos pisadas son distintas porque el individuo está falto de una pierna, es decir, es cojo. En primer lugar apoya más la derecha que es más profunda porque la izquierda no tiene suficiente fuerza para resistir un paso natural con todo el peso del cuerpo. Además, la cojera no es solamente por deficiencia de la pierna, sino porque le falta o toda o media pierna izquierdo.

—Oigame, Luisito, no vaya tan aprisa, espéreme; ya noté eso de la cojera, pero lo demás no lo encuentro.

—¿Pero no nota usted que desde luego, aunque más débil la pisada, está perfectamente señalado todo el zapato? Es decir, que aunque la fuerza es menor para el apoyo, ése es

...habían pagado...  
 ...se los aseo...  
 ...aba conocer...  
 ...igación cientí...  
 ...mejor y fui al...  
 ...don Alfredo...  
 ...o en limpio al...  
 ...Samuel? Ya...  
 ...mire a Luisito...  
 ...nto porque pa...  
 ...está trabajando...  
 ...en esos...  
 ...as fotografías...  
 ...mirada mien...  
 ...ido por estos...  
 ...es, empleados...  
 ...a enorme, res...  
 ...pre he creído...  
 ...lo mejor que...  
 ...ver allí a mi...  
 ...trabajo no pu...  
 ...rme que aun...  
 ...cabe también...  
 ...orque Luisito...  
 ...un artista, y...  
 ...o, me sonrió...  
 ...invitándome...  
 ...ui, Don Sa...  
 ...una caladita...  
 ...erie de foto...  
 ...del día ante...  
 ...obre el coá...  
 ...pieza, y las...  
 ...perfectamen...  
 ...e goma, casi...  
 ...ar de 26 de...  
 ...e ambos pies...  
 ...do), pues la...  
 ...de la azote...  
 ...exactamen...  
 ...a, Don Sa...  
 ...en todas las...  
 ...a izquierda...  
 ...apoyan más...  
 ...al pero en...  
 ...suponer? ...  
 ...que me está...  
 ...ero que no...  
 ...e voy a dar...  
 ...os de acuer...  
 ...on distintas...  
 ...allo de una...  
 ...En primer...  
 ...cha que es...  
 ...zquierda no...  
 ...para resistir...  
 ...do el peso...  
 ...ojera no es...  
 ...de la pier...  
 ...o toda o...  
 ...vaya tan...  
 ...eso de la...  
 ...lo encuen...  
 ...que desde...  
 ...la pisada...  
 ...do todo el...  
 ...que la fuer...  
 ...yo, éste es

perfectamente a plomo. ¿Un cojo generalmente no apoya su pie deficiente con mayor fuerza sobre el tacón, sobre la punta, a cualquiera de ambos lados, o en alguna forma que deja huellas imperfectas? ¿No quiere decir esto que la pierna es postiza pero lo suficientemente completa para fijarse en toda su estructura?

—Bueno, siga; no me parece mala su teoría.

—¿Además, el hecho de tener calzada una pierna de estas condiciones y con un calzado casi (si no es nuevo), no le da idea de que este amigo es persona presumida, que trata de ocultar su defecto, y por ende dispone de elementos como es una pierna postiza que resulta costosa a cualquiera, y aun se la calza? ¿Si fuera un rata cualquiera se tomaría tanto cuidado? ¿No sería más sencillo traer su pata de palo común y corriente? ¿Además, este señor no se tomó la molestia de venir con un calzado pudiéramos suponer especial para su trabajo, con suela de goma que no hace ruido, y comprado quizá sólo con este objeto, y que estando lisiado no podemos creerle un sportman?

Aquella avalancha de detalles no pudo menos que dejarme asombrado. Cuidado que Luisito estaba viendo tal vez claro; al hablarme parecía inspirado, sus ojos brillaban y parecía sentir que, coom yo, aquel era nuestro caso.

—Mire, Don Samuel, me gusta esto. Si no fuera inhumano, le agradecería a Canales haberse muerto así. No espero recompensa como usted tal vez, pero me gusta que trabaje conmigo esto, solitos, yo aquí y usted afuera, ¿quiere? Mi tío me lo ha dejado, naturalmente sacando la cara porque es el jefe... ¿y usted?

—Pues yo he sido nombrado para esto solito, de manera que por mí no queda.

—Bueno, ahora sígame oyendo. Aquí hay algo que, con la opinión del médico le va a hacer cosquillas en el cerebro. Mire.

Ante mis ojos tenía otra huella de pisada. Aquella pequeña, de la escalera.

—Si se fija bien esta correspondencia a otro pie distinto. Ninguno de los nuestros. Además está fuera del radio de entrada, puesto que es de salida y además se acerca al medidor de la luz. ¿No recuerda de que esta manchita del tacón?

—Sí, sangre, lo vimos bien.

—Bueno, ¿cómo se explica que este otro pie llevara sangre si todo parece decir que el de los zapatos de suela de hule fue el que mató? La sangre en su trayectoria, el camino seguido, el sitio porque huyó de verdadero escape, en cambio otro fué a la puerta, es decir, tenía más confianza en esta salida, la conocía. Además, no pudo ser anterior al asesinato porque llevaba sangre. ¿Qué me dice?

—Lo que está pensando: que hubo dos hombres allí. Hay más, ya oímos al médico. Uno dió con un puñal a las 12.30 o 1 de la mañana y el otro con un tubo o bar

# PASATIEMPO



Busque usted el hermano de esta señorita

rreta cuando menos a las 3 de la mañana.

—Ahí vengo a parar también. Fueron dos. Ambos mataron o creyeron matar porque sólo el primero lo logró. No hay conexión aparente entre ellos, puesto que el primero huyó dejando sangre en su camino y si hubiera permanecido hasta que el otro diera el golpe en la cabeza ya la sangre se habría coagulado. Además resultaba estúpido volver a querer matar a quien lo estaba hacia dos horas, luego quiere decir que el segundo cuando menos PEGO EN LA OSCURIDAD, ¿no es así? Y si pegó a oscuras, ¿qué resulta, si vemos que éste parece se acercó al medidor de la luz?

—¿Que fué a encender, puesto que salía de pegar a oscuras y su pie señala que salía? Es decir, entró ya oscuras.

—Bueno, ¿y ahora qué me dice de estas huellas de dedos? Tenemos de dos clases solamente: las del pupitre corresponden a un tipo; son las mismas que las del vaso, luego es el mismo; estas otras tiene una cicatriz en la yema, algo antigua, estaba en uno de los barrotes de la cama. ¿qué le parece?

—No encuentro nada, Luisito.

Aclareme.

—Pues que el primero se apoyó en la cama para dar con el cuchillo, algo que él que enarboló el tubo no necesitaba puesto que había de tomar cierto impulso para ello, es decir que el que mató realmente sólo dejó una huella casual, luego iba prevenido al acto y tomó ciertas precauciones, en cambio el otro bebió agua en el vaso

probablemente de regreso de su visita al ya muerto, pudiéramos creer que asustado de lo que creía su obra, luego no estaba seguro de su golpe. Además, éste registró el pupitre, luego éste fue el único que o robó dinero o documentos, ¿no es así? El que robó llevaba barreta o desarmador, es más probable que barreta puesto que de ella se sirvió con dos fines: abrir el escritorio y golpear. Es decir, iba a su negocio con lo necesario. El otro también iba a la suya con su arma. Ambos llevaban fines distintos, uno a matar; el otro a robar. ¿Cree usted que entre ambos haya relación?

Tanta lógica me estaba desconcertando. No podía menos que darle la razón al muchacho y sin embargo, me parecía aquello tan fácil de leerse que no quería darle crédito pues a pesar de ello yo no lo veía tan claro.

—Ahora va usted a sorprenderse de veras, Don Samuel. Yo conozco y usted también al que fue a robar. Mire esta huella del archivo y compárela. Tiene la cicatriz también. ¿Quién es?

—“El Chimuelo”... ¿cáscaras!

Exactamente, nuestro antiguo conocido “El Chimuelo” estuvo con nuestro muerto a las tres de la mañana poco más o menos, lo robó y le pegó en la cabeza. Salió por la puerta del zaguán después de haber encendido o queriendo encender la luz, y llevando su pie manchado de sangre luego al salir pisó donde ya había trabajado el otro. Además nuestro amigo “El Chimuelo” no acos-

“MISTERIO”

tumba matar, no tiene una entrada por lesiones siquiera. Eso explica el golpe. Usó la barreta quizá al suponer a la víctima despierta y sólo para atontarla y robar, o creerse descubierto. Tiene algunos procesos por robos con escalo con horadación, pero no ha herido ni siquiera se sabe que usa cuchillo. Ha estado en las Islas Marias hace poco pero ya regresó.

Y respecto al otro, ¿qué le sugiere lo demás?

Poco y mucho.—Este de la piedad postiza (supongamos que estoy en lo cierto) fué a matar, llevaba arma para ella especial luego no es profesional pues estos usan lo que tienen mano y cargan cualquier cosa desde una chaveta hasta un machete. Pegó bien y fuerte, luego es fuerte y quería matar. Su arma estaba afilada a conciencia, es decir para lo que la llevaba, o iba con mucho odio o con una decisión irrevocable. Trás de ello hay mucha pasión o mucho interés. Lo primero se descarta. El muerto no podía despertar pasiones ni se supo de amorios. Lo segundo es más fácil. Si podía encender odios o despertar interés. Si lo primero algún cliente adolorido, los que conocemos no son de los que matan a puñaladas con tanto cuidado. Pegan un tiro en un arranque de desesperación y esperan a la policía. En lo segundo si cabe un ente así, alguien que llevaba interés, ¿cuál puede ser este.—Dos caminos:

—¡Suprimir un estorbo, o tal vez heredar!

—¿Heredar...? Vaya a despacio Luis. Hágame el favor. Me ha dado Ud. una pista buena.

¡Heredar...! Ahora sé mi camino, siga que luego le platico mi plan.

Ya acabé, tiene Ud. dos tipos enfrente. Uno "El Chimuelo" ratero conocido, incapaz de matar, pero que pudo hacerlo acor bardado por algo, parece que aquí no lo logró aunque tal vez lo creyera, hay que dejarlo en la duda pues nos conviene, su detención porque daría luz meridiana en este asunto!

Otro un cojo, que usa calzado de suela de hule pudieramos decir especial para su trabajo, que iba a matar nada más que huyó por la azotea. Luego no estaba muy seguro de la puerta de la calle o no la creía poder abrir. Esto revela al no profesional a quien una puerta no significa nada. En cambio el primero si la usa porque la abrió con ganzúa o llave; que hace ladrar al perro, luego no es conocido del animal y por lo tanto tampoco del portero, que sabe sin embargo el camino a seguir, lo estudió cuando menos, que nada roba luego nada espera encontrar allí de provecho, luego que nada hay que le tiene y sin embargo mata. Su provecho es un poco más lejano. ¿Cuál puede ser? Heredar o quitar un obstáculo. ¿Amoroso? No hay nada. ¿De odio? Quizá, aunque no lo parece. Luego es lo último. Alguien que hereda.

—Estamos de acuerdo Luisito. Voy a seguir esa huella. Tenemos ya que Canales era nativo de Coahuila. En Matamoros parece tener una hermana. Por allí voy a buscarle. Recuer-

do el viejo adagio policial "Cherchez la femme". Yo iré tras la mujer y si tropiezo con una Némesis, no quedará por mí, pero la traigo con dos argollas de acero en las muñecas.

Nos despedimos, y me fui a ver al Mayor para ultimar algunos detalles.

#### IV.—PRIMEROS TRABAJOS

—Aquel día tuve una larga plática con el Mayor, quien me reiteró su autorización para continuar la investigación por mi cuenta y me permitió que comprendiera aquel viaje que yo juzgaba necesario para comenzar a iniciar mis investigaciones.

Al otro día, con suficiente fondos y documentación, así como una orden en blanco, de aprehensión por lo que pudiera resultar, tomé el tren en Colonia y salí para Torreón, punto final de mi destino en aquel trabajo.

Paso por alto los incidentes del viaje que siempre son los mismos. Con excepción de amigos ocasionales del camino no adquirí conocimiento ninguno. Me reservaba para mi llegada a La Laguna ver que posibilidades me ofrecía la colaboración ajena.

El tren arribó como a la una de la tarde y fui a alojarme al Hotel Iberia. Por su cercanía con la estación me pareció indicado. Ahí el centro del comercio. Me permitía conocedor a la mayoría de las personas de negocios, estar pendientes a la llegada de los trenes y demás cosas que necesitaba. Aunque la carretera a Matamoros es más transitada en el ramal de Tlahualilo.

—Al principio pensé dirigirme a las autoridades para obtener alguna colaboración, pero desistí de mis propósitos. Bien podía resultar que mis sospechas careciesen de fundamento y despertaría en cambio la curiosidad policial y periodística, ésta sobre todo, ya que en provincia las autoridades todo lo cuentan a la prensa para darse tono, y era muy útil que se ignorase mi presencia en aquella plaza.

—Antes de abordar un auto que que me llevara a Matamoros, me decidí a ejercer a una ocupación para presentarme, ya que siendo desconocido despertaría sospechas en los vecinos de aquel pueblito. Así fue que me hiciera algunos muestrarios de ropa hecha, telas y demás, usando la tarjeta de un agente conocido mío, fui a Matamoros como agente viajero de una casa de la capital.

Mi recorrido en aquel pueblo resultó inútil. En vano acudí a los vecinos y aun a las autoridades usando para ello diversos pretextos. Solo obtuve localizar la casa en que habitaba la famosa hermana de Canales. Una señorita vieja al parecer con sus cuarenta años bien corridos, persona de buen carácter y muy dada a la alegría y las diversiones.

Un vecino mejor informado me dió su vag dirección en Torreón y regresé éste lugar, donde pude al fin localizarla; vivía allá por la avenida Juárez muy cerca de la Alameda en una pequeña casita.

Por medio de mi condición de agente logré presentarme a esa mujer.

Insistiendo en forma persuasiva pude penetrar a su domicilio y enseñarle las muestras que llevaba. Desde luego me di cuenta que aquella mujer no tenía tipo de criminal, ni siquiera podía encontrarse en ella esas características de doble, de temor o de propensión a ciertos delitos. Que no me tenía a una buena mujer, bien madurita por cierto pero con un poco alegre y satisfecho de la vida.

Para un agente policiaco bien dispuesto, no resulta difícil sonsacar a las personas. Haciéndome que su apellido me recordara a un amigo de México, supe su parentesco con el asesinado. Eran hermanos de padre solamente, y al parecer, se criaron separados, sin embargo se habían conservado cariños siempre ya que eran los únicos parientes. Allá muy de tarde en tarde sabían el uno del otro. Su más reciente noticia la tuvo hacía un año en que el hermano le habló de retirarse de los negocios para descansar sus últimos años con un capitalito sanzaco que llevaría consigo para vivir juntos. Le había ofrecido ponerle una buena tienda en Torreón, y ayudarla para su tranquilidad.

Ninguna noticia tenía de la muerte de su paciente, y me cuidé mucho de decirle nada, por fortuna no leía los periódicos y no temí que llegase a saberlo.

Entre plática y plática, y convencido ya que por aquel lado no había nada que esperar me dió una noticia que me hizo reflexionar. Me contó que estaba para casarse.

Me hubiese reído de la buena mujer, si no viera en sus ojos el brillo de la juventud, la ansiedad de disfrutar la felicidad que presentaba, y oyéndola contar todas las bellezas y cualidades de su "prometido" no pude menos que darme cuenta lo enamorada que estaba la pobre mujer.

Supe que aquel noviazgo había comenzado hacía unos siete meses, y en forma absolutamente extraña, ya que ella no cultivaba muchas relaciones ni hacía visitas.

—Con ese carácter parlachín de las mujeres que se sienten escuchadas con atención, y apoyadas en sus ideas y sus pensamientos ella me contó su "gran aventura" porque para ella era la aventura de su vida aquel matrimonio.

Al parecer en cierta ocasión el actual novio, por, coincidencia extraña pasó dos o más ocasiones por el frente de su casa y no dejó de fijarse en la mujer con cierta insistencia; ella al principio creyó que se trataba de alguna vecinita guapa, pero cuando trató de conocer el porque de aquel enamoramiento súbito. Lo único que supo fue que el hombre predestinado para ella había llegado y se casaría pronto.

Aquella forma casi pudiera decirse intencional de relaciones me echó de lado luego, (siempre surgen esas cosas en forma casual), y allí al parecer había algo más que una casualidad.

—Me despedí de la buena mujer sin tomarle algunos pedidos de casa cuantía que no pensé surtirle nunca, y logré que me invitara a conocer a su novio al día siguiente;

aquello era lo que yo andaba buscando con interés.

Al otro día fui puntual. La calidad de amigo de su hermano me permitió presentarme a comer a su casa y cuando a medio día llegó el prometido, puse todo mi empeño en sondear a aquel sujeto que ya habíame hecho sospechoso.

Otra desilusión me esperaba. El prometido resultó ser un pobre diablo, perfectamente normal aunque algo tonto y apocado, hombre como de unos 40 años, más buena apariencia y al parecer sí con dinero, sí con una vida desahogada en un trabajo de comisionista que le permitía vivir.

Nuestra charla fue haciéndose íntima, y llegó a simpatizarme aquel pobre diablo. Algo sin embargo me chocó desde luego, que aunque la buena mujer estaba al parecer enamorada del hombre, éste parecía otra cosa que amor, más bien llegaba a suponer que aquel noviazgo no era muy de su agrado. ¿Qué habría en el fondo de todo aquello?

En forma discreta me ofrecí al hermano de México, y aun cuando oculté, lo de su muerte pude darme cuenta que no había reaccionado en forma alguna, es más, hasta resultó que ignoraba que aquel costase con capital alguno pues la hermana lo ocultó hábilmente es recelosa de ser estumada por la fortuna que llegara a tener.

Total, que en aquel día me convencí del fracaso de mi viaje, no tuve informe alguno, no supe nada de provecho, el hilo de aquella madeja corría hacia otra parte menos hacia aquella gente ajena lo que había ocurrido.

No teniendo nada que hacer en Torreón, resolví regresar a México al día siguiente, y dediqué lo que me faltaba de la tarde a pasear por la población y a distraerme.

En uno de mis viajes al Hotel, tropecé en la calle con un individuo que apenas si me miró a la cara; aquel rostro me resultaba conocido pero no podía precisar nada de él, y sin embargo me recordaba de alguien. Siempre he sido muy aficionado a la curiosidad y al misterio, de ahí que antes de convencerme, le siguiese en espera de que algún detalle me lo recordase.

De pronto me acordé, y al darme cuenta de quién era aquel sujeto, me sentí más inclinado a no volver a México al día siguiente. Había tropezado con "El Chimuelo".

¿Por qué circunstancias estaba allí en Torreón precisamente, cerca de la hermana del muerto, y en aquella ocasión tan sospechosa? Me dí cuenta que se hospedaba en el Hotel "El León de Oro", y allí le seguí, encontrándome que estaba registrado con nombre supuesto.

Al principio quise mandarlo detener. Bastaba llenar la orden en blanco para ello, pero pensé que era mejor seguirlo y darme cuenta de sus pasos. Había solamente un inconveniente: que me conocía. Por eso fue que opté por disfrazarme aun no con ese estilo rebuscado que habla a leguas de nuestra profesión. No me bastó teñirme el pelo y la

cara un poco para aparecer más moreno, inflarme un poco la nariz y ponerme unos lentes y no me hubiera conocido ni un amigo íntimo.

Desde aquella tarde me convertí en su sombra. Fui a todas partes que había en sus actitudes como no fuese cada momento. La inquietud que le dominaba a cada paso. Vivía asustado al parecer paseándose, y aunque sus elementos no parecían ser muchos no mostraba tampoco mala traaz.

Por fin viendo que nunca se acercaba a la casa de la hermana del muerto, ni llegué siquiera a darme cuenta que hubiera algo entrae ésta gente pues en una ocasión se cruzaron el "prometido" y éste sin que hubiera signo alguno de reconocimiento. Envié un mensaje a México y la respuesta fue una orden de detención para el "Chimuelo", al que tuve el gusto de ver detener por la policía local sin mi intervención, y ponerle sobre el tren. Me apresuré a ir en su propio carro para vigilarle y aunque no me conocía, pude darme cuenta que tampoco él conocía a otra persona por ahí.

#### V.—LA MADEJA COMIENZA A DESENDERARSE

Ya en México, el detenido fue sujeto a un interrogatorio severo, al que así como si le viese por primera vez. En aquel interrogatorio comencé a darme cuenta de algunos detalles que conformaban en parte las teorías de Luisito mi colaborador, así como que en otras cosas iba muy distanciado de la verdad.

"El Chimuelo" dijo poco más o menos que efectivamente él había penetrado en la casa del Sr. Canales aquella noche como a las tres de la madrugada, por la puerta usando una llave que previamente había adquirido; que iba a robar y para ella llevaba una pequeña barreta, sospechando que en la casa tenía dinero aquel hombre, ya que tuvo ocasión de verle llegar con dinero en la mano.

Que desconociendo el interior, quiso ante todo ver si podía usar la luz eléctrica, y para ello fue al medidor y vio que estaba puesto el switch, pero en cambio toda la casa estaba a oscuras, por lo que supuso el dueño dormía ya. Que subió por la escalera hasta el comedor donde tuvo necesidad de andar con precaución para no tropezar con los muebles, dirigiéndose a la pieza siguiente que le pareció una recámara a la poca claridad que penetraba por el corredor.

Que logró penetrar a ésta, y se dio cuenta que el propietario dormía perfectamente arropado, por lo que se dirigió al escritorio y con la barreta comenzó a forzarlo.

Un momento, interrumpió el Mayor, dígame, y fijese bien en lo que le pregunto: Cuando Ud. entró, el escritorio estaba cerrado o ya abierto?

—Estaba cerrado con llave aún. Yo lo rompí con la barreta.

movía, daba alguna muestra de estar —¿El señor Canales roncaba, se dormido?

—Seguro que lo estaba señor. —¿Esta seguro Ud?—El "Chimuelo" reflexionó.

Bueno mi Mayor, la verdad es que no estoy muy seguro de que durmiera porque no roncaba, pero estaba callado y tapado con su cobija hasta la cabeza, no le vi la cara. Estaba ya sacando lo que encontré en el escritorio, donde encontré como unos quinientos pesos en billetes y los guardaba, cuando creí que el hombre se movía.

—No lo puedo asegurar, pero ya Ud. sabe que en esos casos nos domina el miedo, yo nunca llevo armas conmigo le tengo horror a la sangre, pero tuve miedo ya con el dinero que aquel hombre me disparase, que se estuviera haciendo el dormido para matarme mejor... me asusté, me cegué, y enderezándome antes que hablara le dí con mi barreta un golpe en la cabeza. No puedo decirle que un golpe a muerte no, más bien para inutilizarlo, pero... el mismo miedo me dió demasiada fuerza y... lo maté!

—Ola ola... con que tú lo mataste ¿no? Y como estás tan seguro?

La verdad Jefe, porque entonces si me atreví a tocarle la cabeza y le sentí el cráneo golpeado por la frente, lo toque y no se movía, su respiración va estaba parada, casi llegué a sentir que estaba frío y eso que acababa de morir en mis manos... me asusté y salí al comedor. Tenía un miedo terrible, temblaba, noté una botella con agua y tomé un vaso para beber. Allí ha de haber sido donde Uds. vieron mis huellas ¿verdad? Créame que el miedo de mi primera muerte me hizo olvidar las precauciones.

—¿Con que le hiciste casi un examen médico para ver si estaba muerto, eh? Y que te pareció todo eso?

—Pues que lo maté Jefe, no lo dudo. Después lo supe en la prensa, que quiere Ud. yo nunca lo había hecho pero ahora si me ataqué en la Peni para rato.

—¿Y que hiciste después? Continuaba el Mayor que sonreía un poco.

—Pues la verdad salí de allí a mi casa. Tomé los trebejos y me fui a Tlalnepantla a esperara el tren que sale al Norte. No quise tomar pasaje a Torreón, que va conoía y que por ser plaza de salida para varias partes quise usar para mi escape sino que lo tomé para San Juan del Río. De aquí después a Zacatecas, y así hasta Torreón, para despistar si me seguían.

—¿Y como te enteraste de que habías matado al amigo ese? ¿Al día siguiente por la prensa, no?

—La verdad no, Jefe... lo supe por otra persona y esa misma mañana.

—¿Como! ¿Como? Haber aclárame eso mejor.

—Pues mire Ud. resultó que al tomar el tren en Tlalnepantla el carro llevaba mucho pasaje y quedaban pocos asientos, yo fui a ocupar uno medio desocupado, y frente a mi iba otro señor con quien naturalmente inicié una conversación.

—No sé como salió la conversación, que tratamos sobre la calle del

"MISTERIO"

Carmen. Fue aquello casual, pero lo cierto es que aquel señor se me quedó mirando con atención, y a continuación me dijo que si yo vivía por ahí. Le dije que no pero que conocía muchas personas por ahí. Me preguntó si yo sabía de un Sr. Canales que vivía por esa calle, le dije que no, lo cierto es que ignoraba como se llamaba mi víctima, y cual no sería mi sorpresa cuando me dijo: Pues imagínese Ud. que lo mataron anoche.

Sentí un escalofrío terrible, temí que aquel hombre me viniera siguiendo, pero nada en su rostro me dio a sospechar.

—Vaya Chimuelo, que curioso. ¿Y como a qué horas salió el tren esa mañana?

—Como a las seis de la mañana.

—¿Leiste la prensa ese día en el tren?

—No señor, el miedo me perseguía y no quise saber. Comprendí que la prensa traía la noticia con detalles, y temí que cualquier sobresalto me perdiera. Mi compañero parecía persona curiosa y se volvía preguntas a cada momento.

—Y dime, ¿qué aspecto tenía ese señor?

—Un individuo como de unos 32 años, regularmente vestido, usaba un traje azul marino, no recuerdo bien pero creo que llevaba calzado café con suela toda de goma.

—¿No notaste algún detalle importante?

—No nada. Ah, espere un momento. Si noté algo importante. Cuando se levantó a comprar algo en una estación, noté que cojeaba del pie izquierdo aunque poco notable.

—Conque cojeaba de la izquierda, ¿no? Bueno, y ese individuo donde se bajó del tren, siguió al Norte no?

—No señor, se bajó en Cañitas, pude notar también que abordó el tren que va para Durango, y que entronca con el de México.

—¿Y no lo has vuelto a ver? Por ejemplo en Torreón?

—No, no recuerdo bien. Una ocasión creí verlo, debo haber estado confundido porque no le hablé. No estaba seguro, además iba en coche de manera que no supe si cojeaba, y vestía más elegante.

—El Mayor sin darse cuenta, ya que ignoraba los descubrimientos de Luisito y mío, dió por terminado el interrogatorio y mandó encerrar al "Chimuelo". Se hizo consignar en el acta lo dicho por él, y al parecer para la justicia todo había terminado. Había ya una confesión, y la opinión pública estaba satisfecha.

En cambio yo, salí de allí con una extraña luz en la mente... tenía la pista al fin.

—Fui al Departamento de Investigación y hablé con Luisito. Nada sabía aún, y cuando le conté lo sucedido en Torreón conmigo mis observaciones y la declaración del terreno, se me quedó mirando como interrogándome.

—¿Nos habremos equivocado Don Samuel, y el Chimuelo lo mató?

—Cálllese Luisito ¿qué no se le alcanza que ya tocamos la verdad, es decir nos acercamos al criminal?

—Pues no lo veo amigo Paredes.

—Haber, contéteme: ¿A que hora se descubrió el crimen?

—Como a las siete u ocho.

—¿A que horas sale el tren para Juárez?

—A las 6 de la mañana.

—¿Cómo sabía que habían asesinado al hombre, el cojo aquél?

—¡Atiza! esa se me pasó! Naturalmente. No había de saberlo si estuvo con el muerto a buena hora... además era cojo de la izquierda, zapatos con suela de hule, regularmente vestido.

—¿Pero porque tomó el tren hasta Cañitas?

—Para despistar. Esa vía es poco transitada de México, lleva hasta Durango, y de Durango a Torreón se hace un día no completo. Al siguiente pudo estar allá. Tenía además la coartada de probar que venía de Durango. No le faltaría allí cómplice o pariente que asegurara haberle visto el día anterior. Por último puede tener su residencia allí y la más natural que tratara de negar su estancia en México.

—Pero que ligas tiene el con la hermana de Canales?

—¡Adivínele! Amigo Paredes se me figura que tiene Ud. que volver a Torreón. Es allá donde está la clave. Con El Chimuelo en la cárcel, su confesión, y la publicidad de la prensa, el criminal se siente seguro y se descuidará. No sé porque se me figura que aquí como en las novelas francesas "la femme" nos dará la clave. Siga sobre ella, busque, hay algo aquí que no entra en el rompecabezas que tenemos delante.

—Tiene razón Luisito. Me vuelvo a Torreón. Seguiré a esa mujer, su apariencia inocente nada dice, el novio es un cretino que no servirá para éste trabajo, es demasiado sutil y lejano para usarlo... hay eso si un punto de contacto, ahora esa mujer hereda una fortuna, el marido por lo tanto será... rico ¿que le parece?

—Bueno, Luisito nos vemos, salgo para Torreón esta noche en el nocturno. Ya me anda por verme por allá.

## PASATIEMPO



¿Puede usted encontrar a la compañera de este individuo?  
Marque sus contornos en el grabado

Amigo Pan...  
que tiene Ud...  
Es allí donde...  
El Chimuelo en...  
on, y la publicid...  
criminal se tien...  
cuidará. No...  
ara que aquí con...  
ncesas "la fem...  
e. Siga sobre ell...  
aquí que no ent...  
s que tenemos d...

quisito. Me vuel...  
a esa mujer, y...  
e nada dice. K...  
que no servirá pa...  
demasiado sus...  
to... hay eso...  
acto, ahora en...  
rtuna, el marid...  
rico ¿que...

os vemos, salga...  
oche en el no...  
por verme pe...

Nuevamente estuve con el Mayor a despedirme. No quise confiarle mis sospechas ya que en nada me ayudarían las explicaciones. Usé su ayuda monetaria y regresé a Torreón. Al subir al tren, tuve la sensación de que alguien me seguía, fue como algo instintivo pero sin fundamento. Volví el rostro pero no vi a nadie sospechoso, apenas si un vendedor de periódicos cerca de mí, ofrecía su mercancía a otro pasajero de mi mismo coche.

VI.—TOCANDO LA VERDAD

En Torreón fui a hospedarme a "El León de Oro". Usé el mismo cuarto que el "Chimuelo", para ver si existía algún nexo que aquel hubiera negado en su declaración, con el perseguido nuestro.

Mi primera visita fue para la señorita Canales. La encontré en un estado lastimoso pues ya había sabido del crimen y todo se le iba en llorar. Al verme me reclinó por haberle ocultado la muerte de su hermano en mi visita anterior. Me defendí alegando que también la ignoraba. Pretéxte que andaba por Durango en viaje de negocios y no había sabido nada, sino hubiese sido por su futuro cuñado que había ido a decirsele casi en forma casual tres días de cometido el crimen y cuando ya me había yo regresado a México aun lo ignoraría.

Le di el pésame, y le ofrecí que

ya que regresaría pronto a México procuraría ver como estaba ese asunto. Si deseaba que me encargara de alguna misión oficial lo haría con gusto.

—La verdad, Sr. Paredes yo no quisiera molestias y menos en éste, ya que podría interpretarse mal mi actitud, pero quisiera que se tomara razón de que soy hermana del muerto. Su única parienta como debe Ud. comprender todo lo que el obtuvo con su trabajo habré de heredarlo. No soy interesada he podido vivir tranquila sin capital, pero ya que su muerte me deja en condiciones de proteger mi ancianidad y ahora que mi futuro generosamente iba a compartir mi pobreza, justo es que comparta el bienestar. ¿No le parece?

Vi el rostro del "futuro" y nada me dijo. Estaba aturrido y triste. Noté que su mirada sin amor, tampoco tenía sobresaltos. ¿Sería posible que me equivocara y fuera un actor consumado? ¿De donde, podía venir el golpe? ¿Qué sórdidos caminos me conducían siempre a Torreón para allí dejarme en la obscuridad entre aquella gente indiferente a la riqueza, sencillos e inofensivos. ? Además, aquel novio nada tenía de cojo, ni siquiera usaba calzado de moda. Sus zapatos de una pieza, calzado de viejo cansado que sufre de callos y fatigas, él no hubiera usado ni por casualidad una ajustado zapato de moda.

Convine con ellos que iría a co-

mer al día siguiente y me despedí. Llevaba en mi ánimo la idea de que a pesar de tanta inocencia, dentro de aquel marco encajaba la pieza de mi juego, pero. ¿Dónde? ¿Cómo?

Ese día me lo pasé vagabundeando por doquiera. Todo mi empeño era encontrarme un cojo elegante que me orientara, pero los que encontré eran miserables lisiados con sus piernas de madera.

Fui al cine "Isauro Martínez" aquella noche a distraerme un poco. Siempre me ha gustado el cine y cosa rara, habituado al medio policial, me agradan de preferencia películas de esas. En ella me siento vivir personalmente a cada paso del héroe.

Serian como las doce de la noche cuando abandoné el local. La noche estaba muy bonita y había calor. No quise irme a acostar enseguida y sali a dar una vuelta sin rumbo. Caminando sin darme cuenta, me fui alejando del centro por la calle Ramos Arizpe con rumbo a la cerretera de Gómez Palacio. Mi paseo siguió por el barrio de la Paloma Azul y me detuve en la compuerta del tajo principal. Me senté en el pretil, encantado de la frescura que las primeras avenidas del Nazas daba al lugar. El río es allí impetuoso cuando baja. Arrastra desde la sierra de Durango árboles desgajados, techos, y muchas cosas más en plena creciente. En aquella hora estaba menos fuerte, y el agua aunque impetuosa corría abundante.

Una extraña somnolencia se apoderó de mí y me recosté en el pretil mirando al agua. ¿Cuántos minutos estuve así? Apenas si me acuerdo de pronto siento unos pasos en la arena y quiero volverme, pero era tarde, un fuerte empujón, y dando una vuelta en el aire caí al río que me arrastró inmediatamente.

VII EL CRIMINAL SE PRESENTA

Nunca he sido un nadador profesional, pero me precio de saber nadar a conciencia, pero en aquella ocasión, con la sorpresa, necesité buenos tres minutos para cobrar ánimo y comenzar a bracear. Por fortuna las compuertas estaban a un lado y pude ir nadando contra la corriente manteniendo cerca pero sin caer sobre ellas. Comprendí que corría peligro e instintivamente me sumergí, casi al mismo tiempo una detonación se escuchó y el proyectil vino a herirme ligeramente en una pierna. La mordida de la bala me hizo gritar, más bien como un ardid y simular que me ahogaba. después me mantuve algunos instante bajo el agua. El lugar es obscuro y pude notar arriba sobre, el parapeto una cabeza que se asomaba, luego se alejó, y otra vez la sombra se perdió rumbo a ciudad.

Sali con precaución del agua y me encamine al hotel buscando no ser descubierto por un policía a transeunte a quien hubiera extrañado mi facha. No quise ir al Hotel. Necesitaba aparecer que había muerto para

PASATIEMPO



Esta niña perdió a sus abuelitos Busquelos usted en el grabado

"MISTERIO"

Seguir esa pista que al fin había surgido para orientarme. El criminal se había mostrado, sintiendo la persecución y tomaba medidas... pero, ¿Quién era? ¿El novio?

Nadie en Torreón conocía mi identidad, ni siquiera la señorita Canales. Aquel menos. Quizá mi apellido no había venido con ellos, pero no creí capaz al prometido de aquel atentado.

Me di cuenta que estaba en peligro si no me ocultaba. Por eso fue que tomando precauciones, fui al hotel entré en el cuarto sin que me sintieran y saqué una muda de ropa, hice un lío con la mojada y corrí a ocultarla en el tajo que pasa por la carretera de la Metalúrgica donde establecí mi Cuartel General provisionalmente. Solo salía de noche. Y en el día a los alrededores disfrazado para adquirir comestibles.

Inicié una estrecha vigilancia en la casa de la señorita Canales, seguí al novio bien disfrazado pero nada les encontré y comencé a desearme.

Por último un día, algo vino a decirme que el fin se aproximaba. Esa tarde como a las seis rondaba por la casa de la señorita Canales, cuando vi venir al novio en compañía de un individuo bien vestido. Ambos platicaban con cierta intimidad aunque noté que el "pretendiente" observaba una actitud de sumisión con el otro a pesar de conocerse menos edad. El tipo parecía un poco dominante aunque sus facciones nada tenían de repulsivo. Le observé bien, y no percibí nada raro en él, solo que un ligero parecido los unía a ambos por lo que supuse con razón, que sería el hermano que llevó la noticia a la señorita Canales.

Ambos me miraron al pasar cerca, pero no noté que me hubiesen reconocido, mi aspecto de ingeniero ranchero me favorecía bastante para ese fin. Cuando ya iban a penetrar a la casa me di cuenta de algo asombroso. Algo que apenas si había yo notado pero que ahora resaltaba en forma notabilísima. El hermano del "prometido", cojeaba del pie izquierdo. Había levantado la caza.

### VIII.—PRUEBAS

¡Llegaba el fin!... ahí tenía a quien que necesitaría explicarme muchas cosas. Lo esperé a que saliera y le seguí. Vi que se hospedaba en el Hotel Salvador, y que después de cenar pagó su cuenta avisando que salía al día siguiente a Durango.

¡Huy! pensé, nada tiene ya que hacer aquí.

Le dejé ir. Lo tenía seguro puesto que lo conocía. Antes de ir tras él, fui a visitar a los novios que hacían ya sus preparativos para el matrimonio privado por el luto. A la señorita Canales le apuraba casarse.

Se asombraron de verme. Les hice creer que había andado por los ranchos vendiendo mis mercancías.

Traté de llevar la plática en forma sutil hacia aquel futuro cuñado, y la señorita se descomió hablándome

"MISTERIO"

de él. Se trataba de un hermano menor de su futuro, un hombre de mucho orden trabajador. Hubo una época en que tuvo dinero pero sus malos negocios lo arruinaron. Había vivido en México y conoció al hermano de la señorita Canales aunque nunca lo trató pues tenía su vivienda por la calle de Aztecas. El fue precisamente quien le avisó de la muerte de su hermano que había sabido por la prensa ya que tenía mucho tiempo de no ir a México. Carecía de familiares y solo se sabía que vivía en amasiato con una antigua mesera que se portaba honradamente con él, los dos hermanos se querían mucho, precisamente había venido para pedirle alguna ayuda monetaria para un negocio que traía entre manos.

Era tanto el cariño que se tenían que de común acuerdo habían tomado ambos una póliza de vida mutua por quince mil pesos para el caso de que uno de los dos muriera antes que el otro.

Sonsacando más y más supe algo que me dió parte de la clave que buscaba: el conocimiento de la señorita Canales con su futuro, se debió a su hermano precisamente, a Arturo, que habiéndole visto una ocasión a la puerta de su casa, creyó conocerla por el parecido con su hermano y se ingenió para que ésta entrara en relaciones con el propio hermano. (Todo yo no quise creerlo).

Posteriormente en confianza, de que su hermano era de un carácter apocado, que necesitaba la guía de una mujer de alguna experiencia que le quisiera y le ayudara. Fue insistiendo en forma hábil, hasta lograr que aquel se decidiera y le pidiera el casamiento. Como se ve, el plan venía bien meditado. Por otros conductos llegué a la misma conclusión, se trataba de heredar. Adivinar que otro crimen tuviera en la mente aquel hombre frío y calculador, para en el futuro asegurar los cuarenta mil pesos en poder de la vieja enamorada, y con el hermano abúlico.

Satisfecho de mis trabajos me despedí y salí para Durango. Necesitaba obrar ya para dar fin a la misión que llevaba. Envié mi informe a la Jefatura con detalles. Pedí órdenes para las autoridades en Durango y fui a terminar el caso.

En Durango, informado por el propio hermano inspeccioné la casa de aquel, que era una vivienda discreta, y en ella encontré a una mujer todavía hermosa, tipo de mujer desprecupada con la que no me costó trabajo charlar.

En ausencia del hombre la visité y le saqué los datos que necesitaba. Su marido había ido a México hacía poco y para ello solo empleó el tiempo necesario de ir y regresar; a su vuelta venía estrenando un calzado café con suela de hule que no había vuelto a querer usar, alegando que le apretaba mucho. Se mostraba alegre desde ese tiempo, diciendo que su suerte cambiaría pues traía un negocio que le daría unos cuarenta mil pesos. Como se ve contaba con toda la herencia. Sus proyec-

tos iban más lejos aun de los hechos pasados al parecer.

Espiando la ausencia de la pareja que se fué al cine una noche penetré en la casa. Ahí recogí cuantas pruebas quise. En un vaso había huellas digitales que tomé en forma primitiva, (llevaba algo para el efecto) y eran de él; las confronté a la ligera con las de la oficina y fueron iguales. Encontré al calzador. Examinándolo vi que a la altura del tación tenía manchas oscuras que supuse eran de sangre. Registrando un pupitre di con algo mejor. Envuelto en papel de periódicos había un cuchillo filoso y agudo cuidadosamente limpio, sin huellas de uso. Sin embargo bajo el puño se veían manchas oscuras apenas visibles. ¿Quería más?

### IX.—SABER PERDER

Cuando la pareja volvió del cine y entró les esperaba una sorpresa. Yo, sentado tranquilamente en una silla fumaba esperándolos...!

La sorpresa que recibió fue enorme. Su mano se inclinó hacia el bolsillo trasero del pantalón, pero la vista de una automática que mi mano esgrimía era elocuente. ¡Querido amiguito! Con estas cosas no se juega. Además, la suerte es buena para hacerla una vez pero repetida puede llevarlo demasiado lejos, esta cogido.

—¿Qué tiene contra mí? ¿Quiénes es Ud? Su voz no temblaba. Era un digno contrincante.

—Por lo pronto necesito que vayamos a la inspección de Policía, y mañana en el primer tren a México. Hay algo que necesita preguntarle al Juez por allá de lo que paso en la calle del Carmen cierta media noche sabe?

—Y a mí que me importa lo que haya pasado. Salga de mi casa. Primero creí que era Ud. un ladrón, ahora veo que es un sinvergüenza. Quizá quiere chantajearme, pero a mí me intimida.

—¿Mira esto? le dije. Y levante la solapa del saco mostrando la placa. ¿Conque chantagista no? Bueno, se viene conmigo, o lo llevo.

El hombre comprendió que estaba vencido. Frente a mí estaba el cuchillo envuelto en periódicos, los zapatos manchados en parte de sangre, casi nuevos, las tarjetas de huellas, hasta una contraseña de ferrocarril. ¡Comprendió todo!

—Estoy cogido, es cierto, dijo. He perdido cuando ya tenía el triunfo en mi mano.

—Ahora ¿que quiere que pague? Pagaré... soy buen jugador. Ud. no puede vanagloriarse ante sus jefes de mandarme a presidio, los hombres como yo solo una vez fracasan en la vida, pero siempre es la última. ¿Quiere concederme unos diez minutos para escribir mi confesión? Ese cuarto no tiene salidas. Puede Ud. vigilar la única puerta. Además tome el revólver que traigo en el pantalón. ¿Quiere?

Sigue en la pág. 83

PAGINA 34

# la desventura de toesca

Viene de la página 18

de Toesca en 1799. Más, hay todavía, en marzo de 1800, apenas viuda, una nueva prueba que no tenía enmienda; con lo que se del joven don Juan Antonio Díaz de Salcedo y Díaz, en que pide autorización para casarse con la historiada señora, por oposición de don Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz. A lo que parece, Toesca, habitó temporalmente una casa colindante y de propiedad del Coronel. Allí deben haberse conocido los amantes las pretensiones de matrimonio de su hijo, quien había abandonado el hogar por seguir a doña Manuela y hacia con ésta "una vida libre y notoriamente escandalosa". Por supuesto que el indignado padre presentó por escrito al Tribunal todos los antecedentes que se mencionan en esta crónica, y otros más en que intervino personalmente por su vecindad con aquella señora.

El expediente, "por desenso", llena varias páginas de los infolios de la Real Audiencia. El Coronel Díaz acumula cuanto antecedente logra extraer del ropceso secreto anterior, en que tan mal parada queda Doña Manuela

Fernández de Rebolledo.

Por su parte, el enamorado galán no cesa en hacer suya, por ministerio divino, a la bella viuda que ha trastornado todos sus sentidos.

Mas en este duelo de la autoridad paterna con el hijo rebelde los privilegios y respetos de una sociedad contra una dama que habría saltado todas las vallas morales, con grave escándalo público, hubo de triunfar la primera, trasunto del severo Derecho Romano, en que el padre llegó hasta tener derecho de vida y muerte sobre el hijo.

Así el joven Díaz de Salcedo no logró obtener permiso judicial para contraer enlace con la viuda de Toesca.

Años más tarde, esta señora que dió tantos quebraderos de cabeza a los engolados Ministros de la Real Audiencia y a los venerables prelados de la época, aparece casada con un caballero de apellido Santa María. Seguramente la edad apaciguó su ígenio demasiado vivo.

En los archivos no queda constancia de si Doña Manuela observó después más recato en sus maneras. A lo mejor, murió, como dicen los cronistas de vida social, en la gracia

## El Embudo de Cuero

Viene de la página 23

con tantos atractivos, tuvo un fin tan trágico?

Dacre sin responder, colocó la lamparita sobre la mesa, al lado de mi lecho, y levantando el fatal embudo, presentó a la luz el borde de cobre. Vistas de esta suerte, las señales se destacaban con mayor claridad que la vispera.

—Ya hemos reconocido aquí—la insignia de un marqués. Hemos visto, además, que la última letra es una B.

—Eso es incontestable.

—A mi entender, las otras letras, de izquierda a derecha, son dos MM mayúsculas, una d minúscula unaA mayúscula, otra d minúscula, y la letra final, una B mayúscula.

—Indudablemente, tiene usted razón. Distingo perfectamente las dos dd minúsculas.

—Lo que acabo de leerle es el proceso verbal del juicio de María Magdalena d' Aubray, marquesa de Brinvilliers, una de las criminales más celebres en la historia.

Guardé silencio, turbado como estaba por el extraordinario incidente cuyo significado me acababa de demostrar Dacre de un modo absoluto. Recordé confusamente ciertas particularidades de la vida de esta mujer,

sus gustos desenfadados, las prolongadas torturas que con toda sangre fría había inflingido a su padre y hermanos por mezquinas cuestiones de interés. Me acordé también del valor con que soportó el suplicio, lo que en cierta manera había borrado hasta cierto punto la abominación de su vida; y que todo París lleno de compasión hacia ella en sus postreros instantes, la había bendecido como a mártir, después de haberla maldecido como a envenenadora. Una objeción, una sola se alzaba en mi espíritu: ¿Cómo era posible que sus iniciales y su corona estuvieran marcadas sobre el embudo? El respeto por la nobleza no llegaba hasta el punto de que se decoraran con sus blasones los instrumentos de tortura!

—Es un hecho que también a mí me ha intrigado—respondió Dacre.—Admite, sin embargo, una explicación bien sencilla. El proceso suscitó una emoción excepcional, y es natural que el jefe de la policía, La Reynie, quisiera guardar como usual que una marquesa de Francia se que una sujeta a la "question extraordinaire", entonces se explica uno d'histoire", entonces se explica uno que, para edificación de los demás, La Reynie haya hecho grabar sobre este objeto las iniciales de la Brinvilliers.

## Dos Asesinos

Viene de la página 34

—Dudé en aceptar. Comprendí lo que aquel desesperado quería, pero... vi el rostro frío, seguro de sí mismo, el aire vencedor de hombre que va a su destino sin titubeos. Recordé a su hermano el abúlico que ahora, rico, no podría ni siquiera ayudarle en nada... fui débil, lo desarmé y salí a sentarme ante la puerta en una silla miserable.

La mujer se quedó con él, oí sus besos, sus caricias y su despedida... Todo menos cuando cayó sobre el lecho muerto, apurando el veneno que en una botella guardaba en el escritorio. Lo tomé y no eso quejarse hasta que no podía salvarse; cuando pentré a la estancia al grito de la mujer, la vi abrazada al mrido besándole, mesándose los cabellos, y señalándome con un dedo acusador dos carillas de papel sobre el escritorio, en que con letra firme, me dejaba como galardón, la confesión completa y detallada de su crimen.

—¿Y esto?—pregunté indicando las dentelladas sobre el cuello del embudo.

—Era una tigresa—dijo mi amigo al retirarse.—Y creo que como todos los tigres, tenía los dientes agudos y fuertes.

"MISTERIO"

PAGINA 83

# OTRO HAMPON ASESINADO

Por JUAN CASTELLANOS

ILUSTRACIÓN AGUILAR

*Tiempo de lectura: 18 minutos.*

Otro caso curioso en que queda comprobado aquello de que "el valiente vive hasta que el cobarde quiere." Un ex-hampón de Marsella, un "matón" de los llamados "duros" termina su vida en manos de un insignificante hombrecillo, un modesto albañil. ¡Claro que tenía que haber una mujer de por medio! Quizá solo los celos y la ciega cólera sean capaces de armar el brazo que abate sin piedad un temido y temible "perdona vidas" con el que nadie tiene deseos de enfrentarse...

**E**SA noche llovía a torrentes, y tanto los anuncios luminosos como las luces de los escaparates se reflejaban en el asfalto inundado y resbaladizo. Las vidrieras de los cafés y de los "bars", opacadas por la escarcha invitaban a permanecer en su interior en compañía de alegres camaradas a la salida del trabajo, apurando sendos vasos de vino caliente.

Las costurerillas y los em-

pleados que noche a noche sostienen paliques amorosos próximos a un desenlace fatal en los más oscuros rincones de las callejuelas sombrías, trotaban ahora para ponerse a salvo de la lluvia que por esta vez los privaba de su peligrosa diversión. ¡Hay que ver que los "jóvenes" de Marsella, por muy emprendedores que sean en las lides amorosas, gustan poco de



El ex-hampón Dominico Cellato.



Al pasar por la calle del Paraíso vió al dueño de "La Degustación de Civa besar a su mujer.

remojar y enfriar sus volcánicas pasiones...

El policía Carlos Franza, de servicio en la esquina de la plaza de la Prefectura y calle de Roma, regulaba la circulación de vehículos, sin más ayuda que

su corto bastón pintado de blanco, con un automatismo impersonal, y envuelto en su pelerina, encapuchado hasta las narices. No poco que hacer le daba ese cruceo, que es de los más transitados. Con majestuosa señal,



**El individuo de la cachucha llegó junto al auto gris disparando con furia su revólver.**

detuvo los coches y tranvías que llegaban de la plaza de la Prefectura, y dió el paso a los que subían por la calle de Roma.

Un auto cerrado pintado de gris, en el que sólo se ve al chofer que lo tripula, se detiene en la línea de grapas que va del Bar Susana al kiosco de periódicos. Como tromba, llega un taxímetro que apenas tiene tiempo de enfrenar, y se detiene precisamente a la altura del auto gris, a la izquierda de éste. De él baja un hombre tocado con una cachucha, sin impermeable ni abrigo...

En el interior del auto gris

aparece una cara de mujer joven que se asoma a la portezuela, palidece al ver al que se ha apeado del taxi, y grita espantada:

—¡Es mi marido!... ¡Proíto, partamos!

### EL CRIMEN

**P**ERO el policía les marca el alto. El chofer, por su parte no ha entendido muy bien. Además, el individuo de la cachucha ha llegado junto al auto. Estira el brazo, lo introduce por la ventanilla, y dispara. Una,

dos, tres detonaciones, y el arma se embala.

Estallan otras detonaciones, que provienen del auto gris. Un hombre, sentado al lado de la joven mujer, ha disparado, y el chofer hace otro tanto. Pero ni uno ni otro hacen blanco sobre el de la cachucha, que en esos breves momentos ha logrado componer su revólver, y reanuda la ofensiva, tomando siempre por blanco al hombre sentado en el fondo del auto, y sin cuidarse para nada del chofer.

¡Sus balas, sí que dan en el blanco! La pareja encerrada en el auto gris las recibe en sus cuerpos. Desfalleciente, el hombre logra abrir la portezuela del lado opuesto al que ocupa su agresor, e intenta escapar. La mujer lo sigue. Mas, el de la cachucha ha previsto la maniobra; da un salto, rodea el auto por la parte de atrás, dispara por última vez sobre el hombre que esta vez se desploma, y continúa la ofensiva contra la mujer que procura escapar, lanzando gritos horribles. A ellos se agregan los de todas las mujeres que transitan por el lugar, y que en tales casos siempre gritan sin saber por qué, así se trate de un incidente o de una catástrofe.

Loco de rabia, el hombre de la cachucha persigue tenazmente por entre vehículos y peatones,

hasta la acera, a esa mujer que es la suya, y cuyos ojos parecen saltarle de las órbitas, de tan espantada que está. El espeso la alcanza. Pero el cargador de su arma está vacío. Más furioso que nunca, la golpea con la cachucha, hasta dejarla tendida sobre el suelo empapado de agua, en el que se diluye la sangre de su víctima.

Por fin, llega el policía Pranza, y con sumas dificultades logra reducir a la impotencia al energúmeno que se debate furiosamente.

Levantán al hombre que mana sangre por varias heridas, y lo transportan a la farmacia más próxima, en la esquina del Boulevard Luis Salvator, y allí expira segundos más tarde. En cuanto a la mujer, que gime a más y mejor, es llevada de urgencia al hospital de la Concepción.

#### QUIENES ERAN ELLOS

**N**O se trataba más que de un drama pasional, de esos tan clásicos que han merecido el nombre de vulgares. El marido había matado al amante de su mujer, y herido a ésta.

Pero lo que sorprendía a todos, cuando consideraban más detalladamente a los personajes del drama, era ver muerto y bien muerto a Dominico Cellato...

Era éste uno de esos tipos temidos y temibles, que en vida impresionaba más por el temor que inspiraba que por la estimación que pudiera merecerse... Mientras que el asesino era un hombrecillo insignificante en su aspecto físico; un modesto albañil italiano, que no tenía a su servicio más que sus nervios, que a su vez estaban al servicio de una cabeza un tanto atolondrada.

¡Hay que ver que si algún día le hubieran insinuado a Cellato que un insignificante albañil pondría fin a su existencia, se hubiera muerto de risa! ¡Se había visto frente a tantos "matones" tan distintos de ese insignificante aborto Mariucci! Antes de ser dueño de importante bar, había corrido muchas aventuras. Y no por haberse afiliado a los Hombres Honrados al retirarse del hampa, ni por ver a últimas fechas sus músculos reblandecerse y sus sienas blanquearse de canas, había perdido "ese endemoniado carácter" que le había dado fama de ser uno de los más desalmados de la categoría de los "duros".

Actividades de todas clases, pero todas, sin excepción, de mala ley, habían dejado huellas, tanto en su cara como en sus antecedentes judiciales; y debido a su inveterada manía de llevar siempre consigo un revólver, ha-



La esposa del albañil, herida también por éste.

bía matado a uno de tantos que quiso llevarle la contraria.

Pero eso eran cosas del pasado. Antes de ser asesinado, Dominico Cellato se ocupaba, en los ratos libres que le dejaba su bar escasamente frecuentado, en operaciones sin importancia, ilegales, eso sí, como siempre, y a explotar "máquinas robadoras" y disturbios electorales.

Frente a ese "perdona vidas", el albañil Fernando Mariucci hacía bien triste figura, evidentemente. Es un proletario. No tiene suerte. Hace algunos años que



**Por fin; el policía Carlos Franza, con sumas dificultades...**

e casó con una italiana siete años más joven que él, de nombre Asunción Marioli, la cual, a alta de una hermosura excepcional, poseía rasgos agradables y regulares, y unos ojazos hermosísimos; sin contar con su juventud plétora de salud. Le dió dos herederos: una niña que ahora cuenta seis años, y un varón,

que ha llegado a los cuatro. Pero la pareja nunca vivió en perfecto acuerdo: el esposo acusa a su cónyuge de haber sido en todo tiempo demasiado afecta al placer.

Ella, por su parte, postrada en el lecho del hospital, con sus ocho perforaciones en los intestinos que hacen rondar a la



Dispara por última vez sobre el hombre que, en esta ocasión, se desploma a su alrededor, amenazando acabar con su vida que ha durado 24 años, tiene aún fuerzas para acusar...

—Mi marido me arrastraba a la prostitución... ¡pero hubiera querido aprovecharse del producto!...

**MISTERIOSO ROBO**

**FERNANDO** Mariucci, sin manifestar más sentimiento de la satisfacción de haber hecho justicia (?) explica al juez una escena trágica.

—Desde hace algunos días, mi mujer trabajaba en “La Degustación de Civa”, el bar de Donato Cellato. Lo que allí ocurría me gustaba mucho de agradarle a pesar de estar separado de mi esposa. Tenía que estar al lado de todo, ya que habito enfrente del bar. La noche del robo me espí a mi mujer a la hora de salida, y la vi subir a un auto gris estacionado frente al bar. Con ella subió Cellato, un chófer, y partieron. Abordé un taxímetro, y le ordené al chófer que no se apartara del auto gris. Al pasar por la calle del Paraíso, vi al dueño de “La Degustación de Civa” besar a mi mujer. Si hubiera podido disparar en esos momentos, lo hubiera hecho... Pero nada se perdió: doscientos metros más lejos, al congestionarse el tránsito en la calle de Roma, se me presentó la ocasión, y la aproveché.

—¡Mi marido miente! ¡Es un mal hombre y un avaro! ¡Jamás fui la amante de Cellato!

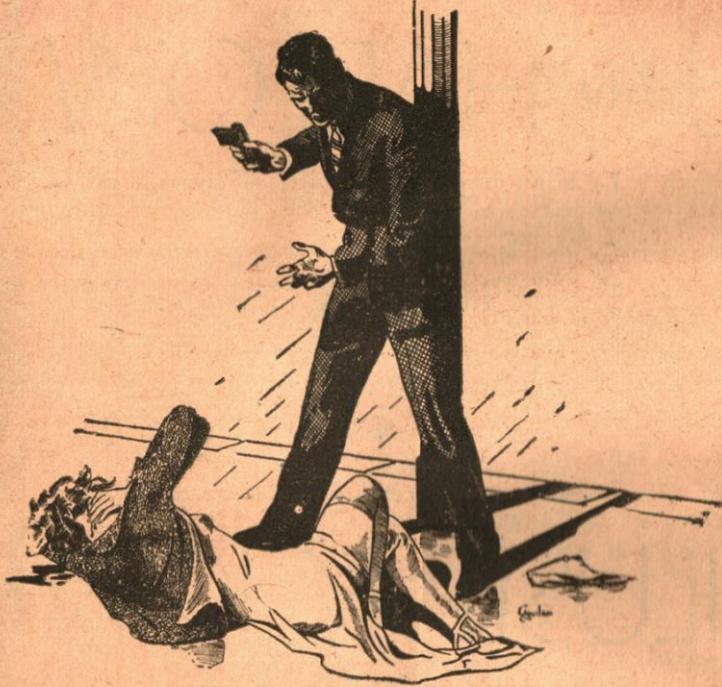
¿Quién de ellos dice la verdad? ¿El hombre que está en la cárcel, o la mujer que agoniza? Algo de verdad debe haber en lo que dice cada quien, y esperamos que el juez sabrá hacer resplandecer la verdad.

Y como si no hubiera dado bastante en que hablar “La Degustación de Civa” al conocerse el drama, héte aquí que la noche misma en que ocurrió éste, unos activos ladrones, aprovechando la ausencia obligatoria del “bar-man” tendido en la plancha de autopsias del hospital, se introdujeron en el establecimiento, y sin dejarse impresionar ni poco ni mucho por los cortinajes fúnebres colgados a la entrada, se llevaron alcoholes, licores, máquinas robadoras... ¡sin olvidarse de una hermosísima y costosa piel de zorro azul!...

—Simple robo, con sus ribetes funerarios—dicen unos.

—O visita inopinada de gentes interesadas en hacer desapa-

## OTRO HAMPON ASESINO



**Mas furioso que nunca, la golpea con la cachapa de la pistola, hasta dejarla tendida sobre el suelo.**

recer documentos comprometedores o mercancías "chuecas"--opinan otros. Si bien es cierto que, de paso, no desdénaron llevarse exquisitos vinos y licores, para celebrar su hazaña o para consolarse de la muerte del hampón... En cuanto a la valiosa

piel de zorro, pues... ¿hay ladrón que desaproveche tan brillante ocasión?

Si yo fuera policía, este robo misterioso me interesaría mucho más que el tremendo drama que lo precedió

# ¿SUICIDA? ¡NO,

Por NICK CARTER

(De mis memorias de policía)

Tiempo de lectura: 26 minutos.

Un crimen sensacional que parecía estar condenado a quedar en el misterio y que al fin pudo ser descubierto por la policía metropolitana.

**P**OCOS días me quedaban de actuar en las oficinas de la octava demarcación, en donde, hasta las sirvientas de los diputados, cuando me caían allí por trapicheos y faltas a la moral, faltas de verdad, aducían que no podía detenerlas porque eran criadas del diputado H o del senador R. Esto da una idea de lo que son por esa colonia, amén de muchas cosas que iré relatando.

Luis Pastor, el Secretario General de la Inspección General de Policía muerto más tarde trágicamente y para quien no hubo piedad de muchos a quien él ayudó cuando estaba en su apogeo, me mandó llamar para que conversáramos un rato en el Café Colón, fuera del ambiente oficial, pues que tenía deseos de cambiar impresiones conmigo acerca de un mejor servicio en la tercera comisaría. Acudí desde luego, y en uno de los gabi-

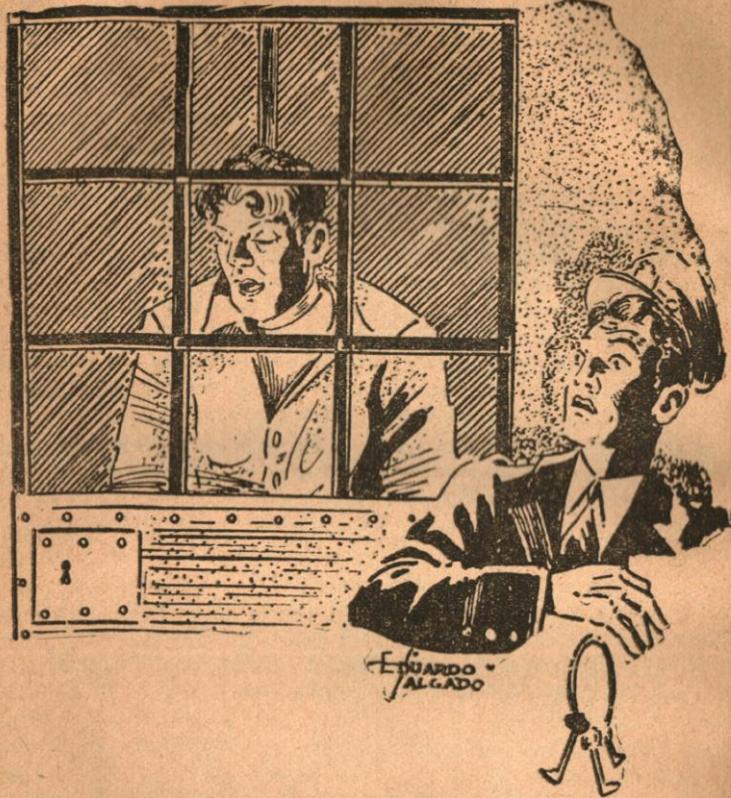
netes, a la hora del café, comenzó así:

—El general Pedro J. Almada tiene interés en que cambie usted de demarcación; se le va a mandar a usted a la tercera. Aquello es una manigua, todo es negocio y lo más raro es que el comisario no se ha dado cuenta. Todo el manejo está en el Oficial de Barandilla. Ese hace y deshace y la Inspección General quiere que usted vaya a poner orden. ¿El toro es duro, acepta usted?

—Como yo, sin ser militar, soy más subordinado que muchos, voy a donde me manden; además cuando dejo una demarcación no “hay cola que me pisen”. Si me mandan a la tercera comisaría para que componga aquello, lo único que llevo de triste es recordar cuando hace años Ramón Castro, el comisario de entonces, enemigo de los periodistas, me tuvo varias horas en un separo.

—Pues antes de cinco días recibirá usted el oficio en el cual se le indica su pase a esa demarcación. Obre usted con mano de hierro, no se detenga, caiga quien caiga.

# ASESINADA!



Se le manda a su celda y a las 7 de la mañana que iba a ser sacado para llevarlo a la Penitenciaría, estaba muerto. Utilizando un cinturón, se había ahorcado.

—Por eso no he de parar, lo que está fuera del orden, abajo; lo que esté en el orden, ni tocarlo.

Alguna vez diré en estas memorias lo que tuve que hacer; por ahora me limito a mis últimos días en la octava demarca-

ción, en donde por suerte me tocó un sensacional asunto tres días antes de abandonar aquellas oficinas lóbregas, malsanas y en donde se aburría quien tuviera deseos de trabajar.

## II

Calmada estaba esa noche, principios de enero de mil novecientos veintidós. Una acta, tres ebrios y había que terminar esa guardia de veinticuatro horas.

Me cerré en mi oficina, leía asuntos policíacos, extranjeros, sin base, escritos por mediocridades que se suponían policías pero que, en los Estados Unidos se leían mucho. Novela y más novela, pensé, cuando se me indicó que una señorita María Luisa Torres, deseaba hablarme.

Por experiencia tenía que cuando alguna persona decente llegaba allí, fuera mujer u hombre, ocurría algo serio. Conocía bien a los habitantes de la aristocrática Colonia Roma.

Guapa, de unos veintidós años a lo más, elegantemente vestida, con la educación de Estados Unidos, esto es, desparpajada, sin miedos y atractiva dentro de un respeto que no había que torcer. Se quitó el abrigo de pieles, me ofreció un cigarrillo y me dijo:

—Dispense usted que lo venga a molestar, tengo una prima, sabe; es fronteriza como yo, so-

mos de Monterrey y hace tres días que no la miro y tenemos costumbre de vernos día a día. Quién sabe si le haya ocurrido algo. He ido a su casa, un departamentito muy mono en una casa de la calle de Frontera; he tocado varias veces, nadie contesta y lo raro es que la sirvienta tampoco está allí. Ella me había dicho de un viaje a Monterrey, pero por lo que hablamos se desprende que tendría que estar con ella la víspera del viaje, arreglar maletas, enviar recados y regalos a los parientes y yo esperé en vano, nada, sospecho algo...

—Muy bien, todo lo que usted me dice puede esconder algo, pero también nada. A lo mejor a su prima se le ocurrió irse sin despedida, dió permiso a la sirvienta y total, nada. Esto dentro de lo que usted me dice, ahora, dentro del camino policíaco, la cosa cambia. Desde luego le agradecería a usted que mañana antes de las ocho, si usted puede levantarse temprano, venga por mí. Nos iremos a la casa de la calle de Frontera y ya en el terreno de los hechos podríamos solucionar el asunto.

—Usted ha adivinado mi pensamiento, era lo que quería, que un comisario me acompañara; ustedes saben más que uno, yo sólo tengo un presentimiento...

—¿De qué?

—Bueno hasta que vayamos

¡SUICIDA? ¡NO, ASESINADA!

75



**Dispense usted que lo venga a molestar...**

se lo digo y según encontremos  
las cosas.

—No insisto, pero después de

sus palabras me intereso aún  
más.

—Aquí estaré a las ocho.

—La espero a usted.

Salió de mi despacho, pero tras ella un empleado con instrucciones de seguirla. No me había dicho su domicilio ni podía imaginar cuál sería el rumbo que siguiera al salir de la oficina.

Como ella iba en auto, mi empleado abordó el mío y a caminar por más de dos horas, restaurantes elegantes, dos o tres amigos, un Paco, así lo llamaba ella, amigas y finalmente a eso de las tres de la mañana a su casa de la calle del General Cano en Tacubaya.

Por la casa de la calle de Frontera no había pasado.

Todo su recorrido lo supe a las siete de la mañana en cuanto me desperté de una "pechereada", caló de comisaria, o sea dormir unas dos o tres horas en el escritorio.

Después de leer el informe supe que María Luisa Torres no se acordaría de la cita y que estaría durmiendo a pierna suelta en su alcoba, sin preocuparse de la desaparición de su prima.

Pero me equivoqué; a eso de las ocho de la mañana penetró a mi despacho; iba fresca, elegante, como la víspera, y en su rostro no había el signo de una desvelada.

—Puntual, señor comisario. En Monterrey somos así, aunque pasemos la noche en vela nos gusta cumplir; me acosté

tarde, he dormido tres horas, pero eso sí, mi baño, mi gimnasia, todo esto que hacemos las muchachas de mi tierra no me faltó. Después el ligero afeitado, de carrera y aquí me tiene usted.

—Pues en verdad que no la esperaba; supe de usted que fué a restaurantes, que charló con amigas y con un amigo Paco...

Se sorprendió.

—Pero usted adivina todo, ha sido así; nada más que eso de Paco me quema.

—¿Por qué?

—Bueno, usted no me pregunte ahora, vamos a la casita de Frontera; allí vamos a saber la verdad de la desaparición de mi prima.

—¿Y después me hablará usted de Paco?

—Claro, si soy la más interesada en esto. Usted como jefe de policía tiene su parte, pero yo como parienta tengo también mi parte y entre los dos vamos a trabajar, pero mucho; me interesa saber el paradero de mi prima.

—Antes que otra cosa ponga usted un telegrama a sus parientes en Monterrey.

—Tiene usted razón. No lo había pensado.

Y como se lo dije lo hizo. La contestación no se hizo esperar y contundente: "Eugenia no ha llegado, la esperamos desde hace ocho días. ¿Qué noticias hay de ella? Felicitas Cantú viuda de Garza."

Este telegrama era de la autora de los días de Eugenia Cantú, por quien se interesaba María Luisa.

Ya antes habíamos ido a la casa de la calle de Frontera; como me lo había dicho, nadie contestaba al llamado.

—¿Tenía sirviente?

—Sí, Maclovia, pero es el caso que no está y este detalle complica el asunto.

No había más remedio que investigar con las familias más

cercanas. De entre éstas la familia Contreras fue la que me dió las primeras luces en el asunto. En la familia había un jovencito de catorce años a lo más, quien al saber que buscaba a la señora Eugenia, sin andarse con rodeos me dijo: “Yo la vi llegar hace tres días y me regaló unos chocolates; después no la he vuelto a ver, pero eso sí recuerdo, que poco de entrar se disgustaba con su novio.”



Nada voy a preguntarte, te dejo que me relates la vida de tu patrona.

—¿Y a la criada la conoce usted?

—Sí, Maclovia ha venido ayer a buscarla. No la encuentra. Ella estaba de paseo el día que la señora Eugenia llegó con su novio.

Desistimos de continuar llamando a la puerta. Lo interesante era ver a Maclovia y seguramente tendría que llegar allí. Al efecto dejé un policía con instrucciones de que en cuanto llegara Maclovia, a quien el jovencito le enseñaría, la llevara a mi presencia, a mi domicilio o a la comisaría, según la hora, pues que yo ese día estaba de imaginaria.

María Luisa se fué más intrigada, pero eso sí, ofreciéndome sus servicios y en caso necesario ir a buscarme.

A las cinco y media de la tarde, llegó el policía a mi domicilio. Lo acompañaba una indígena, guapa por cierto. Era Maclovia. Ella como María Luisa, estaban intrigadas por aquella desaparición de Eugenia.

Y poco al parecer sabía, pero en el fondo, todo el enigma estaba descubierto.

—Nada voy a preguntarte, te dejo que me relates la vida de tu patrona.

—Señor, muy buena. Me colmaba de atenciones, me daba sus vestidos y sus abrigos, me pagaba mis treinta pesos de sueldo hasta anticipados y ja-

más me molestó. Es una patrona muy buena.

—¿Quién la visitaba, tenía amante, era casada?

—Que yo sepa, no mucho; sólo iba a verla un señor don Panchito, alguna vez le dió de golpes y era muy grosero. Después no lo volví a ver. La señora recibía de sus parientes que no sé de dónde serían, giros por mucho dinero cada mes que yo iba a cobrar al correo.

—¿Como cuánto al mes?

—Como quinientos pesos o más, porque luego llegaban unos papeles que cobraba yo en el banco, hasta por mil pesos.

—¿Cuándo fue la última vez que Paco estuvo allí y dió de golpes a Eugenia?

—Hace cuatro días.

—¿Ella no te habló de algún viaje?

—Sí, me dijo que se iba a Monterrey con su familia y que me llevaría para que conociera una tierra muy diferente a México.

—¿Qué señas tiene ese Panchito, o Paco, o Francisco a secas?

—Es bonito.

—¿Fifí?

—Algo señor, Es alto, delgado, no usa sombrero sino una cachucha a cuadros; viste bien, ojos azules, pelo chino y de mal carácter.

Despedí a Maclovia, que llorando me pedía averiguara qué



El olor a carne muerta nos hizo abrir la puerta de la alcoba y a nuestra vista, sobre la cama, con las ropas en desorden dejando ver partes de su cuerpo, estaba Eugenia; cerca una pistola y sobre el buró una carta...

había sido de su patrona Eugenia

El Paco aquel, era mi punto de mira, pero sobre todas las cosas tenía esta pregunta: "¿Dónde está Eugenia?"

El secreto estaba en la casa de la calle de Frontera, calle cerrada que desemboca con las de Puebla, mal alumbrada y esca-

sa de policía desde aquel entonces.

Ante todos estos detalles, sólo había que llevar la investigación directa, al lugar de los hechos, porque no había duda que en la casa de la calle de Frontera, había ocurrido algo que la ley castiga.

En estos casos las azoteas son el mejor ayudante.

Así lo hice.

En vista de que a la casa no se podía penetrar por el zahuán, había que penetrar por la espalda y así lo hice. Fue labor ardua pero con éxito.

Todas las dificultades me fueron allanadas por las familias cuyas casas lindaban con la de la calle de Frontera. Subimos únicamente dos policías vestidos de paisano y yo. A Maclovía la había dejado en la Avenida Chapultepec y a la prima de Eugenia en el interior de un auto en la misma avenida. Ya sobre una de las azoteas de las casas circunvecinas estudiamos la mejor forma de llegar a la de la calle de Frontera. Felizmente no había muchas dificultades que vencer en la expedición algo gatuna. Quince minutos después de nuestra llegada nos encontramos en el interior de la casa, una ventana abierta, correspondiente al cuarto de baño nos facilitaba la entrada a las habitaciones. Así lo hicimos y desde luego el olor a carne muerta nos hizo convencernos de que había algo serio; de que lo que se sospechaba había sucedido.

Llegamos a la alcoba y a nuestra vista, sobre la cama, con las ropas en desorden, dejando ver partes de su cuerpo, estaba Eugenia, cerca una pistola y sobre una mesa una carta. Mandé

que se abrieran las puertas para renovar la atmósfera, abrí el zahuán y fui por la prima de Eugenia y por Maclovía. A la primera le indiqué que demostrara que era fronteriza, nada de asustarse; a la segunda, que no diera gritos ni nada que alarmara a los demás vecinos.

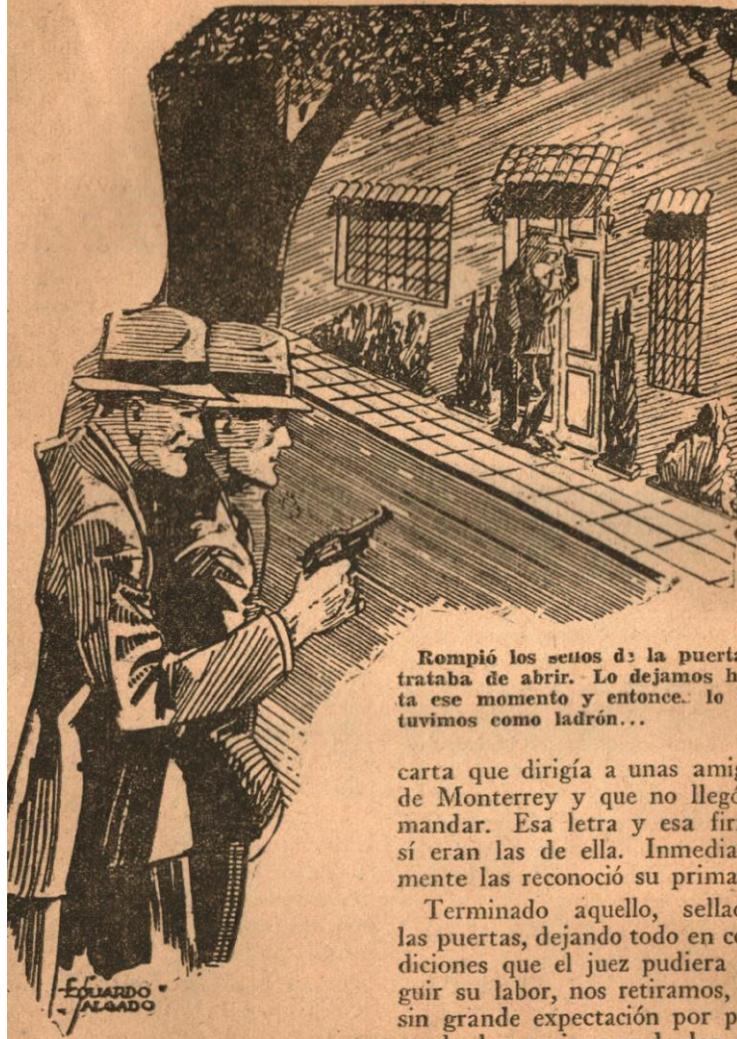
María Luisa me contestó afirmativamente; sin embargo, cuando vió el cadáver de su prima se demudó, corrió a otra pieza y allí se tiró sobre una chaise-longe. Maclovía la miró, lloró sin aspavientos y quería apartarla del lecho, cosa que impedí. Mandé por el doctor, camilleros y empleados y a iniciar las diligencias inquisitivas.

El cadáver de Eugenia presentaba una herida de bala en la región temporal izquierda y otra que le había partido el corazón. Imposible admitir lo que decía la carta encontrada sobre una mesa: "Me mato porque estoy decepcionada. — Eugenia." Con sola una de las lesiones no habría podido inferirse la segunda, luego lo del suicidio era una salida del asesino.

Calmada ya María Luisa le mostré la carta y rotundamente me dijo:

—Esta letra ni la firma eran las de Eugenia. Ahora voy mirando claro, tenía usted razón.

Buscamos en un ropero que estaba sin llave algunos documentos. No encontramos nada.



Rompió los sellos de la puerta y trataba de abrir. Lo dejamos hasta ese momento y entonces lo detuvimos como ladrón...

carta que dirigía a unas amigas de Monterrey y que no llegó a mandar. Esa letra y esa firma sí eran las de ella. Inmediatamente las reconoció su prima.

Terminado aquello, selladas las puertas, dejando todo en condiciones que el juez pudiera seguir su labor, nos retiramos, no sin grande expectación por parte de los vecinos y de los curiosos que llegaron.

María Luisa y Maclovia fué-

Después, en un escritorio de enino, allí sí. Allí estaba una

EDUARDO ALGADO

ronse a las oficinas. Ambas declaraciones eran de capital interés.

Pero el sitio no había que dejarlo sin vigilancia y al efecto dos o tres policías vestidos de paisanos se apostaron por allí. Si no generalmente, sí, en regular número de delitos, cuando el asesino logra escapar torna días después al escenario de la tragedia. Así lo hizo aquí en México Juan Lleonart, el asesino de la señora Isabel Hans; así lo han hecho otros, y basado en esto dejaba esa vigilancia indicando a los policías que si llegaba un individuo de las señas que Maclovía me había dado respecto a aquel Francisco lo detuvieran y me lo llevaran, a reserva de que Maclovía sería la que lo identificara.

Se levantó el acta con declaraciones de la sirviente y de la prima de Eugenia; constancias de lo que se había encontrado, anexión de aquella carta que, la hacía aparecer suicida y la de la que iba a dirigir a su amiga, para establecer comparaciones y en último caso un examen por peritos calígrafos, que era lo indicado.

Maclovía quedaba en la casa de familia de mi amistad, era un testigo que no debería de dejar escapar, sin que por ello estuviera detenida, estaba libre, pero me era necesario tenerla en cualquier momento

### III

Habían transcurrido cuarenta y ocho horas más o menos, después de haber descubierto el crimen. La vigilancia seguía tal como lo había indicado, cuando de improviso me llamaron por teléfono. Eran las once de la noche y uno de los policías que vigilaban me dijo:

—Jefe, acabamos de detener a un individuo cuyas señas son las mismas que usted nos dió. Rompió los sellos de la puerta y trataba de abrir; lo dejamos hasta ese momento y entonces lo detuvimos como ladrón.

—Tráiganlo inmediatamente.

Y por otro conducto mandé por Maclovía. Aquí era donde ella iba a desenredar el misterio. En cuanto llegó la hice pasar a mi despacho, distante de la oficina, es decir, el despacho que pomposamente se llamaba "privado".

Llegaron los policías con aquel individuo. Sus señas eran las mismas.

—¿Conque usted trataba de abrir la puerta de una casa en la calle Frontera y para ello rompió usted los sellos puestos por esta oficina. ¡Usted es un ladrón de tantos!

Aquel hombre se molestó, se dibujó en su rostro la cólera y me contestó:

—Se equivoca usted. No soy ladrón, soy hombre honrado.

—Si honradez llama usted tratar de abrir una puerta y romper unos sellos, lo cual está penado por las leyes. Insisto que iba usted a robar.

Aproveché nuevamente la palabra que tanto le molestaba y nuevamente vi en su rostro la ira.

—Le repito a usted que no soy ladrón.

—Muy bien. ¿Entonces dígame usted por qué rompió los sellos y por qué trataba usted de abrir, y al intervenir los policías tiró la llave?

—Viví en esa casa.

—Muy bien, don Francisco.

Una bomba no le hubiera hecho el efecto que le hicieron mis palabras.

—Está usted equivocado de medio a medio, ni soy ladrón como se me ha llamado, ni tengo ese nombre. Los policías abusan de los puestos.

Indiqué a los policías que lo registrarán. No esperaba esto. Quiso evitarlo, pero cedió. En la cartera encontré dos tarjetas: Francisco Moreno Fuentes. ¡Era el Paco!

—Estas tarjetas lo dicen; además esta carta de un amigo suyo.

—Son cosas privadas que a usted no le interesan.

—En lo particular no, pero como comisario sí. Usted fue quien privó de la vida a su novia, la señorita Eugenia.

Aquel hombre se rehizo, díjome que estaba equivocado, que él ni la conocía.

—Ahora vamos a ver quién de los dos anda equivocado.

Lo hice pasar al cuarto donde estaba Maclovía. Al verla se demudó, y al interrogar a la sirvienta, me contestó:

—Este es el señor que le pegaba a mi patrona.

El tal Francisco quiso avalanzarse sobre la sirvienta. Se le impidió, lo mandé a un separo e inicié otra acta relacionada con la primera. Maclovía en su nue-

**ATRACO A MANO ARMADA**



—¿Pero que ha sucedido aquí?  
—Nada: ¡que me hicieron víctima de una agresión!

De "Ric Rac".—París.

va declaración relataba cómo lo había identificado.

Hube de habérmelas con él. Ya estaba menos altanero y en el interrogatorio lo fuí llevando al terreno del convencimiento, que no había que negar ni enredar un asunto que ya estaba aclarado.

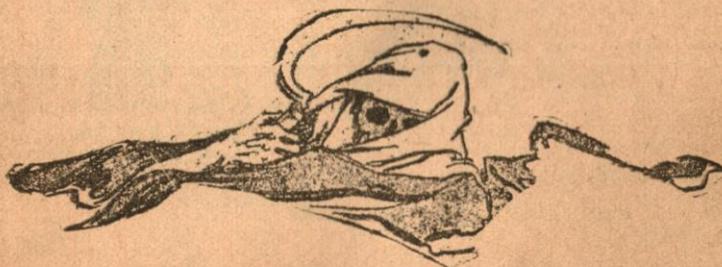
A eso de las tres y media de la mañana, no pudo más y me contestó:

—Eugenia no era mi novia, la había hecho mi amante, y al saber que no me casaría con ella, me abofeteó en su alcoba. Yo,

indignado, saqué la pistola y la maté. Después escribí la carta como que se había suicidado, pero lo que no pensé era que con un solo tiro no se podría haber dado el segundo. Ahora ya lo espero, a Belem, pero haber si escapo.

Firmó su declaración, se le mandó a su celda y a las siete y media de la mañana que iba a ser sacado para llevárselo a Belem, me dieron cuenta que estaba muerto. Utilizando su cinturón, se había ahorcado.

Este fue el último asunto que tuve en la octava comisaría.



# EL CRIMEN DEL PANTEON ALEMAN

Por ARMANDO SALINAS

Tiempo de lectura: 22 minutos.

**F**UE este uno de los crímenes más crueles que se han registrado en la historia del hampa.

A las 8 de la mañana del día 2 de junio de 1933 fue descubierto el asesinato del panteón alemán, en el pueblo de Tacuba.

El administrador del panteón, el señor Pablo Navarro Roa, fué encontrado muerto en su lecho, con el rostro y el cráneo completamente destrozados a palos. El delito no se cometió en el lecho del señor Navarro, sino en el patio de la casa que ocupaba la administración, donde hubo lucha entre la víctima y el victimario.

Fuó encontrado en el lugar de los hechos un grueso garrote, con el que le dieron muerte al administrador, así como también se halló el palo de una escoba, con el cual se defendió la víctima.

Inmediatamente se iniciaron las investigaciones, de las que se desprendía que el móvil no

había sido el robo de lo que pudiera poseer la víctima, sino que probablemente éste sorprendió a algún sujeto de los muchos que se introducen a los panteones para robar; luchó con aquel ladrón, y resultó asesinado.

Era probable también que el ladrón hubiera penetrado para robar los objetos y alhajas que tenía el cadáver de una señorita alemana que había sido depositada en la administración para ser sepultada al otro día. Las autoridades recogieron los palos que utilizaron para sacar las huellas de este crimen escalofriante.

## LAS CAMARAS DE IDENTIFICACION SE TRANSLADAN AL PANTEON ALEMAN

El panteón se encuentra en la calzada México-Tacuba, forma un hemicielo que tiene del lado izquierdo una construcción de mampostería, en la que se hallaba en aquel año una casa que era la administración

del panteón y que estaba dividido en algunos pequeños departamentos.

Cuando la policía llegó a practicar las primeras investigaciones, encontró el arma del crimen precisamente junto a la reja de hierro. La policía se supuso que quizás el asesino, al escapar, olvidó el arma que estaba manchada de sangre; era un pedazo de madera, una rama arrancada hacía algunos días de algún árbol, que tenía uno de los extremos muy grueso, en forma de mazo, estando este mazo lleno de sangre de la víctima.

A dos metros del lugar donde fué encontrado el palo, había grandes manchas de sangre en el suelo. Más adelante fué también encontrado un palo de escoba partida en dos pedazos; uno de los pedazos estaba manchado de sangre, no apareciendo el otro pedazo en el lugar de los hechos; en otro sitio se encontró el sombrero y unos fragmentos de la dentadura postiza de la víctima.

Los detectives notaron que la víctima no había sido asesinada en su lecho, sino que lo habían matado junto a la reja del panteón, y después llevado a la cama. Los agentes siguieron las huellas de sangre, llegando hasta el cuarto donde dormía el señor Pablo Navarro Roa, y en donde encontraron su cadáver. También pensaron

que podía haber llegado hasta su habitación gravemente herido y morir en su lecho.

Presentaba nueve heridas y numerosos golpes. Las heridas estaban situadas precisamente en el cráneo y en el rostro; con la fuerza que el criminal golpeó a su víctima, le hizo heridas de diferentes profundidades; en la parte del lado derecho de la cabeza tenía una herida de unos quince centímetros de largo por tres centímetros de profundidad, en la línea media de la oreja izquierda, cuyo pabellón se hallaba partido en dos lesiones horizontales; en la parte de atrás de la oreja, con descubrimiento del hueso, y otras más en la occipital a la derecha de la línea media, de seis centímetros de longitud.

#### COMO SE HALLABA EL CUARTO DE LA VÍCTIMA

El cuarto que habitaba el administrador asesinado era pequeño, y para llegar hasta allí había que atravesar el cobertizo en donde existía un brasero de ladrillos. La pieza tenía en su interior una cama formada con bancos de madera, en la que había un petate, dos almohadas, sábanas y dos cobertores; estaba amueblado con un ropero de madera corriente que

contenía ropa y unos costales y botes viejos.

Fueron registradas las ropas del cadáver; sobre la posición de éste había un detalle interesante; tenía las manos terriblemente chispadas. La rigidez denotaba que el crimen se había cometido ocho ó diez horas antes. Dentro de las ropas fueron encontrados un reloj, cuarenta y seis centavos, un vigésimo de la Lotería de Toluca, unas tijeras pequeñas y una pequeña libreta de apuntes; dentro de la libreta se encontraron unos recibos de cobro de rentas de una casa, propiedad del occiso, situada en la Colonia de San Joaquín.

Bajo las almohadas fué hallada una pistola niquelada con concha de hueso, que era de la propiedad de la víctima, que desde tiempo le había sido proporcionada por la Beneficencia Alemana para su seguridad. En la pieza había también una repisa de madera sostenida por unos mecatos, en esa repisa estaba una caja de madera conteniendo veintitrés pesos en billetes.

#### LOS DETECTIVES HACEN VARIOS INTERROGATORIOS

Después de varias horas de estar examinando el lugar del crimen los agentes, llegó el profesor Benjamín Martínez,

que era jefe del Departamento de Identificación y Dactiloscopia. Los detectives habían tomado varias declaraciones.

Al señor Luis Macmeister, que era el presidente de la Beneficencia Alemana y que fué interrogado por los jefes policíacos, le preguntó uno de los agentes:

—Señor Macmeister, ¿por quién supo usted que había asesinado al señor Navarro?

—Fuí avisado por los señores Rosauro y Baltasar Villalobos, que son jardineros del panteón y que me dijeron que el señor Navarro había sido asesinado. Inmediatamente salí de mi casa, encontrando que la reja del panteón estaba cerrada, con el candado, y a los jardineros fuera, pues habían saltado la reja para darme aviso de lo ocurrido. Llamé a un herrero para que la limara y que pudiéramos entrar sin saltar la reja.

—¿Qué tiempo tenía el señor Navarro de prestar sus servicios en el panteón?

—Tenía once años de prestar sus servicios.

—¿Qué edad tenía?

—¡No sé! Era muy anciano. Hacía poco tiempo que había muerto su esposa. Era muy aborrativo. Juntó algún dinero de su trabajo y compró una casa.

—¿Entonces los recibos que le encontramos en los bolsillos

son de la casa que compró la víctima?

—Sí, señor.

—¿Señor Macmeister, no tiene usted sospechas de alguna persona?

—Ignoro por completo qué persona haya tenido interés en matar al señor Navarro.

—Se puede retirar, señor Macmeister.

Los detectives interrogaron a uno de los jardineros.

—Baltasar; ¿dónde vive usted?

—Tengo mi cuarto en la parte media del panteón y duermo conmigo mi hermano Rosauero.

—¿Por qué tiene usted su cuarto a la mitad del panteón?

Porque tengo que levantarme muy temprano para barrer el patio.

—En la noche del crimen; ¿dónde se encontraba?

—Me acosté a las nueve de la noche. Siempre acostumbro acostarme a esa hora, por tener que levantarme temprano.

—¿Quién le avisó que el señor Navarro había sido asesinado?

—Rosauero fué quien me avisó.

—¿Si usted es el que se levanta más temprano, por qué es que Rosauero le avisó del crimen?

—No sé. Pregúnteselo a él.

Los detectives pusieron frente a frente a Baltasar y a Rosauero, para ver qué impresión

les causaba el encontrarse, pero los detectives no advirtieron nada en el semblante de ninguno de los dos hombres. Interrogaron a Rosauero:

—¿Rosauero, ¿por qué esa mañana del crimen se levantó usted más temprano que de costumbre?

—Sí, señor, me levanté más temprano, porque tengo la costumbre de que tan pronto como despierto me fumo un cigarro; busqué en la bolsa de mi pantalón y no encontré cigarrillos; me vestí y salí, encontrándome con que la reja estaba cerrada.

—¿A qué hora se levantó?

—Serían las seis de la mañana.

—¿Quién es el que abre la reja del panteón?

—El administrador.

—¿Cómo descubrió usted que el señor Navarro había sido asesinado?

—Al llegar a la reja y ver que estaba cerrada, me encaminé al cuarto del administrador para pedirle las llaves y ví mucha sangre en el suelo y un sombrero y fui a llamar a Baltasar.

—¿No llegó usted hasta el cuarto de señor Navarro?

—No señor.

—Cuando la avisó a Baltasar ¿qué le dijo?

—No me contestó, sino que se levantó y nos encaminamos al cuarto del administrador,

empujamos la puerta y vimos al señor Navarro ensangrentado, le hablamos y no contestó. Baltasar se quedó afuera, y yo entré, lo moví y noté que estaba muerto.

—¿Qué hicieron ustedes cuando vieron que estaba muerto?

—Salimos del cuarto, y para salir a la calle tuvimos que brincar la reja, fuimos a la casa del señor Presidente de la Beneficencia, para darle aviso de lo ocurrido.

—Muy bien. Pueden irse a trabajar.

Las horas pasaron sin que los detectives pudieran dar con alguna clave para descubrir el horrible crimen, pero continuaban en su dura y peligrosa tarea.

#### UN INDIOTA Y LOCO VIVIA JUNTO AL CUARTO DE LA VÍCTIMA

Cerca del cuarto de la víctima había dos cuartos, uno que correspondía al despacho del administrador y el otro en donde vivía un alemán de nombre Arno Englemén. Este señor hacía tiempo que vivía en el panteón; estaba medio idiota y loco. Acostumbraba llegar muy temprano a su cuarto y se encerraba, dedicándose a probar unos aparatos. Este señor fue interrogado por los detectives.

—Señor Engelem, anteano-

che o sea una noche antes del crimen; ¿a qué hora llegó usted a su cuarto?

—Como de costumbre, llegué a mi cuarto a las siete de la noche, me acosté y, como no tenía sueño, tomé un cuaderno y estuve escribiendo un rato; me venció el sueño y me quedé dormido.

—¿Así es que no oyó usted nada aquella noche? Recuerde algo puede haber oído y no lo recuerda. En usted tenemos muchas esperanzas, para que nos diga algo para dar con la clave de este crimen.

El señor Engelman se quedó pensativo y, de repente les dijo a los agentes:

—¡Ah! un momento. Ya recuerdo. Como a las doce de la noche un ruido extraño me despertó y oí voces que decían "Portero, portero", y escuché que los perros ladraban furiosamente.

—¿Y qué hizo usted cuando oyó los ruidos y los perros que ladraban?

Los detectives le preguntaban ansiosamente:

—¿Qué más oyó? ¿Qué más oyó? — con el deseo de que aquel pobre loco les diera una razón con respecto al misterioso crimen, pero aquel idiota les contestó:

—¡Eso fue todo lo que oí!

—¿Pero no salió usted afuera para ver lo que pasaba?

—No señor, tengo por cos-

tumbre no salir aunque oiga ruidos, no hago caso.

El detective salió del cuarto con un gesto marcado en su cara como diciendo: "Pobre loco" y en los momentos en que salían llegaba la hermana de la víctima, la señora Fecunda Navarro, a la que también interrogaron.

—Señora Navarro; ¿sospecha que pueda estar complicada en el asesinato de su hermano?

—No señor no sospecho de ninguna persona.

—¿Dónde vive usted?

—Vivo en el pueblo de los alrededores y me parece que su esposa no tuvo ninguna otra mujer, a lo menos que yo halla sabido.

—¿En dónde comía el señor Navarro?

—El mismo se hacía de comer. Solamente una señora le hacía las tortillas y le lavaba la ropa.

—¿Cómo se llama esa mujer y dónde vive?

—Se llama Francisca Ruíz. No se dónde vive, pero siempre llega al mediodía.

Desde que se cometió el crimen no hemos visto a ninguna mujer. Probablemente está enferma, nunca deja de venir.

Los agentes sacaron su reloj y vieron que faltaban veinticinco minutos para las dos de la tarde. A los pocos momentos de espera llegó la mandadera, la que fué interrogada.

—¿Por qué desde el día del crimen no había venido usted?

—Porque había quedado con el señor Navarro de que no iba yo a venir durante tres días.

—Francisca, — ¿no conoce usted alguna amistad del señor Navarro que frecuentara en este cuarto?

—¿No, señor!

—¿Sabe usted dónde compraba sus mercancías el señor Navarro?

—Yo sabía que las mercancías las compraba en la casa de sus parientes, y eso es todo lo que sé.

—Muy bien, puede retirarse.

#### UN CADAVER DEPOSITADO EN LA ADMINISTRACION

Un día antes del crimen, había sido depositado en la administración el cadáver de una alemana que, por causas especiales, tenía que sepultarse el otro día.

Esto hizo pensar a la policía que los autores del crimen había entrado al panteón a despojar al cadáver de lo que tenía encima, o alguno de tantos que entran a los panteones para llevarse lo que encuentran dentro de las fosas y que al oír el señor Navarro ruidos salió desarmado y fué agredido; que era probable que para defenderse hubiese tomado el palo de una escoba, pero que el atacante lo hubiera des-

#### EL CRIMEN DEL PANTEON ALEMAN

trozado a palos. No creía que se tratara de algún ladrón, puesto que no tuvo la precaución de tomar su pistola, que estaba debajo de la almohada.

#### LOS DETECTIVES SE ORIENTAN SIN NINGUNA PISTA

El mayor José Viera Fernández destacó en este trabajo al primer comandante de agentes, J. Guadalupe Corona, que en aquel tiempo era el primer jefe de las Comisiones de Seguridad de la Jefatura de Policía, y al segundo comandante de agentes, acompañados de los detectives Filiberto Sánchez y Rafael Guerrero Arenas.

No satisfechos con las declaraciones de los jardineros y mucho menos con la de Rosau-ro Villalobos, que afirmaba ser "Compadre de Grado" del señor Navarro Roa, pues sus declaraciones eran con frecuentes lamentos, hasta el grado de llegar a decir:

¡Pobrecito de mi compadre! ¡Ah, qué hombres tan malos que lo mataron! y a pesar de que afirmaba no tener el menor indicio que dar a la policía, quedó detenido en los serenos de la Jefatura de Policía. Los detectives penetraron hasta el fondo del panteón y al estar buscando algo que les pudiera orientar sobre la pis-

ta del crimen, encontraron en una fosa vacía un pedazo de palo, manchado de sangre. Considerando con mucha atención sobre aquel hallazgo, vieron que era el completo del pedazo de escoba que habían encontrado antes en el lugar donde se cometió el crimen. Sin decir palabra se trasladaron a la oficina de identificación, para compararlo con el que ellos tenían, y en efecto, los dos pedazos se adaptaron perfectamente el uno al otro.

Inmediatamente se trasladaron al panteón Alemán, y encontraron a un jovencito parado en la puerta, muy sospechoso, lo detuvieron y le dijeron.

—¿Usted qué hace aquí parado?

—Nada, señor; presto mis servicios en el panteón árabe que está aquí junto.

Los agentes hablaron un gran rato con este jovencito y les afirmó que no eran tan sólo dos los hermanos Villalobos, sino que faltaban otros dos, llamados Antonio y Ubaldo, este último individuo de malos antecedentes y muy borracho.

Entonces los agentes al recoger los datos proporcionados por aquel muchacho y con el pedazo de palo encontrado en la fosa, sospecharon que alguno de ellos tenía que ser el

criminal; procuraron que no los viera nadie y entraron al cuarto de los jardineros. Después de mucho buscar encontraron un hoyo como de un metro cuadrado, lleno de tierra, donde se asomaba un pedazo de género, y con la astucia que tienen los detectives, lo empezaron a escabar, hallando un par de calzados de color amarillo manchado de sangre, una blusa de mezclilla, y un pantalón de la misma tela, también manchados de sangre, todo de aquel lugar y lo pusieron en otro, volviendo a llenar aquel hoyo con la tierra que habían sacado; llamaron a Rosauero, hicieron que entrara al cuarto, y tan pronto como entró, uno de los agentes notó que Rosauero se fijaba con mucha insistencia en el lugar en que habían escondido las prendas.

Los detectives empezaron a interrogarlo:

—Diga, Rosauero, usted nos dijo que los únicos que dormían en su cuarto era usted y Baltasar. Si usted no nos dice la verdad, vamos a tener que hacer lo que ustedes hicieron con el señor Navarro.

—¡No, señor! ¡Yo no he matado al señor Navarro!

—Pues si tú no lo has hecho, dínos cuántos más duermen en tu cuarto. Los que duermen en mi cuarto, son mis

otros dos hermanos, que se llaman Ubaldo y Antonio.

—¿Por qué no lo habías dicho?

—No tenía importancia que los mencionara.

—¿En dónde está Ubaldo?

—No lo sé, pues pocas veces se quedaba a dormir en el cuarto.

—¿En dónde estaba Ubaldo la noche del crimen?

El día del crimen había salido como "Machetero" en un camión de carga, con rumbo a Capuleo.

Después de haber interrogado a Rosauero, los agentes hicieron que Rosauero mandara llamar a Antonio Villalobos González, otro de los hermanos con el pretexto de que le había ocurrido un accidente. Y minutos después se presentó.

Al presentarse ante los agentes empezó a temblar, y se le quedaron viendo de arriba abajo, y se fijaron que los zapatos que usaba Villalobos eran iguales a los que se habían encontrado enterrados y hasta del mismo color.

—¿Por qué no se había presentado usted a declarar lo que supiera respecto a la muerte del señor Navarro?

Al mismo tiempo que le hacían esa pregunta, los agentes le ponían ante sus ojos los zapatos manchados de sangre. El

hombre se quedó viéndolos fijamente y con un temblor que recorría todo su cuerpo.

—Porque estaba enfermo, pero ya tenía pensado venir a declarar.

—¿Y porqué no lo había hecho?

Me sentía algo mal todavía, pero a pesar de ello me paré, porque creí que efectivamente le había pasado algo a mi hermano.

—¿De quién son estos zapatos y por qué están manchados de sangre?

Los zapatos son míos y las manchas de sangre que tienen son de mucho antes del crimen. Fuí a comprar carne para los perros y como me la dieron con mucha sangre, al estársela comiendo los perros me salpicaron.

—¿De quién son los perros? Eran del señor Navarro.

—¿Y estas ropas de quién son?

—¡No sé!

Los agentes comprendieron que aquellas ropas y los zapatos eran las prendas que llevaba puestas el criminal la noche que habían asesinado al señor Navarro Roa y quedaron detenidos los tres hermanos, Rosaró, Baltasar y Antonio Villalobos Contreras González.

### SOBRE LA PISTA DEL PRESUNTO CRIMINAL

Como Ubaldo Villalobos Martínez, primo hermano de los jardineros del panteón Alemán, desde la noche del crimen había desaparecido, y por lo dicho por Rosaró de que había salido en un camión de carga rumbo a Acapulco, los detectives sospecharon de aquel individuo y empezaron a hacer sus vigilancias, en las carreteras, en el panteón y en una cantina que Ubaldo frecuentaba.

Pasaron varios días y noches, con una terrible desesperación por no poder aprehender aquel sospechoso, hasta que una noche vieron a un individuo parado en la calzada de Madereros, tapado con una cobija y el sombrero echado hacia delante, parecido a Ubaldo, según las señas que algunas personas habían proporcionado a los agentes de cómo era aquel tipo. Como los agentes no tenían la seguridad de que fuera aquel hombre, uno de ellos se acercó al desconocido y con mucho aplomo, como si ya lo conociera, le dijo.

—¡Ola, Ubaldo!

—¿Me conoce usted?

Claro que te conozco. Tú trabajas en el Panteón Alemán.

—No, señor, yo no trabajo en el panteón. De repente voy a ver a unos amigos.

Muy bien, pero te quiero hacer algunas preguntas.

—No tiene usted nada que preguntarme, ni lo conozco a usted.

Y acabando de decir Ubaldo la última palabra, el agente sacó su revólver y se lo puso en el estómago, diciéndole.

—¡Habla con la policía!

—Ah, siendo así, diga usted.

Venga para acá.

El agente llamó a sus demás compañeros y entre todos lo subieron a un auto, llevándolo hasta la Jefatura de Policía; sacaron de los separos a los hermanos Villalobos y los pusieron frente a Ubaldo.

—¿Por qué crees que estén detenidos?

—¡No sé, jefe!

—¿Qué cosa son tuyo éstos señores?

—¡Mis primos! Pero no sé por qué estén aquí.

Después de ser sometido a un largo y tenaz interrogatorio, lo pasaron a los separos; los agentes se trasladaron de nuevo al panteón para ver si encontraban algún indicio para aclarar el misterioso crimen, ya que no había podido hablar a Ubaldo.

### CONFIESA EL CULPABLE DEL CRIMEN

A los tres días de duros interrogatorios acabó por decir la verdad el culpable del ho-

rrendo crimen. Le dijeron los detectives:

—Vamos a ver, Ubaldo, ¿diga usted lo que sepa!

—Sí, señor! Pero ya no me interroguen más.

El 31 de mayo llegué a las 7 de la noche, con ánimos de quedarme en el panteón a dormir, pero el señor Navarro Roa, no me quería abrir la puerta; al fin logré que me abriera, cuando estuve adentro el señor Navarro me empezó a injuriar y echó mano a la bolsa trasera del pantalón, como si pretendiera sacar alguna arma.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues al ver que se llevaba la mano a la bolsa, me agaché, y cogí un palo de escoba, y sin intenciones de matarle le pegué hasta verlo por tierra.

—¿Y los demás compañeros de usted qué hicieron cuando vieron que le había pegado usted al señor Navarro?

Siguió declarando Ubaldo que Antonio, el primo de Baltasar, había estado tomando algunas copas con el señor Navarro.

—De repente lo ví llegar, entonces cogí un arbolillo recientemente cortado, le dió en la cabeza, se agachó para ver si todavía no lo mataba, y le dijo: "Desgraciado viejo, todavía no puedes morirte", y

el señor Navarro le contestó, con voz de moribundo:

—“No me mates Antonio”— Antonio le contestó “Cállese viejo zorro”. Y siguió pegándole hasta que le abrió la cabeza y una vez que vió que ya estaba muerto lo arrastró, pero no pudo seguir arrastrándolo porque todavía se movía el señor Navarro.

Después le preguntaron los detectives a Ubaldo.

—¿Qué hicieron ustedes cuando vieron que el señor Navarro estaba muerto?

A esto, contestó con mucho aplomo:

—Nos fuimos al cuarto, donde encontramos a Rosauero y a Baltasar, les dijimos lo que había pasado, permanecimos hasta las tres de la mañana, sin decir palabra, pensando qué haríamos.

—¿Qué hizo usted, Ubaldo?

—Pues me decidí a escapar.

Entonces Rosauero nos dijo: “Ya pensé lo que vamos a ha-

cer”. Llamó a Baltasar y a Antonio, salimos juntos del cuarto y entre Rosauero y Antonio cargaron al cadáver del señor Navarro y lo llevaron a su cuarto. Rosauero nos dijo: Ustedes vayan a darle aviso al Presidente de la Beneficencia, mientras yo les doy parte a las autoridades, y como soy compadre de “Grado” del señor Navarro, no pueden maliciar que nosotros le dimos muerte. Brincamos la reja del panteón, y fuimos a dar aviso al presidente.

Una vez que comprobaron éste espantoso crimen los agentes pasaron a los asesinos a los separos de la Jefatura de Policía. Y después fueron consignados a la negra prisión de Leumberri.

Este es el fin del horroroso crimen que cometieron los jardineros del panteón Alemán.

Los detectives no ignoran que a cada paso peligró su vida, pero continúan la “GUERRA CONTRA EL CRIMEN”.



## Bibliografía

- Aguirre, Reynaldo. "La acusación del lodo", *Misterio* (México, D.F.), núm. 5, año 1, noviembre 1934, pp. 30-34 y 131-133.
- Aub, Max. "Nuevos crímenes ejemplares" *Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D. F.), núm. 159, año XII, 1ra. Quincena de febrero de 1958, p. 95-98.
- Ayuso de Vicente, María Victoria, Consuelo García Gallarín y Sagrario Solano Santos. *Diccionario de términos literarios*, Akal, Madrid, 1997.
- Bello González, Rolando. "Imagen en negativo", *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 6, abril 1957, pp. 110-120.
- Beristaín, Helena. *Diccionario de Retórica y poética*, Porrúa, México, 2004.
- Bermúdez, María Elvira. *Muerte a la zaga*, SEP/Premiá, México, 1986 (Lecturas Mexicanas, 31).
- . "Ensayo sobre la literatura policiaca", *Revista Mexicana de Cultura*, supl. cult. de *El Nacional* (México, D.F.), núm. 46, 15 de febrero de 1946, p. 13.
- . "La muerte se divierte", *Revista Mexicana de Cultura*, supl. cult. de *El Nacional* (México, D.F.), núm. 202, 4 de febrero de 1951, pp. 8-9.
- . "Precisamente ante sus ojos", *Revista Mexicana de Cultura*, supl. cult. de *El Nacional* (México, D.F.), núm. 234, 24 de septiembre de 1951, pp. 8-9.
- . "Carta a un defensor", *Revista Mexicana de Cultura*, supl. cult. de *El Nacional* (México, D.F.), núm. 392, 3 de octubre de 1954, pp. 8-9.
- . "Dando en el clavo", *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 1, noviembre 1956, pp. 57-69.
- Bernal, Rafael. *Tres novelas policiacas*, SEP/Planeta, México, 2005.
- Boucher, Anthony. *Great American Detective Stories*, ed., intr. y sel. del autor, The World Publishing Company, Cleveland, 1945.
- Cañedo, Diego. *El caso de una litografía mexicana*, Stylo, México, 1948.
- Caro Baroja, Julio. *Terror y terrorismo*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.

Carter, Nick. “El crimen misterioso de la calle del Cacahuatal”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 3, año 1, septiembre 1934, pp. 17-18.

----- . “¿Suicida?, ¡No, asesinada!”, *Detectives y Bandidos. Semanario policiaco* (México, D.F.), núm. X, 28 de junio de 1937, pp. 72-84.

Cervera Espejo, Alberto. “La huida”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 7, mayo 1957, pp. 117-123.

Chesterton, Gilbert Keith. *Cómo escribir relatos policíacos*, trad. de Miguel Temprano García, Acanalado, Barcelona, 2011 (El Acanalado, 226).

Closas, Juan E. “Crimen en la facultad de medicina”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 9, julio 1957, pp. 13-33.

Colmeiro, José F. *La novela policiaca española: teoría e historia crítica*, pról. de Manuel Vázquez Montalbán, Anthropos, Barcelona, 1994 (Biblioteca A, artes y literatura, 9).

*Diccionario de Autoridades*, Gredos, Madrid, 1990.

*Dramas judiciales: causas célebres criminales y correccionales de todas las naciones del globo*, Establecimiento Tipográfico de D. Ramón Rodríguez Rivera, Madrid, 1849.

“Editorial”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 2, año 1, agosto 1934, p. 3.

Elías González, Adalberto. “Una orquídea en la arena”, *Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D. F.), núm. 46, 30 de agosto de 1948, pp. 60-98.

F. Gual, Enrique. *El caso de los Leventheris*, Editorial Albatros, México, 1945 (Colección medianoche).

Fernández, Miguel Ángel. “Mexicanos en el espacio periódico”, *Ciencia Ficción Mexicana*. Disponible en: <http://www.ciencia-ficcion.com.mx/?cve=12:06> Consultado: Miércoles 9 de enero de 2013, 12:51 am.

Fernández, Sergio. “La llamada”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 13, noviembre 1957, pp. 35-46.

Fernández Bouzas, Antonio. “Un cheque al portador”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 13, noviembre 1957, pp. 96-107.

Fernández de Alba, Salvador. “Redentor de bandidos”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 6, abril 1957, pp. 105-109.

Franken K, Clemens A. “Alberto Edwards y su conservador detective Román Calvo”, *Anales de literatura chilena* (Santiago), núm. 5, año 5, diciembre 2004, pp. 29-44.

Galán Herrera, Juan José. “*El canon de la novela negra y policiaca*”, *Tejuelo: Didáctica de la Lengua y la Literatura. Educación*, no. 1, 2008, pp. 58-74.

Garmendia Alanís, Ángel. “Cólera Morbo”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 13, noviembre 1957, pp. 61-71.

Garrido, Luis. “El arcano del N-12”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 1, noviembre 1956, pp. 30-38.

Giardinelli, Mempo. *El género negro. Ensayos sobre literatura policial*, UAM, México, 1996.

Gómez Díaz, Rogelio. “Crimen legal”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 6, abril 1957, pp. 29-38.

González Lechuga, Rubén. “El as de espadas”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 5, marzo 1957, pp. 65-77.

----- . “Pasaporte al otro mundo”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.8, junio 1957, pp. 64-82.

Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada (Ayer y hoy)*, Tusquets, Barcelona, 2005.

Helú, Antonio. *La obligación de asesinar*, Novaro, México, 1957 (Colección Nova-Mex, serie Policiaca y de Misterio).

----- . *La obligación de asesinar*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1998.

----- . “Un día antes de morir”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.3, enero 1957, pp. 61-71.

Hoveyda, Fereydoun. *Historia de la novela policiaca*, Alianza, Madrid, 1967.

Huisner, Alberto. “El búho del mal”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 4, año 1, octubre 1934, pp. 40-43.

L’Barcoett. “Seis minutos”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.2, diciembre 1956, pp. 102-113.

Lizardi Durán, Rafael. “Sin error de calculo”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 5, marzo 1957, pp. 78-85.

Macías, V. “¿Loco?, eso es cuestión de gustos”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 12, octubre 1957, pp. 105-116.

Mandel, Ernest. *Crimen delicioso. Historia social del relato policiaco*, UNAM, México, 1986.

Martínez de la Vega, Pepe. *Humorismo en camiseta (Aventuras de Peter Pérez)*, México, 1946.

Méndez Armendáriz, Santiago. “La suicida invisible”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.2, diciembre 1956, pp. 30-59.

----- . “El tres de espadas”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.4, febrero 1957, pp. 63-91.

Mendoza, Vicente T. *El corrido mexicano*, FCE, México, 2003 (Colección popular, 139).

Mora, Juan Miguel de. “Estar de suerte”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.4, febrero 1957, pp. 29-34.

Narcejac, Thomas. *Una máquina de leer: la novela policiaca*, FCE, México, 1986.

Ocampo, Aurora M. (dir.). *Diccionario de escritores mexicanos. Siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*, 9 ts., UNAM, México, 1988.

Olivares Carrillo, Armando. “Iguales eran los rostros”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.3, enero 1957, pp. 99-105.

Otero, Luis G. “Los seis crímenes y la lucha libre. El asesino rojo de la Av. Uruguay”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 2, año 1, agosto 1934, pp. 4-7 y 130.

----- . “El escorpión asesino”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 10, año 1, abril 1935, pp. 4-7 y 89-97.

Piccato, Pablo. “La era dorada de la novela policiaca”, *Nexos*. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=18399> Consultado: Domingo 2 de febrero de 2014, 4:15 pm.

*Poesía simbolista francesa. Antología*, sel., intr., trad. y notas de Luis Antonio de Villena, Gredos, Madrid, 2005 (Biblioteca Universal Gredos, 34).

Ponce, Nestor. “Manuel Peyrou y la nacionalización de un género”, *Orbis Tertius*, núm. 7, año IV, 2000. Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.2833/pr.2833.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2833/pr.2833.pdf) Consultado: Sábado 1 de diciembre de 2012, 8:48 pm.

Ramos, Blanca Edwiges de. “Aprendiz de asesino”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm.3, enero 1957, pp. 110-115.

Revueltas, Eugenia. “La novela policiaca en México y Cuba”, *Cuadernos Americanos* (México, D.F.), núm. 1, 1987, pp. 102-120.

Reyes, Alfonso. *Obras Completas*, t. IX y XXII, FCE, México, 1996.

Rocha, Justo. “Duelo a muerte”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 5, marzo 1957, pp. 92-101.

Rodríguez Lozano, Miguel G. y Enrique Flores (eds.). *Bang! Bang! Pesquisas sobre narrativa policiaca mexicana*, UNAM, México, 2005.

Rodríguez Lozano, Miguel G. (ed.). *Escena del crimen. Estudios sobre narrativa policiaca mexicana*, UNAM, México, 2009.

Salinas, Armando. “El crimen del panteón alemán”, *Detectives y Bandidos. Semanario policiaco* (México, D.F.), núm. XXXI, 25 de noviembre de 1937, pp. 73-83.

*Selecciones Policiacas y de Misterio* (México, D. F.), núm. 151, año XII, 2ª. Quincena de enero de 1957.

Stavans, Ilán. *Antihéroes. México y su novela policial*, Joaquín Mortiz, México, 1993.

Tovar B., Juan. “El asesino de mujeres”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 12, octubre 1957, pp. 2-10.

Torres, Vicente Francisco. *El cuento policial mexicano*, pról. y sel. del autor, Diógenes, México, 1982.

------. *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*, CONACULTA, México, 2003.

------. *El que la hace... ¿La paga? Cuentos policiacos latinoamericanos*, CERLALC, Lima, 2006.

Trelles Paz, Diego. “Novela policial alternativa hispanoamericana” (1971-2005), *Aisthesis* (Santiago), núm. 40, 2006, pp. 79-91.

Trigo C., Ricardo. “Dos asesinos”, *Misterio* (México, D.F.), núm. 11, año 1, mayo 1935, pp. 24-34 y 83.

Varona, E. “Una noche”, *Aventura y Misterio (Originales en Castellano)* (México, D.F.), núm. 13, noviembre 1957, pp. 72-87.

Villanueva, Margos de. *22 horas*, Obregón, México, 1955 (Colección Ahuizote).

----- *La muerte nos visita*, México, 1956 (Colección Teatro Mexicano).

Wellek, René y Austin Warren. *Teoría literaria*, tr. de José Ma. Gimeno, pról. de Dámaso Alonso, Gredos, Madrid, 2009

Yates, Donald Alfred. *El cuento policial latinoamericano*, Ediciones de Andrea, México, 1964.

Zavala, Lauro. *La minificción bajo el microscopio*, UNAM, México, 2006.